

*Selecta*

Olga  
Hermon

*Mitirano  
favorito*



Mi tirano favorito

*Olga Hermon*

*Selecta*

# ÍNDICE

[Mi tirano favorito](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Notas](#)

[Sobre Olga Hermon](#)

## Once meses para que él logre su cometido. Once meses para que ella le enseñe una lección de humanidad. ¿Quién ganará el juego?



Nícholas Kirgyakos tiene juventud, fama, dinero y poder. Además, es atractivo y su vida, perfecta. Su motivación es la música y sus bases, la disciplina, el trabajo arduo y su libertad. Sin embargo, una espina de rubia cabellera se clava en su calzado y no habrá paso que dé sin que le moleste.

Alicia quiere cumplir su sueño de escritora, no obstante, es algo que, por el momento, no puede hacer, pues necesita un trabajo para poder seguir con sus estudios. Para su suerte, es contratada por un músico y compositor de fama mundial. A ella le fascina la tarea que le encomiendan, pero pronto descubre que no todo lo que brilla es oro.

Entre la belleza exuberante de los mares de la Isla de Cozumel y de las milenarias islas griegas, se habrán de desatar fuertes tormentas que sacarán a la superficie las pasiones, los tesoros escondidos y los secretos del pasado para poner el mundo perfecto de él y el imperfecto de ella de cabeza.

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Capítulo 1

— ¿Así que tu nombre es Alicia Suárez del Rincón?

Aunque la «película» era una copia exacta de las que había visto las dos últimas semanas, la voz clara y un tanto subida de tono no le permitió a la entrevistada cerrar los oídos, y asintió a todo con una sonrisa amable.

—Eres huérfana de padre y madre desde los dos años de edad. A partir de entonces, tu tía abuela Adel, que vivía en los Estados Unidos, se hizo cargo de ti hasta los doce, cuando falleció de su vieja aflicción de pulmones.

Alicia pronunció un sí, en tanto suspiraba con paciencia y miraba cómo la anciana hacía anotaciones en su libreta.

—Por no contar con más familiares, el Estado de Arizona resolvió enviarte a una casa hogar en la cual permaneciste hasta tu mayoría de edad. —Mati prosiguió con la mirada un tanto ceñuda sobre el joven rostro. No comprendía el que nadie se hubiese interesado por adoptar a una criatura de rasgos tan dulces y mirada inocente—. Me doy cuenta de que eres una chica sincera, me agrada; no es fácil encontrar esa virtud hoy en día —comentó sorprendida al leer la parte en que confesaba que, aunque brillante en la escuela, era un imán para atraer los problemas. «Cualidad usual para alguien de tan corta edad y con un difícil pasado», diría ella.

—Señora Mati —dijo Alicia buscando las palabras, pues no quería que su personalidad grandilocuente le echara a perder la mejor propuesta de trabajo vista hasta ahora, sin descontar que seguro sería la única. —¿Le gustaría saber por qué nunca fui adoptada? —

Aunque su estilo, un tanto cínico, la había hecho merecedora de una felicitación, pensó que valía la pena sincerarse con la afable mujer que, sin conocerla de nada, la había invitado a que la llamara por su mote y era por demás amable con ella—. Para mí fue sencillo decidir. No quería ser entregada a una de esas familias de acogida —dijo con mirada resuelta—. Deseaba a toda costa evitar el trago amargo que sufrieron muchos chicos de mi edad que fueron devueltos a la casa hogar como si fueran electrodomésticos descompuestos, solo porque no eran «el niño perfecto» que esperaban. —repitió con frialdad, como seguro había escuchado en infinidad de veces. Sin poder evitarlo, un destello de dolor logró colarse en sus bonitos ojos—. Así que busqué la forma de permanecer huérfana e impedir ese fastidio en mi vida. —Terminó con una sonrisa que a leguas se veía muy practicada.

—Me apena escuchar eso, Alicia —dijo Mati sincera. Al instante capturó su fuerza de carácter, eso era justo lo que se requería para el puesto, aunque la última palabra la tenía el jefe, que en ese momento escuchaba la entrevista del otro lado de la puerta.

—«Lo que no mata te fortalece» —recitó a pie juntillas el dicho preferido de la directora del orfanato—. Lo aprendí siendo muy niña.

— ¿Por qué consideras que, a pesar de no tener experiencia en el ramo, cuentas con la capacidad para desempeñar el puesto? — Aunque le agradara la chica, tenía que ceñirse al guion.

—Aunque nunca he trabajado de bibliotecaria, sé bien lo que es manejar una biblioteca. La tía Adel contaba con una bastante extensa en casa, la misma que yo mantenía en perfecto orden según sus enseñanzas y exigencias. Ella sí que era una experta en la materia; toda su vida trabajó para la biblioteca central del condado —agregó el dato que esperaba le valiera puntos—. Y créame, lidiar con eso no fue nada fácil. También, hablo inglés y español a la perfección. — Ciertamente, era bilingüe de nacimiento.

A pesar de que Alicia no conocía de nada la biblioteca de ese mausoleo, pensó que no podía ser muy diferente a la de su difunta tía Adel.

—No has preguntado quién es la persona contratante, ¿acaso no



sientes curiosidad? —Si bien Mati seguía el cuestionario para las entrevistas, sintió que la pregunta era relevante, pues la chica era la única candidata, hasta ahora, que no había llegado al punto de la imprudencia por saberlo.

—¿Su jefa o jefe es algún tipo de extraterrestre o asesino serial? —Mati sonrió ante la ocurrencia—. Quiero este empleo, creo estar capacitada para desempeñarlo, lo demás es

secundario —dijo con pasión. Obtener techo y comida en el mismo paquete era una ganga que no podía desaprovechar. A esas alturas del mes, contaba con los dedos de una mano los fondos restantes de la última ayuda otorgada por el Gobierno en tanto se colocaba.

—El propietario de esta casa es un excéntrico genio de la música y odia que lo molesten. —Mati informó sin empacho y estaba por seguir con la «prueba de fuego». Esperaba que su intuición no le fallara, pues algo le decía que esa chica era la persona indicada para lidiar con el «energúmeno». Sabía que se ganaría una reprimenda del vapuleado hombre, pero sentía la obligación de advertirla—. Él defiende su privacidad a capa y espada, en pocas palabras, es un huraño de difícil trato, por no decir imposible —soltó lo último casi para ella.

—Señora Mati, si su propósito es desalentarme, créame, ningún genio incomprendido o lo que sea me asusta. —Hizo una pausa pensativa—. Después de lidiar con mi estirada tía Adel y con los «afectuosos» encargados de la casa hogar, tenga la certeza de que sé cómo arreglármelas. —Levantó el mentón con orgullo, convencida de sus palabras.

Mati optó por zanjar el tema; presentía que, si seguía por ese camino, la chica no conseguiría el empleo. Bastante daño se había hecho con el desafortunado comentario de momentos antes. Hasta donde se encontraba sentada, le había llegado el rechinado de muelas del «genio incomprendido».

Alicia salió de la mansión llevándose consigo la promesa del famoso «nosotros la llamaremos», que había escuchado lo suficiente para toda una vida. Por el camino de regreso no hizo otra cosa que

rogar al cielo que la ayudara a conseguir ese puesto, pues al pagar el boleto del camión de San Miguel a San José, de ida y vuelta, el saldo de sus arcas había mermado al grado de quedar al borde de los números rojos.

Pensativa elucubraba que, aunque la entrevista no se había llevado a cabo en la biblioteca, por la belleza y magnitud de la residencia del «genio de la música», pudo concluir que se trataba de un hombre rico. Fuese por los éxitos o por herencia, el dinero y la opulencia eran evidentes en el lugar. Estaba convencida de que, si no era contratada, jamás volvería a tener la suerte de pisar un sitio como aquel.

Cuando llegó a San Miguel, ya habían empezado las clases en su escuela preparatoria, así que se obligó a bajar de la nube en la que flotaba para regresar a su realidad, que aguardaba dentro del aula.

En una semana concluiría el semestre y recibiría su ansiado certificado; requisito indispensable para poder inscribirse en la Licenciatura de Letras, en una escuela virtual que tenía en la mira desde hacía varios meses. Solo había un pequeño inconveniente: si no conseguía un empleo que le permitiera pagar los estudios, sus sueños se irían al traste.

\*\*\*

—Excéntrico, huraño, difícil e imposible, ¿eh? —Se escuchó la grave voz, en tono de reclamo, al momento de que Nicolás entró a su despacho después de que fuera despedido el último candidato del día—. Quiero que contrates ahora mismo a Suárez.

—¿Estás seguro, Nick? El anuncio saldrá hasta el miércoles —insistió Mati, aunque de antemano sabía la respuesta.

—No me importa. Llámala ahora mismo. Dile que se presente mañana a las ocho horas a trabajar —deletreó con su característico tono autoritario antes de salir de la habitación.

Mati no entendía qué motivaba a Nick a tomar esa decisión. Antes que la entrevista de Alicia Suárez, él había escuchado a cinco personas y, a su parecer, tres técnicamente estaban capacitadas para el puesto.

Con un sentimiento parecido a una premonición, la anciana marcó el número de contacto de la chica para darle la noticia.

En una batalla campal por lograr concentrarse en la clase, Alicia sintió vibrar de nuevo el teléfono celular dentro de su bolsillo del *jean*. Sopesó un momento y al final decidió no responder hasta terminar la escuela. Reflexionó que ya había sido suficiente distracción con su llegada tarde como para rematar con una conversación inapropiada a mitad de Álgebra. Le cruzó por la cabeza que quizá tuviera que ver con la entrevista de esa tarde, entonces recordó que la señora Mati había sido muy clara al decirle que en dos días se llegaría a una resolución.

Mientras tanto, en la mansión Kirgyakos...

—¿Contactaste a la chica, nana? —Sentado a la cabecera de la gran mesa del comedor, Nicolás interpelló a Mati que se encontraba acomodada justo a su derecha.

—No responde mis llamadas, supongo que...

—No supongas nada, por favor —interrumpió molesto—. Mándale un mensaje de texto. Dile que te atienda ahora mismo. —De inmediato sintió como le hervía la sangre. «La gente ruega por empleo, pidiendo al cielo no encontrar», recitó para sus adentros.

Con su habitual impaciencia, el músico empezó a tamborilear sobre la mesa. Ya se estaba arrepintiendo de su arrebato, eso lo enfurecía por partida doble; primero, porque odiaba tener que retractarse de sus decisiones y segundo, porque a él nadie lo hacía esperar, menos una simple aspirante a bibliotecaria.

—Está bien, trata de calmarte, no es para tanto —regañó Mati con teléfono en mano.

—Me importa un carajo si se encuentra en el funeral de su hermano. Que te responda —agregó apretando el cuello de su copa de vidrio con peligrosidad.

—No tiene familia, es huérfana, ¿recuerdas? —Mati recibió un gruñido por respuesta, pero ella no se amedrentaba con sus reacciones, conocía de sobra su explosivo temperamento, estaba acostumbrada a él—. En un minuto le marco —explicó luego de

batallar con sus torpes dedos que no se acostumbraban a las modernidades.

—Ponla al habla, yo mismo me encargaré de esa... chica —comentó al verla manipular el aparato de nuevo.

Ante la insistencia del vibrante aparatejo, Alicia decidió sacarlo de su bolsillo para apagarlo, pero grande fue su sorpresa cuando se percató del sinnúmero de llamadas del mismo usuario. No le quedó de otra que consultar la pantalla lo más discreta posible para evitar una nueva reprimenda del profesor. ¿Quién podía ser y por qué tanta urgencia? En eso estaba cuando entró un mensaje de texto que no tuvo tiempo de leer porque el artefacto empezó a timbrar de forma ruidosa. Sin querer, había activado el sonido.

—Diga... —respondió en un susurro, agazapada en su asiento, como si no tuviera veintiún pares de ojos encima de ella, incluyendo los del profesor.

—¿Señorita Suárez? —El hombre al otro lado de la línea no hablaba, ladraba—. ¿Hablo con la señorita Suárez? —insistió en tono intimidante al no obtener inmediata respuesta.

—Sí, soy Alicia. Por ahora no puedo hablar. Dígame su nombre y al número registrado le regresaré la llamada en cuanto me sea posible —susurró inquieta en el asiento.

Nicholas no supo si reír de frustración o enfurecerse con la insufrible criatura que no era capaz de responder de forma apropiada.

—Habla Nicholas Kirgyakos, «el músico incomprendido» —agregó con los dientes apretados. Al segundo de su declaración, escuchó una exclamación de sorpresa del otro lado de la línea y luego el estruendo de metal—. ¿Alicia? ¿Sigue ahí? —preguntó ceñudo, mirando al aparato como si este pudiera responderle por sí solo.

—Sí, aquí estoy —dijo sofocada por la carrera que la puso en el corredor antes de que la sacaran del aula. Al escuchar con quién hablaba se cayó del pupitre y este se tambaleó contra el muro ante la mirada asesina del matemático.

—La llamo para informarle que he decidido contratarla para el puesto de bibliotecaria. Preséntese en la mansión a primera hora de

mañana. Sea puntual. No haga que me arrepienta de la decisión que he tomado —amenazó masticando las palabras.

—Gracias, se... —Con la boca abierta y los ojos como rayas, Alicia escuchó el tono de fin de la llamada—. ¿Qué? ¿Me colgó? ¡Sí! El muy grosero ni si quiera se despidió —alegó al vacío indignada, pero al instante comprendió que había sido contratada: ¡el empleo era suyo!

La chica dio un sonoro grito al estilo texano y se puso a bailar *country* en medio del corredor, sin importarle las miradas curiosas de sus compañeros que salían en tropel de las aulas después del timbre.

—¿Me vas a contar por fin qué pasa?

—¡Pablito de mi corazón! ¡Tengo el empleo! Acabo de recibir la llamada del mismísimo Nícholas Kirgyakos para confirmarlo —dijo cuando lo abrazaba y lo obligaba a brincar en círculos con ella—. Nícholas Kirgyakos... ¡Cielos! El famoso compositor de música para orquesta, ganador de varios premios internacionales por la musicalización de las películas más galardonadas de la última década —recitó sin tomar un respiro dejando claro que era su *fan* número uno de México.

—¡Wow, Ali! Solo porque me lo cuentas tú, lo creo. —El rostro anonadado daba claras cuentas de su sorpresa—. ¡Trabajarás para «El virtuoso escurridizo»! —Pablo dijo refiriéndose al él por el mote con el que se le conocía en los medios de comunicación, y con justa razón, porque el tipo nunca se dignaba a asistir a los eventos de premiación ni permitía que le tomaran fotografías.

—Ahora que lo sé, te juro que muero de los nervios —dijo torciéndose la esquina de la camiseta de forma involuntaria—. Mati, la señora que me entrevistó, me comentó que es un hombre muy «especial», que cuida su privacidad con alta tecnología para protegerse de personas indeseables.

De camino al aula de laboratorio, Alicia contó a su mejor amigo, con lujo de detalles, acerca de la entrevista y la fabulosa mansión.

—Según la señora Mati, es un tipo huraño, así que lo más probable es que ni lo llegue a conocer; aquí lo importante es que, según he leído en algún lado, es muy generoso con sus empleados —dijo con una sonrisa de oreja a oreja y el característico signo de pesos entre su

dedo índice y pulgar—. Necesito ser la mejor para conservar ese puesto, Pablito, solo así podré conseguir mi sueño —agregó con el rostro iluminado por la emoción—. Tendré el sueldo íntegro, libre de renta y comidas. ¿Te imaginas lo que ahorraré en los doce meses que dure mi contrato? Si al final consigo del músico una buena recomendación, no habrá puerta que se cierre de nuevo para encontrar otro empleo.

—Un paso a la vez, amor —recomendó el amigo cuando pasaba el brazo por sus hombros—. Todavía no inicias esta etapa y ya estás planeando la siguiente.

Pablo estaba feliz porque al fin la vida le empezaba a sonreír a Alicia. Él había querido ayudarla en muchas ocasiones, pero era demasiado orgullosa e independiente para permitirlo.

## Capítulo 2

Finalizaba su tercer día de trabajo en la mansión y Alicia ni de lejos había visto u oído al enigmático músico. Las fotografías sobre él brillaban por su ausencia; su casa no era la excepción. Por los medios sabía que era un hombre joven y de buen ver, pero las imágenes que a veces publicaban eran difusas; invariablemente estaban tomadas a larga distancia y él aparecía con gafas oscuras, cercado por un eficiente personal de seguridad. Según le había confiado doña Mati, Kirgyakos se encontraba en la isla de incógnito y así se lo hizo saber a Pablo para que no se fuera de la lengua.

No lamentaba para nada el no conocerlo en persona, aunque adoraba su trabajo. Al contrario de lo que se espera, agradecía en el alma no tener rose con el hombre y menos después de enterarse de lo que comentaban los empleados del servicio de la mansión, los cuales aseguraban que era una especie de monstruo que gustaba de torturar almas débiles cuando andaba de malas.

Dejando de lado las murmuraciones, Alicia disfrutaba mucho lo que hacía; desde el primer instante que entró a la biblioteca se enamoró de ella. Esta era una enorme habitación de forma rectangular, techo muy alto de vigas de madera y paredes blancas repletas de libreros de piso a techo; solo el muro de la puerta de acceso estaba libre de estantes y la pared del fondo, al centro, donde lucía una gran ventana que daba al patio trasero de la mansión. Sobra decir que para nada se parecía a la biblioteca de su tía Adel.

Así que, cuando se quería tomar un tiempo de relax, solo tenía que atisbar por la ventana para imaginar que caminaba entre la

exuberante vegetación impregnada de flores, arbustos recortados habilidosamente en formas que no alcanzaba a distinguir desde ahí y centenarios árboles de la región, tras los cuales se encontraba el majestuoso corredor de mar verde esmeralda entre las playas de Quintana Roo y la Isla de Cozumel. Nunca podría aburrirse en ese lugar, era un verdadero paraíso. Alicia amaba su tierra y esperaba no tener jamás que volver a irse de ahí.

Su horario de trabajo era muy cómodo, de ocho a cuatro, de lunes a viernes, y el sábado la jornada concluía después del mediodía. Para su buena suerte, las carreras en las que se veía envuelta para acudir a tiempo a sus clases nocturnas, en San Miguel, terminarían al día siguiente, fecha en que llegaba a su fin su instrucción preparatoria.

Otro aspecto que la tenía enamorada de su nueva vida era el gato más hermoso de todo San José, el que sin explicación ni lógica se había pegado a sus faldas desde que se encontraba en la mansión.

—Eres todo un galán conquistador —se escuchó la voz de Alicia, en tono enamorado, cuando yacía sobre sus rodillas en medio del solitario pasillo de servicio.

—No se te ocurra permitirle el paso al ala norte de la casa —dijo Mati, que se acercó cuando la vio al doblar la esquina—. Si el señor Kirgyakos descubre que ha vuelto, esta vez no dudará en mandarlo a la clínica de belleza y no precisamente para la cita con su peluquero. —Su rostro no reflejó ni un sentimiento al mirar a su acompañante echado en el piso ronroneando gozoso por sus caricias.

—¿Cómo puede ser tan malvado con un ser indefenso?—preguntó resentida, con la mano sobre su cabeza en actitud protectora.

—No preguntes, niña, solo obedece. —La orden la dio con fría claridad, prefería portarse severa a experimentar una desagradable sorpresa.

—No se preocupe, así será —hizo una pausa pensativa—. Señora Mati, en vista de que el señor no lo quiere, ¿me lo puedo quedar? —suplicó en tanto tomaba en sus brazos al precioso felino dispuesta a protegerlo con su vida del ogro que habitaba en la mansión.

—¡Claro! Siempre y cuando prometas que lo mantendrás lejos de



Nícolas y que te lo llevarás contigo cuando el contrato termine — respondió feliz—. ¿Puedes creer que lo he regalado unas cuatro veces? El muy sinvergüenza se escapa y regresa sin importar que tan lejos se encuentre.

Mati no era amante de las mascotas, pero no por eso les daba maltrato, solo que, desde el punto de vista de Nick, había motivos suficientes para evitar que el gato permaneciera en la mansión y ella no podía menos que darle la razón.

—¿Tiene algún nombre? —Acariciaba el lomo del animal con empatía, sin entender por qué en ese lugar se desestimada de esa forma la lealtad del felino.

—Los padres de Nick le llamaban Minino.

—¿Minino? —Sonrió divertida en tanto se alejaba rumbo a su habitación con el único pensamiento de buscar un nombre apropiado para su nuevo amigo—. No temas, precioso, yo te cuidaré del ogro. He prometido que, cuando me vaya de aquí, te llevaré conmigo — declaró solemne al animal de mirada inteligente—. Tú y yo somos almas gemelas y no te dejaré nunca.

Al otro día, cuando Alicia se dirigía en carrera libre a la biblioteca, después de tomar un rápido desayuno, porque se le habían pegado las sábanas al desvelarse jugando con su mascota...

—Auch —Se escuchó una voz adolorida muy cerca de ahí—. No puede ser. —Era Mati, ahora muy enfadada.

—¿Se encuentra bien? ¿Se ha lastimado? —preguntó Alicia al descubrirla despatarrada en el piso al pie de las escaleras.

—La verdad es que me duele más mi orgullo que mi trasero —dijo sobándose—. Esto me pasa por correr como si aún tuviera veinte años. —Sonrió adolorida observando a la chica juntar el abanico de papeles regados frente a ella.

—Si me indica para dónde van, yo puedo llevarlos —se ofreció refiriéndose a los sobres en su mano cuando le ayudaba a ponerse de pie. Con disimulo observaba que no hubiera pasado del golpe.

—Gracias, mi niña. —Sonrió agradecida—. ¿Recuerdas la habitación en la cual te entrevisté? —Al ver el asentimiento de la

chica continuó—: Es el despacho de Nick. Colócalos sobre su escritorio y vete de inmediato a tus labores, no quiero que nadie te vea rondando por ahí sin su autorización. Comprendes, ¿verdad? — El músico odiaba que alguien que no fuera Mati husmeara en sus cosas.

—Por supuesto, no se preocupe —dijo con entendimiento, recordando la tenebrosa descripción del carácter de su patrón.

Alicia de inmediato emprendió la marcha por el corredor del ala privada de la casa, logrando llegar sin contratiempos a la puerta del elegante despacho.

Una vez dentro de la iluminada habitación, ubicó el escritorio de madera oscura de intrincado labrado al fondo entre dos ventanas de piso a techo y hacia ahí se dirigió con paso apresurado para depositar sobre la pulida cubierta el bonche de correspondencia que llevaba.

Aliviada por haber cumplido con su encomendada misión soltó el aire y se dio la media vuelta para retirarse, obligándose a no ceder a la tentación de curiosear los objetos y cuadros, pero el inesperado sonido de la puerta lateral, al abrirse, la clavó al piso de forma automática, sin saber qué hacer.

—¿Y tú quién eres?

Ante el tono brusco, empleado por el inquisidor, Alicia se tomó su tiempo para volverse y enfrentar al dueño de la profunda voz.

—Soy Alicia, la bibliotecaria. —Con grandes ojos, miró de arriba abajo al gigante que le había hablado desde el umbral. Dedujo, sin dudar, que se trataba del hombre de mantenimiento por su aspecto un tanto desaliñado y el trapo grasiento con el que se tallaba las manos—. Si tú no me echas de cabeza con el patrón, yo no diré que te he visto en su despacho —propuso valiente gracias a la distancia que los separaba.

—¿Qué tal si soy un ladrón que...?

Alicia no pudo evitar interrumpir con su sonora carcajada—. ¡Sí, claro! Con toda la seguridad y vigilancia que tiene nuestro excéntrico jefe... ¡No inventes!

—Entonces ¿quién supones que soy? —preguntó el hombre con mirada intrigada.

—¡Obvio!, «el tipo arregla-todo» —aseguró recorriendo con la mano su facha.

—¡Me has descubierto! —confirmó dando un paso de felino con cada palabra—. Gracias por no denunciarme —agregó esbozando una sonrisa que le hizo olvidarse de las precauciones y recomendaciones de Mati—. ¿Y tú que haces aquí? —preguntó alzando una ceja.

Cuando el hombre llegó junto a ella, Alicia tuvo que estirar el cuello para poder verlo a la cara; en ese instante se declaró fascinada ante los más increíbles ojos verdes que en la vida hubiese tenido el placer de contemplar, los mismos que ahora la miraban con sospecha.

—He traído la correspondencia —señaló hacia el escritorio—. La señora Mati tuvo un pequeño acci... —De pronto caviló que le estaba confiando demasiada información al desconocido—. ¿Se puede saber qué haces tú aquí? Supongo que tienes autorización del jefe, ¿verdad? —indagó con el ceño fruncido sin pestañear.

—Ya me iba. Acabo de terminar de reparar el lavabo de su despacho —respondió con sonrisa burlesca ante su rostro de maestra regañona—. ¿Mati se encuentra bien? —Sus expresivos ojos mostraron preocupación.

—Sí. —El hechizo en el cual la tenía inmersa la mirada verde jade se rompió en cuanto Alicia escuchó el nombre del ama de llaves, eso la llevó de regreso a la realidad. Recordó que estaba en territorio prohibido y que se había entretenido más de la cuenta—. Debo marcharme, no quiero que me sorprenda Tiranolas Kirgyakos invadiendo sus demonios, perdón, dominios. Tú deberías hacer lo mismo —recomendó con la mano en la perilla de la puerta aguantándose la risa—. ¡Hay que evitar al ogro! —Las últimas palabras las gritó justo cuando pegaba un salto fuera de la habitación.

—Mati, ya me voy —dijo Alicia, horas después, al terminar su turno de trabajo—. ¿Recuerda que le comenté que hoy llegaré un poco tarde? —Hasta ahora había mantenido en secreto el motivo de sus

salidas diarias y este era el gran día de su graduación; en el fondo temía que al señor Kirgyakos le disgustara la idea de que estudiara, sabía que a muchos patronos les parecía motivo de distracción en el trabajo.

—Sí, Alicia. Toma esta tarjeta magnética para que seas libre de entrar y salir a tus anchas, solo recuerda que debes hacer buen uso de la confianza que te otorgo. —La mirada de la anciana hablaba por ella.

—Por supuesto, señora Mati. Gracias. —No quiso utilizar la trillada frase «no la defraudaré».

Por la noche, Alicia, al igual que todos los graduados, bailaba desinhibida y feliz, olvidada de todo lo que no fuera pasarla bien en su último día con la gente que se había convertido en su mundo por los últimos tres años. El elegante restaurante-bar, de San Miguel, donde habían decidido llevar a cabo el evento, les había costado una pequeña fortuna, pero valía la pena cada centavo gastado.

—¡Y Cenicienta se convirtió en princesa! ¿Ya te dije que te ves fabulosa, cariño? ¡Hip! —dijo Pablo con dificultad para hablar y mantenerse erguido. Alicia, que lo conocía de sobra, sabía que trataba de ahogar con alcohol la pena de que su padre no hubiera asistido a la entrega de certificados—. ¿Acaso traías el traje de noche oculto en la calabaza?

—No, mi curioso amigo, lo escondí en esa bolsa mágica —dijo señalando el gran morral que descansaba sobre el sillón—. La verdad es que no quise salir vestida así de la mansión —dijo en tanto sus dedos recorrían su figura—, para no andar mañana en boca de los empleados; les encanta devorar gente —concluyó tomándolo del brazo para servirle de apoyo en el camino a la mesa—. ¡Tú también estás muy guapo! —comentó con ternura. Ese hombre, que poseía un adorable rostro de niño travieso, lleno de pecas y vellos rojos por doquier, además de su abundante cabellera color zanahoria, era su única familia.

—Te aclaro que yo siempre me veo guapo, cariño. ¡Hip! El hecho de que no sea tu tipo no indica lo contrario.

Con mirada aletargada y sonrisa de conquistador, Pablo recorrió a Alicia de pies a cabeza. Maquillada con sencillez, traía su larga melena rubia suelta hasta media espalda. Cosa que desde su adormecido punto de vista era una proeza, pues su bella amiga era poco menos que un marimacho, siempre montada en sus *jeans* y con el pelo recogido en una cola de caballo. Ahora lucía como una princesa de cuento con el sexi ajuar que resaltaba con absoluto descaro su exuberante figura, que por supuesto nada tenía que ver con su ascendencia estadounidense por parte de padre, del cual había heredado la tez blanca, el tono del cabello y el azul profundo de sus ojos. Sus curvas peligrosas eran netamente mayas, regalo de su madre; atributo que, combinado con su elevada estatura, la hacían parecer como una Venus.

—Claro que eres mi tipo, tonto, de otra manera no vendría contigo.  
—Tomó el bonito rostro entre sus manos y le estampó un sonoro beso en los labios con todo el amor que tenía para él.

¿Qué otra cosa le puedo pedir a la vida?, se preguntó Alicia agradecida. Contaba con buena salud, un techo donde dormir, tres comidas al día, un trabajo bien remunerado y a los mejores hombres por amigos, Pablo y Ray. También estaba el hecho de que ya estaba matriculada en la universidad virtual, en la cual cursaría su soñada carrera de Letras.

A las doce en punto de la noche, como toda una Cenicienta, la chica se despidió de sus compañeros con abundantes muestras de cariño y un poco de tristeza. A la gran mayoría no los volvería a ver, pues se irían a la capital de la república a estudiar la profesional.

Siempre llevaría consigo esa etapa tan especial de su vida que le había regalado muchos momentos inolvidables, amigos y dos hermanos maravillosos.

—¿Cuántos corazones rotos dejas atrás, princesa?

—Solo el tuyo, amor —respondió al tiempo que echaba un vistazo a su reloj de pulsera. Por desgracia, el tiempo avanzaba inexorable; tenía que volver a la mansión antes de que la carrosa se convirtiera en calabaza y el encanto del hada madrina desapareciera por completo —. ¡Es hora de partir, Pablito! El Lobo espera por esta Caperucita

para devorarla si llega tarde.

—Déjame llevarte a casa, mi dulce Cenicienta —ofreció arrastrando las palabras y los pies que iban describiendo curvas en el camino a la salida—. Clásico en ti, preciosa, brincas de un cuento a otro como si nada... —Las carcajadas del enfiestado hombre se dejaron oír por arriba de la tronante música electrónica.

—Muy gracioso, jovencito —comentó imitando el tono regañón de *miss* Claudia, la solterona cascarrabias que les había dado inglés, pero su gran sonrisa desmentía la intención—. No estás en posición de conducir, además, el taxi que me trajo seguro ya está por mí, así que tú te quedas y sigues disfrutando de la fiesta, ¿de acuerdo?

Le dio un fuerte abrazo de despedida y con renovada energía subió los peldaños que la separaban de la puerta donde Ray hablaba con el tipo a cargo de la entrada.

—Raymundo, con tu vida me respondes por la de Pablo. Por favor, asegúrate de que llegue sano y salvo al depa. ¿Ok?

—Cuenta con eso, primor —el hombre respondió con voz de autoridad y le dio un afectuoso abrazo de despedida.

Entre adioses, besos, abrazos y una que otra promesa de llamarse después se dirigió al «carruaje» que la llevaría de regreso al majestuoso castillo encantado.

## Capítulo 3

— ¡Demonios! —En cuanto Alicia se paró frente a la puerta de servicio con zapatos en mano, para no hacer ruido, una sinfonía de maullidos lastimosos la recibió. — ¡Perdóname, gatito! Olvidé darte de cenar antes de irme. Ven acá —cargó en brazos a Minino para llevarlo directo a la cocina donde le daría de comer.

Sin soltar al animal, pues no olvidaba las recomendaciones de Mati, sacó de la alacena una lata de comida para el inquieto llorón. — ¡Basta, tirano! ¿Que no ves que te estoy atendiendo? —reclamó cariñosa—. ¡Au! ¡Maldita sea! —exclamó adolorida al cortarse con la tapa de la lata a medio abrir. De inmediato un hilo de sangre apareció en la herida de su dedo índice y empezó a gotear al piso de forma continua, haciendo un pequeño charco.

De pronto, el sonido de pasos que se acercaban hizo a Alicia ponerse en modo de alerta máxima. Para evitar correr riesgos echó al repudiado felino, con todo y su lata de comida, dentro del clóset de los encerados de limpieza y fingió buscar algo en la nevera.

— ¡Mira nada más que ha traído el gato! —se escuchó una conocida voz de barítono en el quicio de la puerta.

— Ni que lo digas... —susurró con una media sonrisa antes de sacar el aire de los pulmones de forma ruidosa al ver que se trataba del «arregla todo».

— ¿Qué haces levantada tan tarde, bibliotecaria? ¿No tienes que trabajar mañana?

— Hola, «mil-usos», lo mismo te pregunto.

Alicia observó con disimulo al recién llegado, que ahora vestía ropa

formal, pero que de alguna manera conservaba el mismo aspecto de hombre de las cavernas, con el pelo negro como la noche, demasiado largo y revuelto, y esa barba espesa que le cubría medio rostro. De hecho, todo él estaba cubierto de bello: sus brazos, su pecho, que se asomaba por la abertura del cuello de la camisa..., y seguramente el resto de su cuerpo. ¡Demonios! «¿Por qué mi mente está divagando tanto? ¿Será acaso porque el neandertal no está nada mal?», se preguntó acalorada.

—Yo pregunté primero, bibliotecaria —contestó con tono odioso.

«¿Qué se cree este salvaje?», se dijo para sí haciendo un mohín de disgusto. Con nerviosismo observó cómo poco a poco se acercaba a ella con ese paso indolente del que ya tenía memoria, sin retirar la mirada penetrante de su rostro. Solo con la isla de madera y granito entre ellos, pudo inhalar su dulce loción mezclada con olor a tabaco y alcohol. Parecía que venía de algún festejo. «¿Él también vive en la mansión, en las habitaciones para empleados?», se preguntó con malsana curiosidad.

—Vengo de una fiesta. ¿Y tú? —respondió muy segura de sí, con la intención de averiguar sobre él, pero su corazón desacompasado se detuvo por unos segundos al sentir la verde mirada recorrer su cuerpo para detenerse en su escote, al tiempo que sorteaba el obstáculo que los separaba.

—También... —Solo un paso lo separaba de él.

La mirada del hombre era como una caricia que se paseaba con lentitud y sin reparos por toda ella con una deliciosa desfachatez. Un suave estremecimiento la recorrió al ver la fuerte mano avanzar hacia su rostro. Los largos dedos tomaron un mechón de cabellos que descansaba sobre su hombro y lo dejó escurrir sin prisas y sin apartar los profundos ojos verdes de sus labios.

—¿Tuviste que pelear por tu hombre esta noche?

—¿Perdón? —preguntó descolocada.

—La herida en tu dedo —aclaró con simplicidad. Sin permiso, tomó su mano para revisar la cortada, que no paraba de sangrar.

—¡Ah! Sí. Digo, no. —Alicia casi se derrite al sentir el contacto de la tibia piel.



Durante la inspección, mantuvo los párpados abajo porque seguro su mirada la delataría. Luego, sin dominio sobre sí, cerró los ojos invadida por una inesperada languidez, pero los abrió de golpe al sentir que la lengua del hombre lamía su dedo con sensualidad, sin dejar de estudiar su rostro.

—¡Te suplico que no hagas eso! —le pidió indefensa y al mismo tiempo fascinada al verlo succionar su dedo con erótico placer, deslizándolo de adentro hacia afuera de la boca, mientras su tersa lengua lo envolvía con tortuosa lentitud—. ¡Oh, cielos! —Temblando se sostuvo del fuerte talle para no caer desplomada al piso; sus rodillas se negaban a seguir sosteniéndola.

Su reacción fue tomada como una invitación y de inmediato un par de brazos de acero la levantaron y la colocaron sobre la dura cubierta; el hombre se acomodó entre sus piernas, le levantó el rostro hacia él y con lentitud acercó los labios, como dándole tiempo a detenerlo.

Alicia no lo hizo, al contrario, adelantó su cabeza para acortar el momento del encuentro. Su mente, que quería repetir la experiencia, le pedía a gritos probar la tentadora boca, pero ahora con la suya.

Los labios se unieron como si se pertenecieran de siempre, ansiosos de saborearse, de sentirse y aventurarse en sus rincones, sabiendo con precisión cómo tocarse, qué tanto lamerse, con qué intensidad morderse y en qué medida succionarse.

Alicia paseaba sus manos libremente y sin reparos por la musculosa espalda, tratando de abarcar con sus caricias su amplitud, deleitándose con la firmeza de los músculos y la respiración agitada del ardiente seductor.

El estimulado hombre, por su parte, luchaba por mantener el control de la situación sujetando la cabeza de la chica para moverla a capricho y ahondar en el beso sin dar tregua si quiera para un respiro.

Pero al poco tiempo el contacto de manos y bocas ya no fue suficiente, como sincronizados por el mismo reloj, la chica enredó las piernas en sus caderas y él la haló con fuerza para presionar los sexos con desesperación. Los dedos masculinos, temblorosos por la excitación, descubrieron los tersos pechos para acariciarlos con

desenfreno.

—¡Oh, sí! ¡Qué delicia! —gimió Alicia irracional.

Jamás había vivido un encuentro como ese. Sentía cómo era despertada de ramalazo a la sensualidad ante el poder que el hombre ejercía al jugar con sus labios y sus pechos como nunca antes nadie lo había hecho.

—¡Quiero hacerte el amor, bella Alicia! —declaró con voz enronquecida, antes de capturar los sonrosados botones que pedían a gritos por una caricia de su boca.

—¡Sí! ¡Hazme el amor! —convino cerrada a todo entendimiento que no fuera la avalancha de pasión que la consumía por dentro. Con los dedos enredados en el cabello azabache lo invitó a seguir degustando del sabroso bocado.

El sonido de metal de la hebilla de su cinturón, al soltarse, se mezcló con el agudo lamento proveniente de algún lado de la cocina, o eso le pareció a él, que trataba de sacudirse la idea de un maullido como un molesto mosquito, hasta que se repitió el evento y su mente acalorada asimiló que el sonido provenía de la garganta de un gato dentro de la casa. En cosa de segundos su cuerpo se enfrió igual que el hielo de la Antártida.

Como poseído, el hombre se soltó del sensual amarre sin otro interés que saber de dónde provenía el endemoniado chillido. Puerta por puerta se dispuso a abrirlas, con energía infernal, hasta dar con el objeto de su creciente furia.

En cuanto el gato se sintió liberado corrió hacia Alicia y de un solo salto terminó en sus brazos en busca de protección. Los verdes ojos, oscurecidos por la cólera, siguieron la escena muy de cerca

—Dime que no estás acogiendo a este maldito animal en la casa, Alicia.

—En un gato inofensivo —respondió en su defensa sintiendo que la abandonaba la sangre del cuerpo al ver cómo la furia salvaje distorsionaba sus facciones.

—Si no te deshaces de él en este momento, yo mismo lo haré y me cercioraré de que esta vez sea un viaje sin retorno —declaró con el temple contenido, igual que un volcán a punto de explotar.

—Minino ahora es mío y ni tú ni nadie le pondrá una mano encima —respondió envalentonada, escurriéndose por la cubierta hasta poner los pies en el piso delante del gigante al que retaba con su heroica postura.

—¡Te equivocas, preciosa! —La tomó de los hombros y la sacudió sin medir sus fuerzas—. Si no te retractas, tú y este maldito gato deberán irse ahora mismo de aquí —rugió en su cara a un pelo de perder la poca cordura que le quedaba.

A pesar del miedo, que la tenía pegada al piso, Alicia dejó escapar una débil sonrisa cuando el gato se saltó de sus brazos y salió huyendo del lugar abandonándola a su suerte.

—¡Suéltame! Me estás lastimando, bruto —exigió. Su cuerpo temblaba como budín mal refrigerado, pero no le daría el gusto al cavernícola de verla suplicarle clemencia.

—¡Lo que quisiera es triturar tus lindos huesos, niñita estúpida! —Del dicho al hecho... Sin darse ni cuenta, clavó los dedos sobre la blanca piel con un rechinido de dientes.

—Vete al diablo, salvaje. —Dejándose guiar por sus vísceras, Alicia empujó con todas sus fuerzas el musculoso pecho y, en cuanto tuvo manera, levantó la mano y la estrelló con rabia sobre el rostro del majadero para luego darse a la fuga.

¡Craso error! No había avanzado gran cosa cuando sintió una garra de acero caer sobre su brazo. La fuerza del tirón la giró de frente y la impactó contra el muro del duro cuerpo, justo a tiempo para presenciar con ojos desorbitados cómo la furia del hombre desembocaba en violencia y su mirada verde refulgía como llamas asesinas. Segundos después, sin ningún miramiento fue arrojada de cara sobre la cubierta de piedra, donde momentos antes se deshacía de sensualidad. El aire de sus pulmones se escapó sin remedio al recibir todo el peso del gigante sobre su espalda.

—Ninguna persona me golpea sin que enfrente las consecuencias de sus actos —susurró con voz tenebrosa sobre su oreja, y seguro hubiera cumplido su amenaza si el grito de Mati no lo detiene.

—¿Qué está pasando aquí, Nick? ¡Por todos los santos! Suéltala antes de que termines asfixiándola —exigió. Sin esperar a ser

obedecida, con la rapidez que le permitió su viejo cuerpo, se abalanzó sobre el endemoniado hombre y lo jaloneó hasta lograr apartarlo de la chica.

En cuanto quedó liberada, la pálida Alicia se deslizó hacia abajo, hasta quedar de rodillas en el piso. Temblando como hoja al viento tocía y jalaba aire con desesperación.

—¡Santo cielo! ¿Te sientes bien, querida? —Urgida por la preocupación, Mati se agachó para revisarla.

—Estoy bien, señora Ma... —La insistente toz no la dejó continuar.

—¡Ahora sí te pasaste, Nícolas! —condenó con mirada de reproche sobre la criatura que jadeaba como animal salvaje.

Mati sufría por su comportamiento errático. Parecía que habían transcurrido siglos de aquel dulce niño que crio con todo el cariño que no le pudo dar a su hijo que había muerto al nacer. Aquel chico, lleno de amor, que sonreía con facilidad y era amable y bondadoso con sus semejantes, ya no existía, había muerto junto con su madre diez años atrás.

—¡Tal vez, Matilde! —respondió paseando de la nana a la chica sus ojos de mirada impenetrable. Sin decir más se dio la media vuelta y salió de casa por la cocina dando tremendo portazo.

En cosa de segundos, se escuchó el potente motor de una motocicleta salir de la cochera y de la propiedad como si llevara al demonio por piloto.

—¿Nícolas? ¿Él era Nícolas Kirgyakos? —La débil voz de Alicia se escuchó como de otro mundo.

—¡Vaya manera de conocerlo! —Mati se lamentó al tiempo que ayudaba a la chica a ponerse de pie.

—De hecho, lo conocí ayer en la mañana —admitió contrariada—, solo que él me hizo creer que era el empleado de mantenimiento... O yo lo supuse y él no me sacó del error —aclaró con la mirada baja. «Seguro se estaba divirtiendo a mis expensas», pensó para sí.

—Qué extraño —dijo Mati con el entrecejo fruncido—. Nick es muy serio, no es dado a llevarse con el personal. ¿Cómo te sientes? —preguntó volviendo al tema principal que la aquejaba.

—No lo sé. Señora Mati... —Alicia estalló en un llanto con rasgos de

histeria, temblando convulsivamente—. Creo que me he quedado sin trabajo —añadió con voz atragantada por las lágrimas.

—Ven, siéntate aquí. —Mati la guio a un banco y se apresuró a ofrecerle un vaso con agua, temiendo que se fuera a desvanecer frente a ella—. Bebe un poco, cariño, te hará bien —dijo con voz tranquilizadora, acariciando su cabellera de arriba abajo.

—Lo siento, normalmente no soy llorona —dijo echándose aire en los ojos con la mano libre.

Mati no comentó nada, pero a su mente acudió la visión de la chica apresada bajo el pesado cuerpo de Nick y pensó que, en su lugar, ella hubiera muerto de la impresión.

—Necesito que me digas qué fue lo que pasó entre tú y Nicolás. —Mati la interpeló con rostro serio cuando la vio calmada.

—Él entró en la cocina cuando estaba a punto de darle de comer a... a... al gato —completó con dificultad ante la penosa confesión y el hecho de que aún seguía sin encontrarle nuevo nombre al animal, aunque casi sonrió al pensar que ya tendría mucho tiempo para escogerlo, al encontrarse de nuevo en la calle convertida en una indigente con una fina mascota.

—Lo dejaste entrar... —El rostro de Mati lo decía todo y su cabeza no dejaba de moverse de un lado a otro, lamentándose.

—Sí. Nunca pensé que me encontraría con alguien en la cocina —confesó avergonzada, ahora que tenía la cabeza fría y veía en retrospectiva el desarrollo de los últimos minutos en la cocina.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? —Mati sabía que Nick podía ser un déspota cruel, cuando alguien lo retaba o desobedecía, pero de eso a maltratar físicamente a una mujer...

—No —admitió con el rostro como grana. ¿Cómo le decía a la buena mujer que estuvo a punto de tener sexo con Nicolás sobre la barra de la cocina?—. Con la creencia de que el patrón era el de intendencia, me negué a deshacerme del gato, lo reté y... —Miró a la mujer con aflicción al tiempo que hincaba los dientes en su labio inferior—. También lo abofeteé —concluyó a duras penas.

—¡Madre de Dios! —Mati exclamó con los ojos redondos antes de llevarse las manos a la cabeza como hacía siempre que se le caía el

alma al suelo.

—¡Lo siento mucho, señora Mati! ¡Jamás quise ocasionar problemas! Haré mi maleta para marcharme ahora mismo y me llevaré al gato conmigo. —Se levantó de su asiento con renovadas fuerzas para corregir en algo su error.

—Espera, Alicia. —Mati la detuvo de la mano y la miró muy seria—. No es hora para que andes vagando por las calles, es muy peligroso. Esperaremos a mañana para que recibas tu liquidación antes de irte.

—Señora Mati, de verdad quisiera irme ahora —dijo con los ojos inundados de nuevo por las lágrimas.

—Si en algo has llegado a estimarme, en esta semana que llevas aquí, me harás caso y te irás a descansar. En la mañana yo te buscaré en tu habitación. Si te hace sentir mejor, llévate al gato contigo —ofreció forzada como premio de consolación—. Estoy segura de que, de no hacerlo, pasarás lo que queda de la noche en vela.

Luego de unos minutos, Alicia encontró al gato escondido en una jardinera y se lo llevó a su cuarto. Igual no pudo pegar los ojos y a las siete de la mañana ya se encontraba bañada y vestida y con la maleta hecha en espera de la llegada de doña Mati.

## Capítulo 4

Una hora después, los golpecitos a la puerta, de la que hasta ahora había sido su habitación, pusieron de punta los vellos de todo el cuerpo de Alicia que sufría como el condenado a muerte en espera de su hora.

—Pase —dijo con voz un tanto temblorosa.

—Buenos días, mi niña. ¿Cómo dormiste? ¿Ya recuperada del susto de anoche? —preguntó Mati con verdadero interés por el bienestar de la joven.

—Bien, gracias —respondió cabizbaja.

—Hija... —dudó unos segundos antes de continuar y eso le valió que la chica la mirara con temerosa atención—. Nicolás quiere verte en su despacho ahora.

—¿Por qué? ¿Para qué...? ¡Señora Mati, tengo miedo! ¡Venga usted conmigo, por favor! —suplicó con el rostro afligido. Sus dedos se retorcían entre sí con aprensión.

—Nick no me permitirá entrar, hija —respondió con voz tranquilizadora en tanto tomaba sus frías manos entre las suyas—. Él ahora está calmado, solo procura no contrariarlo, ¿quieres? ¡Ah! Tampoco llesves al gato contigo —agregó por si acaso.

—Está bien —accedió insegura.

—Vamos, yo te estaré esperando en el corredor —apuró la anciana.

Sin prisa de llegar a su destino, Alicia caminó con paso lento. Ya frente a la puerta miró a Mati, que se quedó a unos metros y se santiguó como acto reflejo.

—¡Pase! —la atronadora voz respondió desde el interior; y eso que

estaba tranquilo...

—Buenos días —saludó desde la entrada mirándose los pies; el temblor de sus piernas no la dejó avanzar.

—Cierra la puerta y siéntate. —Nicholas dio la imperante orden sin siquiera levantar los ojos de los papeles que revisaba sentado frente a su escritorio.

Alicia avanzó con la vista baja. A pesar del miedo que le provocaba el fiero hombre, tenía ganas de mandarlo a diablo por tirano y abusivo, pero cumpliría con la solicitud de la nana —en días pasados Mati le había compartido la verdadera relación que la unía al músico —, aunque no recibiera las disculpas que esperaba.

—Mati me comentó que has decidido renunciar a tu trabajo —dijo posando la verde mirada en el rostro de la chica para observar con regocijo cómo ella contenía la respiración.

«Bien por ella que acudió a la cita con actitud mansa», pensó al tiempo que taladraba la mirada azul de la rebelde sin causa, con semblante rígido, como el verdugo que espera la señal para ejecutar la sentencia.

—Sí —dijo con la intención de dejarlo ahí, pero su lengua larga siguió de frente—. Es lo más conveniente después del suceso de anoche —agregó—, además, no creo que usted quiera seguir viéndome por aquí.

En su silencioso recorrido al despacho, se había preparado mentalmente para la entrevista con el tirano de apariencia salvaje, pero nunca se le ocurrió que un hombre impecable y elegante la recibiría.

Nicholas Kirgyakos se había recortado la barba y el bigote, su cabello azabache, aunque seguía largo, estaba bien peinado. Con ropa de vestir, seguro confeccionada para él, se veía espectacular. La fina camisa negra le quedaba de locura. Abierta hasta medio pecho, dejaba al descubierto el fino bello oscuro que lo cubría. El hombre, en definitiva, era un adonis y ella una loca que se ponía a admirar al bárbaro que por poco la asfixia la noche anterior. Por fortuna, esta sería la última ocasión que lo vería, prácticamente en este momento estaba saliendo de su vida.



—Me temo que estás equivocada, bibliotecaria —dijo con voz grave y pausada, sin despegar sus ojos de los suyos—, tienes un contrato conmigo firmado por un año y, si no lo cumples, te refundiré en la cárcel —declaró sin mover un solo músculo de su atractivo rostro en el momento que le tiraba la amenaza a la cara. Enterarse a tiempo de que la chica quería irse de ahí le venía como anillo al dedo para ejecutar el castigo por su imperdonable falta.

—¿Esa es su manera de vengarse de mí? ¿Prefiere pasar los próximos doce meses envenenado con tal de torturarme? —Olvidando la promesa de comportarse, estaba de pie gritando a los cuatro vientos lo que pensaba de Tiranolas Kirgyakos.

—Te advertí que nadie me levanta la mano sin recibir su merecido —le recordó con voz de trueno. De pie, con su cuerpo inclinado sobre el escritorio, su rostro estaba a un palmo de la cara de la chica en un acto de obvio hostigamiento.

Nicholas no tenía claro si lo hacía solo por poner en su lugar a la niñita insurrecta e igualada o por que le revolucionaba la circulación de la sangre como solo lo hacía su música.

—Regréseme el golpe y asunto arreglado —sugirió con talante. «¿Si yo soy la ofendida...?», se dijo molesta. Envalentonada por el sentimiento de indignación, se salió de su sitio para ponerse a un paso de él y miró con rabia contenida su rostro burlesco. Por nada del mundo podía continuar cerca del tipo que la incitó a comportarse como toda una desvergonzada.

—En mis estándares de valores, lo que sugieres no es un intercambio equitativo, tú eres una simple bibliotecaria que no tiene donde caerse muerta y yo, un hombre rico y poderoso ¿Qué crees que harán las autoridades si te acuso de abuso de confianza? —preguntó con una satisfacción insana, imparable; necesitaba someterla aunque le tomara un año de su vida.

Alicia no podía creer hasta dónde pensaba llegar el muy cabrón de Kirgyakos con tal de doblegarla a sus caprichos, no le cabía duda de que acostumbraba a salirse con la suya y pasar por encima de quien fuera para conseguirlo.

—Veo que te ha quedado claro que no tienes alternativa —agregó al

verla permanecer en silencio—. Seguirás cumpliendo con tus labores como hasta ahora, en la forma y tiempo acordado —se apresuró a indicar—, y al cabo de un año serás libre de irte de aquí.

Nícolás inclinó la cabeza para acercar su rostro de triunfo al de la joven, que mantenía la mirada baja. Con decepción pensó que todo había resultado demasiado fácil.

—¿Y el gato? —preguntó Alicia con cara de inocente, pero riendo por dentro al escucharlo rechinar los dientes. Jugaba con fuego, pero, si se iba a quedar ahí a la fuerza, le saldría caro. Él también pagaría por su tiranía.

—¡Maldita bruja! —vociferó con el rostro descompuesto, al tiempo que la chica daba un brinco con su exabrupto. Mató por su lado oraba por que Alicia no terminara estrangulada. A su primer grito, ya había resuelto que entraría al despacho con la caballería—. ¡Creí que te había quedado claro que ese tema no se toca! —dijo masticando las palabras—. O estás falta de materia gris o te gusta que te maltraten. ¿De eso se trata, Alicia? —Posó las manos sobre su cintura como para probar su teoría—. ¿Eres sadomasoquista? —Al no recibir pronta respuesta, la arrastró hacia sí para pegarla a su cuerpo.

En los planes de guerra de Alicia no estaba la pelea cuerpo a cuerpo, pues el hombre, a pesar de todo, seguía teniendo la habilidad de excitarla sexualmente con solo mirarla. Le hacía sentir una extraña mezcla de miedo y deseo que no era capaz de ignorar y mucho menos combatir.

—No diga tonterías. —Levantó las manos y apoyó las palmas en el tibio pecho para alejarlo.

—Con las mujeres yo nunca me equivoco, son tan simples y obvias que no pueden disfrazar sus pretensiones. —Sus manos seguían con fuerza alrededor de la breve cintura, sin ganas de soltarla.

—¿Si eso piensa de nosotras, porque entonces nos emplea? —Era sorprendente semejante comentario peyorativo de alguien que vivía rodeado de mujeres dentro y fuera de su casa.

—Admito que son indispensables para ciertas labores y estoy dispuesto a pagar el precio por recibir sus atenciones. Como ejemplo pongo tu caso. —Nícolás habló quedo, en un susurro sensual, como

si la acariciara con cada palabra que salía de su boca.

Alicia estaba hechizada con el movimiento de sus carnosos labios y el caleidoscopio de su rostro al hablar; sus ojos eran tan bellos y expresivos que su comportamiento misógino pasó de largo.

—¿Mati se encuentra en la misma categoría? —se obligó a preguntar para zafarse del embrujo.

—Ella es mi nana, ahí no entra el género... —respondió con un gesto de desagrado.

A pesar de su lengua afilada, Nícolás estaba realmente entretenido con la chica, era una ráfaga de aire fresco en sus pulmones.

—¿Y sus amantes en que categoría se encuentran? —Sentía cómo su corazón le retumbaba en el pecho y amenazaba con salir disparado, pero no podía detenerse.

—Veo que te gusta el cotilleo —criticó con acidez—. Y pensar que tu discreción fue uno de los atributos que hizo que me decidiera por ti... —se lamentó con una mueca de sonrisa.

—Si usted no apareciera en todas las portadas de las revistas y periódicos de los puestos y negocios por donde suelo pasar, tal vez lo podría ignorar, pero su vida licenciosa no ayuda.

—Y me lo dice la chica que estuvo a punto de follar con... ¿Cómo me dijiste? —Su ceño se marcó al obligar a su mente a hacer memoria—. ¡Ah, sí! El «arregla-todo» que acababa de conocer el día anterior. —Nícolás podía ser el hombre más grosero y cruel del mundo cuando se le provocaba.

—¡Desgraciado! —Fuera de sí, Alicia levantó la mano con la intención de castigar al agraviante. Aún no terminaba de entender que ese camino no la iba a llevar a ningún lado.

—¡Me doy cuenta de que te gusta golpear a los hombres, niñita! —atrapó su mano al vuelo y junto con la otra se las sujetó con fuerza por la espalda.

—¡Solo a los canallas como usted! —forcejeó inútilmente tratando de liberarse del férreo amarre, pero cada sacudida lo apretaba a él.

Alicia había aprendido muchas lecciones de defensa personal en la casa hogar, ahí prevalecía la ley del más fuerte.

—¿Soy un canalla por hablar con la verdad? No lo creo... —opinó con descaro y su deslumbrante sonrisa—. Anoche la estábamos pasando muy bien los dos. ¿Por qué no lo intentamos de nuevo? — Sin previo aviso la sujetó del trasero y la pegó a su cadera para que sintiera la dura reacción ante sus recuerdos.

¿Qué pasaba con Alicia? Lejos de temerle, se perdió en los verdes pozos de sus ojos, inhalando con sed el aroma dulce y picante de su cuerpo y el cálido aliento que acariciaba su rostro.

—Tienes razón. La verdad, muero de ansias por que me beses de nuevo, Nicolás —gimió en tanto con la lengua humedecía sus labios con perezosa lentitud.

En cuanto el seducido hombre liberó sus manos, Alicia las colgó de la fuerte nuca para apretar las bocas que de inmediato se devoraron a besos.

Nicholas experimentó esa inyección de adrenalina en su torrente sanguíneo como lava ardiendo en una erupción volcánica, igual que la noche anterior. «¿Qué cosa especial tiene esta chica para prenderme así de esta manera?», se preguntó en un segundo de raciocinio. Tenía que averiguarlo.

—¡Perra maldita! —gritó al desprenderse de la caricia con brusquedad y llevarse los dedos al labio inferior mientras de su boca sangrante salía una andanada de palabras en su lengua madre, que, por lo altisonante, seguro se trataba de puros insultos para la chica.

Con la mano presionando la herida voló al baño para revisarse, advirtiendo frente al espejo que la muy traicionera lo había mordido con saña. Nicolás sonrió a su imagen admirando el temple de la chica. Ya ajustaría cuentas después con la salvaje bibliotecaria.

Alicia aguardó unos segundos hasta comprobar que no iría a la cárcel por asesinato, entonces corrió a la salida.

—Te recomiendo que te apliquen la vacuna contra la rabia, no estoy vacunada —le gritó desde la puerta antes de cerrarla de un golpe tras de sí.

El resto del día Alicia lo pasó parada de pestañas entre las cuatro paredes de la biblioteca, esperando ver aparecer al demonio de ojos

verdes para castigarla por su osadía, pero este nunca llegó. Tenía plena consciencia de que estaba engrosando la lista de agresiones en contra de su jefe, y no le importaba, ya había decidido hacerle la vida imposible los doce meses siguientes, y no había marcha atrás.

No cabía duda de que su patrón era un macho prepotente y tirano que quería humillarla de todas las formas posibles, incluyendo la sexual. El rico y poderoso hombre se rebajaría a revolcarse con una colaboradora para salirse con la suya o por lo menos eso creía él...

—¿Estás creyendo que te dejaré ganar sin pelear, Nícolás Kirgyakos? Veremos quién doblega a quién. Tu tendrás todo el dinero y poder del mundo, pero yo tengo algo de experiencia en canallas como tú. —Recordó con dolor las múltiples ocasiones en que el personal masculino de la casa hogar, de la escuela e incluso algunos padres «interesados en ella como hija» la miraron con lujuria o intentaron propasarse.

Ese mismo día, a la hora de salida, Alicia decidió ir a visitar a Pablo a San Miguel, necesitaba con urgencia el cariño y estímulo de su amigo para recargar baterías ante los días que la aguardaban.

—¿Dónde dejaste a Cenicienta? —Pablo preguntó feliz de verla.

—Pablito, yo también te extraño... ¿Ya te curaste la resaca o quieres que te prepare mi bebida levanta muertos? —Nadie la abrazaba como Pablo, su presencia siempre era un bálsamo para sus heridas y un calmante para sus miedos.

—Por si no te has dado cuenta, son casi las cuatro de la tarde, Ali, hace horas que resucité. —Pablo cobijó a su amiga junto a él en el sillón—. Mejor cuéntame qué te pasa y no te atrevas a negarlo porque te conozco como a mí.

—El saber que no te veré de diario me está matando. —No le contaría nada de lo sucedido con su jefe, lo conocía de sobra y era muy capaz de ir a reclamarle. Sus errores los afrontaba sola, por nada del mundo arrastraría a Pablo o a Ray en ellos.

—Sabes que siempre estaré para ti, amor, no lo dudes nunca. Yo también quisiera extrañarte, pero no me dejas... —Más rápido que Alicia, la sofocó en sus brazos para evitar la pesada mano justiciera.

—¡Todos los hombres son unos cretinos! —declaró con ardor.

Ahora se sentía mucho mejor.

El resto de la tarde, los amigos conversaron, rieron hasta el cansancio, cenaron, vieron una película en la TV y hasta se quedaron dormidos despatarrados en el sillón.

—¡Diablos! ¡Debe ser tardísimo! —Alicia casi cae del sofá al despertar en medio de la oscuridad. Rápidamente se despabiló y encendió la lámpara de pie para mirar la hora en el reloj de pared.

—Vamos, te llevaré a San José —invitó Pablo con un gran bostezo.

—No quiero molestarte, sé que mañana tienes que madrugar —rechazó en automático.

—En tu vida vuelvas a decir que me molestas —le advirtió en tono de regaño—. No es tan tarde, apenas van a dar las diez. —Pablo la echó por delante cuando caminaban rumbo a la salida.

—De acuerdo. ¡Lléveme a mi castillo encantado, noble caballero! —declamó en tono de pésima actriz.

—Qué corto se me hizo el viaje, ni terminaste de contarme los chismes del festejo —se lamentó Alicia, treinta minutos después, al tiempo que veía cómo se acercaban al portón de hierro macizo de la entrada a la finca—. Pablito, detente aquí, no estoy segura de tener autorización para que entren vehículos extraños. —Ya tenía la puerta del auto abierta de par en par.

—¡Eso es ridículo! Si apenas veo las luces de la mansión desde aquí —la regañó como siempre que le pedía algo inapropiado.

—No te preocupes, es propiedad privada y no hay peligro; me hará bien caminar un poco. No querrás verme engordar como marranito, ¿verdad? —dijo con sus manos rodeando el bonito rostro.

—¡Guiu! ¡Ni Dios lo quiera! —dame mi beso antes de que el encanto se rompa y tu boca de coral se conviertan en trompa de cochino.

Obediente, Alicia estampó un tronado beso en sus labios y se bajó del auto saludando con su mano hasta que lo vio desaparecer en el camino.

Las luces de otro vehículo de pronto aparecieron frente a ella encegueciéndola momentáneamente.

—¡Sube al auto! —El tirano más grande de la historia se le emparejó y le gritó la orden imperial a través de la ventanilla abierta.

—Gracias, pero prefiero caminar. —¿De dónde había salido Nicolás Kirgyakos? Por el tono de voz se advertía que seguía furioso con ella. ¡Ni loca se metería en un espacio tan reducido con el peligroso hombre!

—¡Por un demonio, sube al auto! —Esa chica lo sacaba de quicio en segundos.

Con el rechinido de llantas en los talones, Alicia entendió que era mejor que obedeciera, pero el demonio de medianoche le cuchicheó al oído.

—¡A casa, Jaime! —dijo con voz cantarina, volviendo el rostro burlón hacia la ventana para esconder la risa que la ahogaba.

—No te hagas la graciosa conmigo —ordenó con mirada fulgurante—. ¿Quién es el tipo que te trajo? —Su mal humor iba en aumento y de eso tenía toda la culpa su empleada, pensaba él.

—¿Perdón? ¿En qué parte del contrato que firmé dice que tengo que hacer pública mi vida privada? —«¿Qué le pasa al entrometido de Nicolás Kirgyakos?», se preguntó Alicia con cara enfurruñada.

—Si quieres continuar por ese camino, créeme que yo seré el que disfrute enseñándote buenos modales —le advirtió en tono amenazante.

—De acuerdo. —Levantó las manos en señal de rendición—. Es mi amigo Pablo. ¿Satisfecho? —Pero tras la espalda guardaba el mazo.

—¡No! ¿A todos tus amigos los besas en la boca? —Le dolían los dientes de tanto apretar la mandíbula. Si se le rompía una muela también la culparía a ella.

—Si se dejan, sí... —No pudo evitar la cínica respuesta. Después de todo estaba usando su propio lenguaje, ¿no?

Si no se hubiera puesto el cinturón en automático al sentarse, se hubiera estrellado en el parabrisas, sin remedio, al ser detenido el vehículo con brusquedad por su furioso conductor.

—¡Qué ganas tengo de darte la tunda que seguro nunca te dio tu tía Adel! —Por la luz del tablero, Alicia pudo distinguir sus ojos echando chispas y la herida inflamada de su labio. Amén de las

manos crispadas sobre el volante, seguro por el esfuerzo de controlar sus deseos.

—¿Qué interés tiene para usted mi vida privada, señor Kirgyakos? —en su tono no pudo ocultar su fastidio por la prodigiosa memoria del diabólico hombre.

—El mismo que tengo por todos los empleados que viven bajo mi techo—. ¿Qué otra cosa podría ser...?

—Qué bien que tratamos ese punto —reviró Alicia con frialdad, sin dejar traslucir su ¿desilusión? —¿Qué le parece si le evito la pena de toparse conmigo fuera de horas de trabajo? Me paga lo suficiente para poder sostener un lugar donde vivir y para el transporte, de ser necesario.

—De ninguna manera propiciaré que con cualquier pretexto llegues tarde a trabajar o te inventes enfermedades para faltar —dijo con dos golpes de sus palmas sobre la acojinada guía del auto—. El contrato claramente dice que deberás vivir en la mansión al igual que el resto de los empleados.

Fin de la discusión. ¡Maldito tirano! «¿Se cree que aún vivimos en el siglo pasado o qué?», se preguntó Alicia para sus corroidos adentros. Tonta de ella, que había albergado la esperanza de que el hombre aceptara su propuesta y así poder reducir sus horas de tortura, pero él no se quitaría diversión a cualquier hora del día.

—¿Tienes uno o varios amantes? —Nícolas preguntó a rajatabla, sin dejar de mirar con fijeza el perfil de la chica; no pensaba darle a la marcha hasta saber su respuesta.

—¡Me niego a hablar con usted de mi vida íntima! —Hizo el intento de bajarse, pero él con rapidez la sujetó del brazo impidiéndoselo.

—De aquí no sales hasta que contestes.

¿Quería respuestas? ¡Pues bien, se las daría!

—Suelo aprovechar las buenas oportunidades... —dijo con descaro—. Pablo es mi «amigo» de base, por decirlo así. Cuando no estoy en la mansión estoy con él o con alguien más. De hecho, todas las tardes de la semana pasada estuve «muy ocupada» y hoy no fue la excepción. ¿Hay alguna otra cosa que quiera saber, señor? —clavó sus azules ojos desafiantes sobre el rostro enrojecido.



—¡No! Ya puedes bajarte —le ordenó con voz helada, a veinte metros del portón.

—Usted preguntó y yo...

—¡Que te bajes de una maldita vez! —gritó colérico. Tarde la joven comprendió que se había excedido; tirano o no, Nícolás Kirgyakos era su patrón y le debía respeto.

## Capítulo 5

La tercera semana de trabajo transcurrió sin novedad para Alicia, no había vuelto a ver a su jefe ni de lejos, aunque sabía que seguía muy de cerca su desempeño en la biblioteca, porque de vez en cuando encontraba anotaciones en su cuaderno que aclaraban las dudas que pensaba buscar más tarde por internet. Tenía la certeza de que era él porque ya había corroborado con Mati que era su letra; no podía ser de otra manera, solo él gozaba de la autoridad y sabiduría suficiente para revisar sus avances.

Sus obligaciones le encantaban, pero su vida se había convertido en una pesada rutina. De ocho de la mañana a cuatro de la tarde trabajaba arduamente en la biblioteca, luego hacía quince minutos de comida rápida y después se encerraba en su habitación para conectarse en línea y tomar sus clases.

El moderno sistema de estudios era una novedad que tenía sus complicaciones, aunque siempre existía la opción de acudir al plantel central a disipar sus dudas con el personal asignado para ello.

Para el viernes por la tarde, Alicia se sentía agotada física y mentalmente; la extenuante tarea de ordenar los ejemplares de la vasta biblioteca, en un incansable subir y bajar por las escaleras cargando armatostes de varias libras, y después tomar sus clases frente a la computadora portátil hasta buenas horas de la noche estaban minando su energía y su apariencia saludable.

—Buenas tardes, soy Alicia Suárez, hablo para confirmar mi cita de hoy con el licenciado Marcelo Ríos a las diecinueve horas —notificó

con precisión a la recepcionista en turno de su universidad.

La voz amable le pidió que esperara en la línea, seguro para revisar la agenda, y segundos después de ratificar los datos y comprobar que no requería de otro servicio se despidió de ella.

—¡Tiranos! —llamó con una gran sonrisa luego de una ducha reconfortante. Por fin se había decidido por un nombre para su exigente mascota y ninguna opción le había parecido tan apropiada para la copia felina de su jefe. A pesar de su limitado tiempo se sentó en la cama junto al hermoso animal y lo tomó entre sus brazos para acariciarlo y admirar sus impresionantes ojos, que tanto le recordaban a otro par igual que aparecían con frecuencia en sus sueños—. Sí, sí. Sé que últimamente no te he consentido lo suficiente, pero alguien tiene que trabajar para traer comida a la mesa, así que no me reclames tanto. Yo también quiero que me acaricien, me mimen y me cuiden... ¡Estás loco, Tiranos! No estoy hablando de él —rio pensando que hasta para el gato debía sonar como una loca.

—Pase, por favor —invitó una voz agradable, del otro lado de la puerta del cubículo justo a la hora acordada.

—Buenas tardes —saludó. Un hombre rubio y guapetón, de unos veintiocho años, levantó el rostro de sus apuntes y le brindó una gran sonrisa de bienvenida—. Soy Alicia Suárez, su cita de la siete —extendió la mano y le devolvía la sonrisa.

—Hola, yo soy Marcelo Ríos, tu mentor. Hazme el favor de sentarte y dime cuál es tu problema. —Como todo un caballero, el hombre se puso de pie en espera de que tomara asiento.

—Gracias. Resulta que no es uno, sino varios —dijo con timidez—. Traigo conmigo una lista de las dudas que se me han presentado en la última semana, espero que no sea mucho pedir para esta ocasión —concluyó ruborizada.

—No te preocupes por eso, si no lo cubrimos todo hoy, terminamos mañana o el lunes, todo depende de ti.

Dos horas y media después...

—¡Basta por hoy, Alicia! Es obvio que estás agotada. —El académico declaró cuando vio su rostro desencajado palidecer—. Si gustas, mañana terminamos. Tengo disponible de las diez a la doce del mediodía —comentó al tiempo que consultaba su agenda.

—Mañana trabajo y salgo a la una de la tarde... —habló con pesar y al segundo reprimió un significativo bostezo.

—Entonces lo dejamos para el lunes. ¿Te parece bien? —sugirió amable.

—De acuerdo —aceptó con la molesta impresión de que olvidaba algo importante.

—¿Traes auto o van a venir por ti? —Marcelo se dio a la tarea de guardar sus cosas personales en el portafolio, que siempre traía consigo, mientras se interesaba en la pupila.

—No, pediré un taxi, ya no alcanzo el autobús a San José —comentó pensativa—. ¡Oh, no! El lunes tengo mi primera evaluación en línea... ¿Cómo pude olvidarlo? —se recriminó contrariada.

—Entiendo —comentó Marcelo como buscando un buen arreglo. Luego tomó las manos de la chica para descubrir su cara y brindarle una gran sonrisa—. Tengo la solución a tus dos problemas —comentó con una expresión de vendedor de quitamanchas, milagroso.

—¿Mis dos problemas? —repitió confundida, pero a la vez divertida por el chispeante humor de su mentor.

—Sí. Las dudas pendientes para tu examen y tu transporte a casa. Yo te llevaré —declaró. Al ver que estaba puesta para rechazarlo, levantó una mano pidiendo tiempo para explicarse—. Justo ahora voy para aquel rumbo a llevarle un encargo a mi madre. De camino podemos terminar con la lista. —A Alicia no le quedó duda del genuino altruismo del hombre.

—Acepto. Gracias, Marcelo. —A petición del tutor, le llamó por su nombre de pila. ¡Qué bien se sentía de vez en cuando permitir que alguien la ayudara a hacer su vida más fácil!

Sin darle largas, Marcelo guio a la chica a su auto aparcado en el estacionamiento asignado para docentes y empleados.

¿Sería que tal vez su mentor podría auxiliarla con otras dudas que tenía, como por qué no se podía quitar de la mente el recuerdo de los besos y las caricias de Nicholas? El cansancio la hacía desvariar. De pronto una sonrisa débil apareció en su rostro somnoliento, que el tutor captó cuando se acomodaba a su lado en el asiento del piloto.

—Cuenta el chiste —invitó con mirada pícaro.

—No querrás oírlo —respondió en el mismo tono cuando el elegante auto negro arrancaba.

En el viaje de regreso a la mansión, Alicia no solo concluyó con su gran lista de preguntas y respuestas, sino que también se relajó y disfrutó de la compañía de Marcelo que a leguas se advertía que provenía de muy buena cuna: era fino, educado y sencillo y muy agradable. ¡Qué fácil resultó hablar y bromear con él! Ojalá todo el mundo fuera así de tranquilo y divertido. Quién sabe por qué se le vino a la mente su temperamental jefe.

—Por favor, detente aquí —pidió en cuanto estuvieron frente a la gran puerta de hierro forjado. Tendría que poner remedio a sus llegadas a la mansión si no se quería pasar los próximos once meses caminando trecientos metros del portón a la casa—. Aún no pido permiso para entrar en auto a la propiedad —aclaró apenada.

—Por supuesto que no lo haré, vienes rendida y, si no me equivoco, hay una distancia como de doscientos metros a la entrada.

—Trecientos —lo corrigió con una suave sonrisa.

—¿Lo ves?

Marcelo prácticamente arrebató de manos de la joven la tarjeta para activar la puerta de acceso y aceleró la marcha hacia el estacionamiento frente a la mansión.

—Si tienes algún problema, házmelo saber para aclararlo con tu jefe —sugirió con tono de lo que debería ser maestro regañón—. No te muevas —pidió antes de salir del auto y rodearlo con paso ligero para abrirle la puerta y ayudarla a bajar.

—Gracias, Marcelo ¡Eres un encanto! —declaró conmovida al tiempo que le ofrecía la mano de despedida.

—¡Vaya! Cuánta formalidad... —Con una graciosa elevación de cejas ignoró la mano y le plantó un beso en ambas mejillas haciendo que

se ruborizara de inmediato—. Tienes mi teléfono, cualquier cosa que necesites, llámame. Suerte con el examen.

Alicia miró el auto de Marcelo hasta que desapareció en la curva, después caminó a la puerta de servicio y entró arrastrando los pies. Tenía hambre, pero estaba tan cansada que prefería irse a la cama sin cenar.

—¡Sí que tu vida privada es activa, bibliotecaria!

—¡Cielos! ¡Qué susto me has dado! —De inmediato trató de ubicar en las penumbras de la habitación al dueño de la espectacular voz.

—¿Tu pelirrojo sabe que lo engañas con el tipo que te acaba de dejar? —Nícolás salió de las sombras y observó a la chica con algo más que censura en la mirada.

—No tiene por qué enterarse. ¿O tú se lo piensas decir? —¡Ups! Por regresar la pedrada no se dio cuenta de que empezó a tutear al patrón. Fingiendo una calma que no sentía, con paso firme se dirigió al interruptor de la lámpara.

—¡Ttttttt! Si no le bajas a tu ritmo vas a tronar... —Nícolás declaró tendencioso en tanto tomaba su barbilla para girar su rostro hacia la luz.

—Lo dices por experiencia propia, seguro. —Se soltó con brusquedad y caminó dos pasos hacia atrás.

Solo quería un vaso con agua. ¿Por qué tenía que aparecer el tirano justo ahora que no podía ni con su alma? Tratando de ignorar la fuerte presencia, abrió el enfriador para sacar la jarra de jugo de frutas.

—¿Qué me das a cambio de mi silencio? —Nícolás no estaba dispuesto a dejar el tema en paz, quería jaleo y ahí estaba la oportunidad.

El cuerpo de la joven se estremeció visiblemente al sentir su tibio aliento en la nuca, como había sucedido la vez anterior, y la anterior...

—Por lo visto, ya se está convirtiendo en una costumbre, tú y yo en la cocina. —Su expresión al igual que sus palabras tenían un toque cansino de cinismo.

Sin duda había cedido a la provocación de Nícolás; con su comentario estaba dando inicio al tercer episodio de la refriega. El

ver su arrogancia y su insoportable pose de divo le reafirmaban la convicción de que era un deber ciudadano bajarle los humos al cabrón.

—¿Si quieres podemos cambiar de escenario? —La mirada verde recorrió su cuerpo de arriba abajo, manteniendo en su rostro esa sonrisa de suficiencia.

Alicia por su parte analizó con aplomo los modos de Nicolás, en ellos no había tácticas de seducción, él iba por lo que quería convencido de que estaba en su derecho, confiado en el poder de su presencia y hombría para conseguirlo. Y vaya que había de dónde sacar, una rápida mirada por su atractivo rostro y bien estructurado cuerpo lo avalaban. Ahora mismo vestía una camisa de seda negra y un entallado *jean* del mismo tono que lo hacía parecer una preciosa pantera a la caza de su víctima, esperando el momento justo para saltarle encima y clavar sus colmillos directo en la yugular.

—¿Y cuál sería este? —Se recargó con soltura en la barra bebiendo con lentitud su agua fresca, lamiéndose los labios en el proceso.

—Mi alcoba, naturalmente. —Con mirada atenta y una sonrisa de lado seguía la lengua provocadora.

¿Excitación? ¡Esa era palabra de niños! ¡Lujuria cruda y pura era lo que se respiraba en la habitación! Alicia advertía cómo ese sentimiento se iba apoderando de su cuerpo y de su mente y amenazaba con hacerla olvidar el propósito del coqueteo con el rufián de su jefe.

—En verdad estoy interesada, Nicolás, pero me temo que este no es un buen momento; como tú mismo has dicho, vengo de... ¡tú sabes! —cortó con un gesto de perfecto cinismo—. Ahora me siento algo cansada. Me parece que tendremos que dejarlo para otro día. — De pronto su mirada azul se suavizó y su rostro mostró una expresión de inocencia, casi infantil, que aunado a las intensas sombras bajo sus ojos terminó por convencer al lado humano del depredador.

—De acuerdo, Alicia, solo te dejaré este recuerdito para que no olvides que tenemos una cita pendiente tú y yo. —Apoyó todo su peso sobre la chica, presionando su cadera contra la de ella. Sus

manos, sujetaron con firmeza el sorprendido rostro para estamparle un beso mitad promesa, mitad amenaza. Segundos después, desapareció en el interior de la casa entre las sombras de la noche.

Con el cuerpo temblando como gelatina y el corazón a punto de estallar, Alicia vio partir al sujeto más atractivo y tenebroso del planeta. ¿Cómo combatir al individuo y todo lo que le provocaba? Se respondió así misma usando la lógica: es cuestión de no olvidar que es otro hombre de los muchos que lidiaste en tu doloroso proceso de crecimiento mientras tu cuerpo de niña se convertía en el cuerpo de una mujer, recordó con la herida aún abierta.



## Capítulo 6

— ¿Marcelo? — Alicia dirigió la pregunta a su viejo celular en altavoz.

— Sí, diga...

— Hola, soy Alicia. Espero no ser inoportuna. Hablo para decirte que tengo un diez y eso fue gracias a tu ayuda.

— *Entonces hay que celebrarlo. ¿Quieres salir conmigo el sábado por la noche?* — Lanzado, como no era su estilo, el tutor se apresuró a solicitar antes de arrepentirse.

— ¿Salir contigo este sábado...? — repitió con el móvil colgado de su oreja porque empezó a fallar la bocina—. ¡Claro! ¿Dónde quieres que nos veamos? — respondió cuando estuvo segura de que ese día no tenía juntada en casa de Pablo.

— *Nada de eso. Ve pidiendo autorización a quien tengas que hacerlo para que me permitan pasar por ti hasta la puerta a las ocho de la noche. Te llevaré a bailar al Galo's.*

— ¿El Galo's? ¡Wow, cuánta elegancia!

— *No se merece menos la futura licenciada en Letras* — dijo en tono solemne.

— ¡Dios! Para eso falta una eternidad — rio con ganas.

— *Que yo te ayudaré a que sea leve... Ahora debo dejarte porque llegó mi cita. No se te olvide ponerte muy guapa para mí.* — Colgó sin esperar respuesta.

Alicia se quedó mirando el aparato sorprendida. Había llamado a su mentor para darle las gracias y terminó comprometida con él para una noche de elegante juerga. Ahora tendría que gastarse el pago de

toda su semana en comprar un vestido y calzado apropiado para la ocasión.

Nunca había ido a un sitio así antes y temía no saber escoger, pero había alguien que conocía el tema a la perfección, su profesional y mejor amigo. Pablo, era uno de los mejores fotógrafos de luminarias del país y, por si fuera poco, ex niño fresa de la respetable familia Jacobo; gente de mucho dinero y glamur de la región.

—Hola, bibliotecaria.

El monólogo silencioso de Alicia se vio interrumpido al escuchar la voz más sensual y provocativa del planeta justo debajo de ella. Por poco y se cae de la escalera. «¿Desde cuándo estará ahí», se preguntó sorprendida por no sentirlo llegar.

—Buenas tardes, señor Kirgyakos. —¡Dios bendito! Debería existir una ley que encerrara a todos los hombres que fueran una amenaza para la libido femenina.

—¿Señor Kirgyakos? ¿Ya no soy Nicolás? —preguntó desde su sitio donde se encontraba cómodamente sentado, admirando la vista de las largas piernas desnudas y..

—En horas de trabajo es mi jefe. —Alicia recordó que ese día había tenido la brillante idea de ponerse una minifalda color caqui y una camiseta negra, pegada al cuerpo, que acentuaba la curva de sus senos; después de todo, siempre estaba sola en la biblioteca. Era obvio que no debía dar nada por sentado en esa casa.

Decidió bajar del andamio y dejar de ser un espectáculo para el granuja que sonreía fascinado, pero primero dejó la pila de libros seleccionados en un peldaño de la escalera para no correr riesgos de hacer una escena de comedia por tener las manos ocupadas.

—¿Quieres que te ayude con eso?

—¡No! Gracias. —Aún no terminaba de hablar cuando sintió dos grandes manos que la sujetaron por la cintura para bajarla en vilo los últimos cuatro escalones—. Gracias —se obligó a decir alejándose de la poderosa presencia—. ¿Le puedo servir en algo? —Al ver que la sonrisa se hacía amplia y sus verdes ojos brillaban con picardía, se arrepintió de la selección de sus palabras.

—¡En mucho! Por eso estoy aquí, Alicia... —La intencionada

inflexión al hablarle hizo levantar la mirada *ipso facto* para descubrir el regocijo masculino al verla nerviosa por su causa—. Presumo que ya estás más descansada, porque te veo mejor semblante —mencionó acariciándola con la mirada.

—Sí, señor —dijo suspirando. Imposible no barrerlo de pies a cabeza con esa pinta de modelo recién salido de las pasarelas, enfundado en un fino traje oscuro, seguro, hecho a la medida. En contraste con la chaqueta y su bronceada piel, vestía una inmaculada camisa de seda blanca y una corbata estampada de varios colores.

—¡Excelente noticia, bonita! —«¿Ah, sí...? ¿Cómo por qué?», se preguntó maliciosa.

Alicia observó con la garganta seca cómo el indolente hombre caminaba lento alrededor de ella con la mano en su cuello, deshaciendo el nudo de la corbata; hipnotizada con esa mirada de depredador que ya conocía de sobra en sus felinos ojos.

—No me ha dicho qué se le ofrece —preguntó casi en un susurro, al tiempo que retrocedía para colocarse detrás del escritorio, escudada en la pila de libros y papeles en turno de registrar.

—Sabes de sobra por qué estoy aquí, pero, si prefieres que te lo deletree..., ¡VENGO A HACERTE CUMPLIR TU PALABRA! ¡YA ESPERÉ LO SUFICIENTE! —Nicholas se arrancó la corbata del cuello y la tiró en uno de los sillones antes de darle alcance y sujetarla por la cintura para pegarla a su cuerpo con fuerza.

Sin atinar a nada, Alicia miró la cara del hombre con los ojos abiertos de par en par, enmudecida ante la fuerte presencia, extasiada por la dureza de su pecho y vientre y la firmeza de sus piernas que la mantenían presionada contra el mueble. Había llegado la hora, decía él ¡Pues entonces manos a la obra!

Literal, subió las manos con pereza por los esculpidos músculos de los muslos, sin apartar la mirada del rostro serio, y las detuvo fracción de segundos en sus caderas, entonces lo vio tragar gordo y sintió su vientre contraerse, pero sin mover un solo músculo de su cara. Segura de sí, arrastró las manos por el tórax y las dejó descansar sobre los bien formados pectorales, que se dio el lujo de delinear de camino a los anchos hombros que despojó de la chaqueta, ahora con

la mirada puesta en sus carnosos labios entreabiertos.

Algo más que la sed de justicia la impulsaba a los brazos de Nícholas, lo sabía, lo entendía y lo aceptaba, por eso tenía que reforzar su firme propósito de darle una lección que nunca olvidaría el arrogante hombre.

Alicia sentía cómo el poder del deseo la inspiraba a seducir a su jefe con una actitud ajena a ella, pero que estaba disfrutando como el niño que saborea por vez primera un cono de nieve.

—¡Me embriaga el aroma de tu piel, Nícholas Kirgyakos! ¡Mmm! — En la punta de los pies se acercó para inspirar con fuerza, perdida en la garganta masculina. Por completo despojada de vergüenza y prudencia, aspiraba su aroma con un suave ronroneo y colgaba los dedos pulgares en las presillas traseras del pantalón de él. Era su plan maestro para bloquear los movimientos de los fuertes brazos con su propia ropa a medio quitar... —¡Dios! Cómo me gustas, jefe. — Con movimientos sensuales tallaba su vientre sobre la entrepierna endurecida del hombre y sus labios provocativos iban dejando un reguero de besos alrededor de su boca, sin tocarla.

Nícholas, empeñoso, movía su rostro tratando de capturar los labios fugitivos sin éxito. La chica lo tenía a mil con solo promesas y fajones que lo estaban llevando al límite de su resistencia.

Sin mucho esfuerzo, el caliente hombre finiquitó el enloquecedor juego para cargar en brazos a la mayor incitadora de la historia; la llevó al sillón próximo decidido a quitarse las ganas de una vez por todas.

—¡Bésame, Alicia! —exigió con voz enronquecida y mirada turbia por el deseo.

Alicia, traviesa, echó un vistazo a su reloj de pulsera y declaró con cantarina voz: Cuatro menos cuarto... ¡Como ordene, jefe! —Al tiempo que hizo la declaración, ejecutó con gracia el saludo militar de visera, luego levantó la cabeza para sofocar la áspera queja con un superficial pero ruidoso beso, cumpliendo así con el mandato del patrón en su jornada laboral, pero al sentir la deliciosa textura se regresó a repetir el acto con la timidez de una niña. Solo bastó un segundo para permitir que su anhelo de experimentar de nuevo las

turbulentas emociones ganara la batalla, dejándose seducir por la maestría en los brazos de un hombre de la talla y mundo de Nicolás Kirgyakos.

¡Pobre ilusa!

—¡Yo no soy un niño como con los que sales, Alicia! —aclaró con mirada fiera, luego, con una ansiedad poco común en él, cubrió con toda su anatomía la delicada figura.

Al penetrar con su lengua el interior de la boca femenina, sintió claro cómo eran desatados los deseos contenidos por días, desapareciendo de su mente toda cosa que no fuera la necesidad imperiosa de moldear con todo su ser el delicioso cuerpo de la chica hasta convertirlo en barro entre sus dedos.

Alicia se sentía dentro de una espiral de emociones que la iba despojando de cada nota de conciencia para entregarse en materia, mente y espíritu a disfrutar el erótico momento.

—¡Cielos! ¡Cómo te deseo, bonita! —Nicolás jadeaba dentro de su boca. Sus manos recorrían su silueta desde los elevados montes hasta las redondas curvas de sus caderas, apartando con impaciencia toda tela a su paso—. ¡Mmm! ¡Tu piel se siente como la seda!

Alicia también quería sentirlo a él. Con dedos torpes sacó la camisa de la cinturilla del pantalón y metió las manos bajo la prenda para sentir su suavidad y tibieza y el poder de los músculos de su espalda. Un lánguido gemido denunció su gozo demencial. Estaba tan sumida en el cúmulo de emociones que no supo distinguir si era su garganta o la de Nicolás la que resollaba.

—¡Mmm! —Esta vez sí distinguió su voz al sentir cómo los labios masculinos succionaban sus pechos con una maestría que hacía que sus oídos zumbaran—. ¡Por favor, no pares!

No sabía qué la enloquecía más, si la boca maestra horadando sus pezones o la rígida hombría tallando su femineidad. Alicia saboreaba a manos llenas lo que experimentaba su ser, era algo que crecía a pasos agigantados en su interior amenazándola con hacerla perder la cordura por su grandeza.

—¡Nicolás! —Un gemido intenso escapó de su garganta—. Siento como si mis entrañas fueran a estallar... ¡Oh, cielos! ¡Qué deleite! Si

estoy agonizando, con gusto moriré por experimentar esto siempre —expresó con honestidad, pero sin olvidar que le hablaba a alguien que era poco menos que su enemigo.

El músico estaba embrujado por el estilo de la chica; en el sexo era deliciosamente auténtica, franca, toda frescura y belleza de inexplicable pureza, como las flores de los campos, a pesar de su innegable mundo.

Era la primera vez que experimentaba esta dulce tortura, estaba en verdad impaciente por concluir el trámite y adentrarse en el vientre de la chica, solo así recuperaría el control de su mente para gobernar de nuevo a su cuerpo, entonces retornaría a su organizada vida, su trabajo y su invaluable sosiego.

Con movimientos precisos, Nícolás metió la mano bajo la falda para deslizar la sexi braguita rosa que había admirado minutos atrás; sin perder más tiempo llevó los dedos a su entrepierna para evaluar el estado del platillo principal del tan anhelado festín.

—¡Estás lista para mí! —Las palabras escaparon de su garganta como una ardiente plegaria.

En cuanto sintió la invasión a su sexo, Alicia perdió por completo el control, entre gemidos y jadeos elevó su vientre buscando mayor contacto. Sus sensuales locuciones iban en aumento, al igual que el cadencioso vaivén de sus caderas.

—¿Te gusta esto, Alicia? —Nícolás preguntó con la innegable satisfacción de la víbora del Edén al salirse con la suya. La apasionada reacción de la chica lo tenía atrapado en una espiral ascendente, recreándose como nunca con el placer otorgado, enajenante, demencial, como si su hombría ya la estuviera poseyendo.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí!...

El timbre incesante de un teléfono cercano se mezcló con los gemidos y jadeos de la embrollada pareja, que suplicaba por un milagro para que desapareciera el inoportuno sonido de la candente escena.

—¡Maldita sea! —El exabrupto emergió como gruñido salvaje, pues el milagro no sucedió y Nícolás se vio obligado a salir del poderoso

interludio para resolver el dilema. El sonido provenía del teléfono portátil que traía dentro del bolsillo de su pantalón. Con movimientos bruscos manoteó el aparato y se deshizo de él enviándolo por los aires al sillón contiguo.

—¡Nícolas! —Temerosa de que desapareciera la magia del momento, Alicia sujetó la mano diestra y la volvió a su sitio para obligarla a seguir con su tarea. Se sentía suspendida en un hilo hacia el sublime viaje a la incoherencia de algo que no conocía, pero que prometía ser una experiencia colosal.

El hombre volvió sus ojos al rostro afligido de la chica decidido a continuar con su deliciosa encomienda, cuando el aparato inteligente conectó el servicio de buzón en altavoz, que seguro había activado sin darse cuenta.

—*¿Dónde te metes, papito? Te estoy esperando en nuestro nidito de amor, así como me lo pediste, desnuda entre pétalos de rosas... ¡Nuestro vino favorito se está enfriando, pero yo te aguardo caliente! ¡Te deseo, Nick, ya no me hagas esperar!*

—¡Oh, cielos! ¡Oh, cieelos... —Por cosas del azar o del destino, Alicia se deshizo al mismo tiempo en jadeos y convulsiones al experimentar un devastador orgasmo entre los dedos de Nícolas Kirgyakos.

El descolocado hombre miró con azoro el rostro ruborizado de la chica al escucharla explotar entre gemidos apasionados y estremecimientos de placer del más puro erotismo sexual, en tanto él se encontraba fuera de lugar en una situación casi cómica.

Pero su dilema no habría de durar mucho tiempo. Con lágrimas enfriando su rostro y la cordura su cuerpo, Alicia se tumbó el pesado cuerpo que la oprimía para levantarse, recuperar su ropa íntima y salir corriendo de ahí con lo poco que le quedaba de dignidad, pidiéndole a Dios que Nícolas no la detuviera y que se abriera el piso de camino a su cuarto.

—¡Alicia, espera! —se escuchó la voz áspera; no podía dejarla marchar así—.

¡Wow! ¡Qué intenso! —dijo el estremecido hombre dejándose caer en el sillón. Ya tendría luego la oportunidad de componer la

catástrofe, porque seguro estaba que no dejaría ir a la dinamita que tenía en su casa sin prenderla de nuevo, solo que en la próxima ocasión se cercioraría de que explotara con él dentro de ella—. Definitivamente será toda una experiencia... —Con una gran sonrisa de anticipación, se llevó las manos al revuelto cabello y luego a la entrepierna para apaciguar sus ansias insatisfechas. Nicolás no volvió a recordar a la despampanante morena que lo esperaba desnuda y ansiosa del otro lado de la isla.



## Capítulo 7

Después del desastroso fracaso en la «misión» en contra de su jefe, Alicia se encerró a piedra y lodo en su habitación para darse una ducha extrema con la que pretendía sacarse la vergüenza que la torturaba sin piedad. Por media hora se talló la piel como si con eso pudiera borrar la intensa experiencia vivida momentos atrás.

¡JAMÁS! ¡Jamás había sentido algo parecido! Todo se le había salido de control. En su plan de batalla nunca había estado convertirse en la amante de ocasión del tirano mujeriego. Se suponía que ella solo daría un escarmiento al hombre sin salir perjudicada.

—¡Tonta! ¡Tonta! ¡Mil veces tonta! —se repetía sin piedad. ¿Cómo pudo pensar que podría con un hombre de mundo como Nicolás Kirgyakos? Ella, una simple bibliotecaria sin experiencia, sin familia, sin nada...

Resuelta a pasar la penosa página, se arregló para ir en busca de su amigo Pablo; él era un bálsamo para sus heridas y le ayudaría con sus compras para la noche de copas con su guapo tutor. Eso tenía que valer.

—Gracias por acompañarme, Pablito. —Alicia se apretó a su costado y juntos caminaron de regreso al auto; en su mano libre portaba una bolsa que guardaba el contenido de su ganancia de ¡tres semanas de arduo trabajo! en especie, traducida en un caro vestido de noche, un par de preciosas sandalias, una cartera de pedrería, un par de aretes de bisutería fina y un sexi conjunto de ropa interior que su amigo insistió en comprarle.

—Es un placer, preciosa. —El brazo que descansaba en sus hombros la oprimió cariñoso—. Quiero que sepas que mandé a investigar al famoso maestrillo ese y resultó un buen tipo. Así que trata de disfrutar tu noche, princesa, nadie más que tú se la merece.

—¿Hablas en serio, Pablo? —Alicia se alejó lo suficiente para poder ver el rostro pecoso con azoro.

—Sí. Es mejor que tener que rescatarte luego. ¿No piensas igual? —Después de ayudarla a acomodarse en su asiento, rodeó el auto guiñándole un ojo con picardía y esa sonrisa de niño travieso que lo caracterizaba.

—El sábado, después de tu trabajo, deberías venir a vestirme aquí para que Ray te pueda arreglar el cabello. —Más tarde, cuando cenaban tranquilos en casa, Pablo insistió con su idea.

—¿Tú crees que pueda? —preguntó entusiasmada. En esa época era temporada alta y la estética de Ray estaba al lleno total. También debía recordar avisar a Marcelo del cambio de planes para que la recogiera en el depa de su amigo.

—Para ti siempre. Ali, tienes una hermosa cabellera, pero el vestido exige un arreglo distinto a tu inseparable cola de caballo —opinó conector de la moda y belleza de la mujer.

—¡Como te quiero, Pablo! —Perdida en su amorosa sonrisa, soltó el llanto.

—¡Eah! ¿Y esas lágrimas que significan? ¡A ti te pasa algo! —aseguró con su rostro entre las manos para que enfrentara su seria mirada.

—De verdad que no. Tal vez sea que, desde que vivo en «el castillo», me siento un poco sola. También ando en mis días... —concluyó luego de refugiarse en sus brazos para dejarse consentir, convencida de que hacía lo correcto al no confiarle sus penas reales; minutos después se quedó dormida.

—Ali, Ali. Despierta, cariño, es hora de que te lleve a tu trabajo.

—¡Nooo! ¡Déjame, Pablo! —¿Pablo? Alicia se enderezó como un rayo para descubrir que se encontraba acostada en la cama del cuarto de huéspedes de su amigo—. ¡Demonios! ¿Qué estoy haciendo aquí?

—preguntó dando vueltas por la habitación sin saber qué hacer.

—Te quedaste dormida, primor, y como estabas tan cansada no tuve corazón para despertarte —respondió convencido de que había hecho lo correcto.

—¿Qué día es hoy? —preguntó desorientada. «¡Dios, que sea domingo, por favor!», suplicó para sí.

—Es viernes, preciosa —respondió con una sonrisa de extrañeza—. Si te llevo ahora mismo estarás a tiempo para la hora de tu entrada a trabajar —comentó con tranquila lógica, ignorante de la batalla campal dentro de la rubia cabeza.

—Claro. —Ciertamente se sentía como nueva y eso que le valiera para la regañada si alguien se había dado cuenta de su ausencia—. Gracias, querido, dormí como un bebé.

Cuarenta minutos después llegó a su cuarto sin novedad en el trayecto, rápidamente se dio un duchazo y se dirigió a la biblioteca para iniciar el nuevo día justo a las ocho de la mañana.

Apenas habiendo entrado a la biblioteca, Alicia vio abrirse la puerta de golpe, como si un torbellino la hubiera seguido en el trayecto.

—¿De dónde sacas que este es un hotel y puedes llegar a la hora que se te pegue la gana? —Nícholas cruzó la habitación a grandes zancadas, echando chispas verdes por los ojos.

—Nunca he supuesto semejante cosa, señor Kirgyakos... —Pensaba darle una explicación, pero calló de pronto al enfrentar la furiosa presencia a un paso de ella.

—¿Dónde estuviste toda la tarde de ayer? ¿Con quién pasaste la noche, Alicia? —preguntó sujetándola de los brazos con fuerza.

Nícholas se había hecho el propósito de controlar su genio, pero de solo ver el saludable aspecto de la joven sentía que la sangre le hervía. Él, que tontamente se preocupó pensando que algo malo le había sucedido... Seguro se había revolcado hasta el amanecer, por eso no regresó en toda la noche y tampoco respondió sus llamadas.

—¡Suélteme! ¡Me lástima! —pidió con mirada afligida.

—¡Aaaj! —Frustrado la liberó y se volvió para alejarse unos pasos de ella—. Creí que había hablado claro acerca de las cláusulas del

contrato, especialmente en el punto de vivir y dormir en la mansión por el tiempo estipulado —aclaró con las manos en jarras y una profunda exhalación en su esfuerzo por recuperar el control.

—¡Es una cláusula ridícula! No pasé la noche aquí y, sin embargo, he llegado a tiempo para iniciar mis labores. —«Gracias a Pablo que me despertó, sino aún estaría dormida», pensó, pero eso no le impidió enojarse y levantar la voz.

—¡Sí, es verdad! ¿Pero en qué condiciones es eso, Alicia? Seguro desvelada y agotada de una noche de sexo salvaje. —No sabía por qué, pero era una tortura de solo imaginarlo, por eso necesitaba desfogarse. Sus pies insurrectos lo llevaron de nuevo junto a ella para sisearle al oído de forma peligrosa, sin tocarla—. Como tú misma dijiste, te pago lo suficiente bien para obtener a cambio un trabajo de calidad y dudo que alguien en tus condiciones lo pueda hacer.

—¿Por qué no le ponemos remedio a esto, señor Kirgyakos? ¡Despídame y asunto arreglado! —Los azules ojos brillaban de furia. Ya se estaba cansando de la actitud medieval del arrogante tirano—. Mejor aún —le gritó a la cara—, ¡grandísimo hipócrita! Renuncio —«Demonios», pensó al segundo de dejar salir la hiel. No pudo detener a su subconsciente.

Decidida a quitarse de enfrente, Alicia se alejó del embravecido hombre con paso ligero rumbo a la salida, le urgía eludir las consecuencias de su conducta irreverente.

—¿A dónde vas tan apurada, preciosa?

—Solo voy al baño. —¿También el hombre era atleta? El muy maldito estaba obstruyéndole la puerta con su enorme figura y ¿una sonrisa divertida?

—Por esta ocasión te salvó la campana, pero la próxima vez que se te ocurra sublevarte me va a importar un carajo mis pendientes y tus necesidades —declaró controlado después de consultar la pantalla de su celular, que estaba timbrando en ese momento. Con una última mirada de advertencia respondió la llamada y se marchó de la habitación como un torbellino arrasador.

Alicia se quedó mirando al vacío tratando de entender qué pasaba entre ella y su jefe. ¿Cómo era posible que un hombre importante,

poderoso y ocupado invirtiera tanto tiempo en ella? ¿O era así con todos los empleados que no se sometían a sus reglas? De suerte que «solo» le quedaban once meses por delante para averiguarlo.

—Pase. —Alicia levantó extrañada el rostro del libro que catalogaba cuando tiempo después tocaron a la puerta de la biblioteca. ¿Dos visitas a su santuario en el mismo día?, «sí que estoy de suerte», se dijo con cinismo.

—Hola, muchacha... ¿Qué tal el trabajo?

—¡Señora Mati! ¡Qué milagro que viene por acá! —Era la primera vez después de casi cuatro semanas de trabajo que la dama aparecía en la biblioteca.

—Vengo a hacerte una atenta invitación de Nicolás para que cenes con nosotros hoy. —La mirada sabia no perdía detalle en los cambios de expresión en el rostro de la joven.

—¡Oh, vaya! ¡Qué sorpresa! Me imagino que esto es un poco inusual. —No trató de ocultar sus dudas, sospechaba que su tirano jefe algo se traía entre manos.

—Nick emprenderá una corta gira de trabajo a partir del lunes y estará toda la semana fuera. Quiere ver contigo varios asuntos antes de irse. —Mati por supuesto que no se creía el cuento, pero le convenía enterarse cómo andaban las cosas entre esos dos—. A las diecinueve te esperamos en el comedor principal, querida.

Eso le daría escasas dos horas de clases en línea al terminar su jornada laboral, calculó la chica, porque, aunque no le pareciera, tendría que arreglarse para la «cena de trabajo».

## Capítulo 8

A las siete menos cinco, Alicia se encontraba de camino al gran comedor enfundada en un blusón de seda azul cielo, que rara vez se ponía, combinado con su único pantalón de vestir de *lycra* negro; haciendo juego portaba un grueso cinturón y sandalias de charol negros con remaches color plata mate. De joyas solo llevaba un par de pendientes de pequeños brillantes que le había entregado el abogado de su difunta tía al cumplir los quince años de edad y que había sacado de la caja de seguridad del banco donde aguardaba por ella al salir de la casa hogar.

—Buenas noches.

—Buenas noches, querida —dijo Mati con sonrisa amable.

—Buenas noches, Alicia. Permíteme, por favor —secundó Nícolás en tanto la ayudaba a tomar asiento a su derecha en la imponente mesa de largo mantel blanco y dieciocho sillas.

—Gracias, señor. —Le dirigió una larga mirada a los increíbles ojos verdes, sin que pasara desapercibido el dato para la nana—. Usted dirá, jefe —sugirió con un dejo de exigencia por que entraran en materia de inmediato.

—Hablaremos de trabajo a la hora del café, ahora quiero disfrutar de la compañía y de la riquísima cena. —Nícolás había planeado lo mismo, pero cambió de opinión al advertir la urgencia de la joven por deshacerse de él.

En efecto, la cena estuvo exquisita. Alicia lo pudo constatar sin estar del todo segura de lo que había comido, gracias a la imponente presencia a un brazo de distancia. Mati y Nícolás mantuvieron una

amena conversación sobre el viaje en puerta, incluyéndola a ella cuando había que hacer alguna aclaración sobre el tema.

—Me parece que estamos siendo groseros, nana. Alicia no ha pronunciado palabra en toda la cena —Nícolás declaró con una sonrisa de lado y esa mirada de caleidoscopio que la fascinaba—. ¿Te gustó el carpaccio de vieiras<sup>[1]</sup>?

—Muchísimo —admitió con ganas de echarse un calvado a Google para investigar qué era eso—. Comí tanto que creo que no podré dormir esta noche —concluyó ruborizada y con la lengua suelta por el jerez que bebió para acompañar.

—El café te ayudará a hacer la digestión o, si prefieres, una copita de anís. —Cual víbora del edén, Nícolás decidió tentarla.

Por supuesto que al viejo lobo de mar no le pasó desapercibido el tono achispado de la chica. Le podía ser de mucha utilidad.

—Yo me retiro, de paso, avisaré en la cocina que les lleven el café a la salita. Los veo mañana. —Mati se sentía cansada, su cuerpo no daba más y ya había visto suficiente para sacar sus propias conclusiones.

—Que descanses, nana. —Nícolás ayudó a Mati a levantarse y le besó ambas mejillas con una indudable mirada de cariño.

—Hasta mañana, señora Mati.

—No se acuesten tarde —ordenó por toda respuesta con voz autoritaria.

Alicia analizó con interés el gran afecto que se profesaban su jefe y la nana. Todo parecía indicar que ella era la única mujer capaz de despertar en él un sentimiento de amor sincero.

—Por favor, toma asiento —indicó Nícolás en cuanto entraron a la habitación más pequeña y exquisita de la casa y, por lo mismo, intimidante, pues estarían demasiado cerca el uno del otro en un ambiente acogedor.

La chica seleccionó un extremo del sillón de tres plazas, al segundo llamaron a la puerta y entró Lola con el servicio.

—Gracias, Dolores, puedes retirarte —Nícolás le habló con deferencia a la mujer que cuidaba de la casa en sus largas ausencias—. ¿Café o una copa de licor? —preguntó a la empleada con una nota

de indudable reto.

—Café —respondió Alicia sin dudar—. Permítame que yo lo sirva, señor —se ofreció solícita poniéndose en pie sin esperar la respuesta. Necesitaba hacer algo para soltar el cuerpo que empezaba a engarrotársele por la tensión que le provocaba estar con él en ese ambiente tan familiar.

—Entonces otro para mí, por favor. Con una de azúcar si eres tan amable —aclaró aún de pie.

Alicia no levantó la vista cuando entregó la humeante taza, pero al rozarse los dedos sus ojos con voluntad propia se elevaron hacia la bella mirada. El tiempo se detuvo y ella soportó estoica el escrutinio detallado de su cara, pelo y cuello sin inmutarse.

—Gracias —Nícolás habló con voz profunda acariciando con los ojos las bonitas facciones frente a él.

Luego Alicia tomó asiento de nuevo y él le siguió el juego sentándose en el extremo opuesto del sofá. En una aparente calma, ambos bebieron el estimulante líquido como si estuvieran sincronizados.

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que he estado siguiendo muy de cerca tu trabajo —dijo el músico con absoluta seriedad como siempre que trataba temas de negocios—. Gracias a eso me he percatado de que, hasta el momento, siguen sin salir a la luz unos ejemplares de sumo valor que están mencionados en el testamento de mi padre y que aún no he podido reunir.

—¿Por qué no me lo mencionó antes, señor Kirgyakos? —Alicia preguntó con una nota de alarma—. De libros valiosos no sé mucho; los de la tía Adel eran comunes y corrientes, con el valor propio de su contenido, como solía decir ella. —Guardó silencio cuando se dio cuenta de que parloteaba como loro enjaulado.

—Estaba seguro de que, en cuanto empezaras a poner orden en la biblioteca, aparecerían. Ahora que tienes bien definida la clasificación y empiezo a ver los pies y la cabeza, es tiempo de localizarlos. —Nícolás se corrió en el sillón para depositar su taza vacía sobre la mesita central, quedando a medio brazo de distancia de la joven.



—Si me da más información, pondré especial cuidado en la tarea.  
—Alicia casi se atraganta al ver al atractivo hombre sentado tan cerca que podía ver con claridad los destellos ámbar alrededor del iris de sus ojos, la deliciosa forma de su labio inferior, la barbilla cuadrada sombreada por la barba recortada que dejaba ver la hendidura al centro, el vello oscuro que se escapaba por la abertura de la camisa y la tentadora forma de su entrepierna y muslos envueltos en el entallado vaquero azul...

—¡Alicia!

—¿Perdón? —¡Joder! Había sido descubierta con las manos... ¡corrección!, los ojos en la masa.

—Te decía que el lunes por la noche mandaré a tu correo electrónico los datos de los libros embarullados —repitió, a las claras divertido—. Incluso existen fotografías de una exposición de antigüedades donde fueron exhibidos —concluyó después de una pausa para cerciorarse de que lo seguía.

—Entiendo —Qué iba a entender nada si fluctuaba entre el bochorno y la tentación; el caso es que no lograba concentrarse en la importante información como debía.

—¿Sabes? ¡Tienes un hermoso pelo! —Dada la falta de interés por el tema, Nicolás dejó de esforzarse por cualquier cosa que no fuera la irresistible chica a su lado, los libros perdidos podían esperar. Con calculada intención tomó un mechón de su larga cabellera y se lo llevó al rostro para aspirar su aroma—. Hueles a primavera, dulce, fresca...

Alicia contuvo la respiración a la expectativa del siguiente movimiento de su jefe. Era una locura, estaba consciente de eso, pero se moría por una sola de sus caricias.

El hombre quería más que un puño de rubios cabellos; girándose sobre el asiento del sillón, quedó de frente a la chica con su pierna derecha flexionada entre los dos; su brazo descansaba como al descuido en el respaldo tras su cabeza.

—Bonita... ¡Quiero hacerte el amor! —dijo con voz enronquecida. Sus dedos se metieron entre la melena para acariciar la piel de la nuca con suavidad; luego de unos segundos de sensual masaje, la

sujetaron con firmeza para acercar su rostro al de él—. ¡Te deseo!

Nicholas posó su boca sobre los labios de la chica y, sin darle tiempo a replicar, se apoderó de su interior para someter a su lengua a un baile candente.

La mano de Alicia, en busca de apoyo, terminó descansando sobre la rodilla masculina; esta, con voluntad propia, avanzó con lentitud por el muslo, donde sintió la fuerza de los músculos al contraerse bajo la gruesa tela; cuando los dedos se toparon con la ingle, dejaron de avanzar, pero Nicholas los sujetó con firmeza y los colocó en su inflamada hombría, invitándola a que tocara con libertad.

—¡Nooo! —susurró espantada retirando los labios y la mano con brusquedad.

—¿Por qué? ¡Tú también me deseas! —reclamó con crudeza. Esta vez no se conformaría con un simple NO—. ¡Mírame, Alicia, y niégamelo en la cara! —Con dedos bruscos tenía sujeta su barbilla para obligarla a enfrentarlo.

—¿Qué pasa, señor Kirgyakos? ¿No puede resistir que alguien lo rechace? —Recompuesta contempló retadora la verde mirada. Ahora o nunca era el momento de mandarlo al carajo; si avanzaban, estaba consciente de que no podría detenerse.

—¡Ah! Ya veo —comentó con rostro inanimado—. No es así de sencillo como que te gusto y me gustas, ¿no es verdad? Déjame adivinar... —Con calculada actuación apoyó el codo en el filo del respaldo y se llevó el dedo índice a los labios—. Lo que tú persigues en realidad es lo que te puede ofrecer mi poder y mi dinero, por eso los NO que parecen SÍ —afirmó seguro de lo que hablaba. Con mirada desdeñosa tomó entre sus dedos uno de los pendientes de brillantes—. ¿Quieres que te complete el juego o quieres otra cosa?

—¿Qué tanto estás dispuesto a ofrecer? —Sin dejarse amilanar por la fiera mirada formuló la pregunta. Él había marcado el camino, solo era cuestión de armarse de valor y seguirlo.

—Ahora si ya nos estamos entendiendo, bonita —aseguró con su varonil rostro pétreo, igual que las esculturas griegas de sus antepasados—. ¡No te muevas! —ordenó antes de salir con paso resuelto de la habitación.

Alicia se llevó la mano a la garganta para contener a su corazón que pretendía salirse por la boca. Con la adrenalina circulando por su cuerpo a alta velocidad, observó a la escultural figura moverse con la gracia de un felino furioso cuando se le ha escapado su comida. ¡Perfecto! Ya era hora que tomara una cucharada de su propia medicina.

Demasiado ansiosa para permanecer sentada, se dirigió a la oscura vista que ofrecía la ventana de arco y levantó la mirada al cielo estrellado para orar a Dios, como siempre que se metía en líos. Pidió con fervor que su jefe no terminara estrangulándola en lugar de despedirla; ese era el plan A, fastidiarlo hasta conseguir que la dejara ir.

—¿Qué te parece esto?

Alicia pegó un brinco involuntario cuando la profunda voz se escuchó a su espalda y frente a ella vio oscilante un cheque por veinticinco mil dólares a su nombre.

—Si vendiera mi cuerpo no estaría aquí partiéndome el alma como bibliotecaria —comentó con un temple que estaba lejos de sentir al girarse del todo y encararlo con una cínica sonrisa—. Tendrás que esforzarte un poco y encontrar ese algo que me interese lo suficiente para meterme en tu cama, Nicolás Kirgyakos.

—¿No estarás sugiriendo que te pida matrimonio? —preguntó con un gesto de extrema crueldad en tanto hacía añicos el documento y lo tiraba al aire con desprecio, como si fuera una lluvia de insultos—. ¡Ni envuelta en oro serías lo suficientemente buena para mí, niñita! Ciertamente eres muy bella, pero nada que no pueda obtener a montones y gratis.

—Me queda claro, señor —dijo con voz controlada, pero por dentro temblaba como hoja seca en remolino—. Entonces le sugiero que busque en otro sitio quitarse las ganas, porque conmigo sí tendrá que dar algo a cambio. —Sin comprender ese sentimiento que la ahogaba dio dos pasos a la izquierda para que Nicolás no escuchara como se le partía el corazón en mil pedazos—. Si ya no tiene nada de trabajo que tratar conmigo, me gustaría retirarme, estoy bastante cansada.

—A partir del próximo lunes quiero que te dediques a buscar los

ejemplares extraviados de cuatro a seis de la tarde y a las seis en punto deberás enviar a mi correo electrónico tus avances diarios. Te aclaro que para mi regreso espero ver esos libros. Al final de la semana tendrás efectivo el pago de tus horas extras.

Nicholas la veía al rostro con seriedad de muerte, luchando por controlar su rabia; luego, con renovado rencor, la arrastró por la cintura para pegarla a su cuerpo con violencia.

—¡No sabes con quién te has metido, bibliotecaria! —sentenció. Levantó una mano y atrapó el cabello de su nuca en un puño—. Cuando lo descubras, ni tú misma te reconocerás frente al espejo —sentenció. Después de una larga inspiración la soltó, pero sin apartar su cuerpo del de ella.

Por último, la barrió de pies a cabeza con desprecio, sin importarle su opinión sobre las órdenes fuera del horario de contrato, luego se dio la media vuelta para marcharse de la habitación.

Alicia se quedó en medio de la sala temblando de pies a cabeza. Cuando pudo moverse se inclinó para recoger los trozos de papel esparcidos por el tapete, no quería que nadie sacara sus propias conclusiones de la relación entre la bibliotecaria y el patrón.

Desanimada arrastró los pies a su habitación. Nuevamente no había conseguido su despido. Ahora tendría que echar a andar su atrevido plan B, que no era otro que enseñarle una lección de humildad y respeto a su arrogante jefe.

## Capítulo 9

Por fin, sábado por la tarde. Alicia se sentía opaca y sin fuerzas ni motivación para salir con Marcelo, pero su palabra ya estaba empeñada, así que debía irse a casa de Pablo para la cita de belleza.

—¿Ya le enviaste tu ubicación a tu príncipe encantado?

—Sí ¿Sabes qué estoy recordando, Pablito?

—¿Mmm?

—Que no le pedí permiso a doña Mati para que el carruaje entre a dejarme a la puerta del castillo a mi regreso.

—Es lo malo de trabajar para una luminaria, querida, tienen más requisitos de admisión que Harvard. —Ray intervino con uno de sus comentarios chuscos—. No es tan grave, mamacita, piensa que el carruaje se va a convertir en calabaza justo en el portón y tendrás que llegar caminando al castillo.

—¡Qué ingenioso eres, Raymundo!

—Ya lo sé...

—¿Y si llamas ahora mismo a la nana para pedirle autorización?

—Se fue con Kirgyakos a Cancún y nos advirtió a todos que no estaría disponible.

—¡Ay, el nene necesita que lo cuide su nana! —Raymundo replicó de nuevo; en todo estaba, menos en el peinado de Alicia.

—No es que esté con él físicamente; el jefe viajó a Cancún donde lo espera su *jet* privado para la gira —explicó distraída—. Doña Mati aprovechó el aventón para visitar a su familia. En fin, ya veré cómo lo resuelvo —concluyó con un ademán para borrar el *chip*.

—Pues, si no pasas la noche con tu profe, te puedes venir a dormir

acá...

—¡Raymundo! Te pasas. Amaneciste insoportable de venenoso.

—No te preocupes, Pablito, esta nena no necesita que la defienda nadie —aclaró el estilista, que volvió al ataque.

—Efectivamente, mi Ray y, si sigues de pesado, te daré un revés que recordarás por una eternidad. Igualito al que le di a Nic... —Alicia calló de pronto al descubrir su indiscreción.

—¿Qué ibas a decir, Ali? —Pablo de inmediato se acercó al banco donde la peinaban y la miró con el entrecejo fruncido a través del espejo.

—Yo entendí perfectamente que se sonó a su je...

—¡Raymundo! —gritaron a coro Alicia y Pablo.

—Ya me callo —advirtió a tiempo el azuzador.

—Prometo que otro día se los contaré, chicos, ahora no quiero que nada me eche a perder la noche —aseguró decidida a pasarla bien en esa velada.

—De acuerdo, Alicia, pero ni creas que te escaparás de confesarme qué es lo que está pasando entre el ogro y tú, y te recomiendo que sea pronto —sentenció con seriedad.

—¡Sal de una bendita vez, mujeeer! —rogó Raymundo, dos horas después, desesperado por ver el resultado final de la transformación de Alicia.

—Denme un minuto —respondió la chica sofocada por los apuros.

Justo cuando Raymundo iba a gritar de nuevo, la chica apareció en el corredor deslumbrándolos como un rayo de sol de verano.

—¡Wow! —expresó Ray con grandes ojos.

—¡Mama mía! Estas despampanante, Ali —Pablo comentó alucinado.

—¡Espectacular! ¡Increíble! —agregó Ray recompuesto—. Pablo, apresúrate a tomarle las fotografías antes de que llegue el maestrillo —indicó con una enorme sonrisa de satisfacción mientras acomodaba los pliegues de la tela del vestido.

—¿Lista, preciosa? Serás la modelo más bella que haya fotografiado —Pablo aseguró en tanto ajustaba su lente y su improvisado

ayudante encendía las luces especiales.

—Chicos, ¿están seguros de que es buena idea? No soy nada fotogénica —argumentó Alicia con reticencia.

—Tú deja de preocuparte que esa es tarea del experto. Pablo es capaz de hacer que Quasimodo se vea guapo. —Los agrios comentarios de Raymundo convencían a la perfección.

—¡Gracias, público conocedor! —declamó el fotógrafo de forma quijotesca—. Siéntate aquí Ali y relájate, por favor. Solo sé tú misma. —Al instante el artista empezó a tomar una impresión tras otra transformado en el profesional que era—. ¡Eso, Ali! Sonríe, preciosa. Vamos por otra, cariño. Eres una modelo nata, linda. —Como era su costumbre durante las sesiones, motivaba a sus modelos para que dieran lo mejor de sí, pero en el caso de Alicia no se requería demasiado—. ¡Bien! Eso es todo, amor. De pie, Ali. Una más, hermosa.

El timbre de la puerta terminó con la sesión de fotos de manera inesperada, pues los tres estaban inmersos en el momento. Ray fue el primero en reaccionar para recibir al recién llegado.

—¡Cielos! ¡Estás guapísima, Alicia! Bueno, la verdad que eres muy linda siempre, pero ahora te ves... Te ves... —Como anclado en la entrada, Marcelo miraba a la chica sin atinar a cerrar la boca entre balbuceo y balbuceo.

—¡Increíble! Hola. Tú debes ser Marcelo, yo soy Raymundo y él es Pablo. Mucho gusto. —Con su estilo muy particular, Ray tendió su mano, que fue recibida de forma un tanto distraída por el hipnotizado catedrático.

—El gusto es mío —Marcelo respondió en cuanto pudo apartar la mirada de la chica—. ¿También son alumnos de la universidad virtual? —preguntó con curiosidad.

—No, yo soy estilista profesional. A la orden, en el edificio «Cristal». —Ray sacó una tarjeta de presentación de su bolsa cangurera, sin perder oportunidad de hacer publicidad.

—Y yo trabajo para una revista de modas, soy fotógrafo —agregó Pablo.

Raymundo y Pablo ya estaban bien establecidos en sus profesiones,

pero necesitaban acreditar la preparatoria, que por diferentes motivos habían dejado inconclusa. Fue ahí donde se conocieron y se hicieron amigos los tres.

Diez minutos después, Marcelo y Alicia viajaban rumbo al exclusivo centro nocturno, situado en la zona de prestigio de la isla, para dar inicio a la prometedor noche.

—¿Estás seguro de que me dejarán entrar? —Hecha un mar de inseguridades, Alicia se aferró al brazo de su profesor por miedo a perderlo entre la multitud abarrotada en la entrada del lugar.

—Tan seguro como que mi nombre es Marcelo Ríos y soy hermano de uno de los socios —respondió guiñándole un ojo con picardía.

—Eres increíble... Debiste habérmelo dicho antes, ¡malo! —reclamó fingiéndose disgustada.

—¿Y perderme la diversión? —preguntó al cruzar el umbral—. Tan tara ra ran —cantó con un pase de su brazo frente a la vista que se les presentaba.

Alicia no podía creer lo que contemplaban sus ojos, desde la alta escalinata observaba belleza y glamur por doquier. El lugar era enorme, con una sección al aire libre al fondo desde donde se podía apreciar el hermoso mar caribeño. La decoración era por demás impactante. Desde el alto techo colgaban arañas gigantes llenas de pequeñas luces que asemejaban cuentas brillantes y, por donde se viera, pendían cortinas luminosas del plafón, imitando finas cascadas con multitud de luces oscilantes. Básicamente, todo a su alrededor era cristal, luz y sonido.

Al final de la escalera, la pareja de inmediato fue conducida a un pequeño apartado con la pista al frente a cierta distancia, y de fondo grandes ventanales con el oscuro mar y el cielo tachonado de estrellas del otro lado.

—¡Marcelo, esto es hermoso! ¡Gracias por traerme! —dijo Alicia emocionada con un apretón a la mano que aún sujetaba la suya.

Jamás soñó con estar en ese lugar donde solo se encontraba gente rica y famosa. De hecho, a lo lejos creyó ver a una luminaria del cine mexicano y así se lo hizo ver a su acompañante.

—Es lo menos que se merece una belleza como tú, Alicia. —Pero él



solo tenía ojos para ella. Ante la mirada sorprendida de la chica, se llevó su mano a los labios para besarla con devoción, sin retirar su mirada gris de su rostro.

Alicia respondió con un intenso ruborizado. A decir verdad, se sentía gratamente adulada.

Después de un rato, y con ayuda de dos copas de fino *champagne*, se deshizo del sentimiento abrumador de estar en otro plan con un profesor y empezó a gozar de la noche. Poco a poco se fue relajando hasta permitir que la contagiara la euforia prevaleciente en el lugar.

—Ven, preciosa, vamos a bailar —invitó Marcelo, impaciente por tenerla entre sus brazos.

El catedrático resultó ser un excelente bailarín y, ahora que lo podía apreciar a sus anchas, Alicia reiteraba su impresión original de que su profe no estaba nada mal, sobre todo cuando vestía de traje. Marcelo había demostrado que tenía un gusto exquisito en lo que se refería a su ropa; ahora portaba un fino conjunto de chaqueta y pantalón en color hueso que le sentaba muy bien, acentuaba su atlética figura y su excelente porte.

A dos horas de su llegada al lugar, después de mucho baile, algunas copas de licor y excelente charla, Alicia se sentía exultante de energía y vivacidad y a Marcelo parecía pasarle lo mismo, pues había perdido por completo su estilo formal de maestro de escuela.

—¿Quieres conocer afuera? —invitó deseoso de un momento de intimidad con la hermosa chica.

—¡Oh sí, por favor! —Alicia se aferró a la tibia mano para no perder el rumbo a la salida trasera—. ¡Wow! Es como si estuviéramos en otro sitio —dijo admirada de la quietud del lugar con la hermosa música romántica de fondo. Por demás estaba decir que la vista del mar y la playa, solo iluminados por la luz de la luna llena, era espectacular.

—Esa es la idea. Tienes dos ambientes distintos para escoger. —Resuelto la sujetó de la cintura y tiró de ella para llevarla a un apartado rincón.

Alicia se sintió cohibida al observar cómo las parejas se gozaban cobijadas en las sombras sin detenerse a mirar a los otros ocupantes.

Marcelo se detuvo junto a la protección de la terraza, que a simple

vista no se distinguía por estar hecha a base de cristal templado y finos herrajes de acero inoxidable. Ahí la envolvió en sus brazos y la atrajo hacia él hasta hacer contacto cuerpo con cuerpo.

—Alicia, supongo que a estas alturas de la noche ya debes haberte dado cuenta de que estoy loco por ti. —Ante la visible consternación de la chica, le quedó claro que se había precipitado con su declaración—. Perdóname si soy tan directo, pero ya no soy ningún niño para andar con rodeos.

La sorprendida chica se empezó a sentir mareada, no supo si adjudicarlo a la inesperada declaración de Marcelo, o al tibio contacto de su cuerpo, o a la brisa del mar sobre su rostro; el caso es que su grado de embriaguez había aumentado lo necesario para permitirse el coqueteo con el guapo profesor, pero no lo suficiente como para ignorar que no dejaba de compararlo con el hombre que tenía su mundo de cabeza. Ahora miraba sus ojos, pero a su mente acudían un par de ojos verdes y elocuentes; miraba sus labios al hablar, pero recordaba unos rojos y carnosos que besaban maravillosamente; observaba el pelo castaño bien recortado y peinado, y a su cabeza se le venía el recuerdo de una melena negra y rebelde que despertaba los antojos de enredar los dedos en ella; aspiraba la picante loción en la blanca piel, pero su mente de inmediato le reproducía un embriagante y dulce aroma que enajenaba, pero lo que rebasaba totalmente su entendimiento era el hecho de verlo en cada hombre, como le estaba sucediendo justo ahora.

—¡Vaya! Quién hubiera dicho que el famoso Nícolás Kirgyakos vendría por aquí esta noche, y muy bien acompañado, por cierto. — Fascinado con su descubrimiento, Marcelo ni cuenta se dio del rostro de alarma de su acompañante—. La morena que parece querer comérselo es nada más y nada menos que Mar Dorantes, la modelo que está en boga. ¿De casualidad la mansión del músico no está por el mismo rumbo donde te llevé la vez pasada? —preguntó con los ojos achicados por el esfuerzo de escombrar en su cabeza.

—Vivo en su casa, trabajo para él, estoy ordenando su biblioteca.

## Capítulo 10

— ¿Cómo le estará yendo a nuestra Alicia? —preguntó Ray repantigado en el sillón, con los pies apoyados sobre la mesita central y rostro de aburrimento, cambiando de canal de televisión.

— Bien —respondió Pablo antes de poner la licuadora con la mezcla para preparar unas deliciosas margaritas.

— ¿Por qué estás tan seguro de eso, Pablito? —insistió a gritos para hacerse escuchar por encima del ruidoso aparato.

— ¿Por qué crees, Raycito? —le preguntó con un grito justo por arriba de su cabeza.

— ¡Madre de Dios! ¿Me quieres matar de un susto? —preguntó sobresaltado con las manos sobre el pecho.

— Lo mandé a investigar, Ray. Ya conoces el procedimiento. ¿Por qué preguntas?

— Por la sencilla razón de que se te olvidó comentarme lo que te dijo el agente Torres, tonto. —Pasado el susto, volvió a ser el hilarante hombre.

— El maestrillo es una blanca paloma y de muy buena posición. Es el dueño de la universidad virtual en la que está inscrita Ali y de familia de abolengo de la región.

— ¿Así como la tuya? —preguntó con una nota de resentimiento cuando recibía su copa escarchada.

— No. Como la mía no hay dos —respondió Pablo con un dejo de tristeza.

— ¿Cómo? —preguntó Marcelo con ojos redondos y la boca abierta

como puerta de zaguán.

—Así como lo oyes. Soy su empleada ¿Podemos irnos de aquí, ¡Por favor!? —Alicia pidió con las palmas unidas. Solo pensaba en desaparecer del lugar antes de que la descubriera Tiranolas Kirgyakos.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió Marcelo galante—. Volvamos a nuestra mesa —accedió seguro de que la chica debía sentirse incómoda de ver a su famoso jefe casi haciendo el amor frente a sus ojos.

—¡Pero qué tenemos aquí! Mi chica de la biblioteca —Sonriente, Nícholas se desprendió de las garras de la morena para interceptar a la pareja que cruzaba frente a ellos.

—Buenas noches, señor Kirgyakos. ¡Qué feliz coincidencia! Y yo que lo hacía a kilómetros de aquí... —Alicia no pudo evitar el sarcasmo al hablar.

—Lo mismo digo, señorita Suárez. —A propósito ignoró su tono y evadió las explicaciones—. ¡Hola! Soy Nícholas Kirgyakos y mi acompañante es Mar Dorantes —dijo dirigiéndose a Marcelo con la mano extendida sin desviar su mirada oscurecida de la gris.

—Mucho gusto. Yo soy Marcelo Ríos —respondió complacido de verlo de nuevo.

—¿Ríos? ¿Eres pariente de Renato Ríos? —Su rostro antes serio ahora mostraba genuino interés.

—Sí, es mi hermano mayor. Usted no me recuerda, señor Kirgyakos, pero yo era el niño latoso que los seguía por donde quiera cuando andaba de visita por la isla —comentó con una brillante sonrisa.

—Si te recuerdo. Por favor, llámame Nícholas —pidió afable, olvidado por el momento de la acompañante con cara de limón agrio—. ¿Tú también estás en el negocio de Galo's?

—No, mi giro es la enseñanza.

—Entiendo, eres el «hermanito bueno» —dijo casi para sí al recordar el mote que le tenía el tremendo Renato—. Eres el propietario de Enseñanza Río Virtual, si no me equivoco.

Aunque la conversación era con el catedrático, su mirada iba y venía de su rostro al de Alicia, como tratando de enviar a la chica

mensajes ocultos o eso le pareció a ella, que tal vez sufría de delirio de persecución.

—Veo que siguen en contacto mi hermano y tú... Pocas personas saben mi secreto —dijo sorprendido, pues hasta donde él sabía, el ahora músico no había vuelto por ahí en años.

—Tu secreto está a salvo conmigo y sí, Renato y yo seguimos siendo muy buenos amigos —aclaró con un toque de travesura en su mirada que cambió a elocuente complicidad cuando miró a su bibliotecaria. Vaya que la chica sabía moverse entre el dinero, la fama y el poder.

Para Alicia no pasó desapercibida la mirada maliciosa de su jefe, seguro se la imaginaba contando dólares en la billetera de Marcelo. Si supiera que ella desconocía tremenda información sobre su «humilde maestro» seguro no se lo creería.

—¿Aún viven en la finca de tus padres? Me gustaría pasar a saludar uno de estos días.

—¡Gracias a Dios, no! Renato y yo nos independizamos hace tiempo y vivimos aquí en San Miguel. Déjame darte mi tarjeta —ofreció atento al tiempo que buscaba la cartera en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Gracias, Marcelo. Mañana llamaré a Renato para planear una cita y te avisaremos para que nos acompañes.

—¿Amor, me llevas a bailar? —la morena intervino con exigencia cuando su móvil dejó de ser suficiente entretenimiento.

—De hecho, nosotros también vamos adentro —informó Marcelo tratando de quedar bien. Por suerte que no alcanzó a escuchar el rechinado de dientes de Alicia que estaba a punto de darle un puntapié por «nalga pronta», como solía decir la tía Adel.

—¿Qué les parece sin nos acompañan a nuestra mesa? —«Está hecho, el tirano ha echado sus garras sobre nosotros», pensó Alicia afligida.

—Encantado... ¡Oh, perdón, preciosa! ¿Estás de acuerdo? —Marcelo preguntó ruborizado al recordar por fin a su acompañante. «¿Que no estaba fascinado por mí?», se preguntó Alicia con desconsuelo.

—Como tú gustes está bien para mí —acordó con énfasis y una falsa sonrisa para que le quedara claro a su jefe que lo hacía por su

acompañante. No sabía qué pretendía, pero sospechaba que pronto se enteraría.

—Aparte de bella, inteligente. ¿No te parece, Nicolás? —Marcelo pasó un brazo posesivo por su cintura, como todo macho que delimita su territorio.

—Lo estoy descubriendo día a día... Con su trabajo —respondió venenoso.

—Gracias, señor Kirgyakos. No sabe cómo aprecio su opinión —reviró Alicia con una mueca de sonrisa que Marcelo alcanzó a observar con mirada de extrañeza.

—Por favor, pidan lo que gusten, yo invito —ofreció Nicolás en cuanto llegaron a su mesa, como todo correcto anfitrión—. Si nos disculpan, es momento de ir a la pista —dijo con un guiño de ojos, que por supuesto Marcelo festejó.

—¿Estás bien, Alicia? —preguntó el empresario. De pronto se le antojó que la chica estaba muy rígida en el sillón.

—¡De maravilla, Marcelo! —respondió ella con disimulado sarcasmo.

En cuanto tuvo la copa llena entre sus manos, Alicia se la bebió de un solo golpe; si iba a pasar el resto de la noche jugando al gato y al ratón con su jefe, era preferible que se preparara primero. El alcohol la animaría para seguir su sucio juego de poderes y para soltarle la lengua y no sucumbir a la pinta de modelo que traía encima. Desde su asiento Alicia lo veía moverse al son de la sensual música con una elegancia felina, mientras que la morena le tiraba con todo sin ningún recato.

Nicholas se veía espectacular con la «informal vestimenta», si se le podía llamar así al conjunto de chaqueta gris de cuadros muy finos y el entallado pantalón negro que lucía. Debajo se alcanzaba a observar una camiseta negra de cuello en U, que seguro le quedaba como guante a los músculos de su pecho y espalda. Dándole el toque clásico de sofisticación estaba el bello *foulard*<sup>[2]</sup> de seda negro con minúsculos cuadros verdes anudado a su cuello, que acentuaba el color de sus ojos de gato.

—Alicia, ¿no me dices nada acerca de lo que te confesé en la

terraza? —Marcelo se animó a retomar el tema para rescatar el momento de intimidad y entendimiento de momentos atrás, pero la confusión que manifestaron los azules ojos le dijeron que no estaban en el mismo canal—. De mis sentimientos hacia ti —aclaró acariciando sus manos con sutil insistencia para capturar su atención.

—Tú también me gustas mucho, Marcelo —lo dijo con sinceridad, aunque no le aclaró que le gustaba de forma distinta a la de él. Tal vez con el tiempo...

Marcelo se quedó satisfecho con su respuesta y no volvió a insistir. Alicia, por su lado, dirigió todos sus esfuerzos a ignorar la exhibición erótica de Nicolás y Mar al bailar, pero era imposible, de hecho, algunas personas los observaban con morbosidad, era obvio que ya habían reconocido al par de famosos y no dejaban de elucubrar.

—¿Me sirves otra copa? —pidió a su acompañante. «Tal vez la vista nublada ayude a la causa», se dijo con negro humor.

—Con gusto —respondió el hombre atento—. ¿Bailamos, preciosa? —invitó enseguida de que la vio sorber un largo trago a su bebida. «A este paso no llegará en pie a su casa», se dijo convencido de que algo seguía molestándola.

—¡Será un placer, mi guapo tutor! —Era hora de rescatar su noche especial y darle una verdadera oportunidad a Marcelo.

De camino a la pista, Alicia arrastró a su pareja lejos del jefe y su chica, de otra manera no lograría su buen propósito. La música era muy sensual y no tuvo que esforzarse demasiado por sentirse cómoda coqueteando con su profesor.

—¡Eres tan bella...! —declaró Marcelo con ardor. La temperatura se le estaba subiendo con sus sensuales movimientos y con ese vestido pegado al cuerpo que la hacía parecer una ninfa de las aguas. Sin poder contenerse la sujetó por las caderas y la pegó a su vientre evidentemente estimulado.

Alicia en respuesta se congeló, para remate apareció Nicolás y su crepitante morena junto a ellos, como por casualidad. No sabía qué le molestaba más, si la descarada conducta de la modelo o la forma en que el músico la utilizaba.

El colmo fue cuando, en un giro de la pareja, descubrió las manos de su jefe sobre el trasero de la modelo. Justo cuando sus miradas se encontraron, él la arremangó contra su cuerpo en tanto se mordía los labios y le guiñaba un ojo a ella.

El desvergonzado comportamiento le recordó a Alicia con dolor que sabía muy bien lo que Mar estaba gozando, pero no iba a permitir que el cretino se saliera con la suya y le arruinara su cita. Eso le hizo recordar que ella también estaba muy bien acompañada y para compensar su desconsideración decidió besar apasionadamente a Marcelo, que reaccionó de inmediato con una ferviente respuesta.

El intercambio de fluidos fue interrumpido cuando sus cuerpos se sacudieron con brusquedad ante el impacto con otra pareja de danzantes, que por supuesto resultó ser el arrogante Kirgyakos y su calenturienta damisela.

—¡Perdón, hermano! Esta belleza me hace perder el equilibrio —se disculpó Nícholas sin una pizca de sinceridad, según Alicia que bufaba por dentro. La frescura del hombre no tenía límites. Con gusto hubiera triturado con su tacón los pies de Marcelo por congraciarse con el enemigo al festejarle todas sus «gracias».

—¿Te importa si nos sentamos? Me siento un poco acalorada —casi suplicó a su pareja.

—Marcelo, necesito cruzar dos palabras de trabajo con Alicia antes de mi viaje del lunes, porque no creo que ella y yo vayamos a coincidir mañana —dijo tendencioso. El muy cabrón lanzó su broma de caballeros como si ellas no estuvieran ahí—. Baila con mi chica en lo que volvemos, ¿quieres? —Adelantándose a la protesta de Alicia, la sujetó del brazo con firmeza.

—Por mí no hay problema —dijo Marcelo después de mirarla con brevedad en busca de su forzada aceptación—. Te veo en un momento, preciosa.

No cabía duda de que su jefe sabía jugar muy bien sus cartas. Esa movida magistral, donde insinuó que tanto él como Marcelo terminarían la noche en la cama con sus citas, había terminado por echárselo a la bolsa. Ni su tutor ni Mar protestaron por el arreglo, hasta se podía decir que se sentían felices de cooperar con el bribón.



—Podemos hablar aquí mismo, señor Kirgyakos. —Alicia declaró al desprenderse de la garra que la llevaba de la mano, casi a rastras, como al niño que no quiere ir al dentista.

—No, Alicia, hablaremos en la terraza mientras bailas conmigo — indicó retomando el rumbo.

—No quiero —declaró con firmeza en cuanto el pertinaz hombre se detuvo en medio de otras parejas que danzaban muy amartelados. En definitiva, era una prueba que no estaba dispuesta a experimentar.

—¿Por qué no, bonita? Soy excelente bailarín —objetó con sarcasmo y sin importarle su opinión la envolvió en sus brazos y la obligó a moverse junto a él al ritmo de la sensual música.

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar para tu regreso? —Lo miró con el disgusto derramándose por sus azules ojos —. ¡Habla ya! —exigió al verlo desplegar una amplia sonrisa.

—Solo quiero felicitarte por tu certera elección. —Inclinó su gallarda cabeza para facilitar a la chica el contacto visual—. Los Ríos pertenecen a una de las familias fundadoras de la zona y cuentan con una fortuna bastante respetable. Sigue como hasta ahora y tendrás esa propuesta de matrimonio que resolverá el resto de tu vida. —La verde mirada era fría como las profundidades del océano.

—¿Y quién te ha dicho a ti que quiero atarme a un hombre de por vida? —preguntó con altanería. «Si esta noche no muero de un coraje, será por un grave caso de torticollis», pensó en un segundo de distracción al sentir el fuerte tirón en la nuca por tenerla doblada hacia atrás en su grado máximo—. Para cumplir con mis sueños y anhelos no necesito de eso, señor Kirgyakos. Solo la llegada de un hijo podría hacerme cambiar de parecer, pero eso no está entre mis próximos planes. ¿Quién quiere ataduras a los veinte años? ¡Por Dios! —enfaticó con un fuerte empujón de sus puños sobre el musculoso pecho; sus muñecas y cuello estaban resentidos por el esfuerzo.

—¡Excelente noticia! Entonces sigo en el juego —celebró ufano. Sus ojos destellaron ante la perspectiva y su sonrisa cruel se ensanchó.

Las imparables manos acariciaban la espalda desnuda hasta que la tentación venció y fueron a detenerse al final del escote, justo donde empezaba la deliciosa curvatura del trasero femenino. Con dedos

atrevidos Nicolás jugó con el borde de la tela hasta que logró que cruzaran la línea de lo permisible en público.

—Entre tú y yo no hay ni habrá nada que no sea una relación de trabajo —gritó furiosa sacudiéndose las atrevidas manos que la hicieron sentirse desnuda en medio de la gente.

—Eso no es lo que me pareció la tarde del jueves... Tú y yo estuvimos a un pelo de convertirnos en amantes. Sí lo recuerdas, ¿no? —aclaró con los dientes apretados, sofocado por el jaloneo. El recordatorio lo tenía afiebrado al punto de que no le importó incumplir con su primera regla de no hacerse notar sin sus guardas —. De hecho, literalmente hablando, hiciste el amor con mi mano.

Con el intenso forcejeo lo único que Alicia consiguió fue que las personas a los lados estuvieran atentas a ellos dos y que el contacto entre sus cuerpos aumentara de forma íntima, a un punto insostenible para sus débiles defensas.

—¿Cómo te atreves a mencionarlo, ¡canalla!? No eres un caballero —siseó con los ojos relampagueantes por la furia.

—Me temo que tienes la razón, preciosa. ¡Auch! —Nicolás abrió los brazos en cuanto sintió un agudo dolor en el empeine. Con un gesto mitad dolor, mitad diversión, se dobló para tallar la zona malherida en tanto veía cómo se le escapaba su brava bibliotecaria.

Echando humo por las orejas, de rabia e indignación, Alicia corrió hacia el interior del local dispuesta a marcharse sola si no encontraba pronto a Marcelo. Era indispensable poner distancia con su jefe antes de que pasara algo de lo que se arrepintiera el resto de su vida, ya bastante habían dado de que hablar el perverso Kirgyakos y ella en la terraza.

—Marcelo, por favor, llévame a casa, no me siento nada bien. — Como si él fuera el culpable de lo que le pasaba, le habló con brusquedad cuando lo interceptó saliendo del tocador para caballeros.

—¿Qué paso? ¿Tuviste algún problema con tu jefe? —le preguntó con rostro preocupado al tiempo que la guiaba a la mesa.

—No es eso. Creo que bebí de más. —Se tocó la frente con fingida pena por su inapropiado comportamiento.

—No te preocupes, preciosa. Tal vez, si te llevo a cenar algo, se te pase el malestar... —propuso amable levantando su rostro hacia él para perderse en la mirada azul.

—No creo. Me urge tomar un analgésico para aliviar la náusea — insistió con gesto afligido—. Perdóname por echarte a perder la noche, ¿quieres? —De reojo observó a su pesadilla acercarse a ellos con una sonrisa de lado—. ¿Me llevas a casa? —preguntó con voz melosa al tiempo que se apoyaba a lo largo del cuerpo de Marcelo y metía las manos por debajo de su chaqueta para tomarlo por los costados y acariciarlo con sensualidad.

—Yo hago lo que tú quieras, preciosa —balbuceó exaltado. Al segundo reafirmó con un suave beso en total sumisión.

—Veo que se preparan para retirarse —dijo Nicolás junto a ellos con la morena brillando por su ausencia.

—Alicia se siente indispuesta y la llevaré a casa —«Otra vez el comunicativo Marcelo...», quiso gritar la aludida cuando la ayudaba a colocarse el chal de seda sobre los hombros.

—Hermano, permíteme evitarte la vuelta a San José, justo ahora yo también voy por el rumbo.

—¿Y Mar? —Alicia brincó en cuanto escuchó la propuesta del demonio de hombre.

—Ella prefirió seguir la juerga en casa de unos amigos. Yo tengo muchos asuntos que atender mañana antes de mi viaje y no puedo desvelarme mucho —explicó con una sonrisa angelical, aunque por dentro disfrutaba como niño al derribar una a una las barreras que se levantaban a su paso.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero...

—Discúlpame que insista, Marcelo. —Esta vez su tono de voz fue autoritario—. La situación es que Alicia no podrá entrar sin mi ayuda. Me acaba de avisar el vigilante que el sistema electrónico del portón se averió —explicó con rostro serio.

—¿Y cómo entraremos? —preguntó Alicia con la desconfianza pintada en el rostro.

—Para casos como este se utiliza el teclado, Mati y yo somos los únicos que conocemos la clave de acceso —dijo dando al traste con

las esperanzas de Alicia de huir de sus garras.

—Dadas las circunstancias, sería absurdo de mi parte insistir en llevarte, preciosa —convino Marcelo con gesto de derrota.

—Acabo de decidir que a mi regreso de la gira llamaré a tu hermano y a ti para invitarlos a mi casa. Le pediremos a la señorita Suárez que esa tarde la aparte para que nos acompañe —dijo el famoso con actitud condescendiente.

«¡Qué considerado!», pensó Alicia ahogando las ganas de reír a carcajadas. Solo Nicolás Kirgyakos es capaz de ganar una pelea y conseguir que el caído todavía le agradezca gustoso su derrota.

Sin dilación, el músico salió del lugar con la chica por delante y una gran sonrisa de satisfacción en su atractivo rostro.

## Capítulo 11

Alicia se sentía mareada y molesta, el condenado hombre se había salido con la suya de echarle a perder la cita con Marcelo, porque ya no le quedaba ninguna duda de que el encuentro no se debió a una desafortunada coincidencia, a fin de cuentas él había aparecido de pronto en la biblioteca aquel día de la invitación.

—¡Es mentira que el sistema del portón está descompuesto! —lo acusó con indignante azoro en cuanto lo vio usar la tarjeta magnética para que les permitiera el acceso a la propiedad.

—Sí —respondió inmutable.

—Tampoco es coincidencia tu aparición por el centro nocturno, ¿no es verdad?

—Es correcto —admitió.

—¿Por qué haces esto? ¿Por quééé? —No pudo esperar a que estacionara el auto para gritarle toda su frustración.

—Aún no lo sé, pero ando en ello. Prometo que serás la primera en enterarte. —Aunque se escuchara cínico, Nicolás era totalmente sincero. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar para domar a la rebelde joven que no lo dejaba regresar a su ordenada vida desde que la había visto por vez primera en su despacho.

Apenas el auto se detuvo, Alicia bajó para dirigirse de prisa a la puerta de servicio. Con dedos torpes rebuscó la tarjeta en su cartera, con tan mala suerte que esta escapó de sus manos al trabarse en el asidero de la fina cadena, yendo a parar justo a los pies de su incansable acosador.

—Permíteme. —Como un perfecto caballero la recogió del piso y

como todo un controlador la tomó con firmeza del brazo y la obligó a caminar junto a él—. Por aquí —indicó regresándola sobre sus pasos hacia la entrada principal—. Pasa.

—Gracias por traerme y buenas noches. —Se despidió con helada cortesía en cuanto entraron al vestíbulo.

—Un momento, Alicia —observó con detenimiento su rostro cuando se volvió hacia él, en busca de indicios que le mostraran su estado de ánimo para lo que planeaba a continuación.

—¿Y ahora? —preguntó abriendo los ojos con fastidio y otra cosa que Nicolás no supo interpretar.

Alicia necesitaba con urgencia refugiarse en la seguridad de su habitación, lejos de la tentación que implicaba el granuja más bello del planeta.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó girando entre sus dedos las llaves del auto.

—¿Con qué?

—Con Ríos.

Así que le está causando conflicto mental mi supuesto amorío con Marcelo, ¡pues que se friegue!—. Ya te lo dije en una ocasión. Siempre aprovecho las oportunidades —respondió. Con sigilo Alicia daba pequeños pasos hacia atrás, en dirección al área de servicio, deseosa de poner fin a su tortura por esa noche.

—Yo soy mejor opción —declaró Nicolás con una sonrisa al tiempo que acortaba la distancia que ella se esforzaba en poner.

—No creo que sea buena idea, trabajo para ti. —Sin poder evitarlo, por su cabeza cruzó el pensamiento de que terminaría pagando con lágrimas la «opción» que él le ofrecía si la aceptaba.

—Qué pasa, bonita. ¿Me tienes miedo? —preguntó curioso por adivinar lo que había detrás de la profunda mirada.

Qué situación tan difícil era mantenerse en su postura cuando un hombre de la talla de Kirgyakos le hacía esa propuesta. Nicolás era brillante, hermoso, varonil, sofisticado y al mismo tiempo salvaje, con una personalidad envuelta en oro, seda y notas musicales, forjada con la dureza del diamante.

—¿Por qué no quiero acostarme contigo? —«¡Claro que sííí!», gritó

para sus adentros—.Ya te dije que tienes que trabajar en esto de llevarme a la cama. —Entrelazó las manos al frente para evitar que por cuenta propia se movieran y fueran a parar a la sombreada mandíbula que tanto anhelaba acariciar y bajaran por el fuerte cuello y se escurrieran por debajo de la ropa para delinear el cincelado pecho con declarada lujuria.

—Y yo digo que las vacas vuelan —declaró con mofa. «Como si no pudiera interpretar el deseo oculto tras su mirada de cielo», pensó con cinismo.

—¡Sí! ¿Quééé? —Con desconcierto supo que había quedado en evidencia.

—Sabes tan bien como yo que con solo quererlo te llevo a la cama. Los dos lo estamos deseando con el alma. —Su persecución terminó cuando la espalda de Alicia topó con la pared.

Lentamente y si apuros, Nicolás apoyó los antebrazos a los lados de su cabeza para aspirar el dulce aroma de su cuello y ser testigo de cómo a ella iban derrumbándosele las defensas y a él creciéndole las ganas.

—Cree lo que quieras —susurró. La poderosa mirada verde la tenía cautiva.

—Pero me intriga tu juego —continúo sin escucharla—, es algo nuevo y desconocido para mí. —Con su tibio aliento acariciaba el bello rostro con provocación—. Partiendo de la invitación original, te informo que voy a seguir participando, pero te aclaro que no comparto. Yo acepto tus reglas y tú vas a aceptar las mías —declaró como si estuviera emitiendo una ley.

—¿Firmaremos otro contrato? —cuestionó con ligereza embriagada por la dulzura que aspiraba. Su pregunta fue una clara aceptación.

—No. Sellaremos el pacto con un beso —dijo y al segundo echó manos a la obra. En cuanto puso sus labios sobre los de la chica, corrió la sangre caliente por sus venas y fue a parar a su entrepierna —. ¡Dios! Arderé en los infiernos mientras tanto —confesó al cielo al tomarse un respiro.

Los labios masculinos volvieron al ataque, pero esta vez permanecieron para dar rienda suelta a la pasión contenida por

semanas, salvaje por la sensualidad avasalladora que despertaba la joven en él.

Alicia decidió no pelear más esa noche, solo ansiaba gozar el erotismo en los brazos de ese hombre. Se entregó a su locura, confiada en la palabra de él, colgada del fuerte cuello para acomodar sus curvas en la torre de músculos y firme piel.

Como en una noche mágica, iba haciendo realidad sus anhelos, tal como los había recreado en su mente minutos antes. Sus manos pasaron de la nuca al rostro masculino para acariciar la fuerte mandíbula y seguir por el cuello hasta la estrecha cintura. Ahí hicieron un alto para colarse por debajo de la camiseta y hacer contacto con la ardiente piel de la espalda, de los costados, del pecho... y terminar con los dedos enredados en el suave vello de su tórax.

—¡Mmm! No hagas eso que me olvidaré del pacto y te tomaré ahora y aquí. —Nícolás sujetó las manos de la joven sobre su cabeza y ahondó el beso con total abandono.

—¡Mmm! ¡Nícolás! —Esta vez le tocó a Alicia gemir de placer al sentir la mano hurgar en su ropa para descubrirle el hombro y abrirle camino a la boca golosa que con vía libre inició un recorrido de besos desde su rostro hasta la curva de sus senos.

—¡Esto es una locura! —declaró el músico con enronquecida voz—. ¿Para qué esperar si nos estamos consumiendo de deseo? —Decidido la cargó en peso dispuesto a llevarla a su habitación.

—¡Detente, Nícolás! —pidió Alicia cuando la alarma de peligro sonó en su calenturienta cabeza—. Tenemos un...

—¡Sí! ¡Ya sé! ¡Ya sé! Solo era un beso para sellar el trato. —Como niño regañado la puso en pie y reacomodó la tela de su vestido sobre los hombros con rostro frustrado. Se contentó con apoyar frente con frente hasta que sus respiraciones volvieron a la normalidad.

«Fuera como fuera, Nícolás Kirgyakos era un hombre de palabra», pensó Alicia descubriendo otro rasgo de su personalidad que le gustaba, como si no fuera suficiente con su apariencia enloquecedora.

Por algunos minutos permaneció de pie, pegada a él, en perfecta



comuni3n, pero no en paz con ella misma, sabía que iba de camino al precipicio si permitía el cambio de jugada. Cuando peleaban, lo podía manejar y resistir, pero si él era tierno y galante, ya podía darse por muerta.

Una hora después, Alicia y Nicolás se encontraban reposando, pero cada quien en sus respectivas camas, sin poder conciliar el sueño.

Aún con el duchazo de agua fría, el músico seguía rumiando su insatisfacci3n con amargura, sorprendido por sus propias decisiones. ¿Realmente estaba tan aburrido de su predecible vida que quería probar a tontear con una chica con más mañas que edad?

Todo lo relacionado con ella le hacía mucho ruido como para poder concentrarse en su música, que era su mundo. ¿Qué podía perder aparte de un poco de tiempo y dinero del mucho que tenía acumulado y que ni en una vida de derroche se acabaría? El caso es que Alicia le inquietaba en una medida que no se podía permitir. Su frescura, espontaneidad, absoluto descaro, coraje y belleza le habían robado la calma. La inversi3n que hiciera en ella bien valdría la pena con tal de recuperar su paz mental.

Tenía once meses para conseguirlo, al cabo de ese tiempo cerraría la casa y volvería a Grecia a continuar con su vida de siempre.

Con ese pensamiento, Nicolás se durmió a pierna suelta, como hacía muchas noches que no lo hacía.

## Capítulo 12

— **A** solas, en la gran mansión, Alicia se dio el lujo de levantarse tarde; la idea era recargar suficiente pila para enfrentar la ardua tarea que le esperaba a partir del día siguiente. Si los valiosos libros se encontraban en la biblioteca, tendrían que aparecer a como diera lugar.

Su reloj de pulsera marcaba las cuatro de la tarde cuando bajó a la cocina a prepararse algo de comer antes de desfallecer de hambre o que Tiranos se la comiera a ella. El largo recorrido de su habitación a la cocina la agotó, entonces recordó que la noche anterior no había cenado nada y la poca energía que le quedaba la quemó con la tremenda calentura...

—Nicholas Kirgyakos... ¿Qué voy a hacer contigo? —sacudió la cabeza para alejar sus caldeados pensamientos y concentrarse en dar de comer al exigente gato. Hasta en eso se parecía a su dueño, porque, aunque su patrón renegara de él, lo había heredado junto con la casa—. Ven, Tiranos... Psh, psh, psh... Anda, chico, no te hagas del rogar.

Una vez satisfechos y con la cocina impecable, los solitarios habitantes de la mansión se dirigieron a la biblioteca.

Alicia decidió que pasaría el resto del día descansando y leyendo en su habitación, así que para el caso tomaría, en calidad de préstamo, unos libros de la extensa variedad de su propietario. En una pila que aún no clasificaba se encontró *Casino Royale*, de Ian Fleming y *Moby Dick*, de Herman Melville. Como no pudo decidirse por uno de los dos, se llevó ambos; ya los devolvería al final de la semana.

Insaciable como era a la hora de leer, sucumbió a la tentación de empezar ambos libros a la vez: uno la atrajo por su trama detectivesca que le planteaba la historia original del famoso James Bond de la pantalla grande. De cierta forma, le recordaba a otro personaje famoso y muy real, que le traía las hormonas de cabeza. El otro ejemplar la cautivó por sus fantásticas ilustraciones; esa creación le serviría de guía para darle forma a su sueño de escribir cuentos para niños en un tiempo no muy lejano.

Después de horas de lectura intensa, el cansancio la venció tal como estaba recostada contra la cabecera; abrazada a sus proveedores de sueños se quedó dormida.

Cuando la luz del día le dio en plena cara, Alicia despertó desorientada y entumecida por la posición en que se encontraba, con la cabeza colgando de lado, sin soltar los dos pesados libros que compartieron la cama con ella y el felino.

—¡Ay, Tiranos! Deberías servir para algo que no fuera solo maullar, comer y dormir —habló lastimosa al estirar sus articulaciones engarrotadas, pero con una sonrisa divertida de imaginar a su gato de masajista.

Como no había nadie que la acusara de locura extrema, prosiguió su monólogo ante su indiferente compañero de cama—. Espero que el agua caliente me ayude, porque no avanzaré nada si sigo así. ¡Tiranos, di algo, por Dios!, mínimo un ¡lo siento, Ali! —Juguetona zarandeó al gato y eso le costó un tirón en el cuello que casi la hace llorar de camino al cuarto de baño.

—Un momento, por favor. —Justo cuando salía de la ducha, Alicia escuchó un suave llamado a la puerta. Extrañada por la temprana hora se asomó por una pequeña hendidura, envuelta en la toalla con la que se había secado—. ¡Lola! ¿Pasa algo?

—Buenos días, Alicia. Llegó algo para ti —dijo la mujer a través de la abertura.

—¿Para mí? Un segundo, por favor. —Rauda se echó el salto de cama encima y abrió la puerta de par en par—. Buenos días para... ¡Wow! —Se quedó sin habla al ver un enorme ramo de rosas rojas

frente a ella—. ¡Gracias, Lola!

—¿No hay de qué? —respondió divertida ante su gesto de asombro y, discreta como era, se dio la vuelta y se marchó.

Alicia nunca en su vida había recibido flores, ni tan si quiera una... El ramo que permanecía entre sus brazos constaba de capullos de rosas rojas, botones rojos a medio abrir y rosas rojas en todo su esplendor, frescas y aromáticas; las flores más preciosas del planeta. Emocionada hasta la medula, buscó un recipiente para ponerlas en agua, pero solo encontró un frasco con chocolates que de inmediato vació para meter sus hermosas rosas ahí. Al quitar la envoltura cayó un pequeño sobre que presurosa levantó y abrió para ver su remitente.

Te veo a mi regreso.

NK

—¡*Wow* y recontra *wow!* Nícholas Kirgyakos. Mi dios griego. Eres poseedor de la caja de Pandora, solo espero que en el fondo aún conserves la esperanza —recitó con voz ensoñadora.

Debidamente vestida y muy estimulada, Alicia se dirigió a la biblioteca a iniciar las labores abrazada al improvisado jarrón que portaba su bello ramo de rosas como si fuera un valioso trofeo; su corazón y sus pies tan ligeros que casi flotaba. En tanto las veía cayó en la cuenta, literalmente hablando, de que cada grupo de rosas sumaban once. ¿Sería que el empleado de la florería o el repartidor sustrajo una pensando que nadie lo notaría o era uno de los mensajes ocultos de Tiranolas? Porque hasta donde ella sabía la docena era el número acostumbrado. Lo cierto es que, por un rato, continuó dándole vueltas al tema en su volátil cabeza, pero no pudo descubrir el acertijo. No le quedaría de otra que preguntar al autor intelectual su significado.

—Buenos días, Alicia. Toqué, pero no respondiste. —La anciana sonrió con picardía al hacerla brincar de sorpresa—. Disculpa la intromisión. No bajaste a desayunar. ¿De pronto te volviste solar? —

bromeó.

La chica estaba tan inmersa en su trabajo que no se dio cuenta de la presencia de Mati hasta que la tuvo enfrente—. ¡Señora Mati! ¿Qué tal estuvo su viaje? —preguntó recompuesta.

—¡Excelente! —respondió feliz—. Pude ver a toda mi familia. Un regalo que no disfruto con frecuencia —agregó.

—Me da gusto escucharlo —comentó con sincero aprecio por la dama—. ¿Me decía algo al entrar? —Siguió la mirada seria de Mati hacia su ramo de rosas.

—Que no has desayunado, querida ¿Quieres que le diga a Lola que te envíe una bandeja con té y pan del que acaba de hornear? —«Lo que fuera que le borró su afable sonrisa, no lo exteriorizó», pensó Alicia perceptiva.

—Que sea café en lugar de té y gracias, señora Mati. —El gran corazón de la buena mujer se imponía ante todo.

—Ya va siendo hora de que me digas solo Mati, ¿no crees? —propuso bien intencionada, pues la chica era de su total simpatía.

—Me encantaría. Gracias de nuevo, Mati. —La anciana en poco tiempo se había ganado su corazón y presentía que el sentimiento era recíproco.

El día pasó volando para Alicia, tanto que ni cuenta se dio que su hora de la comida ya había concluido. Se obligó a hacer una breve parada para echarse un bocado y ahorrarse la reprimenda de Mati, que no se le escapaba nada, pero luego regresó al trabajo para preparar el reporte que debía enviar por correo electrónico a su jefe.

Solo de pensar en Nicolás le revoloteaban alas de mariposa en el pecho y en el estómago; era una sensación extraña, hasta un poco molesta. Tal vez se debiera a la inquietud que le ocasionaba ser la responsable de localizar quien sabe cuántos libros de valor incalculable. Seguía en la espera de la lista convenida.

A las seis en punto de la tarde...

—¡Listo! Ahí tienes, Tiranolas, para que te entretengas un poco — dijo con voz cantarina a la pantalla. A punto de cerrar su computadora portátil le llegó un *inbox*.

Nícholas:

—Hola, bonita ¿Qué tal tu día?

«¡Demonios! Es mi jefe en total dominio de la tecnología», pensó Alicia la mar de nervios.

Alicia:

—Muy productivo ¿Y el suyo?

Decirlo en voz alta le ayudaba a concentrarse en la conversación virtual con su jefe, que ni de lejos era menos apabullante.

Nícholas:

—También. Algo cansado. Aquí ya es la una de la mañana.

Alicia:

—¿Dónde se encuentra ahora?

Nícholas:

—En Italia. Acabo de enviar a tu correo la información que te prometí para facilitar la búsqueda de los tesoros de la biblioteca.

Alicia:

—Gracias, mañana mismo me pondré en ello. Yo también le acabo de enviar el reporte del día.

Nícholas:

—Excelente. Mañana lo veré porque ahora se me cierran los ojos.

Alicia:

—Ok. Que descanse. ¡Ah! Gracias por las rosas.

Nícholas:

—¿Qué rosas?

Alicia:

—Las que me envió.

Nícholas:

—Yo no fui. Debe haber sido el arregla-todo.

Alicia:

—Jajajajajaja. Entonces a él le daré un gran beso de agradecimiento. Buenas noches.

Nícholas:

—Descansa.

Alicia se quedó alrededor de diez minutos mirando la pantalla de su ordenador, con una sonrisa estúpida, luego sus ojos viajaron al ramo de rosas para cerciorarse de que todo era real.

—¡Nooo! Olvidé preguntarle por qué once rosas...

Tiempo después, con su cabeza de nuevo en el presente, recordó a Pablo y a Ray y lo olvidados que los tenía.

—*¡Eyyy, perdida! ¡Por fin me marcas!*

—¡Perdón, Pablito! Ayer me levanté muy tarde y hoy apenas me voy desocupando. Con decirte que Tiranolas me está haciendo trabajar horas extras y así será el resto de la semana. Lo que me puede es que no avanzaré nada en mis clases.

—*A ver a ver, siento como que estás metiendo barullo para omitir lo importante. ¿Por qué te levantaste tarde ayer?*

—¿Por qué me acosté tarde...? —La deducción de Pablo fue muy atinada, pero no le soltaría prenda, no aún.

—*Sí, supongo... ¿Entonces no me piensas decir nada?*

—¡No! Estoy segura de que no te va a gustar lo que oigas.

—*¿Y crees que con dejar de hacerlo es menos malo?* —Pablo escuchó un largo suspiro del otro lado de la línea—. *Ali, sabes que pase lo que pase puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?*

—Sí.

—*Cambiamos de tema. ¿Quieres decir que en toda la semana no te veré?*

—Hasta el momento reflexionó en el motivo de la llamada.

—No creo poder darme una escapada. ¿Pero qué te parece si salimos el sábado? —«Mi jefe estará toda la semana ausente y no lo veré hasta el lunes», pensó ruborizada.

—*Pídele permiso a tu ogro para que pueda ir a visitarte el miércoles al salir de trabajar, andaré en San José en una sesión de fotografía.*

—¡Sensacional! El patrón anda fuera así que le pediré permiso a Mati para recibirte en el área prohibida de la casa: el jardín trasero con piscina y toda la cosa. Nadie nunca va por ahí. Es una belleza desperdiciada, estoy segura de que te va a encantar.

—*¡Excelente! Iré preparado con mi tanga nueva.* —A Pablo le ganó la risa y apenas pudo concluir con la broma.

—¡Sí, hazlo! Y el último puntapié me lo dará el jefe en el portón. — Alicia también terminó ahogada de risa de solo imaginarse la escena.

¡Qué bien le había hecho hablar con su amigo! Esa noche se fue a la cama feliz de la vida, no podía estar yéndole mejor. Con ese último pensamiento y después de aventarse dos horas de buena lectura, cayó en un sueño profundo y reparador.



## Capítulo 13

A la mañana siguiente, Alicia amaneció con tan buen humor que se fue a correr por los alrededores de la mansión; cuando volvió la recibió el hambriento gato, así que antes de su ducha fue directo a la alacena a sacar su lata del día.

—Sabes que aún no puedes entrar. ¡Ya deja de dar guerra!

—Buenos días, Alicia. ¿Con quién hablas?

—Buenos días, Mati. Hablo con Tiranos.

—¿Te refieres a Nick o al gato? —preguntó entre carcajadas.

Su ánimo andaba para bromas, el hecho de que el intenso Nicolás estuviera fuera le daba tregua para tomarse un descanso; lo amaba profundamente, pero estos últimos días andaba de un humor tan negro que agotaba hasta el ser más piadoso.

Alicia estudió el semblante de la buena mujer unos segundos antes de responder—. ¿Ya lo sabe? —preguntó avergonzada. Se refería al apodo con el que había bautizado a su tirano patrón y que ahora había adjudicado al gato, pues el parecido entre los dos personajes era innegable.

—Él me lo dijo. —«Naturalmente», pensó Alicia—. Te veo radiante, niña —cambió de tema al tiempo que se acomodaba en una silla de la mesa de la cocina, donde comía siempre que Nick se encontraba de viaje. Odiaba comer sola.

—La responsable es esta bella mañana —explicó ignorante de su llamativa presencia. El azul de sus ojos resplandecía con una luz especial y una linda sonrisa se había estacionado en su rostro.

—Sí... Todavía recuerdo cuando esos pequeños detalles me hacían

feliz. —Mati suspiró melancólica, perdida en sus recuerdos de juventud, cuando el amor llegó a su puerta—. Siéntate a desayunar, querida, que el cuerpo también necesita alimentarse. —«¡Que hermosa mañana ni que sus polainas! Esta niña ya cayó en las garras de Cupido», se dijo para sí algo preocupada.

A Alicia no le pasó desapercibido el comentario de Mati: ¿También? ¿De qué habla esta dulce anciana?

—Mati —era ahora o nunca—, ¿me daría permiso mañana para que me visite mi amigo Pablo Joaquín en el área de la piscina? Ya le he hablado de él, ¿recuerda? No entraremos a la mansión si eso la hace sentirse menos comprometida.

—Claro que sí, corazón, que alguien disfrute de esa alberca. Yo ni loca me meto en ella y Nick prefiere usar la del club. —El semblante de Mati de pronto se quedó serio.

—Gracias. Él vendrá pasadas las seis y no dejaré que se vaya muy tarde.

Aunque se esforzó, Alicia ya no consiguió que Mati se animara de nuevo, muy de lo contrario, cayó envuelta en una tristeza que le cimbró el corazón. «¿Tendrá relación con la mención de la piscina?», se preguntó apenada.

A las 18:10, la nerviosa bibliotecaria aún seguía en línea, frente a su ordenador, en la espera de quién sabe qué cosa, pues ya había enviado a su jefe el reporte del día en el que, por cierto, no se mencionaba ningún hallazgo en relación a los libros trasapelados.

Nícholas:

—Hola, bonita.

Alicia:

—Buenas tardes, señor.

Nícholas:

—A estas alturas de las cosas sería bueno que me llamaras por mi nombre, ¿no crees?

Alicia:

—Si tú me lo pides, me parece bien.

Nícholas:

—Excelente ¿Qué hay de nuevo?

De inmediato lo visualizó con esa despampanante sonrisa que eclipsaba corazones, lo malo del asunto era que el suyo no era la excepción.

Alicia:

—Referente a los libros de colección, nada, Nícolás. Es demasiado trabajo el que hay por hacer, demasiados libros en esta habitación, en cualquier parte pueden estar... Te aseguro que me estoy esforzando.

Nícolás:

—Entiendo, no te preocupes, ya aparecerán. Por cierto, te acabo de enviar un correo con algunos puntos aclaratorios sobre tus dudas.

Alicia:

—Gracias, lo abriré antes de irme a descansar.

Nícolás:

—¿Y qué has hecho todo el día? ¿No has salido?

Alicia:

—¿Es en serio? Si me paso la vida metida entre estas cuatro paredes. Luego salgo tan cansada que por las noches solo me quedan fuerzas para arrastrarme a mi cama. Mati dice que debería traerme mi manta y mi almohada para dormir sobre el escritorio.

Nícolás:

—¡Mmm! Se me ocurre un mejor uso para él.

¿Cómo era posible que ese demonio lograra excitarla a tantos kilómetros de distancia con solo sus insinuaciones?

Alicia:

—Bueno... Pues si... Muchos usos...

Nícolás:

—Jajajajaja... Debo despedirme. Mañana tengo un día muy pesado; voy a Moscú.

Alicia:

—Que tengas buen viaje, Nícolás. Buenas noches.

Nícolás:

—Buenas noches para ti también, Alicia.

Antes de perderse en el limbo, después de la sesión con su inquietante jefe, Alicia abrió su correo para echarle un vistazo.

Como siempre las observaciones de Nicolás fueron tan efectivas que prácticamente no dejó nada para investigar por internet.

Su jefe era único: Fino, culto, rico, guapo, joven y un genio en lo concerniente a la creación de música de orquesta; aunque ella ya había tenido oportunidad de conocer su lado oscuro, nada despreciable. Sus demonios lo convertían en un sujeto bruto y salvaje que hacía desaparecer su lado amable en segundos. Un contraste creíble cuando eres el responsable de haberlos desatado.

El miércoles para Alicia pintó similar a los anteriores en relación con su trabajo, es decir, no encontró tan siquiera uno de los libros mencionados en la larga lista que le había enviado su jefe. Le preocupaba una enormidad la situación, ya que no era ni uno ni dos las piezas perdidas, estaban hablando de cincuentaiséis ejemplares que costaban quién sabe cuántos cientos o miles de dólares. Aún no se daba tiempo de investigar sobre ellos, su prioridad era que aparecieran.

18:00 h.

Alicia de nuevo fue consciente de estar pegada a su *laptop* después de enviar el reporte, con la diferencia de que ahora sabía a ciencia cierta lo que esperaba: a Nicolás y su chispa que le inyectaba adrenalina a su torrente sanguíneo, tan adictiva como la droga más poderosa.

—¡Conéctate, por favor! —rogó a la pantalla al cabo de treinta minutos, pero nada sucedió.

El timbre del teléfono la sacó de su empecinada espera para recordarle la visita de Pablo que ya la aguardaba en el portón. Llamó a la caseta del vigilante para que le permitiera el acceso y se encaminó a la puerta de entrada para recibirlo.

La ausencia del patrón se notaba en todo el entorno. Cuando Nicolás viajaba se les permitía a los empleados que salieran temprano y fueran a visitar a sus familias. Pero la regla al final del día

era la misma para todos: regresar a la mansión a dormir.

—Justo iba a avisarte que hay un chico muy mono afuera preguntando por ti.

—Gracias, Grace. ¿Vas de salida? —Le caía simpática la cocinera, era alegre y conversadora, aunque nunca se prestaba a los chismes como hacia el resto de la servidumbre. Lola y ella eran sus compañeras preferidas, sin contar a Mati que se cocinaba aparte.

—Sí, Ali, muero por ver a mi mamá. Nos vemos mañana, chica.

—Hasta mañana. Diviértete.

Su mirada la siguió al ala de servicio en tanto se dirigía al vestíbulo, donde ya podía ver a su pelirrojo preferido a través de los cristales de la imponente puerta principal.

—¡Pablito! ¡Estoy feliz de que hayas llegado! —Se colgó de su cuello para rodearlo en un abrazo amoroso. Hasta verlo, no se había dado cuenta de lo mucho que lo había extrañado.

—Hola, preciosa, qué bien se siente que te quieran... —La giró en sus brazos, feliz también de verla.

—¡Epa! ¡No seas goloso! —Con fingida molestia lo reprendió al recibir su descarado apretujón—. Ven, sígueme, por acá está el acceso al jardín y la piscina. —Lo llevó de la mano para que no se le desviara del camino, ya lo conocía de curioso y no quería ocasionar problemas por su causa.

Alicia nunca había estado en ese lado de la mansión, siempre lo admiraba de lejos, a través del ventanal de la biblioteca, pero su imaginación se había quedado corta. Si el paraíso existía estaba en la Tierra y en ese lugar.

—¡Wow, Ali, este sitio es genial! —La expresión de su rostro daba fe de sus palabras.

—Ni que lo digas, Pablito. ¡Es hermoso! —respondió embelesada con lo que veían sus ojos.

Frente a ellos lucía una abundante vegetación y la famosa piscina, de enormes proporciones, dividida en dos por un puente de madera cubierto por enredaderas que le daban sombra y color. Una parte de la alberca era muy profunda y la otra era un chapoteadero de un lado y una tina de hidromasaje del otro. Había tumbonas por todo el

perímetro y algunas hamacas colgaban bajo la protección de las abundantes palmeras cocoteras... Y flores, muchas flores de todos colores y tamaños decoraban y aromatizaban el increíble lugar. Definitivamente, el jardinero era un genio, pues, aparte de las plantas y pastos bien cuidados, estaba la infinidad de arbustos, mezcla de distintos colores recortados en formas de arrecifes de coral.

Una vez que recorrieron el área, palmo a palmo, se vistieron con sus bañadores para lanzarse a la seductora agua que les coqueteaba con el resplandor de los últimos rayos de sol, que anunciaba su despedida antes de sumergirse en el mar.

—Que delicia es gozar de esto después de un día tan caliente y estresante. —Pablo flotaba sobre su espalda visiblemente relajado.

—¿Te tocó lidiar con muchas chicas caprichosas hoy?

—Solo una, Mar Dorantes, hermosa pero holgazana y malgeniosa —respondió somnoliento.

—¡Oh, vaya! —«El mundo sí que es un pañuelo», pensó para sí.

—Todo el día no tuvo más negocio que estar colgada del teléfono furiosa porque no le respondía las llamadas su galán —agregó con fastidio.

Seguro Pablo hablaba de Nicolás sin siquiera imaginárselo.

—¡Fuera mala vibra! —dijo al tiempo que ejecutaba su ritual como curandera de tribu india—. Ali, tengo hambre —clamó con rostro afligido, pero, al ver que la chica no le hacía ni caso, se acercó sigiloso para cargarla en brazos y girarla sobre la superficie de agua de forma vertiginosa—. ¡Aliii! No te dueermaaas. —Vengativo la soltó para que se hundiera en las profundidades.

—¡Chico malo! ¡Ahora no te daré de cenar! —Con el entusiasmo de un niño, Alicia inició una guerra de salpicones directo al pecoso rostro.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Ahora verás cómo te va, muchachita impertinente. ¿Nunca te han advertido que no debes hacer enojar a un hombre hambriento? —La tenía suspendida en el aire y amenazaba con lanzarla al agua de nuevo.

—No, nunca me lo habían dicho, pero, ahora que lo sé, NO ME

IMPORTA. —De nuevo era aquella niña feliz y revoltosa de diez años que jugaba incansable con sus primos en las vacaciones de verano.

Otra media hora logró Alicia que su glotón amigo contuviera el apetito, para darle de cenar la sabrosa variedad de emparedados que Grace le hizo el favor de prepararle para la ocasión. De la cava tomó prestado un vino, su pecoso se lo merecía.

Y... como todo lo bueno llega a su fin, alrededor de las diez de la noche, Pablo se despidió dejando a Alicia un delicioso sabor de boca por una tarde maravillosa.

El jueves por la mañana amaneció nublado y lluvioso en la isla, amenazaba tormenta. Alicia no pudo salir a trotar a los alrededores, así que se preparó el desayuno y comió en soledad, porque aún era temprano para Graciela y Mati.

En vista de que no tenía nada mejor que hacer, se metió a la biblioteca y encendió su computadora para ver las noticias del día y enterarse cómo pintaba el clima para el resto de la semana.

Y como suele suceder en estos casos, se enteró del clima y de muchas otras cosas.

—¡Ahora entiendo por qué no estuviste conectado ayer, Nicolás Kirgyakos! —Se sentía engañada a pesar de que esa reacción era por completo impropio—. El par de morenas colgadas de tus brazos te tenían maniatado, ¡sinvergüenza!

Alicia le hablaba a la imagen tomada muy a la distancia, entre las penumbras de la noche, aunque no cabía la menor duda de que el magnífico ejemplar masculino era su famoso Tiranolas Kirgyakos.

Según la comentarista del noticiero de chismes, las mujeres no soltaron a la luminaria musical por el resto de la noche, lo que quería decir que el infame hombre había «dormido» con dos mujeres a la vez. ¿Por qué no? El hecho de que Nicolás exigiera que ella no saliera con nadie, mientras se dignaba a ponerle las garras encima, no quería decir que él haría lo mismo.

—¡Bah! ¡Para lo que me importa! Por mi puede dormir con una modelo diferente cada noche por lo que le resta de vida. —Se sacudió el cuerpo para sacarse el karma negativo, al estilo Pablo Joaquín,

decidida a no pensar en su promiscuo jefe.

Pero Alicia tuvo una patética revelación esa mañana: es más fácil proponerse algo que conseguirlo.

En el curso del día se descubrió en varias ocasiones inmersa en la imagen del atractivo Nícolás Kirgyakos retozando en su mundo, rodeado de personas como él, sofisticadas, millonarias y famosas.

Estaba consciente de que para su jefe ella era como aquel juguete antiguo, arrumbado al fondo del baúl. Atraído por su rareza estaba dispuesto a invertir su valioso tiempo para curiosear con él un rato hasta que le aburriera.

Acostumbrado a poseer todo lo que le intriga y le place, Nícolás accedería a participar en su supuesto juego con tal de conseguirla. Ahora debía continuar con la charada y resistir si quería cumplir su propósito de darle una lección al libertino hombre.

A las seis de la tarde, el depredador se hace presente a la caza de su «víctima». Apenas Alicia terminaba de enviar su reporte diario, Nícolás apareció en línea. Tenía unas ganas enormes de mandarlo al diablo, pero luego lo pensó mejor: «Puedo sacarle provecho al momento», se dijo resentida.

Alicia:

—Hola, jefe. ¿Cómo va tu gira?

¡Grandísimo bribón! hubiera querido agregar.

Nícolás:

—A riesgo de sonar pagado, exitosa y agotadora. ¿Y tú cómo te encuentras?

Alicia:

—A riesgo de sonar exagerada, mal. ¡Te extraño mucho! La casa es muy aburrida sin ti.

Cosa en la que no mentía, pensó haciendo una mueca de disgusto.

Nícolás:



—Prometo compensarte a mi llegada.

¡Caíste, cretino!

Alicia:

—No veo la hora, Nícolas.

Si pudiera ronronearle en línea lo haría. ¡Insufrible garañón!

Nícolas:

—También pienso en ti, preciosa.

«¡Seguroooo! Y yo me chupo el dedo», se dijo con un rechinado de dientes mental.

Alicia:

—Planearé algo inolvidable para tu llegada.

Nícolas:

—Excelente ¿Me puedes dar un adelanto?

Alicia:

—Claro... ¡Veo nuestros cuerpos reposando satisfechos después de compartir un momento inolvidable! ¡Mmm! ¡Qué rico!

Nícolas:

—Justo lo que estoy deseando, Alicia.

Alicia:

—¡Maravilloso! Estamos conectados. Nícolas, es muy tarde y debes descansar. Sueña conmigo, ¿quieres?

Nícolas:

—Por supuesto, bonita. Tú también.

Después de su dulce venganza, Alicia se quedó tan satisfecha que durmió como si no tuviera pecados. No fue hasta la mañana siguiente que cayó en la cuenta de que en ningún momento de la conversación con su jefe se trató de los famosos libros extraviados.

## Capítulo 14

El viernes tuvieron lluvia y vientos moderados en la isla, por lo que de nuevo Alicia no salió ni al jardín. Francamente, esperaba que, con tantas horas dedicadas a la búsqueda de los valiosos ejemplares, contara con alguna novedad favorable para el regreso del patrón. Entretanto avanzaba a pasos agigantados con la organización de la biblioteca.

—Pase. —El llamado a la puerta la sacó de su concentrada tarea. Aprovechó la interrupción para desperezarse, apenas era mediodía y ya se sentía agotada. ¿Cómo no iba a ser así? Si para compensar el atraso en sus estudios, la noche anterior se había conectado en línea y apenas había dormido tres horas.

—Vengo por ti para que comas, Alicia. Necesitas alimentarte y descansar bien, porque a ese ritmo terminarás por enfermarte. Cuando llegue Nick tendrá que oírme, es anticonstitucional lo que está haciendo contigo. —Mati terminó sonrojada después del apasionado discurso que se aventó frente a la ojerosa chica.

—¡No, Mati! ¡Por favor no le diga nada! Ya solo queda hoy y mañana para ver si logro conseguir algo. Prometo que descansaré toda la tarde para reponerme. —Pero la buena mujer seguía sin mostrarse convencida—. Me caerá muy bien el pago extra. —Se apuró a añadir en tono de súplica.

—De acuerdo, pero ahora me acompañarás a comer algo —accedió a regañadientes.

—¡Oh, no! ¿Podemos comer en la cocina? Ahí me siento cómoda y relajada. —A Alicia se le salió decir en cuanto vio la gran mesa del

comedor dispuesta para la comida.

La sola idea de estar en esa habitación la tensaba como cuerda de violín. No era para menos, pues el gran tamaño y fino mobiliario antiguo imponía.

—De nuevo ganas, pero no te acostumbres, ya viene en camino el que siempre se sale con la suya.

—Pensé que no regresaba hasta el lunes. —Decenas de mariposas empezaron a danzar en su vientre solo de saber que pronto se enfrentaría al inquietante hombre.

—Así era, pero de repente le entró urgencia por estar aquí; espero que no sea por nada malo. —Alicia presintió que era ella la causa.

—¿Cuándo llega? —Necesitaba otro poco de tiempo para terminar de elaborar su plan de bienvenida.

—No estoy segura si el domingo por la mañana o por la noche, aún no confirma la hora.

«Eso me deja día y medio, cuando mucho dos, de margen para prepararme», pensó la chica sacando cuentas rápidas.

Deseosa de que terminara la semana para poder tomarse un respiro, pero al mismo tiempo perturbada por el regreso del patrón, Alicia concluyó la jornada de trabajo con el envío de su reporte. Tontamente se entretuvo en línea para ver si el famoso se dignaba a contactarla, pero, al igual que la vez anterior, no apareció.

Con fuertes pisadas, que hablaban de su innegable frustración, se marchó a su alcoba por el gato para darle de cenar y luego meterse de lleno en su clase virtual y anotarse puntos en la lección del día.

—¡Maldito Tiranolas! —Exasperada con ella misma, se levantó de su mesa de trabajo. Después de una hora de intentos fallidos por concentrarse en el estudio, se dio por vencida y terminó por apagar su equipo.

Una buena dosis de ejercicio era lo que necesitaba para dejar salir toda la energía negativa que le estaba robando la tranquilidad y el dominio de sí, y la piscina era una buena opción.

Tiempo después, Alicia se felicitaba por su buena elección. La intensa actividad le sirvió de mucho, no solo consiguió tranquilizarse

y avanzar en la clase, sino que le llegó la inspiración y pudo planear el educativo recibimiento para su querido patrón. Satisfecha con sus logros, se fue a dormir y en el sueño terminó de afinar los últimos detalles del caso Suárez versus Kirgyakos.

A las 12:00 del día siguiente, Alicia terminó la jornada casi a rastras y sin la aparición de los famosos libros de colección. Con la intensa semana de trabajos forzados, logró avanzar un veinticinco por ciento en la organización de la biblioteca, con esto calculaba que a lo sumo en los próximos cinco meses concluiría su misión; siempre y cuando no se presentaran complicaciones, pues no sabía qué pasaría cuando aparecieran los valiosos ejemplares o, peor aún, si no aparecían.

El panorama le planteaba dos situaciones importantes de desocuparse a mitad de contrato: quedarse sin trabajo antes de lo planeado, pero también que Nicolás Kirgyakos dejara de ser una amenaza para su integridad, porque no se podía engañar, el hombre hasta ausente la atraía como un imán y su miedo a él lo repelía.

A la una de la tarde, Mati se presentó en la biblioteca para entregarle el sobre con su paga, literalmente hablando se quedó boquiabierta al contar el dinero, no cabía duda que para Nicolás no era problema ser generoso cuando se trataba de recompensar la obediencia. Con el importe de esa semana podía liquidar el semestre completo en la universidad y ahorrar los próximos meses para el siguiente año.

—¿Qué harás por la tarde, querida? —Mati le preguntó tiempo después sin levantar la cabeza de lo que hacía; entretenida recortaba algo de los periódicos internacionales y revistas que semanalmente les llegaban en entrega especial.

—Dormiré y por la noche saldré con mis amigos —le respondió atraída por sus cosas al descubrir fotos y comentarios de Nicolás.

Entonces entendió lo que hacía con tanta dedicación, pegaba en un álbum los reportajes de la última gira de trabajo de su adorado Nick.

Entre ellos alcanzó a distinguir las imágenes que ya había visto en

días pasados, donde posaban las hermosas morenas colgadas de cada brazo de él. Había otras tantas que hablaban de sus exitosas presentaciones en varios sitios y una fechada del día anterior donde fue sorprendido besándose apasionadamente —decía la nota—, con una preciosa rubia a la salida de un centro nocturno de París.

—Mati, es muy probable que me quede en el departamento de Pablo a pasar la noche —se obligó a informarle sobre sus planes con la voz algo estrangulada por los sentimientos encontrados, pero por fortuna la nana no pareció notarlo.

—Mejor, Alicia. Hay muchos peligros a las horas que se barajan los jóvenes de hoy, que piensan en salir de casa cuando los de mi generación estábamos de regreso.

Después de prometer a la buena mujer que se cuidaría mucho, se retiró a descansar. De camino a su habitación se autoimpuso olvidar la imagen del beso, que, aunque lejana, imposible de negar que era Nicolás en los brazos de una sofisticada rubia europea.

Horas después...

Bien descansada y dispuesta a toda costa a divertirse, Alicia se arreglaba con esmero para encontrarse en breve con Pablo, Ray y otras tres parejas, todos ellos amigos de la prepa; el plan era pasar la noche en un antro nuevo donde tocaban música viva.

Cuando esperaba el taxi sucumbió a la curiosidad de saber si en su correo tenía algún mensaje de Nicolás y se encontró con la novedad de que así era. A las nueve menos cuarto le había llegado; en él le hacía algunos comentarios favorables acerca de su último reporte y sobre los libros perdidos le aseguraba condescendiente que no era culpa suya si no aparecían aún. Ya para despedirse le confirmó que, para mañana al mediodía, arribaría a la isla; estaba claro que la esperaba disponible y dispuesta para recibirlo.

—¡Perfecto! Mejor no podría haberme salido el plan —se dijo satisfecha—. A partir de este momento te quedas en el baúl, Tiranolas, ya te he dedicado demasiado tiempo de mi vida en estos últimos días.

—¿Me decía? —preguntó el chofer que la miraba con rostro de incógnita a través del retrovisor.

—No me haga caso, a veces me da por hablar sola. —Sonrió con rostro de inocencia.

Cuando Alicia se proponía una cosa, la cumplía a carta cabal. Eso lo pudieron constatar sus compañeros de antro, pues toda la noche bailó, rio y bebió como nunca en su vida, tal vez un poco estimulada por los celos que la consumían por dentro y por la confianza de que sus guardianes la cuidaban con esmero. Para las cinco de la madrugada se había convertido en un bulto que era cargado en peso de camino al departamento de Pablo.

—¡Auuu! —Literalmente hablando, algunas horas después, cuando Alicia abrió sus lindos ojos al resplandeciente sol del cielo aulló de forma desgarradora—. ¿Por qué me duele tanto la cabeza? ¿Acaso morí atropellada y se les olvidó enterrarme? —preguntó con los párpados apretados y la cabeza entre las manos.

—Muy graciosa, mamacita. Pablo y yo estábamos a punto de llevarte a un hospital. ¿Sabes qué hora es? —dijo Ray fingiendo enojo, cuando alivio fue el primer sentimiento que experimentó.

—¿De qué día? —respondió con debilidad, porque hasta pensar le dolía.

—Por fortuna para ti aún es domingo, preciosa, pero, si no te despabilas, te alcanzará el lunes con esa resaca que te cargas —Pablo sentenció al tenderle un vaso con agua y dos analgésicos.

—¿Qué hora es? —le preguntó con la mente clara, pero su rostro era una máscara de dolor.

—Pasan de las cuatro de la tarde —respondió con paciencia.

—¡Quééé! —De pronto olvidó su cabeza y se sentó de golpe en la cama—. ¡Ay, Dios! Está temblando... Todo me da vueltas.

—Solo gira tu mundo, cariño. Anda, tomate las píldoras, te sentirás mejor en cuanto te hagan efecto. Ray preparó un caldo de pescado para que se te asiente el estómago.

—Gracias, chicos, espero no haber sido la única en divertirse anoche...

—Todos la pasamos fenomenal y debo agregar que gracias a ti; no te conocíamos en ese ambiente, querida. —Esa mañana Ray era la sinceridad y el sarcasmo en persona.

—Ni yo. Debe haber sido tanto alcohol en mis venas, con eso de que no lo acostumbro mucho... Lo que sí es seguro es que será mi debut y despedida —se lamentó con un repentino color amarillo en su cara—. ¡Oh, Dios mío! Creo que voy a vo...

Tres horas después...

—Lo siento tanto, chicos. —El rostro de Alicia, aunque de buen color, no podía estar más largo por la vergüenza—. Les prometo venir el próximo fin de semana a limpiar el departamento y dejarlo reluciente —aseguró sintiéndose humana de nuevo.

Con mejor pinta, ya se encontraba bañada, pero vestida con el mismo atuendo de la noche anterior, en vista de que no quiso llegar con mochila al antro. Hacía tiempo que sus amigos le habían sugerido tener ahí uno o dos cambios de ropa para urgencias, pero entonces era tan escasa que era un lujo que no se pudo dar.

—No te preocupes, preciosa, para eso tengo a Triny, que viene todas las mañanas a hacer el aseo y preparar la comida. ¿Recuerdas? —dijo Pablo con amabilidad.

—Claro que te va a odiar por el trabajo extra. —La vena sádica de Ray salió a relucir con su comentario adicional.

—¡Ay, Raymundo, no me jorobes! —rezongó ceñuda—. Debo regresar al castillo porque mañana me espera un día muy complicado —avisó de forma dramática.

—¿Por qué será que no me gusta tu tono, Ali? ¿Qué estás planeando? —Pablo, que no se le escapaba nada, la cuestionó de inmediato.

—Ya se los diré después. Anden, sean buenos chicos y llévenme pronto, porque me están volviendo las náu... —Hizo una cara de asco tan convincente que Pablo y Ray se pusieron en movimiento de inmediato. Si el dolor de cabeza se lo hubiera permitido, Alicia se habría echado a reír a pierna suelta de ellos; era increíble que se

preocuparan más por la famosa alfombra persa, hecha a mano, que por ella.

—¿No me digas que debo dejarte en el portón? —Pablo preguntó de muy mal modo, tiempo después, al llegar al lugar.

—¡Nooo! Ahora prefiero pedir perdón que permiso. —Estaba segura que en esta ocasión no soportaría la caminata en tacones, porque descalza se le había olvidado caminar.

—¡Chica lista! —dijo el estilista que despertó de su dormitada en ese momento.

Estacionados frente al acceso principal, se apresuró a bajar para ayudar a su sobreviviente amiga a hacer lo propio y llevarla del brazo hasta la puerta de servicio.

—¿Y este sujeto que te maúlla como si fuera tu dueño quién es? —Ray prefería los perros a los gatos, pero de igual forma no le gustaban las mascotas.

—Es parte de la historia que algún día les contaré. Gracias por cuidarme. Mis amores, los amo —dijo luego de darle un fuerte abrazo y enviarle a Pablo un beso con la mano antes de perderse en el interior del castillo.

—¡Sí que tienes un estilo muy particular para organizar bienvenidas, Alicia! —En la penumbra del vestíbulo se escuchó la voz de Nicolás, baja y contenida.

—¡Me asustaste! —Como un acto reflejo se llevó la mano al pecho y con la otra buscó a tientas el interruptor de la luz. La potente lámpara iluminó todo a su alrededor, incluyendo a su ocupante, que no tenía precisamente cara de buenos amigos—. Llegaste antes.

—Eso lo sabías de sobra porque te envié un correo informándote —respondió airado.

—Debe haber sido ayer después de que salí de trabajar porque no lo vi —aclaró sin darle mayor importancia en tanto se adentraba en la cocina. ¿Pensaba el hombre que se pasaba los días de descanso pegada a su computadora portátil esperando que se dignara a



reportarse?

—Seguro tu teléfono celular te notifica de los mensajes que te llegan a tu correo. —La penetrante mirada verde la atravesaba. ¿Sería capaz de descubrir sus mentiras?

—Me temo que no es así. Mi teléfono es muy básico, solo sirve para hablar —Con cada pretexto que le ofrecía, acortaba la distancia entre los dos.

Aunque su visión frente a ella era hermosa, ahora se sentía lo suficientemente mal para desear que desapareciera junto con su dolor de cabeza que había regresado.

—¿Supongo entonces que tampoco Mati te comentó de mi llegada? —insistió. Estaba a un paso de la chica y a otro de perder la poca paciencia que le quedaba.

—Supones mal, Mati me comentó de tu llegada hoy, pero no pudo precisar la hora, así que yo asumí que sería tarde en vista de que vienes del otro lado del mundo. Entonces resolví dejar para mañana, a mi salida de trabajar, el plan de bienvenida. —La expresión de su rostro era casi angelical.

—Y mientras tanto tú no pierdes el tiempo... —dijo arrastrando las palabras. Su tono grave era una caricia o un presagio, dependiendo de cómo terminara ese episodio.

—Y tú tampoco... —aspiró profundo para agarrar valor cuando el hombre alcanzó un mechón de su desordenado pelo, que por la jaqueca no había querido peinar.

Nicholas tiró suavemente de él para obligarla a dar el paso que los separaba, luego levantó su rostro y lo observó con detenimiento.

—Hueles a alcohol... —La verde mirada se oscureció anunciando problemas.

—Tú hueles a orgía... —reviró Alicia envalentonada. Ella también tenía mucho que decir.

Con inusitada sorpresa para Alicia, el hombre explotó en una estruendosa carcajada, que hacía cimbrar su cuerpo de la cabeza a los pies, obligándolo a apoyarse en la isla de madera y mármol para no perder el equilibrio.

—Ya te he dicho que no creas todo lo que ves —le recordó

controlado, pero aún conservaba una sonrisa peligrosa cuando la sujetó por la cintura y la pegó a su entrepierna.

—De acuerdo, ¡soy una malpensada! Lo que nos lleva a concluir que las apariencias engañan, ¿no es así? —Apoyó las manos en el musculoso pecho, sintiendo el fuerte latido bajo sus palmas, eso le dio la certeza de que era tan humano como ella. Sus pensamientos y el ambiente tranquilo le dijeron que tal vez era buen momento para aclarar todos los malos entendidos entre los dos.

—No precisamente —dijo Nicolás acompañado de una negación de cabeza—. Por ejemplo, yo tengo la certeza de que ayer te fuiste de reventón y terminaste en la cama de Pablo y otro sujeto. Y no lo niegues porque acabo de ver la ardiente despedida. —Los verdes ojos se tornaron oscuros como el mar cuando presagia tormenta.

—Siendo sincera contigo, así fueron como sucedieron las cosas. —De inmediato aumentó la presión del amarre en su cintura, al punto de sentir que le cortaba el aire—. Si no aflojas un poco, no podré terminar con mi defensa y es el derecho de todo acusado —aclaró con evidente sofoco.

—De acuerdo, termina tu historia —comentó escéptico.

—Anoche dormí sola en la habitación de huéspedes. —De nuevo se dejaron escuchar las sonoras carcajadas de Nicolás, solo que estas no fueron de diversión.

—Y yo me chupo el dedo, ¿no? Qué será bueno hacer contigo, bibliotecaria —pronunció sobre su cuello donde aspiró su aroma—. Ahora no hueles a fresca primavera, hueles a pecado y promesas. Este aroma también me excita, Alicia —comentó con fría lascivia—. ¿Sabes una cosa? Ahora doy por terminado el acuerdo. Quiero hacerte mía, ya mismo, no puedo ni quiero esperar.

De un potente manotazo barrió con todo lo que se encontraba sobre la barra para sentarla en la orilla de la fría cubierta de mármol, luego separó sus piernas y se acomodó entre ellas para hacer íntimo contacto. Con sus enormes manos tomó el sorprendido rostro y juntó los labios en un beso ansioso y desesperado, que hablaba mucho de su sentir.

—¡Mmm! ¡Abre la boca, Alicia! —En cuanto su sedienta lengua

tuvo el camino libre, buscó a su par para humectarse en ella, para succionar el néctar embriagador que solo esos labios poseían.

Para Alicia era casi imposible mantenerse coherente ante el tropel de sentimientos que se apoderaron de ella debido a las expertas caricias que iban subiendo de tono.

Nícolás sintió los dedos femeninos enredarse en su nuca en señal de rendición, entonces sus manos bajaron para buscar la tersa piel de los muslos, metiéndose bajo la falda para recorrerlos de arriba abajo con prontitud. Cuando sus dedos incursionaron en el elástico de las bragas, sintió de inmediato el rechazo de Alicia.

—¡Detente, por favor! —separó los labios, agitada, en un intento de mantener la cordura, pero no era nada fácil al mirar su rostro y descubrir en sus pupilas la más franca expresión de crudo deseo que lo hacía parecer una criatura salvaje perdida en la ciudad.

—¡No, Alicia! ¡Te necesito ahora! —confesó despojado de su fortaleza, desprotegido ante los deseos de la carne.

—Ese no es el camino correcto. —Atemorizada ante la intensidad del momento, rogó a su suerte para recuperar el control.

—Es absurdo lo que dices. Tú me gustas y es evidente que yo te gusto, lo que sigue es obvio —dijo acariciando con los labios el níveo cuello.

—Tú aceptaste jugar mi juego y estás arruinando lo planeado para mañana. —Hizo acopio de toda su voluntad para mantener la cabeza fría.

—Tú aceptaste mis reglas, y el miércoles y anoche las violaste, no veo por qué tenga que continuar con tu ridículo juego —estableció con rostro de hastío y descontento, ya estaba lo suficientemente grandecito para lidiar tanta tontería.

—¿El miércoles? —«¿De qué habla el hombre?», se preguntó confundida. De pronto le vino a la memoria la visita de Pablo. No creía que Mati se lo hubiera comentado, lo que quería decir que había espías en la mansión—. ¿Cómo te enteraste?

—El cómo no importa, el hecho es que el juego se acabó —intentó tomarla, pero se encontró con su feroz resistencia.

—¡No es un juego! Ya te dije que tienes que llegarme para

convencerme; otra forma sería forzarme y eso es sinónimo de violación —declaró con pasión, empujando con fuerza el pecho masculino sin dejarse intimidar por la fiera mirada.

—Jamás he forzado a ninguna mujer ni las tengo que convencer para que estén conmigo —declaró furioso—. Solo por curiosidad continuaré con esta charada, pero te advierto que, si intentas burlarte de mí, te vas a arrepentir —terminó en un susurro amenazante.

—Me doy por enterada, Nícholas, aunque cabe mencionar que aquí el insistente eres tú no yo. Para aclarar te informo que, aunque «ni envuelta en oro te merezca», soy una mujer libre y autónoma para tomar mis propias decisiones y elegir con quién estar y con quién no. Los dos sabemos que me gustas y me gustas mucho, pero creo que a mis veinte años todavía tengo bastante por ver. ¿No crees? —Casi ejecuta su baile de triunfo al ver cómo el apuesto rostro se iba rigidizando hasta convertirse en piedra, y la bella mirada en hielo.

—¡*Touché!*

—¿Seguimos en lo dicho? —Alicia tomó como respuesta afirmativa el sonido ronco que salió de su garganta—. Entonces te veo mañana a las cinco y media en la puerta principal —acordó con la esperanza de que el hombre la mandara al carajo junto con el famoso «juego».

—De acuerdo, bonita. A las cinco y media.

Pero eso no pasó.

Con rostro de niño aburrido, Nícholas la tomó de la cintura y la puso en pie frente a él. Al final, la chica no supo si imaginó el suave beso de despedida sobre sus labios; de lo único que estaba segura era de cómo temblaban sus rodillas después de la batalla enfrentada. No podía asegurar que era un triunfo, solo lo veía como un día más de supervivencia.

## Capítulo 15

Alicia apenas pudo dormir un par de horas la noche anterior, sus sentimientos encontrados la tenían entre la espada y la pared; por un lado la razón le decía que desistiera de su loca pretensión de enfrentarse a Zeus antes de que le lanzara un rayo que la desintegrara, pero, por otro lado, estaba esa fuerza tan poderosa como el mismo Dios que la empujaba a aceptar esa oportunidad de estar cerca del hombre que había convertido sus necesidades de niña en mujer.

—Seré fuerte, no dejaré que esto me sobrepase, tendré en todo momento el control absoluto de mis emociones. —Alicia había adoptado esas palabras como su himno de guerra desde que había empezado a trabajar para Nicolás Kirgyacos.

—¿Tienes por costumbre hablar sola?

—¿Y tú tienes por costumbre sorprender a las personas? —respondió segura de que no había alcanzado a escucharla; de otra manera, se hubiera burlado de lo lindo de ella.

—El elemento sorpresa te da siempre una ventaja. —Nícolás sonrió fascinado con su visión envuelta en una blusa de tirantes azul claro y un pantalón corto blanco que apenas cubría su redondo trasero y dejaba al descubierto las largas y bien torneadas piernas.

—¿Cómo es posible que necesites ventaja con una indefensa chica? —Alicia también recreaba la vista con el pedazo de hombre vestido con camisa de lino blanca por fuera del pantalón, vaqueros azules bien entallados y un par de finos mocasines color miel.

—No hay enemigo pequeño... ¿Cuál es el plan? —preguntó

descubriendo en el piso una gran canasta con tapa.

—Iremos en tu coche a donde yo te indique. ¿Listo? —Todavía ni empezaba la odisea y ya estaba siendo torturada por el magnetismo animal del hombre.

—De acuerdo. —Sonrió de lado y sus ojos se entrecerraron hasta dibujar ese borde en el párpado inferior que le daba el toque de un pícaro bribón—. Yo la llevo. —Se apresuró a tomar la cesta—. No queremos que «una pobre chica indefensa» cargue pesado. Por cierto, ¿qué traes aquí? —preguntó a sus espaldas, embrujado por el cadencioso oscilar de sus caderas.

—No comas ansias. —Lo miró de reojo y casi se infarta por su abrazadora mirada.

Alicia aspiró profundo para calmar los nervios y ya acomodada del lado del copiloto se concentró en girar instrucciones al sexi conductor, hasta que pararon en una pequeña playa a veinte minutos de la mansión. Ese hermoso rincón lo conocía de toda la vida porque era el punto de reunión con los familiares y amigos cuando iba de visita con su tía a la isla.

—Bonito lugar —expresó Nícolás cuando aparcó el auto. Casi nunca tenía tiempo de hacer excursiones, así que no conocía lugares al aire libre—. Permíteme —pidió cuando se apresuró para ayudarla a bajar y luego se ocupó de la canasta.

—Lo sé, es de mis sitios favoritos —admitió en un suspiro, pero no por el paisaje. Ese lado cortés y galante de él la tenía obnubilada.

—¿Cómo es que no se encuentra repleto de personas? —preguntó al observar de lejos a un pequeño grupo de chicos y dos pares de parejas tirados en la arena.

—Entre semana siempre está tranquilo, pero en fin de semana y en época vacacional el lugar es una locura. —Guardó silencio concentrada en buscar el sitio idóneo para acampar—. Ponte cómodo —ofreció con una elaborada señal de la mano y una gran sonrisa de complacencia una vez que tendió la manta frente a los asombrados ojos de Nícolás.

—¿Es en serio? ¿Tu planeada cita es un picnic en la playa? —Se sintió un tonto luego de preguntar. Debió suponer algo así; después

de todo, estuvo cargando la evidencia por el trayecto.

—No juzgues... La cita apenas empieza. ¿O tienes que regresar temprano porque tu nana te regaña? —Alicia se tendió sugestiva en la manta a sabiendas de que el hombre no aguantaría la tentación de recostarse junto a ella.

—Espero que no haya *paparazzis* por aquí... —dijo girando la mirada en todas direcciones y refunfuñando hizo exacto lo que la joven pensó.

Alicia se sentó con una pierna recogida e invitó al inconforme hombre a reposar la cabeza en su muslo; Nicolás todavía se atrevió a pensarlo unos segundos antes de claudicar.

Una vez que el inquilino de su regazo se mostró tranquilo, sucumbió a la tentación de enterrar los dedos en la abundante cabellera azabache mientras con la mano libre sostenía su libro de poemas preferido.

Con voz clara y baja, Alicia dio inicio a la lectura:

Yo soy ardiente, yo soy morena,  
yo soy el símbolo de la pasión,  
de ansia de goces mi alma está llena.

¿A mí me buscas?

No es a ti, no.

Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,  
puedo brindarte dichas sin fin.

Yo de ternura guardo un tesoro.

¿A mí me llamas?

No, no es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,  
vano fantasma de niebla y luz;

Soy incorpórea, soy intangible.

No puedo amarte.

¡Oh, ven, ven tú!

(Rima XI, de Gustavo Adolfo Bécquer).

Alicia terminó estremecida hasta la médula; la poesía, al igual que

la música, tenía ese alcance en ella.

—¿Continúo? —se atrevió a preguntar al ver que todo el tiempo Nicolás se mantuvo en actitud relajada y contemplativa, aunque una de sus manos inquietas jugaba traviesa con el bies a espaldas de su blusa.

—Sí. Es hermoso lo que lees.

Como un depredador entraste en casa,  
rompiste los cristales,  
a piedra destruiste los espejos,  
pisaste el fuego que yo había encendido.  
Y, sin embargo, el fuego sigue ardiendo.  
Un cristal me refleja dividida.  
Por mi ventana rota aún te veo.  
(Con tu cota y tu escudo me miras desde lejos).  
Y yo, mujer de paz,  
amo la guerra en ti, tu voz de espadas,  
y conozco de heridas y de muerte,  
derrotas y saqueos.  
En mi hogar devastado se hizo trizas el día,  
pero en mi eterna noche aún arde el fuego.

(Saqueo, de Piedad Bonnet).

Con los sentidos exaltados, Alicia abandonó el dócil cabello para acariciar el varonil rostro con delicadeza y dibujar con cuidado y precisión el perfecto arco de las cejas, el puente recto de la nariz, la fuerte línea de la mandíbula y los hermosos y carnosos labios. Justo cuando su atención se centró en pasar la hoja del libro, la boca presta se entreabrió para morder su dedo curioso. La travesura dio paso a la sensualidad cuando la lengua inició una caricia candente, que se convirtió en erótica intención al succionar con avidez.

Fue inevitable que la mirada azul y la verde se cruzaran para engarzarse en perfecta fusión, como si estuvieran destinadas a estar unidas para siempre.

—¿Te gustaría comer algo? —invitó nerviosa rescatando su dedo.



Las mariposas en el interior de Alicia se encontraban todas alborotadas. Inspiró profundo para tranquilizarse, la tarde se estaba acabando demasiado a prisa y había que aprovechar la luz de día.

—¿Qué me ofreces? —Nícolás definitivamente era el rey de la doble intención y la sensualidad. Con movimientos sugestivos y lentos se desperezó y se sentó a esperar el menú sin despegar los ojos del ruborizado rostro de la chica que seguía siendo un enigma para él.

Ahora mismo parecía casi una niña con su coleta de caballo, su rostro con apenas maquillaje y su ropa sencilla, exenta de artilugios sensuales para conquistar, aunque su natural belleza no necesitaba de más.

Sus redondos y firmes pechos acentuados por la fina tela de la blusa, su esbelta cintura libre de excesos y su trasero y piernas de locura eran más que suficiente para que cualquier hombre perdiera la cabeza por ella; de suerte que él no era cualquiera. El músico se consideraba un hombre experimentado que sabía de sobra que bajo ese aspecto de inocencia había una bruja ambiciosa que buscaba hacerlo caer en sus encantos para desplumarlo.

—Nícolás...

—Perdón. ¿Me decías?

—Que traigo emparedados de atún y de jamón con queso, fruta, agua de limón y de naranja. ¿Qué te apetece? —«¿Qué estará planeando mi sexi invitado que me mira con tanta atención?», se preguntó curiosa.

—Tú... ¿Qué me recomiendas? —La doble intención gritando su necesidad.

—Todo está muy sabroso —respondió siguiéndole el juego—. Te daré un poco de cada cosa para que pruebes. —Sonrió coqueta, a sabiendas de lo que se cocinaba ahí.

—Estoy seguro de que así es. —Nícolás se estaba cociendo en su propio jugo; a pesar de eso, se sentía increíblemente bien. Entre una extraña combinación de relajación y estimulación saboreaba el presente y lo que estaba por llegar.

—Prueba esto. —Alicia le dio a comer de su mano una roja fresa

recubierta de chocolate, al tiempo que se lamía los labios con provocación.

Nícolás mordió la fresa reteniendo la mano de su anfitriona sin separar sus ojos de los suyos. Con las cabezas muy juntas se comió el resto de la fruta, luego, con sensual lentitud chupó uno a uno los dedos embadurnados de la sabrosa combinación.

—¡Mmm! —La garganta de Alicia habló por ella.

Sin demoras, el excitado hombre tomó de la nuca a la chica y aplastó sus labios en un beso hambriento, salvaje por la cruda necesidad liberada en el erótico momento.

Un *flash* de luz y el disparo característico de una cámara fotográfica terminó bruscamente con el interludio; cuando Nícolás se repuso del encandilante destello, el fotógrafo ya se había dado a la fuga para perderse tras las regaderas públicas.

Alicia estaba tan mortificada que sin darse ni cuenta mantenía el recipiente de las fresas abrazado fuertemente a su pecho.

—Relájate, no pasa nada —el músico pidió con inusitada delicadeza al tiempo que le quitaba el tazón de fruta de las manos.

—Pero a ti no te gustan las fotografías... —expresó con rostro afligido pensando en él antes que en ella.

—El ángulo del que fue tomada es muy malo. Nuestros rostros no se verán con claridad. Igual llamaré a mis hombres. Ellos se encargarán de que nos dejen en paz. Solo es una mancha más al tigre... —aseguró con ligereza y luego de mandar un rápido mensaje al celular la envolvió en un cálido abrazo como si consolara a una niña lastimada.

—Si a ti no te importa, por mí está bien. —«Una mancha más al tigre». Eso soy en la vida de Nícolás, pensó dolida, aunque su ternura fue su consolador.

—¡Mira qué espectáculo tan maravilloso! —El famoso aflojó el amarre para que la chica pudiera ver lo que decía—. Pareciera que el sol se sumerge en el mar para iluminar las aguas y que los arrecifes se llenan de su luz y color.

El rostro masculino estaba vuelto al horizonte con una expresión de fascinación que realzaba su propia belleza. Eso es lo que Alicia

admiraba. La naturaleza seguiría ahí para ella, en cambio, Nicolás se iría en menos de un año y saldría de su vida para siempre.

Asustada por sus sentimientos se sacudió sus disparatadas ideas y se concentró en el ahora.

—¿En qué te inspiras para componer tu música? —Nicolás se recostó en su regazo de nuevo, dando muestras de que deseaba continuar ahí, junto a ella, y pronta Alicia volvió sus manos al sedoso cabello para acariciarlo.

—Justo en eso. —Su mano mostró el horizonte tachonado de tonos naranjas, amarillos y rosas fundiéndose con el azul del cielo y el verde del mar—. Y en esto. —Ahora era el rostro de ella el que señalaba al perfilarlo con el dedo índice y el mayor—. Principalmente, aunque cuando se trata de composiciones para películas, obras de teatro y cosas similares tengo un tema en que basarme. —Nicolás atrapó la mano que peinaba su cabello y se la llevó a los labios para desperdigar pequeños besos en su palma.

—¿Cómo logras expresar sin letra lo que sientes y conseguir que las personas se conecten? —preguntó de forma apasionada. Estaba segura de que todos sus seguidores sentían lo mismo que ella al escuchar su música.

De pronto, la verde mirada recayó sobre la suya tan intensa que ambos se olvidaron de parpadear, entonces Alicia fue libre de admirar al detalle la variedad de matices alrededor de los iris verdes que parecían crecer y decrecer a capricho de su dueño y esa forma felina del contorno de los ojos cubierto por tupidas y rizadas pestañas, tan largas que acariciaban sus párpados al oscilar.

—¿Conoces mi música? —preguntó con tono sorprendido girando la cabeza para enfocar mejor el rostro de la chica.

—¡Claro! Tengo todas tus composiciones graba... —Alicia calló ruborizada al percatarse de que iba a confesar su delito de piratería.

—¿Qué pasa? —preguntó al notar su sonrojo. De inmediato se sentó para conseguir su respuesta.

—Me apena confesarlo... —dijo sin levantar la mirada—. Las bajé por internet de forma ilegal. Es que antes era un lujo que no me podía dar —se excusó cuando el estafado sostuvo su barbilla para

levantarle la cabeza.

—Entiendo. Vamos a corregir tu camino delictivo antes de que te conviertas en una pirata consumada. En mi estudio tengo varios juegos de CD con toda la música que he compuesto hasta ahora. Te daré uno en cuanto lleguemos a casa.

—¡Gracias, Nicolás! —emocionada se arrojó a sus brazos y llenó de besos sus mejillas.

Por varios segundos la pareja permaneció unida por el abrazo, disfrutando por igual del «cordial» contacto.

—¿Sabes cuál de tus composiciones me hace llorar como una Magdalena? —Lo miró con rostro conmovido sin soltar su cuello.

Nicholas tomó sus muñecas y la instó a que ahora fuera ella quien se recostara en su regazo. Obediente, Alicia accedió, aunque un tanto abochornada por el íntimo acto, a pesar de que ya habían compartido algunos más íntimos que este. Ahora se alegraba de haberse dejado convencer, porque la vista era maravillosa desde abajo.

—No me hagas adivinar, porque me haré anciano —pidió en tono dramático.

—Ángel de amor... —Para Alicia fue claro cómo la suave sonrisa del músico se convirtió en un rictus de amargura. Sin entender qué había hecho mal, se sentó *ipso facto* para mirar de frente los opacados ojos.

—¿Dije algo malo? —sujetó los fuertes hombros con amabilidad.

—No. Es mejor que nos retiremos, ya está oscureciendo y en un momento no nos veremos ni los rostros. —Hizo el intento por levantarse.

—Nos vamos a ir antes de la sorpresa de la que te hablé... —se lamentó. Dejó caer las manos con gesto de decepción; ahora tenía la certeza de que la mención de la obra musical había terminado con el armonioso momento.

—De acuerdo, nos quedaremos, pero te advierto que deberás mantenerme entretenido, porque ocioso soy un peligroso. —Resuelto decidió que no permitiría que los tristes recuerdos ensombrecieran la ocasión.

«Como si no lo supiera ya», pensó Alicia—. Soy experta en eso —le salió decir. De inmediato se arrepintió de su indiscreción, pues

descubrió en el hombre esa sonrisa cínica que tanto le disgustaba.

De suerte que la tensión del momento pasó a los diez minutos de que iniciaron los fuegos artificiales que dieron vida con la lluvia de colores el oscuro firmamento.

—¡*Wow!* ¿Qué estamos celebrando? —preguntó Nicolás ceñudo por el esfuerzo de recordar las fechas importantes de la historia de México.

—¿Ves aquel bungaló blanco junto al palmar? —Alicia señaló al sitio a unos trescientos metros de ellos; esperó a que el hombre ubicara el punto para continuar—: Ahí viven un par de ancianitos que cada aniversario de bodas celebran con toda su familia con pompa y platillos —dijo con mirada tierna—. Desde niña vengo a disfrutar el espectáculo. Si no me equivoco, hoy deben cumplir sesenta años de matrimonio —terminó con un suspiro.

—¡Santo cielo! No me imagino en esa situación. Creo que yo nunca me casaré.

Sin derecho alguno, Alicia sintió cómo se cimbraba su corazón al escuchar la despreocupada declaración del hombre junto a ella.

—Hora de irnos —declaró Alicia recompuesta para dar por terminada su primera lección.

—¡Eres increíble! ¿Así que este era tu plan inolvidable de «nuestros cuerpos juntos reposando satisfechos»? —Nicolás preguntó dando buena cuenta de su excelente memoria cuando ayudaba a juntar con una sonrisa resignada.

—Sí... ¿Cómo la pasaste? —preguntó Alicia mirándolo a los ojos.

—Muy bien —confesó sincero—. Pero no siempre te saldrás con la tuya, bonita —declaró con mirada de pillo.

—¿Qué te hace pensar que me salí con la mía? —lo retó provocadora—. No tienes ni idea de lo que quiero, Nicolás Kirgyakos. Anda, mueve tu lindo trasero porque ya vienen a arrojarnos del lugar. —Alicia se echó a correr dejando atrás al sorprendido hombre.

—Eres una delincuente, ¿lo sabías? —dio alcance a la ligera chica junto al auto justo cuando una patrulla apuntó su gran linterna por todos los alrededores.

—Seee... ¿Cómo piensas que se divierte la gente sin dinero? — Alicia sonrió sin gota de amargura.

—La verdad, nunca lo he hecho... —Ahora le tocó a Nicolás mostrar un poco de vergüenza en tanto se ponía detrás del volante para conducir de regreso a la mansión.

Los veinte minutos de camino lo hicieron en cordial intercambio de aventuras, sin tocar temas escabrosos.

—Entra conmigo —ordenó el músico tomando del brazo a la chica para guiarla por el andador a la gran puerta de madera y cristal.

—Prefiero entrar por la puerta de servicio, ya es bastante malo que los chismosos nos vean llegar juntos.

—Despediré al que murmure sobre nosotros —declaró con firmeza.

—Entonces te quedarás sin empleados.

—De acuerdo —convino resignado acariciando sus brazos de arriba abajo con suavidad—. Alicia, gracias, lo pasé muy bien. —Con dulzura le acarició una sonrojada mejilla.

—Yo también —susurró con un nudo atenazado en la garganta.

—Sabes que no podrás postergar por mucho tiempo lo inevitable entre los dos, ¿verdad?

—¿Quién sabe con certeza lo que nos depara el destino? —respondió con una sonrisa, pero su mirada azul tenía un toque de tristeza—. Te veo mañana, Nicolás. Descansa —pidió antes de darse la media vuelta para dirigirse a la sección de servicio.

—Hasta mañana, bonita.

Alicia escuchó la grave voz a su espalda. Sin poder evitarlo se dio la media vuelta para verlo sin dejar de caminar. La verde mirada la siguió hasta que se perdió en el ondulante camino.

Eran las once de la noche cuando Nicolás se fue a la cama repasando una y otra vez los eventos de la tarde con Alicia. Una sonrisa de incredulidad estaba estacionada en su rostro, pues admitía que jamás había estado a solas con una bella mujer, sin terminar los dos en la misma cama.

Esa noche durmió como un bebé. Para ser precisos, con esta eran dos noches que dormía como no recordaba haberlo hecho en años sin

antes ingerir un poco o mucho licor. Lo que si tenía presente era que sus sueños iban acompañados de su bibliotecaria.

## Capítulo 16

En otro lado de la gran mansión, una persona estaba batallando para conciliar el sueño. Alicia no podía dejar de rememorar uno a uno los instantes compartidos con el músico ese día. Se había mentalizado para la esperada lucha de voluntades con su jefe, pero esta nunca llegó, en cambio, tuvo una tarde para recordar.

¿Acaso le iba a salir el tiro por la culata? Se preguntó confundida. Aunque el resultado de la cita no era lo que esperaba, no podía negar el hecho de que le había gustado una enormidad salir con Nicolás.

—No te equivoques, Alicia, recuerda que «genio y figura hasta la sepultura». —Debía tener claro que en cualquier momento iba a resurgir el verdadero Nicolás Kirgyakos: tirano, déspota, caprichoso, engreído y mujeriego, que no podía aceptar un no por respuesta y menos viniendo de su bibliotecaria, mujer de bajo nivel que tendría que sentirse orgullosa y feliz de haberle gustado al mundialmente famoso fenómeno musical.

Por fin el cansancio logró vencer la resistencia de la chica que cayó en un sueño inquieto con hombres que tocaban el violín y perseguían mujeres que corrían en desbandada. A la señal del que encabezaba las filas, el resto reproducía con su instrumento una nota tan aguda que hileras de féminas caían a sus pies aniquiladas. Alicia se veía así misma huyendo desesperada con las manos cubriendo sus oídos, pero su perdición fue cuando volvió la vista, al escuchar los pasos cercanos, pues descubrió que las criaturas eran una réplica de tres metros de altura de puro Kirgyakos.



—Buenos días —saludó Alicia ojerosa y amodorrada al llegar media hora tarde al desayuno. Su despertador no había timbrado como siempre a las seis de la mañana o ella estaba tan dormida que sin darse cuenta lo había desactivado.

—¿Te desveló el jefe, Alicia?

—Que no llegue a oídos del señor que andas de intrigoza[3], Moly, porque en un dos por tres te pone de patitas en la calle —advirtió Graciela con enojo a su ayudante de cocina.

—Solo estoy diciendo la verdad... —replicó. «¿Por qué me regañan a mí en lugar de

a la calzón fácil de Alicia», se preguntó con una mirada que parecía querer fulminar a la recién llegada.

—Otra palabra y la que te va a correr soy yo, Moly.

—No te preocupes, Grace, que hable lo que quiera. —Alicia no quería que por su culpa fueran a despedir a nadie, a fin de cuentas, lo que Moly decía era verdad.

—Solo está jugando contigo, Alicia. Un hombre de su clase no se fijará en serio en una chica como nosotras. Te usará y ni quien se acuerde de ti cuando regrese a su isla.

—¡Basta ya, Moly! ¡Sal de aquí ahora mismo! Cuando estés dispuesta a comportarte vuelve para ayudarme con la comida. — Graciela mantenía la puerta de servicio de par en par en espera de que la chica obedeciera.

—Siento el disgusto por mi causa, Grace —expresó Alicia con ojos largos luego de terminar su desayuno exprés. «Y este es solo el principio», pensó.

—Al contrario. Siento no poder controlar a mi personal. —Con gesto bonachón palmeó su hombro—. Tienes rato malcomiendo, Alicia. Te veo demasiado delgada.

—Gracias por preocuparte. Prometo que me daré el tiempo necesario para comer esas exquisiteces que nos preparas.

—¡Ya dijiste!

Luego de que Alicia se interesó en la familia de la joven mujer regresó a su habitación a encerrar al gato, lavarse los dientes y dirigirse a la biblioteca para empezar las actividades.

El día entero se afaná en dar un buen avance a la clasificación para que le diera oportunidad de buscar los libros extraviados en las áreas que aún no organizaba, pero hasta donde llegó no encontró nada. Con tanto progreso que tenía, era para que ya hubiera noticias sobre cincuenta y tantos libros de colección, pensaba mortificada. ¿Sería que habían sido robados?

—¡Dios no lo quiera! —clamó en voz alta. Solo de recordar que nunca había recibido inventario de la biblioteca, y mucho menos sabía de la existencia de los famosos libros, se le ponía la piel de gallina.

Cierto era que su primer día de trabajo encontró la puerta cerrada con llave y, según Mati le comentó, ella era la única que tenía copia, la misma que le entregó en su mano. Ahora que todo estaba bajo su custodia, nunca dejaba la biblioteca abierta ni para ir al baño, así que, si algo había pasado con esos libros, o cualquier otro, fue antes de que ella apareciera por ahí.

—¿Qué te tiene tan pensativa, bonita?

—¡Demonios! ¡Un día de estos vas a matarme de un susto! —dijo Alicia con mirada de reproche. Se llevó las manos al cuello para impedir que su corazón se le saliera por la boca.

—Se me ocurren mil formas de matarte, pero ninguna de miedo. —Nícolás la sujetó por la cintura y la presionó contra su cadera con descarada intención—. ¡Qué linda te ves hoy! —dijo con la admiración pintada en su verde mirada, la cual paseó por todo su cuerpo sin reparos.

Alicia traía puesto un lindo vestido a cuadros de tiernos colores pastel, entallado del pecho hasta la cintura y con vuelo en la falda, que le llegaba una cuarta arriba de la rodilla. El cabello lo llevaba recogido en dos altas coletas, a cada lado de la cabeza, que le daban la apariencia de una traviesa colegiala.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. —Se aguantó la pena y aprovechó la coyuntura para devorar al precioso hombre vestido con

*jeans* desteñidos y ajustados y camisa verde clara arremangada, por fuera del pantalón. Como siempre se veía soberbio con lo que se pusiera.

—¿Quieres ir conmigo a una grabación? —No pudo resistir la tentación de tomar las puntas de las coletas para acercar el rostro de la chica y besarla. Tenía la intención de un beso breve, pero se encontró con una respuesta más que cooperativa de parte de ella.

En cuanto sintió los tibios labios sobre los suyos, Alicia tuvo una reacción inmediata y muy erótica, cruzó sus manos por la nuca del hombre, con un suave ronroneo, y restregó sus curvas contra el fuerte cuerpo para entregarse al beso con ardiente pasión.

—¡Mmm! ¡Qué rico hueles! —dijo por completo desinhibida en un intervalo del beso para meter su cara en el cuello masculino y aspirar ese aroma tan delicioso, sereno pero sofisticado, discreto pero vivo, único en él.

—Me complace que te guste, bonita, pero aún no me has respondido.

Fastidiado, Nicolás sintió cómo el artefacto entre sus piernas se iba inflamando sin control justo ahora que no contaba con tiempo para juegos eróticos.

—Me encantaría —respondió Alicia con coquetería ante la evidencia de que a él por igual le afectaba su proximidad.

—Acompáñame —ordenó en tanto extendía su mano para apresurarla a moverse.

—¿Ahora? Pero no estoy vestida...

—Tu atuendo es apropiado —aseguró impaciente por salir. Con su mano atrapó el brazo de Alicia para obligarla a moverse hacia la salida.

—Mi bolso... Necesito la llave para cerrar —aclaró cuando escuchó el suspiro ruidoso del tirano. Ni el alboroto hormonal haría que descuidara los tesoros de la biblioteca.

En esta ocasión, la pareja abordó un hermoso Mercedes blanco piloteado por el chofer de la mansión. Tal vez se debía a que el jefe estaba algo nervioso, supuso Alicia al observar a Nicolás con la vista

perdida en la ventana y escuchar el ritmo de sus dedos, un tanto acosador, sobre el estuche del violín abrazado a su pecho.

—¿A dónde vamos? —se atrevió a preguntar.

—Al estudio de un amigo —respondió mirándola brevemente.

La intuición de la chica le dijo que el que se encontraba sentado junto a ella era el músico y que debía dejarle su espacio hasta que el tirano regresara. Seguro era su forma de concentrarse o de prepararse para la sesión, porque hasta donde ella recordaba, por conversaciones con Mati, estaba grabando material para su nuevo álbum.

El estudio se encontraba ubicado en una residencia a las afueras de San Miguel, junto a la playa. Nicolás se dirigió al salón de grabaciones con Alicia siguiéndole los pasos en silencio.

El lugar era amplio, de techo no muy alto, pero muy fresco a pesar de no contar con ventanas. Tal vez era debido al clima artificial. Un tercio del espacio estaba dividido por un muro mitad ladrillo, mitad cristal y del otro lado se encontraban varios tableros verticales y horizontales con luces de vivos colores y multitud de botones deslizables y giratorios que dos hombres con audífonos maniobraban incansables. Amén de grandes bocinas suspendidas de techos y muros y una pantalla como un gran televisor al centro. En el lado donde se hallaban los instrumentos musicales y micrófonos sobre pedestales, ya se encontraban cinco músicos afinando. Luego de un amistoso saludo, Nicolás tomó lugar al centro, se sentó sobre un banco, sacó su violín y se concentró en la delicada tarea de afinarlo, olvidado por completo de su acompañante, que se había quedado traspuesta en la entrada.

De la nada, apareció en escena un hombre que entró por una puerta que se confundía con el material que recubría la pared. Este se veía de la edad de Nicolás, pero ahí acababa toda similitud con él, pues el sujeto en comparación tenía una apariencia de adolescente en crecimiento: delgado, abundante cabellera castaña afro y anteojos que le cubrían medio rostro.

—Alan, ella es Alicia —dijo el compositor sorprendiendo a la chica, que se acercó tímida—. Alicia, es mi amigo Alan. Él grabará algunos

temas de mi nueva producción —explicó volviendo a las cuerdas de su violín.

—Mucho gusto, Alan. —estrechó la mano, que le pareció demasiado suave, no como la de Nicolás, que tenía cayos en los dedos como su amigo de la prepa que era el bajista de una banda de rock de la localidad.

—Igual, Alicia. Si quieres siéntate en ese banco mientras los músicos se organizan, luego te pasarás a la sala de enfrente conmigo.

—De acuerdo —convino mirando con fascinación todo a su alrededor.

Pocos minutos después fue solicitada del otro lado y Alicia acudió con una sonrisa al compositor que le guiñó un ojo.

Qué sorpresa tan agradable recibió la visitante al ser ubicada en un alto banco donde la esperaban un par de audífonos, justo frente a su tirano favorito.

## Capítulo 17

Presenciar en vivo y en exclusiva una grabación musical de un famoso era como ver un milagro. Todos los músicos eran increíbles, pero la interpretación de Nicolás era colosal, un poema para la vista y el oído; la expresión de su rostro y de su cuerpo que se mecía y vibraba de forma apasionada. Todo en él era perfecto, hermoso, rayando en lo divino.

Al finalizar el tercer tema Alicia lloraba sin parar, la emoción no le cabía en el pecho. Apenada salió de la habitación en busca del cuarto de baño, necesitaba estar a solas para calmarse.

—¡Alicia! ¡Alicia! —era la voz de Nicolás llamándola por el corredor a los cinco minutos de su huida. Al pasar por el tocador de damas la alcanzó a escuchar y, sin pensárselo dos veces, empujó la puerta que por surte no tenía llave—. ¿Pasa algo? ¿Estás enferma? —preguntó con rostro preocupado.

—Nicolás, ¡lo siento! No he querido ser inoportuna —respondió entre sollozo y sollozo para luego arrojarse a sus brazos, que la envolvieron con increíble ternura.

—¿Qué pasa, bonita? ¿Tan mal estuvimos que te hicimos llorar? —bromeó abrazándola con energía.

Consiguió hacerla reír y cuando la sintió tranquila volvió a la carga.

—Dime que tienes, Alicia. —Con firmeza rodeó entre sus manos el rostro húmedo para obligarla a encarar las miradas.

—No lo puedo evitar —explicó con grandes ojos de aflicción; sus manos entre tanto no paraban de moverse para darse a entender—. Fue como si el canto del violín se acumulara aquí. —Palmeó su pecho

con pasión—. Sentí cómo sus notas resquebrajaron algo en mi interior al punto de provocarme un dolor insoportable. Entonces me di cuenta de que las lágrimas corrían imparables por mi rostro y luego mi garganta también lloraba. Yo no quería llorar... —argumentó confundida antes de echarse de nuevo en los consoladores brazos para ocultar su penosa desazón.

—¡Sh! Tranquila. Ya pasó. —Nícholas entendió a la perfección de lo que hablaba la chica. En el mundo conocía pocas personas capaces de experimentar esa emoción tan intensa por la música. Eso solo les sucedía a aquellos seres de sensibilidad especial capaces de descifrar su significado. Así era su madre.

—¿Tienes hambre? —preguntó cuando el conmovedor instante había pasado y la empujaba por la espalda con gentileza hacia la salida.

—Un poco. —A pesar de que ese día no había tenido tiempo de comer, su apetito brillaba por su ausencia.

—Aquí ya he terminado. Espérame un momento en lo que me despido de todos.

Nícholas besó la respingona nariz y caminó en dirección del grupo que hablaba animadamente en tanto recogían cables y guardaban los artefactos musicales en sus fundas. Por breves minutos hablaron entre ellos, estrecharon saludos y se despidieron a la distancia de Alicia.

Al regresar junto a la chica, el compositor rodeó con el brazo sus hombros y se encaminó a la puerta. Su equipo de guardas, que ya se encontraba en el área, se adelantó ante el murmullo de voces afuera, pero sin saber qué cosa lo impulsaba, decidió hacer frente en persona a los periodistas. Era inevitable que descubrieran su presencia en la isla, sobre todo porque no había tenido reparo en exhibirse con Alicia en una playa pública.

—Nícholas Kirgyakos, ¿es cierto que se encuentra en nuestro país porque ha decidido grabar aquí su próxima producción?

Entretanto, los guaruras[4] controlaban a los camarógrafos y fotógrafos para que no tomaran al famoso y su acompañante.

—En parte es cierto —respondió con amabilidad.

—¿Quién es la chica que lo acompaña, señor Kirgyakos? —preguntó el mismo reportero.

—¿Cuál es tu nombre, guapa? ¿Eres modelo? ¿Vienes de Europa siguiendo a tu novio? —disparó una periodista que se hizo campo a codazos para llegar hasta el frente.

—No respondas si no quieres —susurró Nícolás a su oído—. Solo hablaré de trabajo con ustedes —declaró con tal autoridad que los reporteros se mantuvieron a raya.

—¿Hasta cuándo piensa permanecer en la isla, señor Kirgyakos?

—En diez meses termino mis pendientes aquí y regreso a Grecia. — Nícolás hizo señas a su guarda y a su chofer para que les abrieran camino entre los curiosos que se estaban aglomerando—. El mes que entra haré una rueda de prensa para presentar mi próximo material. En breve será anunciada la hora y el lugar del evento —comentó con esa maravillosa sonrisa que conquista—. Están invitados. —Nícolás dio por terminada la improvisada entrevista y ayudó a Alicia a subir al auto que los esperaba con las puertas abiertas.

—¿Se llevará a la dama con usted? —insistió la mujer tratando de atravesar la valla de músculos que los separaban de la estrella. En respuesta recibió una mirada de desdén del aludido, pero eso no fue impedimento para que su camarógrafo se lanzara sobre el auto para tomar cientos de fotos antes de perder de vista a la luminaria y su bella acompañante.

—¡Wow! ¿Qué se siente ser famoso? —quiso saber Alicia, que no salía de su asombro ante la inesperada y novedosa situación para ella, pero no así para su jefe que se advertía muy tranquilo.

—Es agradable, pero hay momentos en que el ritmo de vida es agotador. Supongo que llegará el día en que no pueda viajar tanto. Mientras eso sucede debo atender a mis clientes, a mi equipo de trabajo, a los medios y a mis fans. —La tomó de la barbilla para capturar su mirada—. ¿Eres uno de ellos?

—¿Todavía lo dudas? —respondió hipnotizada con los expresivos ojos. «De ser mudo, Nícolás no tendría ningún problema para hacerse entender con su ayuda», pensó Alicia atrapada en la verde mirada.



—No.

—¿Qué? ¿Por qué me observas así? —preguntó intrigada.

—¿Así cómo? —Sonrió juguetón.

—Como si trataras de ver dentro de mi cabeza. —Era fácil interpretar su mirada, aunque sus intenciones y acciones no siempre eran tan claras para ella.

En respuesta, Nicolás la acercó por los hombros y la abrazó fuerte contra él. Ciertamente, no tenía nada que agregar de la atinada descripción de su propósito. Alicia lo intrigaba. Cada vez más. Su interés en ella iba en aumento; aún no sabía si solo como objeto de investigación o para qué otra cosa, pero que necesitaba tenerla cerca era muy real.

El restaurante a donde la llevó su jefe era nuevo para Alicia, como era de esperarse. Elegante, bonito y discreto fueron las primeras características que se le vinieron a la mente al entrar.

—¿Qué tal está tu platillo? —Nicolás veía divertido cómo la chica devoraba su guiso sin preocuparse por el consumo de calorías, como solían hacerlo sus acompañantes de costumbre.

—¡Delicioso! No pensé que tuviera tanta hambre. —Sonrió con timidez—. ¿Y el tuyo no está rico? Casi no has comido nada —observó ceñuda ante la mirada atenta de algunos comensales del lugar.

—La verdad, yo ya había comido. Mati me cuelga donde me vea salir sin alimentarme primero —argumentó con grandes ojos—. Aún me cuida como si fuera un niño. —Su rostro se suavizó al segundo.

—Creo que así seré yo con mis hijos. —Alicia habló con la mirada perdida en algún lugar del futuro.

—¿Ah, sí? Creí que no querías tenerlos —comentó Nicolás con ojos de sospecha.

—No me veas así, que no me estoy contradiciendo. Nunca te dije eso —aclaró en tono bélico—. Si Dios quiere, claro que tendré. Pero no ahora ni mañana, ni el año entrante. Aún soy muy joven para eso, tengo otras prioridades antes —defendió sus sueños con pasión, ningún apuesto tirano se los robaría por cínico que fuera.

—Ya veo.

A partir de ese momento el ambiente cambió en la mesa, Nicolás se volvió reservado y ella ya no supo qué decir para recuperar la camaradería que habían compartido. Antes de pedir la cuenta, atento le sugirió que probara los deliciosos postres, pero ella rechazó la invitación, ya no se sentía cómoda y solo le apetecía regresar a la mansión.

—Alicia, acompáñame a mi despacho. —Nicolás dio la orden en cuanto el auto se detuvo en el acceso principal, después de cuarenta minutos de silencio total en el trayecto.

El tono en el que habló invitó a la chica a no hacer objeciones; salió tras él prácticamente corriendo para ir a su paso hasta que llegaron al despacho.

—Todo tuyo —dijo el músico cuando puso sobre sus manos una bonita caja de plástico con tapa.

El regalo resultó ser la colección *de* CD que le había prometido el día anterior.

—¡Veintidós...! —pronunció asombrada. Los que ella tenía grabados eran cuando mucho diez. Nunca pensó que fueran tantos.

—En promedio uno por año. Mi primer disco salió a la venta cuando tenía dieciocho años de edad y estoy por cumplir los treinta y seis. —Complacido, vio cómo Alicia abrazaba a su pecho la caja, como si fuera un tesoro invaluable.

—¿Me dedicarías uno? —En esos momentos era la típica fan, nerviosa y un poco enamorada.

—¡Claro!

—No vayas a poner el clásico «con cariño para bla, bla, bla...». —En cuanto se dio cuenta de su mirada de ensueño, se bajó de la nube color de rosa y le entregó un disco que escogió al azar.

—¿Y cómo qué te gustaría que escribiera? —preguntó divertido por la ocurrencia.

Se sentó en la orilla del escritorio, con el pequeño estuche cuadrado apoyado en su muslo, entretenido con el gesto gracioso de la chica cuando pensaba en algo.

—Mmm, ¡lo tengo!: «Para la chica más dulce y especial que se ha

cruzado brevemente en mi camino» —dijo riéndose de su propia broma.

—No está mal —comentó Nícolás en tanto escribía a pie juntillas lo indicado, halagado de forma especial y diferente por su admiración, porque, si algo tenía a puños de sus seguidores, era eso.

—Gracias de nuevo, señor Kirgyakos —pronunció con un hilo de voz, derretida bajo la verde mirada.

—¿Por qué no me lo agradeces con un beso, bonita? —retiró la caja de sus manos para poder sujetarla por la cintura y pegarla a él sin obstáculos.

Ansiosa de tocarlo, Alicia enterró los dedos en el cabello sobre su nuca. Con lentitud movió los labios haciendo contacto igual que aleteo de mariposas, pero la caricia no surtió efecto y la boca de él se mantuvo cerrada para ella. Entonces involucró la lengua para bañar con su savia la roja piel y permitió a los dientes dar suaves mordiscos, pero la pasión la hizo presa y, luego de un lánguido gemido, atrapó con presión el apetitoso labio inferior en tanto su cadera buscaba con desesperación hacer contacto.

—¡Mi Dios! —Nícolás reaccionó con apasionada vehemencia. Tenía a la chica sujeta del trasero con fuerza y la apretaba a su ingle albrestanda—. ¡Me vuelves loco, Alicia! —habló con la voz enronquecida de pasión y la respiración agitada.

—Nícolás... —gimió con ardor. Se encontraba en una lucha interna en su cabeza; sabía que debía de apartarse, pero no recordaba por qué. ¿Por qué negarse ese gusto si el hombre besaba de locura?

—¡Ven conmigo a la cama! —Con rápida impaciencia guio sus manos por debajo del vuelo del vestido para acariciar con creciente deseo la tersa piel de los muslos.

—¡Nick, hijo! ¡Necesito hablar contigo!

La voz de Mati se escuchó como si se encontrara en otra dimensión, pero los firmes toquidos a la puerta del despacho fueron muy reales. Eso y la palabra «cama» lograron enfriar de sopetón la calenturienta cabeza de Alicia que, con movimientos acelerados, retiró las manos de su trasero en tanto que apartaba los labios. La puerta se abrió a tiempo de colocar la ropa en su lugar y de que Nícolás pusiera las

manos en su entrepierna.

—Hola a los dos. Yo necesito ver algo contigo. —Mati apuntó seria al pecho de la chica—. Y tú cuelga ese teléfono porque te está buscando Vittorio con urgencia —señaló a Nicolás. Sin esperar respuesta, ella misma colgó la bocina y encendió el celular del famoso que dormía el sueño de los justos sobre el escritorio.

Alicia tomó su caja apresurada y salió de la habitación sin mirar atrás, ya esperaría a la nana en el camino lejos de Nicolás y no tan cerca de los oídos curiosos.

—Con la autoridad que me confiere ser la mujer que te crio y te ha cuidado desde que naciste, te pido que me aclares que está pasando entre tú y Alicia. —Mati se encontraba a un brazo de distancia abotonando su camisa abierta hasta la cintura sin apartar los ojos de su pupila dilatada y su atento oído de la respiración entrecortada.

—Mati, ya no soy un chico para contarte de mi vida íntima —respondió enfadado. Claro sintió cómo se le subían los colores al rostro frente a la sagrada inquisición.

—Justo eso es lo que temo, que te estés involucrando íntimamente con tu empleada que apenas pasa de la mayoría de edad y que...

—¡Nana! Esa chica tiene más camino recorrido que tú y yo juntos, así que no me vengas con clases de moral porque las conozco de sobra —dijo molesto poniéndose de pie—. Te pido, por favor, que no intervengas. Alicia me gusta y, si ella quiere ser mi amante durante mi estancia aquí, así será —declaró rodeando el escritorio para sentarse al frente y devolver la llamada de su mánager. Con eso dio el tema por zanjado.

Mati sabía cuándo perdía una discusión con Nick, pero todavía quedaba la chica para impedir un desastre.

## Capítulo 18

Mati nunca llegó a su encuentro así que Alicia tomó al toro por los cuernos y se presentó ante ella muy temprano al día siguiente en su habitación.

—Pase —invitó con la certeza de quien espera esa visita.

—¿Se puede?

—Adelante, Alicia, qué bueno que vienes. Nick me tiene tan entretenida con mi *hobby* que no me he dado tiempo de procurarte. Acércate, siéntate un momento, por favor, ahora te atiendo.

Alicia no quería ser curiosa, pero era imposible no fijarse en los recortes que la nana tenía desplegados sobre su mesa de trabajo.

En una foto de su viaje pasado estaba Nicolás en actitud muy comprometida con una rubia preciosa. La nota decía: «¿Esta chica si lo logrará?». Otra era de un mes atrás donde iba saliendo de un restaurante con cuatro chicas despampanantes. La nota de la periodista más afamada de la farándula, por sus atrevidos comentarios, decía: «¿Cuál de las cuatro será la elegida esta noche? ¿O serán las cuatro? Yo no tengo duda de que el vigoroso galán puede con “todo” eso».

Atrapada en las garras de la morbosidad, su mirada siguió curioseando; casi se le salan los ojos al ver la imagen de ella y Nicolás besándose en la playa y, por supuesto, la fotografía del día anterior, dentro del auto, cuando se marchaban del estudio.

—Listo... ¡Oh, perdón! Sigue mirando, querida —Mati ofreció con sonrisa condescendiente y le abrió el álbum de fotografías de par en par—. Mi Nick es todo un garañón, como dicen en mi tierra. —Como

buena actriz, mostró una orgullosa sonrisa.

—Guarde todo, Mati, no quiero parecer chismosa. —Lo que no quería era ver la triste realidad.

—Sé que no lo eres. Mira con confianza —insistió acomodando el álbum frente a sus ojos—. Mira esta, aún no doy con la chica. ¿Te parece conocida? No importa. Dice Angélica Rivas, la periodista esta de Yucatán, que Nick no pierde el tiempo y tiene mucha razón. Mi Nick es como el colibrí, va de flor en flor sin detenerse —dijo moviendo con pesar su cabeza de un lado a otro—. ¡Ya basta de murmurar! —se regañó con una triste sonrisa—. Te decía que... —Hizo una pausa como haciendo memoria. No perdía detalle de la silenciosa presencia frente a ella, estaba segura de que había sembrado en tierra fértil la semilla—. ¡Ah sí! El otro día que fui a la biblioteca me di cuenta del trabajal[5] que tienes para que encima debas limpiar el polvo acumulado por años en la estantería y libros, y se me ocurrió que una de las chicas de limpieza te eche una mano. ¿Qué te parece? —A pesar de haber provocado ese encuentro no se le daba mentir y dio gracias a Dios que se le ocurriera esa idea. A fin de cuentas era por una noble causa.

—No se preocupe, Mati, a mí no me molesta hacerlo y lo hago conforme avanzo en la organización y clasificación de los libros —respondió con disimulado alivio. Y ella que pensó mil cosas—. De suerte que la biblioteca se mantiene cerrada por inventario, de otra manera sí sería muy incómodo para otros —concluyó con una mirada tiste sobre la mesa. —De pronto se empezó a sentir con el estómago revuelto, tal vez algo de la comida le había caído pesado. Se puso de pie y la atacó un leve mareo y la náusea arreció.

—¿Te sientes bien, querida? Te veo algo pálida. —Con pena Mati constató que la chica había recibido bien el mensaje. Era mejor que se sintiera mal ahora a que llorara el resto de su vida.

—Me siento un poco indispuesta. Iré a mi habitación a reposar un rato, seguro se me pasa pronto. La veo luego. —Casi corriendo salió del cuarto; apenas llegó a tiempo para volver el estómago en la intimidad de su baño.

Después del desfogue de energía, Alicia se quedó dormida envuelta

en un sueño inquieto que la acompañó hasta que el despertador timbró a la mañana siguiente.

Cuando se levantó ya no sentía el malestar en el estómago, pero había uno en su cabeza y alma que no podía ignorar. Las imágenes de Nicolás recordándole su posición y estilo de vida disipada le sacudieron el espíritu. Los dos últimos días de cercanía con el virtuoso hombre le habían hecho olvidar su propósito y quién era él en realidad.

«¿Y a fin de cuentas quién soy yo para andar por la vida de justiciera?», se regañó. No tenía los tamaños para enfrentarse a personas como su patrón. Ahora que estaba a tiempo pondría fin a esta locura.

—¿Marcelo...? —respondió sorprendida por la llamada. Con tanto alboroto de hormonas no había vuelto a recordar a su tutor.

—*Hola, preciosa. ¿Cómo has estado?*

—Muy bien, gracias. ¿Y tú, qué tal? —En verdad le daba gusto escucharlo.

—*¡Con muchas ganas de verte! ¿Salimos hoy?*

—Hoy no puedo —respondió con voz de aflicción—. Estoy algo atrasada en la escuela y debo aplicarme —habló con la verdad, solo que no confesaría el porqué de su atraso—. Déjame ver cómo pinta todo para el viernes y te hablo. ¿Te parece? —Al oír el suspiro del otro lado de la línea decidió darse tiempo. Tal vez él era la solución a sus enredos.

—*Me parece* —*accedió en tono resignado*—. *Me está entrando una llamada...*

—Te dejo para que la atiendas, yo también debo trabajar —se apuró a decir—. Hasta pasado mañana entonces.

Alicia colgó agradecida por la interrupción. Ojalá que la vida fuera tan fácil como ordenar los libros en una biblioteca. Pensativa miró su reloj, eran las cuatro de la tarde. Empezó a descender la escalinata con una pila de libros de un lado y el sacudidor del otro, poco menos que agotada y derrotada.

—*¡Hermosa vista desde aquí!*

—¡Nicholas! Qué costumbre la tuya —gritó sobresaltada. Casi le hace caso a su instinto que la invitaba a tirarle con un libro desde arriba. El muy bandido sonreía satisfecho de su hazaña y seguro de su vista, su corto vestido no cubría gran cosa.

—Hay que decirle al «arregla-todo» que reponga las flores, estas ya se pusieron feas —dijo refiriéndose a las once rosas marchitas que seguían en el escritorio.

—Se lo diré en cuanto lo vea —dijo sin diversión pensando en que seguro sus mujeres recibían el mismo trato que sugería para las flores. A propósito se entretuvo desempolvando los libros al pie de la escalera, retardando el momento del acercamiento. El hombre esperaba sin apuros, cómodamente sentado en la silla giratoria con las botas apoyadas en la esquina del escritorio.

—¿Qué itinerario tenemos para hoy, bonita?

—Ninguno. Tengo asuntos personales que atender el resto de la tarde de hoy y mañana. —Encaró su intensa mirada como quien no teme a nada. Tenía que salir de él cuanto antes.

—¿Así de fácil? Acabo de cancelar un viaje importante a la ciudad de México para estar contigo, Alicia. —Con rostro serio se puso en pie y se encaminó hacia ella—. Me gustaría que reconsideraras tu respuesta, bonita. —Su solicitud se escuchó como una orden.

—No hay nada que reconsiderar. Aunque, no tan importante como la tuya, yo también tengo vida propia —aclaró con la barbilla levantada. En ese momento hubiera dado lo que fuera por desaparecer, pero no le quedó de otra que sostener la suspicaz mirada del hombre que se encontraba a un paso de ella.

—¿Qué es eso tan importante que lo antepones a nuestro asunto? —quiso saber.

—Es privado y no lo comparto —respondió un poco rebelde—. Pensé que contábamos con diez meses por delante para jugar.. —Suavizó su tono, no quería hacerlo enojar.

Mientras esperaba el desenlace del encuentro, Alicia temblaba por dentro. Aunque Nicholas se mantenía ecuánime, sin tocarle ni uno solo de sus cabellos, eso no evitaba que percibiera cómo la acariciaba a través de la mirada que se deslizaba como suave terciopelo por su



rostro o que llegara hasta su olfato el aroma de su piel y de su aliento, anegando sus lujuriosos sentidos.

—De acuerdo. Te sugiero que no olvides que este es un juego de dos —advirtió de forma pausada.

Nícolás se comportaba como el hombre seguro de su poder. Tenía a la chica hipnotizada, con facilidad podría deshacerla y volverla a hacer, pero no forzaría las cosas. Llegado el momento no habría límites para él cuando se le entregara por completo. «Que se tome el tiempo que quiera, porque de mí no se va a escapar», sentenció de forma silenciosa.

Al cabo de varias horas de imparable dedicación, Alicia consiguió reponer dos clases atrasadas; otras dos y se pondría al corriente con el grupo.

—Ven, Tiranos —invitó con voz cancina—. Con eso de que últimamente no te atiendes, te estás volviendo un holgazán. —Cargó al gato en brazos y se dirigió a la cocina. Lugo de darle de beber le abrió la puerta de servicio para que tomara su propio rumbo y ella continuó hacia el jardín trasero, el de la alberca. No nadaría, solo caminaría un rato por los alrededores para relajar los músculos engarrotados de su cuello y espalda.

Confiada de que no se toparía con nadie, porque ya pasaban de las doce de la noche, no se preocupó de cambiarse de ropa ni calzarse los pies; vestía su ropa de dormir.

De pronto llegó a sus oídos un rítmico chapoteo; sigilosa se acercó y atisbó entre las plantas, casi le da un paro cardíaco cuando descubrió a un hombre nadando como Dios lo trajo al mundo. La luz de la luna iluminaba el bronceado cuerpo que atravesaba de punta a punta la piscina con estilo potente y veloz.

La visión era casi irreal por su belleza y majestad. Embobada, Alicia pensó que a lo mejor todo era producto de un sueño, que realmente nunca salió de su habitación y que dormida confundía pasajes recién leídos de la mitología griega, porque ese hermoso ser bien podía ser el dios Zeus que se había transportado en un rayo a la Tierra para enamorarla y convertirla en una de sus mujeres, en una más de sus

esclavas.

—¿Cambiaste de opinión?

—¿Nicholas! —asustada abrió los ojos en el momento que la sujetaba por la espalda y la acercaba a él. La tela de su camisón de inmediato se convirtió en una delgada película por la humedad de la piel de su captor, que la apretó con brazos de hierro sin darle tiempo a escapar.

—¿Sabes algo, bonita? ¡Me enloqueces! —susurró con voz enronquecida. Sus manos se movían golosas por la sinuosa figura y sus labios y su cálido aliento acariciaban el níveo cuello.

—¡Oh, cielos! —gimió.

El dios Zeus de Alicia era Nicholas, con toda la esplendorosa desnudez pegada a su espalda, restregando la dureza en su trasero; sus manos libertinas tocaban todo a su paso, a puños, con deliciosa brusquedad acunaba las elevaciones y con dedos escudriñadores, los montes.

—¡Cómo te deseo, Alicia! —Excitado al límite levantó el camisón con una mano para que la otra continuara la tortura a los inflamados botones sin obstáculos—. ¡Siénteme cómo me tienes, preciosa! —jadeó restregándose con poder.

Con lo que le quedaba de cordura, Alicia ansiaba mandar al diablo sus prejuicios de chica idealista y pobre y entregarse al hombre con locura, sin pensar en el mañana. Gozar lo que le ofrecía ese cuerpo maravilloso y experimentado que sabía cómo apagar la hoguera que la consumía por dentro. Solo quería ser una chica como las de ahora que no pensaban tanto y se dedicaban a disfrutar del momento.

—Sé mi amante, bonita. Te juro que no te vas a arrepentir. La pasaremos increíble juntos. Con tu belleza, experiencia e ingenio no tendré tiempo de aburrirme contigo y lo mismo te puedo prometer de mi parte.

—¡No! —Su rechazo lo tomó desprevenido y fácil pudo escapar de sus brazos. Alicia puso suficiente distancia de por medio antes de girarse hacia él—. Eres un hombre portentoso y bello —con descaro paseó la mirada por el formidable cuerpo excitado como quien está acostumbrada a semejante visión—, pero sigo esperando ver ese algo

de ti que me lleve irresistiblemente a tu cama, Nicolás. —Estaba segura de que con esa declaración volvería las cosas a su punto de inicio.

El sorprendido hombre estuvo a punto de mandar al diablo las cláusulas del juego y tomar a la chica, ahí mismo, en el jardín, pero su meta ahora sería verla rogando por que le hiciera el amor.

—Eres más astuta de lo que pensé, bibliotecaria. Muy bien, ya me quedó claro que tú no trabajas con promesas —con cada palabra su rostro se iba convirtiendo en piedra, igual que las estatuas de su despacho—. A partir de mañana me enfocaré en descubrir el precio por poseer tu cuerpo, pero para entonces mis reglas serán las que rijan y juro que te veré rogándome antes de meterte en mi cama — declaró con una dureza que heló la sangre aún ardiente de la chica.

Encolerizado, Nicolás se dirigió a la piscina y se sumergió en ella con un grito salvaje que se esfumó en el silencio de la noche. Alicia vio a su dios Zeus perderse en las aguas con su preciosa desnudez, pero no sin antes dejar caer una maldición sobre su cabeza.

## Capítulo 19

El amanecer del jueves, Alicia se quedó dormida de nuevo por culpa de la mala noche que había pasado, como era de esperarse, después del encuentro con su dios griego. Se levantó de la cama tal como se había acostado, igual de cansada. Cargando a cuestas el ánimo se arrastró hacia la ducha. Veinte minutos después se encontraba en la biblioteca sin desayunar, para variar, no quería dar pretextos para llamadas de atención del jefe que seguro en ese momento debía de estar odiándola.

En cuanto terminó su turno, famélica, se dirigió al comedor de empleados donde se encontró a Graciela y a Moly trabajando en la cocina.

—Hola. ¿Qué hacen aún aquí? ¿No deberían estar descansando para la hora de la cena? —Alicia preguntó de camino al horno donde solían guardarle su plato del día, pero la cocinera la detuvo.

—Disculpa, hija, tu comida está en la nevera, porque ahora estoy horneando un pastel de cerezas para mañana —dijo Grace con el rostro embadurnado de harina.

—¿Por qué? ¿Qué habrá mañana?

—Tu novio tendrá invitados. ¿Que no te incluyó?

—¡Moly! Otro comentario de esos y quedas despedida, no me importa estar hasta el cuello de trabajo —advirtió la cocinera, con el rostro crispado—. Junto a la fuente de salsas puse un recado que te dejó Mati; ella ahora se encuentra de compras en la capital —dijo dirigiéndose a Alicia.

—Gracias. Si no te importa, comeré en mi habitación. Al rato traigo

los platos de regreso y me dices si te puedo ayudar en algo.

—Sí, sí, no te apures... Buen provecho, linda —respondió con una breve sonrisa para volver a la mezcla de otro postre.

Alicia salió de la cocina sintiendo la mirada de Moly atravesando su espalda; desde su arribo a la mansión se había ganado su antipatía y no sabía ni por qué.

Cuando llegó a su cuarto abrió el sobre con el mensaje dentro; este no era de Mati, sino de Nicolás para informarle que al día siguiente la esperaba para cenar en compañía de Renato y Marcelo Ríos. Astuto como era le encomendó la tarea de recibirlos.

Alicia no entendía la intención de su jefe. ¿Qué pretendía con eso? Porque de que planeaba algo era seguro y en breve se enteraría. ¡Demonio de hombre!

Esa misma noche a duras penas cumplió su meta de ponerse al día en los estudios; le tomó una hora más de trabajo gracias a su constante desconcentración por el preocupante evento en puerta.

Ya casi para acostarse recibió un mensaje a su celular. Era Pablo que la regañaba por estar tan perdida toda la semana.

—¡Perdóname, cariño! —rogó al llamarlo—. He tenido unos días muy complicados y todavía me falta mañana... —dijo sin darse cuenta.

—*¿Qué va a pasar mañana, Alicia?* —interrumpió como tromba. Hasta la fecha no había conseguido que la chica le contara eso que la tenía alejada y con los nervios a flor de piel. Mucho se temía que era algo referente a su polémico jefe.

—Ocurrencias de Tiranolas —confesó como al descuido. Todavía no estaba preparada para confesar a Pablo y a Ray el lío en que se encontraba metida.

—*Algún día tendrás que confiarme lo que está pasando, preciosa, y cuida que no sea cuando la bola de nieve sea enorme.*

—¡No te enojas conmigo, Pablito!

—*No me enojo, solo estoy preocupado por ti. Antes no me ocultabas nada* —dijo con tono de resentimiento.

—Buenos días. —A la mañana siguiente, Alicia saludó sorprendida

de encontrarse a Mati desayunando en el comedor para empleados.

—Buenos días. —Graciela y Moly respondieron a coro.

—Buenos días, querida. ¿Recibiste el mensaje de Nicolás? —la mujer mayor quiso saber.

—Sí, Mati, gracias. ¿Usted estará en la cena? —preguntó moderando su tono para no dejar traslucir su ansiedad, que para la atenta Moly no pasó desapercibido.

—Solo un rato. Por la tarde tengo cita con mi dentista y no la puedo aplazar —comentó con una amplia sonrisa, que dejó a la vista el gran espacio entre los dientes de enfrente—. Se me cayó ayer —explicó con un gesto gracioso.

—¡Oh, vaya! —exclamó apenada, pero al volver la vista al rostro de Graciela las dos se echaron a reír junto a la desafortunada víctima del ratón de los dientes.

Ese día, Alicia trabajó con ahínco para reportar un buen avance; tenía la esperanza de que, si terminaba antes de lo convenido, se pudiera dar por terminado el contrato de trabajo, pero la desaparición de los ejemplares de colección podían ser un motivo que la mantuvieran atada al lugar y a su tirano. ¿Y si los libros se encontraban en otro lado?, se le ocurrió de pronto. En cuanto tuviera oportunidad decidió que le comentaría esa suposición a su jefe. Tal vez estaban dejando pasar un tiempo precioso esperando que aparecieran en la biblioteca.

Bañada y arreglada para la ocasión, a las cuatro y media se dirigía al recibidor para estar al pendiente de la llegada de los invitados. Mati y su jefe aún no hacían acto de presencia.

Justo a las seis timbró el interfono y ella acudió a atender a los hermanos Ríos, que esperaban permiso de acceder a la propiedad.

—Buenas tardes y bienvenidos a la mansión Kirgyakos —saludó con la puerta doble abierta de par en par.

—¡Hola, preciosa!

Para Alicia fue una sorpresa el saludo de Marcelo, que sin previo aviso le dio un fuerte abrazo y un fugaz beso en los labios ante la mirada curiosa de su hermano.

—Tato, te presento a Alicia, es la chica de la que te hablé.

—Un placer conocerte, Alicia. Renato Ríos, a la orden. —Con mirada apreciativa barrió a la belleza frente a él.

—El placer es mío, señor Ríos. Por favor, acompáñenme a la...

—¡Tato, amigo mío! ¡Qué gusto verte por fin! Bienvenidos a esta su casa —interrumpió Nícholas con algarabía.

La bibliotecaria presenció cómo el par de hombrones se daban tremendo abrazo, sin sufrir daño, felices de verse con innegable autenticidad. Luego observó que, con sentida deferencia, Nícholas se dirigió al menor de los Ríos y lo saludó de mano.

—Veo que ya te presentaron a mi chica —dijo Nícholas a Renato como al descuido cuando los guiaba a los cómodos sillones del salón principal—. ¿Qué les parece un buen trago antes de la cena?

—Permítame ayudarlo, señor —propuso Alicia para dejar muy bien asentado su lugar en la mansión. Con gusto vio cómo a su jefe se le borraba la sonrisa de satisfacción por el punto que se acababa de anotar.

Justo cuando pensaba decirle sus verdades apareció Mati en escena y saludó con elocuencia al mayor de los hermanos.

La primera hora de reunión, cuando la nana aún se encontraba con ellos, Nícholas se comportó como el mejor de los anfitriones, cediendo a Mati la batuta de la conversación. Ella rememoró con añoranza los tiempos de inocentes travesuras de infancia y no tan inocentes en la etapa adolescente del tremendo par.

Alicia escuchó con sorpresa que su jefe había sido un niño y un joven común y corriente, en el mundo de los ricos, por supuesto. También se enteró de que los hombres se conocieron de muy pequeños, debido a que los padres de Nícholas compraron la finca para pasar largas temporadas de verano. Aunque ambos eran griegos, conocieron la isla en un viaje de negocios de don Nícholas y quedaron enamorados de ella.

La conversación claramente se enfrió cuando mencionaron a los progenitores fallecidos, fue entonces cuando Mati consultó la hora y se levantó de prisa.

—¡Válgame Dios! Si el chofer no sabe volar llegaré tarde a mi cita —comentó con una sonrisa apretada para no mostrar sus carencias—. Espero verlos pronto, jovencitos. No te pierdas —advirtió al mayor de los Ríos, que junto con Nicolás la acompañó a la salida.

Desde la sala, Alicia alcanzó a escuchar cómo su patrón daba instrucciones precisas al chofer de llevar con rapidez y prudencia a su valiosa pasajera. A solas con Marcelo, aprovechó la ocasión para pedirle que le guardara en secreto que ella era estudiante de su universidad virtual y le dio sus motivos para justificarse. Situación que Marcelo supo aprovechar para acercarse y susurrarle al oído lo guapa que se veía, sin soltar sus manos, que las tenía aprisionadas contra su pecho.

Esa fue la escena que Nicolás observó a su regreso antes de que el cariñoso par se separara con brusquedad.

—¿Otra copa antes de la cena? —propuso con sonrisa helada—. Bonita, échame una mano, ¿quieres? —solicitó con amabilidad—. ¿Ya te dije que estás guapísima esta noche? —preguntó en tono íntimo a modo de que todos escucharan.

—¡Gracias! —la aludida respondió con un rechinido de dientes sin atreverse a mirar a los invitados, que parecían enfrascados en su propia conversación.

—Después de la cena tengo algo para ti —le susurró el músico ignorando la mirada de hielo que le dedicó.

—Después de la cena me iré a San Miguel. —Marcelo y ella habían confirmado su cita por e-mail esa mañana.

Nicolás no comentó nada, pero con su elocuente expresión mandó un mensaje de advertencia a la joven.

Por cerca de dos horas los amigos charlaron y charlaron de vivencias pasadas, en especial de sus épocas de la universidad, que por supuesto hicieron juntos en Oxford. Alicia prefirió mantenerse un poco al margen atenta al siguiente movimiento de Nicolás, que se veía soberbio enfundado en un traje negro con camisa azul cielo sin corbata. Sus magníficos ojos, de lejos, se veían grises con la combinación. También se dio tiempo de observar a Renato: alto, bien formado y elegante, pero nunca tanto como el famoso. Marcelo, en



cambio, era un hombre menos llamativo, pero a su modo atractivo.

A lo hora de servir la cena, se presentaron dos meseros sobrinos de Graciela que ella misma había contratado para la ocasión. Temía que su ayudante con su mal humor cometiera un error que la hiciera quedar mal con el patrón ahora que había resuelto visitar la mansión después de muchos años de ausencia.

Los camareros aparecieron para anunciar que todo estaba listo y así fue como pasaron al gran comedor con Renato y Nicolás al inicio de la comitiva. Este último dispuso que, a la derecha de la cabecera, que era su sitio, quedaran Renato y Marcelo. A su izquierda acomodó a Alicia.

De entrada se sirvió una riquísima crema de almejas, que Alicia estaba degustando con gusto hasta que sintió la mano de Nicolás sobre su rodilla. Casi se atraganta por la sorpresa, pero supo componerla aduciendo un cierto picor que le raspó la garganta. Entre tosida y tosida se sacudió la mano atrevida que ya subía por su muslo.

El segundo tiempo fue un platillo a base de salmón salteado y crepas de espinaca rellenas de cangrejo. Nicolás dispuso que se sirviera un sabroso vino rosado joven y fresco que combinó a las mil maravillas con el menú.

—Cuéntanos más sobre tu última producción, Nick —propuso Renato notoriamente animado por el alcohol ingerido—. En algún lado leí que estabas componiendo la música para la película de este director italiano... ¿Cómo se llama? —miró a su amigo en busca de la respuesta, entonces continuó con su enunciado—: ¡Ese mismo, Nick! ¿Cómo te consiguió si no soportas a los italianos?

—Eso cambió hace mucho, Tato. —La espontánea risa de Nicolás dejó claro que recordaba a la perfección la broma de Renato relacionada con el tema.

—Pobre, Nick. Los tres años de prepa sufrió con el acoso constante de Giuliana Caruso. Pero bien que aprendiste a defenderte, amigo, hasta la fecha no ha habido chica que te atrape —explicó divertido al resto de la concurrencia que ignoraba la anécdota.

—Tú tampoco lo haces tal mal, amigo. Que yo sepa sigues soltero a

tus treinta y seis —reviró. Como todo un pillo aprovechó que los meseros entraron a rellenar las copas para tomar brevemente la mano junto a él y llevársela a los labios en un beso fugaz bajo la mirada sorprendida de Marcelo.

Alicia incrédula tiró de sus dedos y no levantó el rostro en una eternidad. Cuando se animó fue solo para observar al par de hombres en su minuto de seriedad y a Marcelo con rostro malhumorado.

—Fuera de broma, Renato. ¿Por qué te divorciaste? —preguntó el famoso con rostro afable.

—Marisela me pidió el divorcio, hermano. No pudo con mi estilo de vida. En aquel entonces yo vivía de noche y casi nunca coincidíamos.

—¡En verdad, lo lamento! —expresó sincero. Sabía por él mismo que la chica era el amor de su vida.

—Así sucedieron las cosas. Ella se volvió a casar y ahora es muy feliz y yo no tengo presiones sentimentales. Mejor cuéntame de ti. ¿Cuándo piensas abandonar la soltería? —preguntó con mirada pícara.

—¡Nunca! El matrimonio no se hizo para mí —se apresuró a responder con cinismo

De nuevo los meseros entraron a retirar los platos y servir el postre que consistió en un delicioso *pie* de limón y la especialidad de la cocinera: pastel de cerezas.

—Discúlpenme un momento, por favor —pidió Renato para responder a la insistente llamada a su celular que ya no pudo postergar.

Momento que aprovechó Nicolás para volver a la carga con su hermosa empleada:

—Anda, bonita, come del pastel de Graciela, que mañana nos espera un buen reclamo si no lo probamos. A fin de cuentas, tu preciosa figura no sufrirá ningún daño —dijo guiñándole un ojo con complicidad, haciendo la vista gorda al hombre que rumiaba celoso frente a la chica—. ¿Todo bien, Renato? —preguntó al amigo cuando regresó a la mesa.

—Sí. Problemas de rutina. Este negocio es muy absorbente; a las

tres horas de que me ausento me empiezan a llamar —explicó con resignación.

—Te creo, hermano. ¿Qué le parece si continuamos la sobremesa en el salón con una taza de café o una copa para aligerar la cena? — invitó en tanto ayudaba a Alicia a levantarse.

A sabiendas de que el joven Ríos los seguía, Nícolás movió la mano del brazo a la cintura de la chica y ahí la dejó como al descuido en un premeditado acto para marcar su territorio.

—Yo debo retirarme, recordé que tengo un asunto importante que atender en...

—¿Que no ibas a ir al Galó's con...?

—¡No! No, Renato —se apresuró el profesor a informar para terminar con el tema—. Hubo cambio de planes —concluyó con una mirada de reproche exclusiva para Alicia.

Marcelo se despidió de mano de los hombres y a la chica solo le dirigió una distante señal con su cabeza.

El hermano mayor no dijo nada, pero a leguas se notaba su asombro por la repentina partida de su hermano. Con la mirada buscó a Alicia, pero ella se encogió de hombros moviendo negativamente la cabeza.

## Capítulo 20

Otra hora duro el martirio de la cena para Alicia, aunque el comportamiento de Nicolás cambió radicalmente; ya no tenía caso continuar con su actuación, pues el cometido estaba cumplido, además de que la nana estaba de vuelta, aunque se despidió al poco tiempo porque ya estaba haciéndole efecto el medicamento que le dieron para que durmiera como una bendita.

—Todo salió bien, ¿no? —preguntó Nicolás con cara de satisfacción, luego de despedir a su amigo.

—Supongo que lo dices por ti —respondió Alicia rencorosa.

—Te advertí que andando conmigo no iba a tolerar que salieras con nadie más —reviró dándose por enterado. La sonrisa desapareció de su rostro y su mirada dura la atravesó.

—¡Yo no ando contigo! ¡Y este ridículo trato se acabó! —declaró con ojos como llamas—. De ahora en adelante solo tendremos la relación jefe-empleado que nunca debió cambiar, y porque no me queda de otra gracias a tus amenazas —dijo recordando el irrompible contrato de trabajo. Su lengua estaba por completo suelta; poca cena y mucho vino había sido su salida.

—Te equivocas, Alicia. Yo no soy el tipo de hombre al que estás acostumbrada. Este juego que tú sugeriste se va a terminar cuando a mí me dé la gana y eso sucederá cuando me canse de ti, cosa que no te debe preocupar, pues eso me pasa muy rápido, así que te sugiero que saques provecho de la situación. —Con manos bruscas la sujetó de los brazos obligándola a encararlo.

—¡Tirano abusivo!, te va a salir caro tu capricho —No medía sus palabras, furiosa por no poder deshacer el tonto arreglo.

—Cerciórate entonces de que valga cada peso que gaste en ti —respondió masticando las palabras. Ya se estaba cansando de la impertinencia de la joven.

—Qué seguro estás de que me llegarás al precio, jefe. Pareces tener experiencia. Pensé que tus mujeres no eran de pa...

—Mira, niñita venenosa, te advierto que, si sigues por ese camino, vas a recibir muchos sinsabores —siseó en su rostro en tanto lo sujetaba de la barbilla con rudeza. El verde de sus ojos centellaba como si quisiera fulminarla—. Ya tienes conocimiento que soy hombre de poca paciencia y muy mal humor; hagamos esto sencillo para los dos y en menos tiempo tú tendrás lo que ansías y yo cumpliré mi capricho, como tu bien dijiste.

—¡Te odio, Nícholas Kirgyakos! —grito desprendiéndose con violencia. Qué ganas tenía de darle un par de bofetadas al arrogante hombre.

—No quiero tu amor, quiero tu cuerpo para usarlo hasta colmarme de ti, Alicia. —dijo con burla tenebrosa.

—¡Maldito engreído! Entre más te ufanas más te alejas de conseguirlo —declaró. Nunca había sabido antes lo que era sentirse humillada al máximo.

—¡Excelente! Me estás dando una pista, creo que vamos por buen camino. —Sonrió con incansable mofa.

El desafortunado comentario fue la gota que derramó el vaso de Alicia. Fuera de sí levantó la mano para castigar el rostro burlesco, dando en el blanco con precisión matemática. El ardor en su palma era nada comparado con la satisfacción que inundaba su pecho, pero el gusto le duró un suspiro, que cambió a miedo cuando vio al colérico hombre abalanzarse sobre ella y cargarla sobre su hombro como un costal de papas. Con ella a cuestas, bajó los tres escalones que separaban la recepción del salón y ni los gritos ni los puños que golpeaban su espalda acortaron las firmes zancadas que los llevaron junto al sofá *Chesterfield*<sup>[6]</sup> que dominaba el área.

Sin darle tiempo a reaccionar, Nícholas se sentó en el mullido cojín,

en caída libre, con la chica rumbo a sus muslos donde terminó de barriga para recibir la zurra en el trasero que seguro la tía Adel nunca le dio.

—¡Suéltame, Nicolás! ¡Me estás lastimando! —exigía a gritos forcejeando por liberarse, hasta que rendida terminó en vehemente súplica, pero el endemoniado hombre se las arregló para sujetarla y azotarla sin que sus esfuerzos fueran un impedimento—. ¡Eres un bruto! ¡Suéltameee! —gritó con su último aliento. Jamás en su vida había sido reprendida de esa manera tan humillante. Sin importarle nada que no fueran sus sentimientos y su cuerpo adolorido, lloró ya sin luchar.

—¡Te advertí que esto pasaría, Alicia! Espero que hayas aprendido la lección —declaró dejándola libre con el rostro crispado y enrojecido. Su mirada enigmática siguió a la chica que se sentaba en la otra punta del sillón a rumiar su desazón.

Sosegada, se incorporó para retirarse sin levantar la mirada; se sentía tan avergonzada que no volvería a verlo a los ojos nunca en la vida.

Nicholas la dejó partir sin decir nada. Arrastrando los pies se dirigió a la barra de los licores y se sirvió un vaso de *whisky* con mano temblorosa después de las fuertes emociones experimentadas. Alicia lo hacía enfurecer como nadie, jamás en su vida había llegado a ese extremo con una mujer, ni si quiera con... Sacudió la cabeza casi con violencia y de un solo tragó se terminó su bebida para rellenar el vaso de nuevo y repetir la hazaña una y otra vez.

En definitiva las cosas no terminaron como lo tenía planeado. Sonrió con pesar al sentir la dureza del estuche en el bolsillo interior de su chaqueta. El brazalete de brillantes no logró ver la luz. Se había imaginado que, al entregar el obsequio, Alicia se lanzaría a sus brazos, «muy» agradecida.

Pasada la ira inicial, Nicolás tuvo que reconocer que se le había pasado la mano, que ciertamente le dolía mucho más de lo que le había dolido la bofetada de la fiera respondona que lo traía de cabeza.

Al cabo de un rato, después de algunas copas y aún alterado para

poder conciliar el sueño, se retiró a su cuarto de música para avanzar en la composición del tema final de la película que estaba musicalizando. Se llevó consigo la botella a medio terminar para sacudirse el mal momento.

En el ala izquierda de la mansión...

Alicia salió del cuarto de baño después de darse una ducha tibia con la idea de que eso la ayudaría a dormir. Cuando se vestía frente al espejo, descubrió en su piel las marcas de las grandes manos y de nuevo lloró desconsolada, sin lograr discernir qué le dolía más, si su orgullo o su trasero.

Después de una hora de giros en la cama se levantó frustrada dispuesta a encontrar el remedio para su insomnio, porque no pensaba pasarse la noche en vela dándole vueltas en su cabeza a lo que había sucedido esa noche.

—Ahora vengo, Tiranos, iré por un vaso de leche tibia para ti y para mí —dijo con sonrisa triste, despejándose los ojos de lágrimas que le empañaban la visión.

En el ala derecha de la mansión...

Al cabo de una hora de fallidos intentos, Nícolás solo consiguió ver el fondo de la botella sin poder sacudirse de la cabeza el rostro de Alicia bañado en llanto. Tenía que verla ahora mismo para cerciorarse de que estaba bien, tal vez después de eso pudiera recobrar un poco de paz.

Con la camisa abierta de cabo a rabo, descalzo y despeinado el músico caminaba con pasos zigzagueantes por todo el corredor que comunicaba el vestíbulo entre las dos alas de la mansión. Impresionado se detuvo en el camino al presenciar la hermosa visión de una mujer envuelta en una vaporosa bata blanca.

La aparición se detuvo al descubrirlo, con su mirada fija en él. Sin importarle otra cosa que no fuera ella, Nícolás le dio alcance. Era Alicia de nívea carne y hueso, y ojos enrojecidos seguro por el llanto.

Como hacía mucho tiempo que no le sucedía con ningún ser humano, su corazón dio un vuelco doloroso; sin poder contenerse, sujetó su bello rostro y con infinita ternura posó los labios sedientos de ella sobre su boca entreabierta.

Igual que un ciclón cuando hace contacto en tierra, así fue la potencia de la unión de las atormentadas criaturas. En silencioso acuerdo se comunicaban con caricias de labios al besarse y manos ansiosas al tocarse con creciente pasión.

Alicia de nuevo se encontraba fuera de sí, violenta y desbordada, pero de una manera distinta a la de horas antes, de la forma desesperada como Nícolás Kirgyakos la necesitaba.

—¡Perdóname, bonita! Cuánto siento haberte lastimado cuando lo que deseo con el alma es amarte. ¡Te necesito, Alicia! —Con alucinante fascinación experimentó cómo se amoldaba el cuerpo tibio y blando al suyo duro como una roca.

—¡Yo también lo siento, Nícolás! ¡Ámame y déjame amarte! —pidió subyugada por su declaración—. ¡Hazme el amor! —reiteró apasionada.

Nícolás no necesitaba de persuasión, levantó en brazos a la rubia belleza y sin dejar de devorarla con los labios caminó de prisa por todo el camino de regreso; aún la besaba cuando cruzó su alcoba y no la soltó hasta llegar a la gran cama de roble macizo donde la depositó con cuidado. Sin perder un minuto se desnudó frente a la hambrienta mirada azul que no perdía detalle de sus movimientos.

—Cariño, estoy demasiado excitado para esperar, te prometo que la próxima vez será mejor, pero ahora necesito estar dentro de ti. —Se apresuró a sacar un preservativo del cajón de la mesa de noche para colocárselo con manos diestras antes de montarse a horcajadas sobre ella para desvestirla de un solo tirón—. ¡Eres tan hermosa! —A pesar de las ansias que le carcomían las entrañas no pudo negarle a sus ojos que se regocijaban con la perfecta desnudez—. ¡Cómo te deseo, bonita!

Besó de nuevo a la inusual callada chica, antes de acomodarse entre sus piernas y penetrarla con un movimiento potente y profundo.

—¡POR DIOS, ALICIA! —Nícolás la reprendió con mirada



atónita. El alarido de ella y el obstáculo natural en su seno convirtieron en un rígido bloque de hielo su cuerpo antes ardiente—. ¿Por qué no me advertiste que sería el primero? ¿Por qué me dejaste creer otra cosa? —preguntó suspendido de los brazos, aun en su interior, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Sobrio y alerta como nunca.

—¡Perdón! No pensé que fuera algo que tuviera que andar diciendo por ahí. —Las lágrimas de dolor y espanto no se hicieron esperar—. Es algo muy mío, Níckolas —confesó con rostro angustiado y la voz estrangulada por el inminente llanto.

—¡Perdóname tu a mí, bonita! —Se sentía terrible. ¿Cómo pudo equivocarse tanto con ella?—. Eras virgen... —asentó moviéndose con cuidado para salirse de ella.

—¡No me rechaces, por favor! Hazme el amor, Níckolas —pidió con las manos sobre su cadera para detenerlo—. Te lo estoy rogando como querías. ¡Por favor, hazme el amor! —Con grandes ojos imploró sin voluntad para seguir negándose lo que sentía por él.

Al ver la duda en el varonil rostro. Alicia sujetó con manos y muslos firmes su cadera. Sin esperar invitación, con suavidad replicó el vaivén de su ingle como en sus películas románticas. Al profundizar la unión, el dolor aminoró hasta convertirse en una pequeña molestia que fue cediendo terreno a la excitación. Sentirse poseída por su tirano, llena de él, era una experiencia maravillosa, comparable con nada. En cosa de segundos su cuerpo se movía por natural instinto, pero sobre todo por ese profundo deseo de él.

—¡Oh, cielos! Alicia... ¡Detente! —Níckolas suplicó atormentado.

—¡No puedo! ¡Te deseo demasiado! ¡Por favor, Níckolas! —La chica era testigo del debate en el que luchaba el hombre, pero también sabía que ya no había marcha atrás y ella tampoco quería retroceder.

Níckolas bloqueó los movimientos de Alicia con su peso y apoyado en los brazos acercó los labios para sofocar sus demandas con un beso arrebatador, sacando fuerzas de flaqueza para iniciar en las artes del amor a su aprendiz de amante.

Con lentitud y una sensualidad desquiciante, las caderas masculinas danzaron de arriba abajo para que la chica gozara el

contacto íntimo con plenitud y mostrarle con paciencia y maestría el mundo del erotismo puro.

—Así, bonita, goza, que nuestros cuerpos han sido creados para eso —invitó al oír sus tímidos gemidos. Decidido a crear su obra maestra, su boca abandonó los labios de la chica para besar los cremosos senos y devorar sus botones erguidos, complacido hasta la demencia con su textura y sabor.

—¡Aaaah!... —El jadeo de Alicia salió de su garganta con una connotación dolorosa. Desbordada de pasión sujetó la cabeza azabache contra su pecho cuando la succión amenazó con enloquecerla.

—¿Te lastime? —Alarmado soltó su delicioso bocado y miró el rostro de la chica.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! Eso que haces es maravilloso —declaró sin pudor. En ese momento solo podía lidiar con las sensaciones que despertaba Nicolás en cada lugar donde su cuerpo hacia contacto con el suyo. Ahora mismo se sentía como una máquina sobrecalentada a punto de estallar. La fuente de esa energía palpitante estaba situada justo en el interior entre sus piernas y obligaba a sus caderas a elevarse con una fuerza desconocida en busca de alivio—. Nicolás... Siento que voy a explotar —declaró con una expresión de cruda sensualidad en el rostro.

—Estoy listo para ti, bonita —Entendido de que su momento estaba cerca, aceleró el ritmo para que la fusión fuera perfecta—. Vente conmigo, hermosa. ¡Ahora, cariño! —jadeó estremecido.

El éxtasis los alcanzó al unísono como una explosión de notas musicales convertidas en miles de átomos danzantes en el oscuro rededor. Pero cual inseparable vínculo, estos se unieron para formar de nuevo las moléculas de ella y él en su suave caída al punto de origen, listas para repetir el maravilloso milagro.

Cuando los amantes lograron controlar las violentas sacudidas, por el formidable orgasmo compartido, se miraron con asombro por la increíble vivencia.

—¿Cómo te sientes, preciosa? —Nicolás salió de su cuerpo con lentitud, suspendido sobre sus brazos en busca de la mirada azul

para no perder detalle.

—¡Impresionada! —Todavía sentía algo de pena, pero quería saber todo sobre el tema—. ¿Siempre es así?

—¿Así como? —Sabía de qué le hablaba, pero quería oír de sus labios su sentir.

—No estoy segura de saber cómo expresarlo —dijo bajando los párpados—. ¡Maravilloso! ¡Grandioso! —Abrió los ojos y el resplandor de su brillo deslumbró a su observador—. Hubo un momento en el que podría haber jurado que me salí de mi cuerpo y puede ver un estallido de luces de colores yyy.. —El intenso bochorno ruborizó su rostro y bloqueó su garganta por un momento—. No sé. Creo que ahora seré una adicta... —cubriéndose la boca con las manos, a tiempo, detuvo el «a ti».

—¡Dios bendito! Me temo que he creado un monstruo. —Nícolás expresó sin ocultar su fascinación, pero también se felicitó por llevar la culminación del encuentro a un punto de perfección para ambos. Su amplia experiencia era el mejor de los aliados.

Conmovido de una forma inusual, envolvió a la chica en sus brazos y rodó con ella juguetón. Pasada la euforia del momento, la cobijó en su pecho y repasó en su cabeza las últimas horas.

En definitiva, estaba loco por Alicia. El hecho de que fuera virgen había sido un tremendo descubrimiento. Sospechaba que él también se convertiría en un adicto a ella.

Inspirado ante las circunstancias, Nícolás terminó por concluir que, quien asegura que la perfección no existe es porque nunca ha hecho el amor con la persona idónea. «¿Qué carajos quiere decir eso?», se preguntó asombrado de sus absurdos. Seguro, luego que pasara la novedad, todo tomaría la dimensión correcta. En este momento era normal que se sintiera tan motivado, la hermosa joven era todo un reto, un enigma, una rara combinación de espontaneidad, franqueza, fuerza de carácter, sensibilidad... y ahora tendría que agregar, inocencia. Su candor se reflejaba en su personalidad, en su esencia, hasta en su aroma. Ahora cuadraba todo. Fue su último pensamiento antes de quedarse dormido con una gran sonrisa.

## Capítulo 21

Alicia despertó de su sueño profundo a oscuras y muy desorientada, pero con una sensación de plenitud y felicidad que no sabía de qué le venía. De pronto, se agolparon en su memoria los momentos vividos unas horas antes en los poderosos brazos de Nicolás, que aún la rodeaba posesivo.

Con gran pesar se desprendió del amarre para abandonar la cama y la alcoba, antes de ser vista por el resto de los habitantes de la mansión.

Ya bañada y vestida bajó al comedor a devorar un abundante desayuno para gusto de Grace, que la felicitó por su buena decisión de cambiar sus hábitos alimenticios; en cambio, la mirada suspicaz de Moly no la abandonó.

En otro parte de la mansión, un habitante se estiraba como felino satisfecho después de una sesión de sexo increíble y un sueño reparador. Nicolás de pie, en su esplendorosa desnudez, revolvía la ropa de cama para cerciorarse de que la noche anterior no había sido una quimera, pero no, entre las sábanas estaba la prueba irrefutable de que ahí había dejado una virgen su inocencia.

Por su cabeza rondaba la idea de que, en estos tiempos, la castidad femenina a los veinte era un evento poco común. Las chicas de hoy gozaban de la misma libertad sexual que los varones. ¿Por qué una bella mujer como Alicia se había conservado virgen hasta el día anterior y había decidido entregarle su inocencia a él? La respuesta era otra cosa para investigar. Ahí había de dos sopas: podía tratarse

de una situación que se dio así o que se planeó así. ¿Cuál era la verdad?

Por lo pronto, retiraría la evidencia de su cama para no dar de que hablar a las lenguas viperinas de la limpieza. No quería que esto tampoco llegara a oídos de Mati; entre más tardara en enterarse mejor; todo indicaba que Alicia pensaba igual, porque lo había abandonado sin darse ni cuenta.

Nicholas casi se lame los bigotes al pensar en el siguiente encuentro sexual con su hermosa bibliotecaria.

—Pase —respondió Alicia cerca de mediodía, cuando las ansias por la expectativa de la espera estaba por enloquecerla. Ordenó a sus nervios que se calmaran porque seguro la persona del otro lado de la puerta no era su jefe; él no tenía por costumbre pedir permiso para entrar a ningún lado.

—Hola de nuevo, Alicia. Llegó esto para ti. —Con una gran sonrisa Lola entregó en sus manos un enorme y mullido oso de peluche.

—¡Ay, qué bello! Gracias —exclamó sin podérselo creer.

El precioso muñeco era un director de orquesta vestido con traje de pingüino y batuta en mano o más bien en su pata delantera; de ella colgaba un pequeño sobre blanco. Apurada desató el moño y con manos ansiosas sacó una tarjeta musical con la hermosa melodía *Para Elisa* y al pie de esta la siguiente inscripción:

Recibe de tu humilde servidor esta hermosa composición como tributo a tu belleza.

Gracias por la noche de anoche.

NK.

P.D. La próxima será de mi autoría.

Invadida de emoción, Alicia giró por todo el cuarto al son de la música, feliz y un poco enamorada, abrazada al peluche, segura de que era bien correspondida.

A su memoria acudieron las vehementes declaraciones de Nicholas: «Lo que deseo con el alma es amarte», «te necesito». Sí. Esas eran las palabras de un hombre que la estaba empezando a querer.

El resto de la jornada no logró concentrarse en su trabajo. Eran las

cuatro de la tarde cuando la puerta se abrió y fue sorprendida bailando de nuevo con su elegante oso.

—Entiendo, con el sí quieres bailar, pero no conmigo. ¿Acaso se debe a mi forma de vestir? —Nícolás sonrió socarrón al tiempo que avanzaba con paso felino hacia la ruborizada chica.

—No te ves tan mal... —Si ya la habían sorprendido con las manos en la masa, qué importaba si era por completo desvergonzada, el hombre lo valía, era una obra de arte vestido como andaba, con vaquero ajustado, camisa a cuadros metida en el pantalón y cinto y botas negras haciendo juego.

—¿Te gusto aunque sea un poco? —Travieso siguió con el juego.

—¡Yo diría que sí! —respondió perdida en la verde mirada que le atravesaba hasta el alma.

—¿Aceptarías pasar el fin de semana conmigo en mi yate? Navegaremos por el mar del Caribe —quitó a su rival del camino para que no hubiera nada que se interpusiera entre su cuerpo y el de ella.

—Siempre y cuando me acompañe Yakoso —respondió con espontaneidad—. Mi compositor favorito —aclaró divertida en tanto señalaba con su dedo índice al oso sentado muy serio en el sillón.

—Tú favorito, pero no por mucho tiempo —comentó con una amplia sonrisa por el ingenioso apodo—. ¿Cómo es que me dices a mí? Tiranos... Tiranus...

Previendo su escape, Nícolás la sujetó de una mano y la miró con profundidad, con esos ojos capaces de hablar e hipnotizar a la vez.

—Tiranolas —susurró con la mirada baja.

Alicia tenía la esperanza de que lo dicho se confundiera con los sonidos del jardín, pero al levantar los ojos se dio cuenta de que no tuvo éxito; si trataba con un oído privilegiado, ¿cómo iba a ser de otra manera?

—Creo que, si te lo propones, podrías ser escritora de libros para niños o comedias para televisión o cine. —Su expresión era de verdadera complacencia para alivio de la chica. Nícolás pensaba que su espontaneidad e ingenio eran parte de sus encantos.

—Gracias. Lo consideraré —respondió con repentina seriedad. El

hombre parecía conocerla más de lo que se imaginaba. «¿Será esto una señal de su afecto?», se preguntó con el latido acelerado.

—¿Qué te parece si empezamos nuestra aventura de fin de semana con un beso y luego te marchas a hacer tu equipaje? —propuso rendido a la tentación de tocarla. Con ambas manos la sujetó de la cintura y la pegó a su cuerpo ya excitado por su presencia, su aroma... —No ocuparás gran cosa porque la mayor parte del tiempo estarás desnuda —profetizó con picardía y fascinación ante el intenso rubor que cubrió su rostro.

Alicia prefirió besar los carnosos labios que enfrascarse en un duelo de ingenios, o ese fue el pretexto que la movió para por fin darle gusto a la testosterona después de eternas horas de espera.

Las criaturas fundidas en un beso apasionado y un abrazo desigual, trataban de acoplar sus formas para ensamblar los cuerpos a satisfacción, pero ni Alicia en puntas de pies ni Nicolás encorvado conseguían la postura acorde a tan esperada ocasión.

—¡Eso está mucho mejor! —declaró satisfecho al hacer un repentino cambio de escenario. Ahora Alicia se encontraba montada en el escritorio y su rostro a una distancia conveniente de su boca.

La ardiente chica no necesitó de invitación para sujetarse al fuerte cuello y profundizar el beso tan deseado. Sus labios lo devoraban y sus dedos se enredaban en el cabello que colgaba sobre la nuca, demasiado estimulada para estar consciente de su brusquedad.

—Sí que aprendes rápido, bonita. —Con renuencia se desprendió del beso para tomar un respiro, visiblemente agitado—. Me encantaría hacerte el amor aquí mismo, pero el capitán nos está esperando para zarpar. — La picardía en la mirada era prueba de que guardaba fresco en la memoria el tema del mejor uso del mueble.

—¿Qué le diré a Mati? —preguntó con claras muestras de preocupación.

—Que pasarás el fin de semana con tus amigos.

—Pero nos verán salir juntos...

—No es así. Tú te irás en el taxi que está esperando por ti y yo saldré quince minutos después en mi motocicleta. —Nicolás presenció el cambio de rostro serio a gesto de desencanto—. Me

comprometo a que la semana entrante te pasearé en la moto por toda la isla —dijo adivinando el porqué.

—¡Trato hecho! —respondió chocando con sus cinco la mano levantada en señal de promesa—. El último cierra la puerta... —gritó en franca carrera hacia la salida.

El sorprendido hombre corrió tras la chica esta vez sin darle alcance. Ya en el pasillo ambos tomaron rumbos diferentes con la misma rebotante sonrisa.

Nicholas estaba haciendo lo que mejor sabía en cuestión de mujeres. Esta no era la primera vez ni sería la última que planeaba un viaje en yate con su chica del momento. De lo que no estaba consciente era de que su motivación excedía lo acostumbrado. Tal vez se debiera a esa indiscutible conexión que había entre la rubia y él, incluso fuera de la cama; esto por extraño que pareciera lo hacía sentir feliz con un tema que no estaba relacionado con la música.

El trayecto al muelle estaba bastante retirado, pero luego de un rato Nicholas le dio alcance al taxi; tal vez no quería perder de vista a su bibliotecaria. El resto del camino, él y la moto encabezaron el pequeño convoy rumbo al atracadero.

A pesar de poder admirar al dueño de sus pensamientos en su Harley-Davidson Bucherer Blue Edition, en el recorrido, Alicia se encontraba sola con sus reflexiones. La cabeza fría tenía mucho que decirle; por ejemplo, que estaba emprendiendo una aventura dejándose manipular por su cuerpo y su corazón; una aventura de fin de semana con sus días y sus noches junto al peligroso Nicholas Kirgyakos.

Cuando el auto se detuvo el dueño de sus tormentos le abrió la puerta y le tendió su mano con una cálida sonrisa, como si supiera de sus luchas internas; eso bastó para que se apaciguara su alma y sus dudas se enviaran a la sección del olvido.

—¿Lista? —preguntó mientras le echaba el brazo al hombro y la acurrucaba a su pecho obedeciendo a un sentimiento rescatado de entre los escombros del pasado.

—Si —respondió. Qué maravilloso lugar eran los poderosos brazos de su amante «¡Wow! ¡Qué fuerte!», pensó con un temblor que le



brotaba desde las entrañas.

—¡Tranquila, bonita! ¿Te causa temor el mar? —De nuevo Nicolás interpretaba con precisión su sentir.

—No tanto como estar contigo tantas horas —confesó con mirada transparente—. Tu mundo y el mío son tan diferentes... ¿Qué va a pasar si te aburres de mí? —preguntó con ojos afligidos y profundos.

—Prometo no arrojarte por la borda si eso sucede —bromeó encantador. Justo esas diferencias fueron las que le despertaron el interés desde que la había conocido. Los nuevos descubrimientos solo lograron que esa atracción se incrementara a un punto casi doloroso—. Ven, subamos a la lancha.

—¿Cuál es tu yate? —preguntó viendo por lo menos diez en el horizonte.

—Aquel de color blanco y azul —señaló guiando su cabeza en el rumbo correcto.

—¡Es precioso! —dijo alucinada. Lo que sus ojos veían era una enorme nave ultramoderna del tipo que no se ve con frecuencia en esas playas—. Debe haberte costado una fortuna —comentó cuando se acercaban, impresionada ante la majestuosidad de la embarcación. «Todo se parece a su dueño», se dijo sin extrañeza, observando al monumental hombre que la mantenía pegada a él, aunque su mirada se encontraba perdida en el ancho mar.

Cuando subieron a bordo, Alicia conoció a Andrew Ares, capitán de la nave y mejor amigo de Nicolás, y a los otros dos hombres que formaban parte de la tripulación.

Por invitación de Capi, fue llevada en un *tour* al elegante interior, en tanto escuchaba los detalles técnicos del apasionado oficial: que si la nave media veintidós metros de eslora, que si no sé qué tantos de manga y calado, que si la velocidad crucero y máxima era veintidós y treinta y ocho nudos y otras cosas que no lograron quedarse retenidas en su cerebro. Lo que sí se le quedó grabado fue la imagen de sofisticación que captaron sus ojos ante el mobiliario, la decoración y el equipo de video, sonido e iluminación en cada una de sus piezas.

El entusiasmo del capitán era contagioso, como si describiera las

bondades de su amante. Nicholas sonreía con extraña mirada, pero eso no fue impedimento para que Alicia gozara al cruzar por la espaciosa sala de estar, la cocina supermoderna y bien equipada, el camarote vip con su cama matrimonial y su propio baño para uso del oficial mayor, el camarote *twin* de dos camas individuales con su baño para el resto de la tripulación, y..

—Andrew, ¿me harías el favor de permitirme que sea yo quien muestre el camarote *master* a Alicia? —Aunque se mofaba, Nicolás paró en seco a su amigo antes de que terminara por confundir a su bibliotecaria y esta creyera que quien la había invitado al viaje había sido él.

—Sí, sí, adelante, Nick. Señorita... —respondió contrariado, luego se despidió con una elegante inclinación de cabeza, tocando con la punta de los dedos el filo de la visera de su gorra.

## Capítulo 22

— ¡*Wow!* ¡Esta habitación es hermosa! —exclamó Alicia al observar todo a su alrededor, pero en especial a la protagonista de la escena: la cama con dosel que dominaba la alcoba con su tamaño y su belleza. Esta se encontraba al centro, dos escalones arriba del nivel del piso, envuelta en un cubrecama café tabaco y una decena de almohadones en tonos crema, melón y purpura. El resto del mobiliario, al igual que la cama, era de recia madera de caoba oscura, la tapicería de los sillones de la pequeña sala eran de piel beige, adornada con cojines melón y café, al igual que la pintura de los muros. En un extremo se encontraba el cuarto de baño equipado con tina de hidromasaje, ducha y un gran lavabo-tocador. Aledaño a él estaba el vestidor con puertas de espejos, iluminado como un aparador de boutique.

—Celebro que te guste porque esta será nuestra habitación —le informó sin perderse su reacción. A su mente acudió la imagen de ella desnuda sobre la cama, con su nívea piel en contraste con los intensos colores de las sábanas.

Alicia de inmediato se sonrojó al interpretar la mirada de evidente lujuria en el atractivo rostro del hombre, que solo era un reflejo de la suya propia.

—Me encanta cuando te ruborizas y más me gustaría meterte de una vez en la cama para darte suficientes motivos de sonrojo, pero primero debemos alimentarnos para hacer frente a las desgastante horas que tenemos por delante. —Con sus palabras e insinuaciones, de nuevo había provocado a la pudorosa chica que ahora lo miraba

con chispas azules en sus bellos ojos.

—¿Y si te dijera que preferiría brincarme el plato fuerte e irme directo al postre? —Le demostraría a su mundano amante que ella también podía ser arrojada.

—¿Y como qué se te antoja de postre, bonita? —Nícolas tomó a la chica por la cintura y la pegó a su vigoroso cuerpo para que comprobara que estaba listo para complacerla.

—Labios enmielados... —Besó fugazmente su boca con una mirada de «aún no termino de pedir»—. Lengua en su jugo... —Esta vez el beso duró lo suficiente para succionar la lengua del dócil hombre—. Costillas endulzadas... —Al tiempo que habría la camisa dejó un camino de besos desde la garganta para bajar por el amplio pecho hasta el abdomen bajo, donde se topó con la cinturilla del pantalón—. Para terminar —dijo con mirada sensual—, quiero Phoenix Rising[7] a la piña. —Con una destreza y una osadía desconocida, descubrió el inflamado miembro, que tomó entre sus manos para que su lengua degustara el platillo.

—¡Oh, Alicia! —gimió, con las piernas débiles por el inigualable trance. Antes de perderse en la increíble liberación, Nícolas pensó en la comodidad de la cama, tomó de los codos a la aplicada chica y la cargó en sus brazos respirando con dificultad—. ¡Me vuelves loco! ¡Cuánto te deseo, amor! —susurró en sus labios antes de desvestirla con urgencia.

La visión de Nícolas era idéntica a la imagen en su mente momentos atrás. Alicia parecía una diosa hecha de copos de nieve tendida sobre la oscura cubierta a punto de derretirse bajo su febril mirada.

Ella también tenía mucho que admirar desde su sitio, dejó de lado su pudor y se dedicó a observar el espectáculo del bello hombre tumbándose la ropa con movimientos precisos, sin apartar sus verdes ojos de ella.

—¡Eres tan hermosa! —suspiró cubriendo con cuidado su desnudez con su propio cuerpo y sus labios atrapaban los de ella que lo esperaban entreabiertos.

—¡Oh, Nícolas! ¡Cuánto te necesito! —gimió abriéndose a él para

volver a sentirlo dentro de ella, llenándola, enloqueciéndola, transportándola al mismísimo cielo.

—Aún no, bonita —dijo amable pero resuelto deteniendo el avance de las caderas femeninas con su propio peso—. Te prometí que la próxima vez sería mejor y yo siempre cumplo mis promesas. —Sus labios ya se encontraban en el esbelto cuello y bajaban con pasmosa lentitud para despertar palmo a palmo la tersa piel—. ¡Mmm! Mi torrente sanguíneo está impregnado con tu aroma. —Se sentía al borde del abismo del éxtasis, pero no pararía hasta escucharla gritar su nombre desbordada de pasión por él.

Los labios masculinos siguieron su húmedo recorrido hasta llegar a las caderas de la joven; lo acompañaban los suaves jadeos en respuesta, pero él aún no llegaba a la meta para saciar su hambre de ella, debía probar esa apetitosa miel que prometía su primaveral esencia y virtuosa fragancia.

—Nícolás, yo... —Alicia sentía que su razón se encontraba a una caricia de perderse con cada nueva emoción que su experto amante despertaba a su paso.

—¡No pienses bonita, solo goza el momento! —invitó ardiente saboreando el interior de la tersa piel de sus muslos.

Nícolás se tomaba su tiempo con caricias húmedas de su lengua y suaves mordiscos como el niño goloso que primero lame el palo de la paleta antes de llegar al caramelo.

—¡Madre de Dios! —Alicia nunca se imaginó que una caricia tan íntima fuera soberbia, maravillosa... Sentir la lengua revolotear con fuerza su sexo iba más allá de los criterios de la mente; solo le restaba dejarse llevar por el gozo con un espíritu libre y sin prejuicios.

—¿Te gusta, bonita? —hizo una pausa para admirar el rostro arrebolado de la joven y sus manos crispadas sobre el cubrecama.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! Creo que voy... Voy... a ¡Ahaaa!

Era la hora, con rapidez Nícolás se colocó la protección, se acomodó entre las piernas de la chica y la penetró con suavidad y firmeza, moviendo sus caderas con potente ritmo para ponerse acorde a su aventajado momento de erotismo.

Con instintiva percepción, Alicia se unió a la cadenciosa danza del amor obligando a su cuerpo a aplazar sus ansias para volar junto a su amante por los senderos del maravilloso éxtasis que estaba por venir.

Los verdes ojos gozaban de su sensualidad perdidos en el mar azul profundo de su mirada y sus oídos gozaban cuando los labios de coral repetían «Nícolás» con devoción.

—¡Ahora, bonita! ¡Ven conmigo, amor! —invitó en un gemido agónico—. ¡Oh, sííí! ¡Alicia! —gritó antes de abandonarse al increíble instante de liberación como nunca antes.

En ese glorioso momento, Nícolás tuvo una revelación: solo la completa entrega te hace merecedor de tal magnificencia. Estar entre las piernas de la chica estaba resultando ser su experiencia sexual de mayor trascendencia hasta ahora.

Cuando los espasmos dejaron de sacudir los satisfechos cuerpos, Alicia se abrazó con fuerza al desfallecido hombre, manteniéndolo cautivo dentro de ella. Esta era su segunda vez y no encontraba palabras para describir la experiencia... Si estar con Nícolás en la intimidad siempre iba a ser así, no quería que se alejara de ella jamás.

Por fin aflojó los brazos y Nícolás se dio la vuelta adormecido para recostarse boca arriba con el cuerpo de ella cobijado entre los suyos.

Con un delicioso cansancio, los amantes se mantuvieron en armonioso silencio, sin poder dejar de tocarse. Alicia acariciaba con suavidad el fuerte pecho y Nícolás jugaba perezoso con los labios sobre su rubia cabellera.

Pocos minutos después...

—¿Nícolás?

—¿Mmm?

—¿Lo podemos hacer de nuevo ahora?

El músico estalló en una carcajada limpia, divertido ante la frescura de la chica.

—¡No te rías! —pidió avergonzada.

—Lo siento, bonita. Es que me has tomado por sorpresa —explicó

buscando su rostro—. A ver... Déjame pensar... Han pasado como treinta minutos, ¿no? —preguntó aún con la sonrisa en los labios mitad diversión, mitad fascinación por la extraña mezcla de osadía e ingenuidad de la chica. ¿Cómo pudo creer que era una experimentada libertina?

—Más o menos. ¿Es poco o mucho tiempo? Yo tengo ganas de nuevo —susurró casi para sí.

Alicia era una mujer bien documentada gracias a su ávida necesidad de la lectura y sabía de sobra que el hombre, en general, necesitaba de tiempo para reponerse, pero lo que no sabía era cuánto, este apasionado hombre en particular.

—Si sigues acariciándome así, creo que yo también tendré ganas pronto. —Era alucinante tratar con la espontaneidad y sinceridad de una chica. Así era Alicia, sumado a mil cosas extras que lo tenían embrujado.

—¿Así? —Arrojada se montó a horcajadas en la cadera masculina, con eso consiguió fácil acceso a su rostro y cuello para comérselo a besos—. ¿O así? —Con la agilidad y flexibilidad de un cuerpo joven giró sobre su centro quedando de espaldas al hombre para tomar con su boca el fascinante motivo de su desvergonzada actuación.

—¡Cielos! ¡Mujer! ¿Te has propuesto enloquecerme?

Como en un duelo de ingenios, Nicolás cambió de posición en segundos para quedar de rodillas a espaldas de la chica, con la pelvis pegada a su redondo trasero. Una de sus manos torturaba los firmes pechos y la otra trazaba círculos en su feminidad, respondiendo como un atento caballero a la solicitud de la dama.

—¡Wow! —expresó Alicia sin aliento al sentir cómo el hombre la tomaba por la espalda en una posición que se le hubiera antojado de vulnerabilidad, si no hubiera sido por la experiencia de poder experimentar con total plenitud la magnitud del invasor y la destreza de su líder.

—¿Qué pasa, bonita? ¿No era lo que esperabas? —preguntó jactancioso, pues sabía que superaba por mucho las expectativas de la chica, no por nada le llevaba años de práctica en las artes del amor.

—¡Cielos! Te siento pulgada a pulgada. —confesó sin pena. Por

supuesto que estaba encantada con la novedad y, aunque no podía regodearse con los bellos ojos atormentados por la pasión, se compensaba al sentir el poder masculino que tenía por completo controlada su voluntad y sus sentidos—. ¡Oh, Nicolás!...

Los amantes, unidos en cuerpo, mente y alma se elevaron de nuevo por los cielos para explotar en centenares de luces multicolores, como un cielo festivo de Fin de Año en Cozumel.

Alicia lloró conmovida, se ciñó al pecho masculino incapaz de sentir más. Nicolás también se encontraba profundamente afectado por la intensidad del momento vivido, aturdido y removido hasta sus entrañas.

—¿Te lastime, bonita? —tomó con delicadeza la barbilla de la chica para levantar el rostro hacia él.

—No. Yo... Yo... —Con ojos llorosos miró al hombre con arrobo, apretada a su estrecha cintura—. Me gusta mucho hacer el amor contigo.

—Y a mí contigo —Tuvo que aceptarlo, la actitud abierta y sincera de Alicia no se merecía menos.

De nuevo el armonioso silencio se apoderó de ellos y con él llegó el sueño reparador sin pedirlo si quiera.

—¡Mmm! —se escuchó un gemido lánguido en la alcoba de los amantes.

—¡Por fin despiertas, dormilona! —dijo Nicolás en tono de reclamo que desmintió su tierna mirada.

—Hola. El hambre me despertó. —Sonrió con timidez y el sonrojo cubrió su rostro al descubrirlo en su pose de contemplación.

—¿No que con el postre tenías? —Se burló perezoso admirando su rubor.

—Si puedo comer Phoenix Rising de nuevo, seguro que estaré satisfecha hasta mañana... —Sabía bien cómo poner en su lugar al fanfarrón, eso fue lo primero que aprendió al conocerlo.

—Me temo que el platillo se agotó por el momento —respondió poco menos que horrorizado—. Ya, hablando en serio bonita, si no me alimento pronto, terminaré en el hospital —Su rostro era la cruda imagen del desamparo.



—¡Tan llorones ni me gustan! —Se desquitó burlándose a sus anchas.

—¿Ah, sííí?

Falsamente ofendido la atrapó por la cintura y la torturó con una sesión intensiva de cosquillas hasta que la escuchó pedirle clemencia.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —dijo con una gran sonrisa que murió en sus labios cuando descubrió su evidente estado de excitación.

—Chica lista. ¡De pie que me muero de hambre! —ordenó tentado a ignorar su ávida mirada—. Y ni mires abajo porque esta vez no les haré caso ni a ti ni al insaciable. —Como escudo se colocó las manos en la entrepierna de camino a la regadera.

## Capítulo 23

Satisfechos, por lo pronto, de tanto amarse, Alicia y Nicolás se ocuparon en cosas más triviales como alimentar sus cuerpos. En el exterior del yate los esperaba la mesa puesta a la luz de las velas y música de fondo del famoso a bordo. No hubo Phoenix Rising en el menú, pero sí una gran variedad de frescos mariscos presentados de formas variadas, acompañados de un delicioso vino blanco. De postre les sirvieron copas rebosantes de nieve de sabores, que compartieron entre sonrisas, mimos y besos furtivos.

Después de la cena, la colorida puesta de sol fue el marco perfecto para que los enamorados se relajaran recostados en sus respectivas tumbonas, mientras admiraban el hermoso espectáculo.

—¿Disfrutas lo que haces? —Alicia deseaba saber todo de la vida de Nicolás de sus propios labios, no lo que solía leer en las distorsionados comentarios de las revistas de chismes.

—¿Te refieres a hacerte el amor o a la música? —bromeó con ojos pícaros. Luego de recibir un regaño respondió—: la música es mi vida. Desde que tengo uso de razón aprendo, toco o creo música. Es mi celosa amante. —El tono al hablar, fiel a su descripción, se escuchó apasionado; la verde mirada perdida en el horizonte y en su rostro estacionada una suave sonrisa.

—¿Nunca has querido hacer otra cosa?, casarte, tener familia... —preguntó con un impropio sentimiento de envidia por el lugar que ocupaba la música, aunque eso en gran medida lo había convertido en el hombre exitoso y sofisticado que la tenía deslumbrada y un poco enamorada.

—No. Amo mi autonomía. Tener una relación permanente, llámese novia, esposa o familia sería como poner grilletes en mis sentidos y en mis emociones. Hace años tomé la decisión de dedicarme a la música en cuerpo y alma y no hay cabida en mi vida para nada más —declaró perdido en los recuerdos del pasado que lo indujeron al camino que había elegido. Este lo llenaba de satisfacciones a tiempo completo.

Al oír la irrefutable declaración, Alicia sintió un dolor agudo traspasarle el pecho, como si su corazón se hubiera agrietado; solo pudo esbozar una sonrisa que nunca llegó a sus ojos. «Aunque no todo está perdido», pensó de pronto. Las personas frecuentemente cambian de forma de pensar. ¿Pero por qué habría de interesarle que Nicolás modificara su estilo de vida?

—Cuéntame de ti, bonita. —Con una sonrisa complaciente regresó de las sombras.

—No hay mucho que contar; de hecho, casi todo lo dice mi currículum, que seguro estudiaste antes de contratarme.

—Prácticamente, yo estuve en la entrevista —se le salió decir.

—¿Cómo? —preguntó con sorpresa.

—La puerta que comunica con mi estudio estaba entreabierta —explicó.

—¿Por qué no realizaste el encuentro tú mismo? —quiso saber.

—Las personas suelen comportarse naturales cuando no estoy presente y escuchar de viva voz las respuestas y comentarios me da una idea bastante precisa del tipo de sujetos que son. Me gusta guiarme por mis instintos, estos casi nunca me fallan. —«A excepción de ti», pensó.

—¿Entonces es cierto que me contrataste por mi discreción? —preguntó haciendo alusión a su comentario del pasado.

—Entre otras cosas. Tu sinceridad y el que no tengas familia también contribuyeron. —Tarde se dio cuenta de que la lastimó su frialdad—. ¡Ya fue bastante de conversación! ¿Por qué no te pones tu bañador para que podamos zambullirnos en el agua un rato? O si lo prefieres podemos nadar desnudos... —De un fuerte tirón la haló hasta ponerla de pie pegada a él.

—¿Estás hablando de nadar desnudos en el mar? —preguntó con gesto de terror.

—¿Tienes miedo? —Sus ojos mostraron sorpresa.

—¡Claro! En esta oscuridad no podré ver si se nos acerca una alimaña. —Un estremecimiento recorrió su cuerpo de forma involuntaria.

—No permitiré que nada te pase —aseguró con la firmeza de un dios—. ¿Puedes confiar en mí? —la increpó con seriedad.

—¡Sí! —«Te confiaría hasta el alma si me la pidieras», agregó con la mirada.

—No se diga más, vete a poner sexi para mí —le pidió con un suave empujón acompañado de una nalgada.

Motivada por la nueva experiencia con Nicolás, Alicia volvió a los diez minutos con el cabello recogido en una cola alta y un recatado bañador azul fuerte de una sola pieza, que, lejos de hacerla ver conservadora, resaltaba sus curvas de una manera casi escandalosa.

—¡Magnífica! Pareces una sirena hecha de copos de nieve revestida de cielo y rayos de sol —declaró extasiado en la cascada de rubios cabellos. Luego, con infinito cuidado, como si de joyas preciosas se tratara, posó los labios en cada párpado que escondía el azul de sus ojos. Sus manos incansables acariciaban la blanca piel de sus brazos con pasmosa suavidad.

Alicia se sujetó a la estrecha cintura cuando sintió que sus piernas se debilitaban ante la inesperada ternura de Nicolás.

—Y tú te ves formidable con ese diminuto calzón. —Alicia no se abstuvo de devorarlo con lujuria en cuanto tuvo oportunidad.

—Vamos antes de que me arrepienta y te meta en la cama de una vez —declaró con ardiente mirada antes de tomarla de la mano y guiarla a popa.

Sin más preámbulos, Nicolás se tiró un clavado perfecto al oscuro mar y a los pocos segundos emergió de las aguas con sus largos cabellos relamidos hacia atrás y su bronceada piel brillando a la luz de la luna.

—Ven, bonita, lánzate, aquí espero por ti —invitó con las manos extendidas hacia ella.

Alicia tomó aire y se tiró al agua cayendo justo en los protectores brazos que de inmediato la rodearon y la acercaron a su tibio cuerpo.

—¡Está muy fría! —declaró con los dientes como castañuelas.

Con una confianza nacida de la intimidad compartida, Alicia se colgó del fuerte cuello al tiempo que Nicolás la sujetaba de los muslos para que, con las piernas, rodeara sus caderas.

—Yo sé cómo quitarte el frío, bonita. —Tomó su boca para imprimir un beso lleno de ardor que los envolvió de inmediato.

—¿Podemos hacer el amor aquí? —Sin remedio, sus lujuriosos pensamientos la llevaban al mismo punto.

—No, el preservativo no es seguro en el agua, pero hay muchos juegos que podemos practicar —dijo con descarada coquetería.

Del dicho al hecho. Nicolás levantó a la chica hasta acceder con libertad a sus pechos, los mordisqueó sobre la tela mientras sus hábiles manos se colaban por debajo de la ropa para tomar sus glúteos y acariciarlos con deleite.

—¡Nicolás! ¡Cuánto te deseo! —la declaración de Alicia tenía un toque de reclamo, producto de la frustración por los obstáculos entre ellos.

El experimentado hombre entendió su inconformidad y con lentitud empezó a bajar los tirantes de su bañador, pensando en una manera efectiva de satisfacerla.

—¡No! ¿Y si alguien nos está viendo? —protestó con las manos crispadas sobre los fuertes hombros.

—No estamos cerca de la playa ni de ninguna otra embarcación y la tripulación sabe a la perfección que castigo con dureza la invasión a mi intimidad.

Lejos de tranquilizarse con sus palabras, Alicia cayó directo en la cuenta de que Nicolás hacía esos festines marítimos con frecuencia y que ella no era otra que la chica de turno. Eso nunca lo debía olvidar.

—¿Supongo que están muy bien aleccionados? —dijo con amargura.

—¿A qué viene ese comentario, Alicia? —reviró en tono airado.

A Nicolás le molestó el giro que estaba tomando su planeada

noche romántica. Alicia se empezó a mover inquieta entre sus brazos y a él no le quedó de otra que liberarla.

—A nada. Volveré al yate. —Con brío nacido de la ofuscación desanduvo en unas cuantas brazadas la distancia que los separaba de ella.

—Te recuerdo que no tienes ningún derecho a hacer reclamos. Tú y yo estamos metidos en esto de mutuo acuerdo para divertirnos y pasarle bien, sin ningún compromiso entre los dos —declaró con dureza cuando le dio alcance en la popa y la obligó a encararlo.

—¡Eso lo sé de sobra! Ambos somos libres de acostarnos con quien queramos. ¿No es así? —reviró con desencanto disfrazado de enojo.

—¿Qué quieres decir? —Su mirada era de fuego consumidor—. ¿Piensas acostarte con otros estando conmigo? —cuestionó al tiempo que la tomaba de los brazos con rudeza. Su mal humor iba en aumento a pasos agigantados. El hecho de imaginarla retozando con Marcelo, Pablo o cualquier otro lo desquiciaba.

—¿No es lo que tú haces? —La ardiente mirada anunciaba peligro, pero era más fuerte su desilusión.

—¡No juegues conmigo, Alicia! —dijo en tono amenazador—. Sabes de sobra que las cosas no terminan bien —le recordó—. Y solo por si tienes alguna duda te vuelvo a repetir que tú y yo estamos juntos y no puedes salir con nadie que no sea yo. Si no eres capaz de jugar los juegos de adultos, no te embarques en ellos —concluyó sujetándola de las muñecas con fuerza para someterla. Su mirada de desdén la recorrió de pies a cabeza.

—Solo debo esperar a que te aburras de mi para que el juego se acabe, ¿no es así? ¿Y qué tal si yo me aburro de ti primero? —forcejeó con furia. Nada había cambiado entre ellos.

—Pues, si eso te está pasando, bien que sabes disimularlo —se burló pegándola a su cuerpo con ademanes groseros.

—¡Maldito tirano! ¡Eres odioso! —gritó al tiempo que le daba un fuerte pisotón que de inmediato borró la sonrisa ufana de su rostro.

Libre de la sujeción corrió hasta parar a la alcoba *master* y encerrarse en el baño. Una ducha con agua fría la ayudaría a serenarse y pensar con coherencia.

Después de quince minutos bajo el chorro decidió salir un poco temerosa de lo que encontraría afuera.

—Bienvenida, sirena mía...

Nícolás la esperaba recostado en la cama, totalmente desnudo, con la espalda apoyada en el cabezal y un pañuelo blanco sobre sus partes nobles. La miraba con indolencia a través del cristal del vaso de *whisky*, dispuesto a enderezar el barco, porque no se pensaba pasar el resto del viaje sin su anhelada compañía entre las sábanas.

¡Madre mía! Qué hombre tan endemoniadamente bello y lo sabe el muy maldito. Por eso hace lo que le da la gana con el género femenino, pensó Alicia derrotada. ¿Dónde habían quedado sus objetivos altruistas de darle un escarmiento al tirano? Al final de su actual lista de necesidades.

Como no tenía a dónde ir, a no ser que decidiera tirarse por la borda, aprovecharía muy bien las clases intensivas de sexo gratis; ya se preocuparía el lunes por resolver el dilema de sus enredados sentimientos y también se ocuparía de que en adelante no se le olvidara quién era para el músico. «Lo aprendido lo usaré para mi «bienintencionada» encomienda», razonó con cabeza fría y corazón sangrante.

—Me parece que se te olvidó mi trago, Nick —dijo arrebatando de su mano el vaso, con ojos de gata en celo, para bebérselo de un solo tirón sin atragantarse.

Con una sonrisa maliciosa, Alicia llevó su rostro a la entrepierna masculina y con los dientes retiró la bandera de la paz antes de montarse a horcajadas sobre las estrechas caderas.

En el entendido de que la tregua había entrado en vigor, Nícolás desató el nudo de la toalla que cubría el hermoso cuerpo de su ninfa de sol y copos de nieve, para igualar circunstancias. Con ojos hambrientos devoró las curvas y los montes de la chica, que con sensualidad se movía sobre él para torturar su virilidad que se expandía fuera de ella con vertiginosa rapidez.

Decidido a tomar la batuta, posó sus manos sobre las caderas de Alicia para marcar el ritmo; cuando consideró que era suficiente de juego, la suspendió en el aire y la dejó caer con la fuerza de su peso

para embonar dentro de ella con precisión.

Música celestial para sus oídos fue escuchar el gemido potente de la chica al sentirse llena de él. Su rostro era todo sorpresa y fascinación.

Alicia no sabía cuánto tendría que pagar por el curso intensivo, pero sí que valía la pena. Fue su último pensamiento coherente antes de perderse en la vorágine del erotismo puro.

Las manos del músico dirigían con indiscutible experiencia su majestuosa composición a la danza del amor, con la intérprete del momento que había perdido toda noción del tiempo y del espacio para aplicarse en el aprendizaje del capítulo número cuatro.

Entretanto se agarraba un respiro, después de la increíble escaramuza, Nicolás cavilaba que nunca tenía problemas para gozar en la cama con la amante de turno, porque invariablemente eran mujeres de amplia experiencia, al igual que él, pero en el caso de Alicia la situación era distinta; poder admirar cómo expresaba el gozo que le provocaba con legitimidad hasta el punto de la crudeza era oro líquido. Cada nuevo encuentro lo llevaba a desear más de ella.

El resto de la noche les alcanzó a los amantes para cubrir el nivel cinco con sexo de pie contra el muro de la ducha y nivel seis con sexo en el sillón individual.



## Capítulo 24

Alicia despertó temprano a pesar de que casi no había dormido la noche anterior, sentía el estómago hecho nudos por la novedad de amanecer en la cama con Nicolás, eso implicaba para ella un acto de mucha intimidad y compromiso de pareja que no existía entre los dos.

En espera de que su amante abriera los ojos, permitió a su mente divagar sobre sus últimos descubrimientos. Nicolás era un hombre maravilloso, tierno y considerado entre las sábanas. Primero que nada buscaba darle satisfacción a ella antes que la suya propia, solo que, cuando se encontraba en el umbral del éxtasis, se convertía en un macho salvaje e indomable que perdía todo contacto con la realidad para centrarse en el torbellino de emociones que se apoderaban de su cuerpo y de su mente.

Así dormido parecía un niño pequeño e inofensivo; su rostro expresivo tenía la virtud de convertirlo consciente o inconscientemente en lo que él quisiera, desde un demonio hasta un ángel.

Sin poder contenerse repasó sus rasgos con dedos suaves: la frente sobresaliente, las cejas bien delineadas, la nariz con la pequeña prominencia al inicio del puente, que le otorgaba fuerza; los parpados de risadas pestañas, que ahora resguardaban las piedras preciosas de sus ojos; los labios carnosos y tentadores, para terminar en la fuerte mandíbula sombreada por la barba.

—Si sigues haciendo eso no respondo —Nicolás despertó cuando la chica seguía el camino de vello que poblaba su pecho, abdomen y

se perdía debajo de la sábana.

Literal, Alicia pegó un brinco al escuchar la profunda voz en un susurro perezoso.

—¿Qué pasa, bonita? ¿No te apetece desayunarme? —La verde mirada se regocijó en la azul al mirar su rostro ruborizado.

—Tú me quitas el hambre solo por un rato —respondió vengativa—. Ahora lo que necesito es un baño y un buen desayuno que me de energías, no que me las robe. —Acompañó el discurso de su afilada lengua con una mirada descarada que iba y venía por el musculoso cuerpo—. Tal vez califiques como postre para después —remató con una carcajada cuando huía de sus garras.

—¡*Touché!* —Nícolás no tuvo ningún reparo en festejar con una sonora carcajada el ingenio de la chica al tiempo que devoraba su deliciosa figura desnuda de camino a la ducha.

Bañada y vestida, la pareja de amantes subió a cubierta a comer al aire libre en compañía del capitán.

Cuando desayunaban, Nícolás no perdía detalle de las atenciones que prodigaba su amigo a la invitada y de cómo ella las recibía con coquetería.

—Y bien, Nick, ¿cuál es el itinerario para hoy? —Andrew preguntó para informarse, pero sobre todo para distraer la atención del jefe. A diferencia de las otras veces, ahora no le hacía gracia que flirteara con su amiguita en turno. Lo sabía por cómo brincaba en su cien la vena delatora.

—Toma nota, Capi, que solo te lo diré una vez —respondió con acidez. Ni su mejor amigo se salvaba cuando se atrevían a retarlo—. Ahora nos encontramos anclados en Puerto Príncipe —inició con voz clara—, de aquí partiremos a Lebadee para nadar, bucear, comer, etcétera. —Su mirada se encontraba firme sobre los ojos negros sin parpadear—. Después partiremos rumbo a Playa Rincón para mostrarte mi lugar favorito. —Esta vez su mirada se posó con obvia intención sobre la chica que atenta escuchaba el programa—. Luego de eso regresaremos al yate a vestirnos para irnos de noche de copas a Playa Bávaro —con actitud posesiva tomó su mano que descansaba

en la mesa—, donde un auto nos estará esperando para llevarnos a Paradiesus Palma Real. En ese hotel pasaremos la noche —agregó con el dedo pulgar describiendo círculos en su muñeca. Su oscurecida mirada dejó muy en claro que la habitación no sería para dormir—. Después de desayunar regresaremos al yate para partir a toda máquina por nuestro recorrido habitual desde Puerto Rico hasta Granada. —De nuevo su mirada seria se encontraba sobre el capitán para cerciorarse de que lo seguía—. Nos detendremos en Isla Margarita donde anclarás para pasar la noche. Rash nos llevará a Alicia y a mí a la playa —aclaró dejándolo fuera del plan—. Ahí nos estará esperando un auto para la sorpresa que te tengo reservada, bonita. —Nicholas sonrió anticipándose al esperado momento en que le haría el amor en el hermoso nidito de su amigo Júlían; ahí la haría gritar con apasionado desenfreno por él.

—¡Nick!

—¿Me decías? —El hombre puso en pausa su película privada para mirar el rostro divertido del capitán.

—¿Que si nos quedaremos a vivir en Isla Margarita? —Andrew vio la manera de tomar revancha riendo a pierna suelta por el inusual sonrojo de su amigo.

—¡Muy gracioso! —siseó ceñudo. Si no fuera porque lo necesitaba, ahí mismo lo estrangulaba—. A primera hora zarparemos rumbo a Aruba para desayunar en Palm Beach, comeremos en Jamaica y seguiremos a las Islas Caimán donde cenaremos antes de embarcarnos de regreso a casa.

—¡Wow! ¿A qué hora planeaste ese recorrido si ayer todavía no lo tenías? —Los oscuros ojos miraban al músico con genuina diversión.

—Anoche, mientras dormía —respondió lacónico.

Alicia sonrió divertida, pues sabía de sobra que solo habían dormido dos horas.

—Itinerario muy ajustado, pero la formidable máquina que mandaste instalar en este yate puede con eso —dijo como el niño que presume al amigo las proezas de su papá.

—Si me disculpan un momento, iré por mi bolso. —Alicia por poco olvida llamar a Grace a la mansión para preguntar por Tiranos, en su

apuro casi tira la silla que Capi se adelantó a detener.

—Aprovecha para ponerte tu traje de baño debajo de la ropa. Partiremos en cinco minutos. —Nícolás le guiñó un ojo y la siguió con la mirada, hipnotizado con el cadencioso abatir de sus caderas cubiertas con un pequeño short blanco que apenas cubría su delicioso trasero y ese top color azul cielo que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Sácame de dudas, Nick. ¿Te estás enamorando de Alicia? —Capi preguntó con ojos curiosos en cuanto la chica se perdió de vista.

—No digas tonterías, Andrew —su rostro dibujó una mueca de impaciencia que luego cambió a una sonrisa cínica.

—Nunca te habías tomado tantas molestias por una chica, aunque debo admitir que esta es una de las más bellas y joven —remató repasando el elaborado plan de conquista del consumado galán.

—Digamos que existe un atenuante en este romance que hace que valga la pena el esfuerzo extra.

—Y supongo que no me contarás de qué se trata —Para Andrew era claro que el hombre estaba gozando su *affaire* como ninguno.

—Dices bien, amigo, y sugiero que te mantengas a distancia de Alicia el resto del viaje.

—De acuerdo, Nick. —Capi levantó ambas manos en actitud conciliatoria. De igual forma estaba consciente de que con esa chica no tenía ninguna oportunidad; su sexto sentido se lo decía.

Diez minutos después, la tripulación se encontraba en la zona de desembarque para ayudar a la pareja a partir a su *tour* playero.

—¿Nos vamos? —dijo Nícolás con una mano tendida a Alicia en cuanto apareció en escena.

—Claro... —La chica obligó a su cerebro a que reaccionara para responder.

Y cómo no, si cuando pensaba que Nícolás no podía agasajar más a sus ojos, la sorprendía montado en una moto acuática vestido con una camiseta café de algodón, entallada al formidable pecho, pantalón corto ahulado amarillo con negro, zapatos tenis de playa también negros y como toque de locura sombrero Panamá Mayser Colmar y gafas Ray Ban montura negra con lente dorado para

proteger sus ojos del intenso sol caribeño.

—¿Quieres conducir tú? —ofreció.

—¡Oh, no! Jamás me había subido en una antes —respondió Alicia con prontitud aceptando su mano para auparse tras él.

—Agárrate bien de mi cintura. Recuérdame mañana darte clases intensivas de esto también. —Las últimas palabras las dijo a su oído, solo para ella.

Alicia adoraría la experiencia por todo lo que implicaba: la novedad de la moto e ir pegada a la fuerte espalda de Nicolás en el trayecto a una exótica playa donde pasarían toda la mañana juntos divirtiéndose.

Lebadee resultó ser un sitio espectacular y el muelle donde atracaron se encontraba en una pequeña ensenada natural, de aguas claras y apacibles, especial para los juegos flotantes dispersos por doquier. Otro atractivo era la tirolesa, que incansable guiaba a los intrépidos turistas en un viaje veloz por los aires que terminaba en las cálidas aguas, fin del fugaz paseo.

En cuanto Nicolás ayudó a Alicia a desmontar, la tomó de la mano para encaminarse con paso firme a la oficina que rentaba equipo de buceo y ofrecía los servicios de instructores profesionales para los principiantes.

Por la cabeza de Alicia cruzó la idea de que su tirano se desenvolvía con la seguridad de un turista asiduo al lugar, pero de inmediato se sacudió los pensamientos antes de que los celos la embargaran y provocaran otro altercado que echara a perder el paseo y la tranquilidad del sonriente hombre que iba despertando suspiros por donde quiera que pasaban.

—¿Has buceado antes, bonita?

—Sí, aprendí en el tiempo que viví con mi tía Adel. Ella me llevaba seguido a Cancún y Cozumel. Ahí conviví con primos lejanos e hijos de amistades que me enseñaron a nadar y bucear.

Nicolás dio por sentado que Alicia no sabía, por eso eligió rentar lancha y equipo con guías para que recibiera instrucción de un experto. De haber preguntado antes lo hubieran hecho con el equipo del yate, aunque tal vez rodeados de tanta gente fuera divertido para

ella.

—¡Lástima! —Nícolas le guiñó un ojo coqueto. Esta aventura siempre les daba a sus chicas un pretexto para mantenerse pegadas a él. Debió suponer que esta, en particular, para variar haría la diferencia.

Montados en la lancha salieron rumbo al sitio de lanzamiento donde había ya algunos buzos disfrutando de la variedad de peces y coloridos corales. Cuando recibieron la indicación de los guías, Alicia se despojó de los pantaloncitos y el top y dejó al descubierto su cómodo bikini amarillo de bolitas que había seleccionado para la ocasión. Nícolas solo se despojó de la camiseta.

Aunque no era la primera vez que usaba ropa tan diminuta en público, la chica se cohibió cuando sintió tres pares de ojos sobre su cuerpo, pero los que le preocuparon fueron los verdes que conocía de sobra y ahora mostraban una seriedad mortal.

En cuanto el vehículo se detuvo, el par de jóvenes que los acompañaban discutió por quién ayudaría a colocar el equipo a uno y a otro.

—¡De ella me encargo yo! —Nícolas paró en seco sus avances para asombro de Alicia que lo miró confundida.

—¿Pasa algo?

—No. Estamos evitando que pase. Date la vuelta. —El tono autoritario no dejó espacio para otras dudas. Alicia optó por seguir instrucciones de forma callada.

Si el sitio era increíble en la superficie, debajo de él era un mundo mágico lleno de tanto color y vida que subyugaba. Hasta la temperatura del agua era un alivio contra los intensos rayos de sol.

Por cerca de una hora se mantuvieron sumergidos en las aguas poco profundas conviviendo *tete a tete*<sup>[8]</sup> con la diversidad de corales, la danzante vegetación y por supuesto la variedad infinita de peces que, lejos de apartarse de ellos, los rodearon aceptándolos como uno más de su especie.

Después de la experiencia compartida en total armonía, Nícolas de nuevo estaba de excelente humor, tanto así que no dejaba de

bromear a Alicia acerca de sus recientes enamorados.

—¿Cómo anda ese apetito? —preguntó solícito de regreso al muelle.

—Con lo que desayuné no tendré hambre en un mes —Alicia visualizó en su mente la mesa del yate desbordada de panecillos dulces, fruta, jugos naturales, café y algunos platillos con desayuno convencional y recetas de mar, como un *buffet* de hotel en domingo familiar.

—Ya veremos si dices lo mismo después de lo que sigue —declaró con una nota de misterio para picar su curiosidad.

—¿Y que será eso que me abrirá el apetito? —Alicia malinterpretó las cosas de inmediato, cualquier oportunidad de acercarse al hombre para delimitar el terreno, como animal en celo, era buena.

Nicholas no tuvo problemas en adivinar lo que cruzaba por su mente. Eso le hizo soltar tremenda carcajada, que hizo girar a las pocas cabezas que aún no tenían en ellos puesta la mirada.

Hombres y mujeres por igual observaban a la pareja con evidente interés, ya fuera porque habían reconocido al músico o por el solo gusto de admirar la belleza de ambos.

Juntos hacían una pareja de película.

—Me temo que no es lo que tienes en mente, bonita —sucumbió a la tentación como siempre que Alicia se le insinuaba. La rodeó en un apretado abrazo en tanto escondía el rostro en su cuello para susurrarle—: Te prometo muchas horas de sexo salvaje y enloquecedor, pero tendrás que esperar hasta que estemos en el hotel.

—No respondo después de tanta espera —señaló parada en la punta de los pies para alcanzar con los labios la columna de su cuello. Con sus brazos lo rodeó por la cintura para tallarse a él con descaro—. ¡Nena el que llegue último! —le susurró al oído y echó a correr calle abajo.

Para la tortura de Alicia, la tirolesa resultó ser el siguiente punto en la agenda del día. Gracias a que por nada del mundo confesaría su terror a las alturas, Nicholas ahora se encontraba revisando sus

arneses de seguridad antes de acomodarse en el sitio junto a ella.

—¡Se vale gritar, bonita! —se mofó vengativo.

«Te demostraré que no soy una cobarde», pensó Alicia, pero la mirada inteligente del tirano parecía decirle: «Sé de tu secreto». Ese hombre la conocía de sobra y ella aún luchaba por relajarse junto a él.

Por supuesto que fue más fácil pensarlo que cumplirlo. Alicia gritó a garganta batiente en todo el recorrido del vuelo, pero eso no le impidió admirar el paisaje a su alrededor y ver el rostro divertido de su compañero de viaje.

—¿Cómo te sientes? —Los fuertes brazos rodearon a la chica en cuanto pusieron pies en arena firme.

—Creo que dejé mi estómago allá arriba —apuntó abrazada al protector hombre como si le fuera la vida en ello.

—Debiste decirme que no querías hacer el paseo —escudriñó su rostro con atención y luego bajó la mirada por su cuello y brazos.

—¡Primero muerta que sencilla! —declaró con solemnidad.

El resultado fue una sonora carcajada de su hombre que le hizo vibrar el corazón, ya de por sí desacompasado. Porque Nícolás Kirgyakos era eso, su hombre por el resto del fin de semana.

—¿Alicia, me hiciste caso de ponerte el bloqueador de sol? —preguntó cambiando bruscamente de tema con rostro preocupado.

—¡Afirmativo, jefe! ¿Cuándo he desobedecido alguna de sus órdenes?

—¿Quieres la lista por escrito o te la puedo recitar? —respondió con sarcasmo regresando los ojos a la rosada piel expuesta al sol.

—¡Muy gracioso! —Luego de descubrir su color camarón cocinado admiró el hermoso tono tostado que estaba tomando Nícolás y que hacía resaltar sus felinos ojos. De inmediato se le vino a la memoria la carita peluda de Tiranos y el acentuado parecido con su dueño original.

—¡Alicia!

—¿Perdón? —regresó de las imágenes en su cabeza para atender la imperante voz.

—Te decía que por el día de hoy basta de sol. Ahora mismo iremos



a comer y después regresaremos al yate para aplicarte una crema que te hará leve el ardor y para que descanses la piel bajo la sombra mientras seguimos nuestro recorrido.

Nicholas se regañó por no estar atento de la delicadeza de la chica. En situaciones como estas era fácil sufrir de insolación.

Alicia, por su parte, decidió ponerse el top y el short antes de entrar al restaurante; de pronto se sintió avergonzada de su «bronceado». De suerte que el lugar donde comerían era una hermosa terraza llena de turistas y no llamaría tanto la atención. Pronto se dio cuenta de que era demasiado esperar si se hacía acompañar de un hombre de la talla y belleza de Nicholas, que provocó el suspiro de cuanta mujer se encontraba en el lugar.

## Capítulo 25

En cuanto los paseantes llegaron al yate, Nicolás insistió en que Alicia se diera un duchazo antes de aplicarle la loción refrescante en toda la piel maltrecha. Esta aliviaría las molestias e impediría que la epidermis se desprendiera.

Un poco cohibida por su desnudez completa, a plena luz de día, la chica se paró frente a los pies de la cama donde la esperaba su improvisado paramédico para darle los primeros auxilios. Fue inevitable que se mirara al espejo y soltara una carcajada que la dobló en dos.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicolás alarmado.

—¿A poco no te doy risa? Parece que aún traigo puesto el bikini... — Su voz se apagó al ver la seriedad de muerte del hombre.

—Luego que nos vayamos a dormir a ver si tienes tanta risa —opinó ceñudo.

—¡Oh! ¡Qué delicia! —gimió ante el roce refrescante sobre sus brazos.

—Lo sé... —dijo Nicolás refiriéndose a su cuerpo desnudo.

—¡Mmm! Para no sufrir por culpa del sol sabes mucho de cremas y lociones... —dijo retorciéndose de placer, sin caer en la cuenta de lo que implicaban sus palabras—. Mejor me callo —declaró de pronto girándose de espaldas. No quería que de nuevo se echara a perder otro momento único con Nicolás.

—¡Listo! Por la noche repetiremos la aplicación. Con eso tendrá que bastar para que las caricias de mis manos no te lastimen cuando hagamos el amor —susurró en su cuello complacido por su silencio.

«Al parecer, ya está entendiendo», pensó cediendo a la tentación de arrimar la ingle a su apetecible trasero.

El inesperado llamado a la puerta frustró los avances de Nicolás que rugió ante la interrupción:

—Espero que sea algo importante si no quieres que te arroje al mar —comentó por lo alto para ser escuchado.

—El capitán le manda decir que en cinco minutos atracaremos en Playa Bávaro, señor Kirgyakos.

—Gracias. Ya escuchaste, bonita, ponte hermosa para nuestra cita en el paraíso —ronroneó en su oreja en tanto reiniciaba las caricias con suaves masajes y pellizcos a sus pechos erguidos.

—¡Mmm! —gimió acalorada y no por las quemaduras del sol—. No estoy segura de que tenga algo apropiado. Recuerda que me dijiste que no iba a necesitar mucha ropa... —redundó en su mente sobre el tema con una sonrisa ante la imagen de los dos vestidos a toda hora en traje de Adán y Eva.

—Y yo digo que eches un vistazo a tu guardarropa, tal vez ahí encuentres algo que puedas ponerte para la ocasión. —Con pesar, Nicolás le dio un suave empujón para que avanzara hacia el vestidor.

En cuanto Alicia encendió la deslumbrante luz se vio rodeada de cajas de diferentes tamaños apiladas sobre el piso, en la isla central y en cuanta superficie horizontal había en su interior. Todas pertenecientes a una prestigiosa *boutique* de Cozumel. Dentro de ellas encontró vestidos de noche y de coctel de ensueño, hermosas sandalias de alto tacón, ropa interior muy sexi de telas exquisitas y preciosas carteras de noche y finos bolsos.

Emocionada con su hallazgo, asomó la cabeza para dar las gracias a Nicolás, pero este ya no se encontraba en la alcoba; por el sonido apagado del agua dedujo que se encontraba dándose un duchazo en el cuarto de baño.

Alicia seleccionó para la ocasión un elegante vestido blanco perla. El entallado corpiño dejaba un hombro al descubierto y la falda era de corte recto hasta el tobillo, con un detalle de telas cruzadas al frente y a espaldas que la hacían verse muy alta y estilizada. Para

acompañar el atuendo escogió unas sandalias de tacón alto en tonos plata y una cartera de piel gris rata.

Recordando con una sonrisa las palabras de Pablo, se alisó el cabello y se lo recogió en una cola de caballo a la altura de las orejas y en ellas se colgó sus preciados sarcillos de brillantes.

En vista de su permanente rubor solo se aplicó máscara para pestañas y un toque de brillo sobre los labios. Después de observarse en el gran espejo con satisfacción, roció su cuello y brazos con un toque de su caro perfume que solo usaba en ocasiones muy especiales.

Con aspecto de mujer de mundo abrió la puerta del vestidor para encontrarse cara a cara con su amante, que esperaba paciente sentado de pierna cruzada, en el sillón individual, con una copa de vino rosado en sendas manos.

—¡Estás preciosa, Alicia! —comentó con voz grave al tiempo que la recorría con ojos ávidos de pies a cabeza. Luego se puso de pie y se acercó a ella para entregarle su bebida, caminando en círculos a su alrededor con paso lento y mirada de depredador—. Con gusto me quedaría en el yate para no dejar que nadie te vea —susurró por lo bajo—. Por una noche inolvidable —declaró de frente y chocó las copas con una expresión tal que aceleró el pulso de la chica—. ¡Cómo voy a gozar quitando cada una de las piezas que cubren tu hermoso cuerpo, bonita! —Con manos fuertes rodeó la breve cintura para aspirar el aroma de su cuello—. ¡Te deseo! Siento que pasó un siglo desde la última vez que hicimos el amor.

—¿Entonces por qué no nos quedamos? —Las palabras de Nicolás solo eran eco de su propio deseo.

Alicia sintió cómo se derretía en los brazos del elegante hombre enfundado en un entallado traje de lino blanco que hacía destacar su estructura muscular y ósea y el bronceado de su piel. Impaciente por sentirlo, acarició la barba bien recortada, extraviada en la mirada más verde que nunca.

—No me perdonaría que te perdieras la puesta de sol que ilumina con sus tonos bermejos las blancas arenas y el azul intenso del mar como tus bellos ojos—. Recitó con pasión en tanto la giraba sobre sus

pies.

Embobada por el momento, Alicia salió de su ensoñación al sentir unos dedos revolotear en su cuello. Dirigió sus manos al punto y descubrió la joya que Nicolás le había colgado.

—¡Oh! ¡Es preciosa! Gracias —musitó con debilidad al admirar en el espejo los brillos tornasol de la gargantilla de brillantes.

—Solo es el toque final para revestir tu belleza. Ahora sí estás lista para resplandecer en el paraíso —declaró convencido.

—¡Gracias! —Se puso en la punta de sus pies para entregar con espontaneidad un casto beso en los labios.

—¿Nos vamos? —Complacido por su sencillez, ofreció su brazo galante.

Tal como lo había asegurado Nicolás, los últimos rayos de sol le permitieron a Alicia contemplar un poco de la exótica belleza de Playa Bávaros.

El centro nocturno del hotel El Paraíso era justamente eso. Esa fue la primera impresión que recibió Alicia en cuanto entraron al lugar donde iniciaba la aventura de esa noche. Estaba repleto de personas elegantes y refinadas que reían, bebían y bailaban al ritmo de la cadenciosa música caribeña que tocaba la orquesta, sin importarles quién entraba o salía o iba y venía por el lugar; eso le gustó mucho porque Nicolás pasaría inadvertido.

La mesa previamente seleccionada estaba situada en un área de reservados, muy elegante, desde ahí se podía dominar todo el escenario sin necesidad de estar dentro de él; situación que ofrecía a las parejas una conveniente privacidad para conversar, beber y otras cosas más. Eso lo puedo deducir de inmediato al mirar con brevedad a los vecinos de mesa, hombres de edad madura acompañados de jovencitas en un enredo de labios, brazos y piernas. Ese momento de revelación fue un poco incómodo, ya que se vio a sí misma como la amante de turno del famoso.

—¿Qué pasa, bonita? ¿No te gusta el lugar? —No le pasó desapercibido su rostro serio.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Es un sitio increíble! —se apresuró a responder—.

Es solo que me siento un poco abrumada —dijo mirando a su alrededor.

—Bebe un poco de tu pócima —invitó con una sonrisa al mirar la gran copa con una bebida escarchada en color amarillo intenso —, con eso te relajarás lo necesario para que puedas disfrutar de la velada. ¿Por qué quieres brindar, bonita?

La verde mirada era muy seductora, en otro lugar eso sería suficiente para Alicia:

—Por ti... —dijo alzando la copa para beberse la mitad de su contenido de un solo golpe. De inmediato sintió cómo su cuerpo se llenaba de un grato calor y su lengua se aflojaba—. ¡Mi tirano favorito!

Las carcajadas de Nicolás no se hicieron esperar y con eso volvió el alma al cuerpo de Alicia.

—¡Eres única! —la elogió con mirada de terciopelo que corrió por todo su sonrojado rostro. Aun sonriendo hizo una señal al mesero que se encontraba atento para que les sirviera otra ronda.

—Y tú estás para comerte —dijo con atrevimiento luego de verle el fondo a su copa.

—¡Gracias, bonita! —respondió con fingida seriedad—. Ven, vayamos a bailar, si no terminaré solo la noche. —Con galantería la ayudó a ponerse de pie para guiarla a la pista de baile.

En cuanto las fuertes manos se cerraron en su cintura, Alicia se colgó del cuello de Nicolás y apoyó la frente en su mentón con los ojos cerrados, extasiada ante el varonil aroma de su piel mitad él, mitad su fresca esencia a cítricos.

—Pensé que tú sufrías del mismo mal de la mayoría de los músicos —dijo adormilada. Sentía que flotaba en los brazos del hombre que resultó un gran bailarín.

—¿Te refieres a no tener ritmo para bailar? —preguntó divertido—. Eso se lo debo a mamá que no descansó hasta que me liberó del karma

—Hizo un excelente trabajo —reconoció pegándose fuerte a él, agradecida de que le confiara algo sobre su vida privada.

—¡Aliciaaaa! Si sigues tocándome así te tomaré en medio de la pista

—declaró sofocado por los calores que recorrían su cuerpo, para terminar en la entrepierna.

Nicholas alejó a la chica lo suficiente para mirar con intensidad sus ojos afligidos.

—¡Lo siento! —Hasta ese momento no se había dado cuenta de que sus manos se encontraban en el musculoso talle, por debajo de la chaqueta, haciendo fuerzas para sentirlo íntimamente.

—Salgamos un rato a la terraza, necesito un poco de aire fresco — resolvió con el latido acelerado.

En la terraza había varias parejas solas o agrupadas conversando amenamente ¿Que si se percataron de los nuevos añadidos? No lo manifestaron para alivio de Alicia.

—Mira cómo me pones, bonita —Nicholas se apoyó en la baranda y se la llevó con él para que sintiera la fuerza de su excitación.

—Yo... Yo... ¡No fue mi intención! —«No esta vez», pensó Alicia con la mano al cuello apenada por su descarado comportamiento.

—No me molesta, preciosa, al contrario, solo lamento no estar en nuestra habitación para poder devorarte con lentitud —llenó su rostro con besos fugaces omitiendo los labios para que entendiera bien de lo que le hablaba.

Alicia sujetó con ambas manos su rostro para plantarle un generoso beso con desprendida gracia. Nicholas no contaba con que poseía el suficiente carácter para poner fin a sus métodos dolorosos de enseñanza:

—¡Mmm! Me encanta como besas —declaró con ardor.

—Felicítate entonces, tú has sido mi maestro —confesó con espontanea sinceridad.

—¿Me estás diciendo que ningún hombre te había besado antes? — Ahora le tocó a él sujetar con firmeza su rostro para retarla a que sostuviera su mentira. Él la había visto más de una vez besándose con otros.

—Sí, pero fueron besos diferentes. —Al segundo observó esa mirada tan típica de cinismo—. Sin lengua... —aclaró bajando la mirada. Eso la había hecho sentir fuera de época con sus compañeras de clase.

—¡Diablos! Y yo que te tiré con todo en nuestro primer encuentro —se lamentó—. La forma en que me correspondiste...

—Lo sé. Me comporté como una zorra. Fue como dejar salir a una Alicia diferente que habitaba dentro de mí —admitió apenada.

—No te avergüences de ser como eres, bonita —sugirió satisfecho de encontrar congruencia en la historia. Sujetó su mentón con gentileza para obligarla a levantar los párpados—. Eso es lo que te hace deseable para mí. Eres fuego envuelto en fresca sensualidad.

Declaró con ardor de poeta, pero su rostro se agrió al descubrir a un sujeto solitario que observaba con lujuria el cuerpo de Alicia abandonado al suyo. Sin entender por qué se la imaginó haciendo lo mismo con él o cualquier otro hombre y eso lo hizo sentirse enojado.

—Volvamos adentro —solicitó con rudeza, temiendo que su molestia lo llevara a provocar una escena con el voyerista.

—¿Dije algo que te enfadó? —preguntó mortificada por su repentino cambio de humor. Nicolás la llevaba de la mano, prácticamente a rastras.

—No. Es solo el calor —explicó con brevedad—. ¿Te gustaría que pasáramos al restaurante para cenar? —propuso cuando llegaron a la mesa.

—No tengo apetito, preferiría que bailaras conmigo de nuevo —pidió con timidez.

—Solo si prometes comportarte— bromeó con una brillante sonrisa.

—Lo prometo. —Alicia levantó la mano con solemnidad y para sus adentros sonrió con picardía al cruzar los dedos de la otra a su espalda. Ahora que conocía su poder sobre el hombre, no habría nada que la detuviera.



## Capítulo 26

La orquesta tocaba una nueva tanda de música romántica. El saxofón dejaba salir sus sensuales acordes, que invitaban a las parejas a estrechar el abrazo en la pista de baile sin mover casi los pies.

Nícholas no tenía conciencia para otra cosa que no fuera el suave cuerpo de la chica pegado al suyo, despertaba cada fibra de sus ser de una manera casi inapropiada para su experiencia y edad.

—Prometimos que nos íbamos a comportar —esta vez le tocó a Alicia amonestarlo.

Al sentir la dura entrepierna presionada a su vientre, sintió cómo su propia excitación crecía en su interior, el latido acelerado de su corazón era prueba de ello, así como los serios problemas que tenía para respirar con normalidad.

—Lo prometiste tú, no yo —aclaró Nícholas cuando mordía el lóbulo de su oreja con sensualidad.

—¡Pero mira nada más que nos ha traído la marea! Al «virtuoso escurridizo» de las premiaciones, pero no así de la vida nocturna en el caribe: ¡El famoso Nícholas Kirgyakos! Te hacía de vuelta en tu isla, cariño.

—¡Qué sorpresa tan agradable! Angélica Rivas: mi periodista favorita —respondió a su vez el aludido con la voz cargada de sarcasmo—. ¿Acaso tus espías no te tienen bien informada de que aún no terminan las grabaciones? —Tan grande el mundo y toparse precisamente con ella, a no ser que no fuera una coincidencia; no sería de extrañar.

Lo cierto es que para Angélica no fue nada fácil dar con el paradero

del experimentado famoso que se movía con rapidez para escabullirse de sus *paparazzi*... Pero esta vez no se salió con la suya.

—¡Despediré a esa bola de ineptos! —comentó con un dramatismo que no engañó a nadie—. Pero qué chica tan deliciosa y joven... —comentó tendenciosa paseando su aguda mirada gris del rostro de sonrisa sarcástica del músico al de su acompañante—. ¿Eres un nuevo lanzamiento de Dior?, ¿Chanel? ¿O tal vez Valentino? —disparó intrigada ante el desconocido rostro de desconcierto de la belleza rubia—. ¿Versace? —insistió—. ¡Oh! ¡Está bien! Ya me enteraré luego. —Sus expresivos ademanes también hablaron de fastidio.

Como era de esperarse, la concurrencia los empezó a rodear al descubrir al exitoso compositor y a la mejor periodista de escándalos, de revistas y prensa mundial, en espera de una de esas escenas que tanto le gustaba montar para su público.

—Si nos disculpas, esta «deliciosa joven» y yo nos retiramos. Fue un placer como siempre saludarte. —Entre más pronto se alejaran de ella, tendrían menos cosas que lamentar después.

Nicholas ofreció su mano con formalidad, pero la periodista le dio un tirón que lo tomó por sorpresa. La muy ladina le estampó un beso ruidoso, muy cerquita de los labios para beneficio de la cámara que asechaba a distancia.

—Adiós, amor. Espero saber de ti pronto. —Con sonrisa maléfica se dio la media vuelta complacida por robarle una toma, en espera de que no fuera la única para la primicia en la página principal del mejor postor.

Cuando Angélica vio a la pareja disponerse para salir del salón:

—Síguelos y tráeme una foto realmente buena si no quieres que te ponga de patitas en la calle —ordenó sin escrúpulos.

—Recoge tu bolso, bonita. Iremos a caminar por la playa un rato antes de retirarnos a nuestra habitación. —Ese era el plan del músico para perdersele al ave de rapiña antes de que le estropeara el viaje.

En el pasado, había cometido el gran error de tener un *affaire* con la periodista, que por poco le congela la sangre. Desde aquella ocasión,

la mujer se había dedicado a perseguirlo sangrientamente, pues no le perdonaba que se hubiera escapado de su cama sin despedirse y menos aún que no aceptara sus posteriores invitaciones. Gracias a eso se había ganado la mote de «virtuoso escurridizo», que por supuesto le puso ella.

«Sin novedad en el frente», la pareja llegó al elevador que abrió sus puertas para albergar a los únicos ocupantes que llevaría a la planta baja del hotel, a escasos pasos de perderse en las sombras de la noche.

—¿Qué fue todo eso, Nicolás? —Alicia se había mantenido al margen, pero no era ninguna tonta, presentía que ahí había otra cosa que solo el trabajo de un buen periodista.

—Luego hablaremos del tema, ahora quiero que continuemos donde nos quedamos antes de la interrupción. —Borraría de su mente el desagradable momento entre los brazos de la hermosa Alicia.

—¿Aquí en el elevador? —preguntó con grandes ojos al verlo acortar la distancia entre los dos con mirada ardiente.

Nicholas de inmediato se apoderó de los deliciosos labios para apagar la insaciable sed que tenía de ellos con un beso elocuente y desbordado, cubriendo con su amplia espalda la visión del intruso tecnológico que asechaba en el interior.

¡Qué trampa eran los juegos eróticos con Alicia! Entre más tenía, más quería de ella. Mientras su lengua golosa revoloteaba el interior de la boca femenina, sus manos subían y bajaban por la fina espalda para presionar su cadera y dar un poco de alivio a su entrepierna.

—¡Cómo te deseo, bonita! —declaró en un ronco susurro.

—¡Mmm! Creo que no quiero ir a la playa —Alicia habló dentro de su boca, aferrada a la chaqueta por temor a que sus piernas temblorosas no la sostuvieran.

El descenso del cubo de metal llegó a su fin sin que los amantes lo percibieran perdidos en su ardoroso interludio. Al abrirse la puerta del elevador, gran sorpresa les significó los interminables disparos del flash de una cámara fotográfica, que les enfrió la sangre de la cabeza a los pies en segundos.

Esta vez Nicolás actuó con rapidez pescando de la ropa al intrépido fotógrafo que luego de su fechoría pretendía darse a la fuga.

—Ahora mismo vas a entregarme el rollo si no quieres que te parta la cara y haga lo mismo con tu equipo —vociferó, con los ojos inyectados de sangre y las venas de la frente a punto de estallar, dispuesto a todo para desquitarse por la invasión a su privacidad.

—¡Por favor, Kirgyakos! No me haga daño —lloriqueó el hombre aterrorizado por la violenta reacción del músico—. La Rivas amenazó con despedirme si no lo hacía. Seguro conseguirá que no vuelva a trabajar en mil quilómetros a la redonda de no entregar el trabajo terminado a satisfacción —añadió con dificultad, abrazado con fuerza la cámara para que no saliera volando con las salvajes zarandeadas del ofendido.

—Te suplico que lo sueltes, Nicolás —intervino Alicia con el rostro desencajado. Temblorosa se acercó al embravecido hombre y lo sujetó con fuerza del brazo para llamar su atención.

—¿Si quiera ha valido la pena el riesgo? —quiso saber el famoso, dudando de todo. Aflojó los puños, pero su mirada seguía siendo asesina.

—Estas fotografías valen oro...

—Si serás...

—¡Por favor! —Alicia gritó al ver la furia reavivarse en el músico cuando levantó su puño apretado en dirección del rostro del sujeto.

—¡Lo siento! —se atrevió a decir el achicado hombre—. De verdad he tenido muy mala racha...

—Lárgate y no vuelvas a cruzarte en mi camino porque la próxima vez no tendrás la misma suerte de hoy —concedió el famoso dándole un empujón violento.

—¡Gracias, señorita! ¡Perdón de nuevo! —gritó con una última mirada al tiempo que corría hacia la puerta de salida.

De nuevo la pareja era el centro de atención, el pequeño escándalo había logrado concentrar a los turistas que entraban y salían de los elevadores; ya se había corrido la voz de la presencia del virtuoso en el lugar.

—¿Podemos ir a la habitación, ¡por favor!/? —Alicia rogó con ojos suplicantes al rostro crispado de su acompañante.

—De acuerdo —consintió al pasarle el brazo por los hombros y guiarla al área de recepción para recoger la llave magnética.

—¿Ahora sí me dirás como le haces para concretar todo desde el yate? —Hacer conversación ligera fue lo único que se le ocurrió a la atribulada chica para romper el incómodo silencio de Nicolás.

—La magia del internet y uno que otro buen amigo. —La medida surtió efecto porque el tempestuoso hombre le respondió con una radiante sonrisa.

En cuanto Alicia cruzó la puerta se quedó sin aliento. La *suite* era de ensueño. Los tonos beige, café, bronce y oro destacaban en sus muros, tapices y cortinas. Era tan amplia que bien podía ser un departamento lujoso en el centro de Manhattan.

La alcoba principal estaba rodeada por un sillón de tres plazas y dos individuales y varias mesitas con hermosas lámparas de hierro forjado y pantalla de seda melocotón; el cuarto de baño eran tan grande que cabía un lavabo doble, una ducha, una tina de hidromasaje para dos parejas y un vestidor cubierto de espejos. Seguro el diseñador tenía en mente orgías.

—¡Wow! —Lo mismo debió decir Cenicienta cuando entró al palacio real. De pronto estaba en su cuento de hadas.

—¿Esa es una expresión de me gusta o de ¡qué horror!/? —La sonrisa encantadora de Nicolás persistía, lo que indicaba que el mal momento estaba quedando atrás.

—Todo lo que hay dentro de esta habitación me fascina —dijo con la mirada seductora fija en él

Alicia se acercó con paso lento y toda la intención de desnudarlo cuando sus dedos nerviosos se posaron sobre los botones de la camisa sin separar los ojos de los suyos.

Nicholas se dejó hacer disfrutando de los esfuerzos de la joven por desvestirlo sin oponer resistencia, pero tampoco cooperar.

—¿Por qué sospecho que te estás mofando de mí, pillo? —preguntó en tanto caminaba alrededor del gran maniquí viviente, atareada en zafar la camisa trabada en los musculosos brazos.

Qué delicia era para Nicolás la inexperiencia de la chica combinada con el coraje que la caracterizaba y esa entrega con que hacía todo.

—Solo un poco, bonita. Déjame ayudarte —se acomodó sacándose de un solo tirón la camisa e iba por la hebilla del cinturón cuando las manos femeninas lo detuvieron.

—Eso déjame a mí —dijo atrevida. Conteniendo la respiración, maniobraba el ensamble del fino metal para luego seguir con el cierre del pantalón.

Con más lujuria que temple, Alicia permitió que la prenda se deslizara por sí sola hacia el piso, luego se colocó de rodillas para zafar zapatos y calcetines. Desde su posición, levantó la vista para admirar la belleza del escultural hombre vestido solo con bóxer blanco entallado a las caderas como una segunda piel. Sin poder detenerlo, un gemido elocuente se escapó de su garganta cuando lo recorría con los ojos de los pies a la cabeza.

Finalmente, clavó la mirada en la de él en busca de alguna señal. Alicia encontró lo que buscaba, el expresivo verdor la retaba a seguir con lo que estaba planeando. Después de inspirar a profundidad, sus dedos fríos sujetaron el elástico de la prenda íntima a cada lado y con cuidado, pero también con firmeza, la corrió hasta los pies descalzos, para sacarla sin vacilar.

Antes de arrepentirse de su osadía, tomó entre sus manos el rígido miembro que de inmediato cobró vida al roce de sus manos, luego su boca voraz e inexperta se unió a la caricia.

Dueño de una templanza nacida de la experiencia, Nicolás la instruyó con palabras precisas en tanto sujetaba su cabeza para mostrarle como debía acariciarlo para darle mayor placer. La breve pero concisa lección fue muy efectiva porque en cosa de segundos la alumna pudo ver el hermoso rostro contraerse en un gesto sublime de sensualidad y sus oídos se gozaron al escuchar de su garganta emerger roncós jadeos que poco a poco fueron subiendo de tono para dar fe del delicioso tormento que experimentaba.

Ante la ardiente respuesta, la chica se transformó en una *femme fatale*. El dominio sobre el hombre la llenó de un poder desconocido

y una excitación casi demencial que inyectó en su torrente sanguíneo energía líquida que despertó su instinto animal de querer satisfacer a la pareja.

Con manos firmes se sujetaba a las caderas masculinas para marcar el ritmo y su boca incansable hacía el resto con precisión y cadencia.

—¡Cielos! ¡Oh, cielos! Me voy a derramar en tu boca —expresó agónico con las manos crispadas sobre la rubia coronilla.

—Por mí no te detengas, amor —invitó con las palabras cortadas, sin tregua para hacer conversación—. ¿Si quieres? —La duda la asaltó de pronto y se detuvo a buscar su mirada.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡Claro que quiero! —rugió con ojos atormentados—. ¡No pares, por favor! —rogó con ardor.

Unos momentos después, Alicia presenció y saboreó la increíble experiencia del orgasmo masculino en toda su magnificencia. Por unos segundos, Nicolás se vertió jadeando como animal herido, estremecido hasta las fibras más profundas de su cuerpo para regocijo de ella que en primera fila pudo disfrutar el glorioso viaje al erotismo puro.

Cuando las piernas dejaron de sostenerlo, Nicholas cayó de rodillas junto a la chica incapaz de digerir lo que acababa de vivir. Con manos temblorosas tomó el bello rostro mientras su oscurecida mirada buscaba respuestas en los ojos anegados de lágrimas.

Hasta que sintió los dedos masculinos enjugar la humedad de su rostro, Alicia se percató de que estaba llorando; la íntima vivencia compartida se había liberado a través de sus ojos, dejándola ya sin fuerzas. Nicolás no supo qué hacer, solo atinó a acoger la rubia cabeza contra su pecho, que palpitaba desenfrenado.

Por otros cinco minutos los amantes permanecieron abrazados en silencio, de rodillas sobre el tapete, uno en brazos del otro, hasta que el hombre recobró las fuerzas para levantar a la chica y depositarla con infinita ternura en la cama. Con lentas caricias y besos fugaces la despojó una a una de sus prendas, así como lo había declarado horas antes, con gozo infinito evidenciado en su expresivo rostro.

—¡Nícolhas, como te a... deseo! —cambió su declaración cuando perturbada descubrió su propio sentir.

—Y yo a ti, bonita. —Con renovadas fuerzas se acomodó entre sus piernas para penetrarla con poder hasta lo más profundo de su sexo y conseguir ese grito desbordante de placer tan único en ella.

Tarde, cuando las sombras de la noche los cobijaba, Alicia y Nicolás retozaron en la tina de hidromasaje acompañados de un sabroso ambigú a base de queso, pan, vino y fruta fresca, en vista de que no se habían dado tiempo de cenar en el restaurante del hotel. Como era de esperarse, terminaron haciendo el amor con locura entre las espumosas aguas. Tiempo después de nuevo sobre el bello tapete hecho a mano y, cuando los primeros rayos de sol asomaron por la ventana de la terraza, en la cama, donde por fin se quedaron dormidos uno en brazos del otro.

La última reflexión de Nicolás fue que nunca, ni siendo un jovencito, se había sentido así de motivado y lleno de energía. Tal vez se debiera al hecho de que Alicia era la amante más joven que había tenido hasta ahora, sin descontar la increíble combinación de su inocencia y su ardiente vehemencia al hacer el amor. En resumen, se encontraba por completo cautivado. Era un hecho, conservaría a la chica hasta el término de su estadía en Cozumel. Calculaba que para entonces quedaría saciado de ella.



## Capítulo 27

En cuanto la feliz pareja regresó al yate, la recibió el periódico de mayor circulación de la zona con la imagen en primera plana de Nicolás y Angélica Rivas. Seguro las fotografías del famoso y Alicia, saliendo del elevador, serían vendidas al que pagara mejor a la sagaz periodista. El músico ya sabía lo que le seguía, la exhibición de su logro en los programas televisivos de mayor audiencia en el mundo.

Después de la noche anterior, que había iniciado con el molesto tropiezo con la diva de los chismes y había continuado con el erótico maratón, Alicia no podía creer que Nicolás y ella estuvieran de lo más relajados, tendidos en las tumbonas de cubierta de popa, bebiendo jugos frutales al tiempo que veían las preciosas Islas Caribeñas pasar ante sus ojos.

Dos horas después, decidieron refrescarse antes de la comida. Como todo un caballero, Nicolás tomó turno para el final, así aprovecharía para pasar a la cabina de mando y charlar con su mejor amigo que, reconocía, tenía muy descuidado.

—¿Algo nuevo, Capi?

—No mucho —respondió con su acostumbrado estilo imperturbable antes de dejar caer la bomba.

Calladamente, Andrew abrió el cajón debajo del tablero de controles y extrajo una revista que a propósito había guardado y que dejó sobre la cubierta. De forma alternativa miraba a Nick y al mar, a la expectativa de su reacción.

Justo en ese momento pasaban cerca de unos peligrosos riscos y,

aunque conocía ese recorrido como la palma de su mano porque él y su amigo lo habían cruzado cientos de veces, prefirió mantener la vista en la travesía. No quiso pecar de confiado con las traicioneras aguas del Caribe.

—¡Muy astuta, Angélica! —Nícholas habló casi para sí con los dientes apretados sin apartar la mirada de las imágenes.

Tuvo que reconocer, a su pesar, el «trabajo» periodístico de la mujer. La muy zorra se había asegurado de no dejar descubierto ninguno de sus costados para que el no pudiera devolverle el golpe con una demanda por daños y perjuicios.

—¿Cuánto falta para que llegemos a Isla Margarita? —preguntó con precario autocontrol. Solo Alicia mantenía a raya su genio con sus ardientes atenciones.

—Estimo que en cuatro horas estaremos allá. —se abstuvo de hacer comentarios.

Adrew sabía cuándo mantenerse al margen con Nick y ahora era uno de esos momentos. Pensó en dirigir la conversación a uno de sus temas preferidos para calmar los ánimos: los yates y en específico la reciente adquisición. Tocaron asuntos como el equipamiento pendiente de afinar en la máquina. Como sincronizados, para lo último sacaron a relucir la pasión de ambos.

—¿Verás a Carmen en la isla? —Nícholas le dirigió a su amigo una mirada de complicidad.

—¡Claro, Nick! Hace uno, dos, ¡tres meses que no la veo! —Andrew sacó cuentas con los dedos y dibujó las curvas de las caderas femeninas en el aire con un estremecimiento.

—Lástima que con este itinerario tan apretado no te esté dejando mucho espacio para visitar a las chicas de Puerto Rico, La Dominicana y Granados. ¿Me faltó mencionar alguna? —Cinismo era su segundo nombre cuando trataba la cuestión de las muchas novias de su amigo—. Eres lo que se diría, un redomado sinvergüenza —atacó sin piedad.

—Sí, hermano —convino Capi con una amplia sonrisa—. Tú y yo nos parecemos mucho, pero trabajamos de maneras muy distintas. Yo soy el clásico marinero con una novia en cada puerto, en cambio

tú tienes una novia por temporada, pero dura más un suspiro de ellas que tú en sus camas.

—Así no creas lazos ni otorgas concesiones, Andrew. Recuerda lo que se dice: «A las mujeres ni todo el amor ni todo el dinero». Cambiando de tema, amigo, para compensarte de este frustrante viaje, te ofrezco que te tomes tres meses cuando regresemos a Cozumel. Agarras el yate y recorres las islas para que disfrutes quince días con cada novia. ¿Qué te parece? Yo entretanto termino mi temporada con Alicia, como tú dices.

—¡Formidable! —dijo respondiendo a su pregunta—. ¿Y las partes involucradas están dispuestas y disponibles? —Ni para qué interrogaba, su amigo nunca dejaba cabos sueltos.

—¿Tu qué crees, Capi? —Ufano, blandió la revista abierta en las fotografías del elevador como la prueba indiscutible de su afirmación.

—Celebremos por el triunfo de nuestras conquistas, hermano —sugirió refiriéndose en especial a su nuevo trabajo discográfico. De otro compartimento sacó una botella de *whisky* escoses que tenía guardada para ocasiones especiales y la puso sobre la cubierta con energía—. Por aquí debo tener unos vasos...

—¿Me invitan a celebrar con ustedes? —Alicia apareció de pronto en el umbral con una mueca de sonrisa. Su mirada, como dos bloques de hielo proveniente de su congelado corazón, no se apartaba de sus rostros de sorpresa. Cuán equivocada había estado en relación a los sentimientos de Nicolás por ella. Ahora por fin se terminaba de convencer. Este no la respetaba ni un poco, mucho menos empezaba a quererla.

—Debo ir a la cocina —se apuró a decir Andrew. Como cruzaban mar abierto pudo activar el mando automático para poner pies en polvorosa.

—Pensé que era prerrogativa de las mujeres cotillear de sus acostones con las amigas, pero ya veo que me equivoqué. —Su brillante mirada dio con la revista medio oculta por la gran mano y de un rápido manotazo se apropió de ella—. «*El nuevo juguete de Nicolás Kirgyakos*». —Con voz enérgica leyó el tendencioso

encabezado de la publicación.

Con una ojeada rápida dio con las páginas internas relacionadas con el artículo para enterarse del chisme completo sin importarle la presencia cercana que vibraba como felino a punto de saltar sobre su presa. Aunque ni su rostro ni el de Nicolás se veía en las imágenes tomadas por el fotógrafo del elevador, su evidente embeleso y descarada entrega en brazos del famoso lo decía todo para ella. De forma muy inteligente habían colocado como trasfondo el hermoso yate en el que viajaban. Al calce por supuesto se encontraban los comentarios de Angélica acerca de la vida disipada del divo musical y su nueva «compañera de viaje».

—Como te darás cuenta, lo que yo pueda decir no es nada en comparación de lo que ahora se comenta en medio mundo. ¿No crees? —dijo como única disculpa. Aunque para nada se sentía obligado en vista de cómo se había dado la relación entre ellos—. ¿Lista para comer? —preguntó con el dedo índice y mayor cruzados a la espalda en espera de que el tema quedara zanjado allí.

—¿No te has puesto a pensar que podría ser al revés y que terminarás siendo tú el conquistado? —No le pasó desapercibida la profunda inspiración de Nicolás, como una advertencia, pero prefirió hacerle caso a su orgullo pisoteado.

—¿Y a ti no se te hacen muy altas tus expectativas para haber sido yo tu primera vez? —Con mirada fiera se acercó a ella y sujetó su barbilla con rudeza—. ¿Planeaste con anticipación este encuentro, Alicia? ¿Conservaste tu inocencia para el mejor postor? —remató con ojos como afiladas puntas de jade a la espera de enterrarse en el blanco.

—Cómo te atreves... —Le temblaban las manos por azotar su rostro—. Te mereces que sea así por canalla. —Fingiéndose dura se desprendió de los dedos de acero con brusquedad. Por instinto dio un paso hacia atrás.

—Como siempre, todo depende del cristal con el que se mire, bonita. Tú conoces de sobra mi reputación y aun así aceptaste meterte en mi cama —agregó con crueldad.

—Tienes razón. Sin temor a equivocarme puedo concluir que eres

un tirano engreído, grosero y déspota, pero muy sincero. —No pudo dejar escapar, con una sonrisa sardónica, la amargura que eso le causaba.

—Y tú solo eres una niña jugando a ser grande. ¡Por Dios, Alicia, crece! —Su voz iba cargada de despectivo aburrimento.

Para Nicolás estaba claro que la rubia cabecita algo tramaba, con cada palabra se alejaba un paso de él.

—Nunca he pretendido ser otra cosa, eres tú el que se ha empeñado en verme diferente —le recordó—. Ya que estamos seguros de lo que podemos esperar el uno del otro, creo que ha llegado el momento de terminar el paseo —concluyó altanera.

Con la fuerza de un tornado Nicolás cayó sobre ella y la sujetó de los hombros con rudeza—. El paseo se acabará tal como lo he dispuesto ya y no antes. Y no se te ocurra boicotear mis planes porque me vas a lidiar enojado —le advirtió con furia contenida, pero la vena palpitante en su sien lo delataba—. Si estás dispuesta a comportarte de forma sensata, me gustaría que pasáramos al comedor, se está haciendo tarde.

—Come tú, yo no tengo apetito. —No le daba la gana facilitarle las cosas al tirano dictador—. Buen provecho, amo —recitó con dramatismo.

Ignorando a su sentido común, Alicia se zafó con fuerza de la sujeción y cruzó la puerta con la intención de dirigirse a cualquier lado lejos de él.

—Vas a comer conmigo quieras o no y después te arreglarás para nuestra cita en Isla Margarita —declaró con los dientes apretados en tanto su mano estrujaba con fuerza el tierno brazo.

—No me puedes obligar —lo retó con la mirada. «¿O sí?», se preguntó temblando por dentro como una gelatina.

—¿En verdad quieres averiguarlo, Alicia? —cuestionó con ojos empuñados como si hubiera escuchado su pregunta.

En su mente el músico contó hasta diez para darle tiempo a que recapacitara y para que a él se le bajara la testosterona, pero, si no lo conseguía, actuaría en consecuencia y por Dios que disfrutaría doblegando a la altanera.

—Creí que ya habíamos superado esa etapa en la que tú te portas como un patán conmigo, Nicolás. —Alicia estaba empeñada en lavar su afrenta a costa de lo que fuera. Quería una verdadera disculpa o ver su sangre azul derramada cuando explotara de rabia.

—Sí, yo también, pero todo parece indicar que te gusta el maltrato —respondió acalorado. No era ningún tonto, se daba perfecta cuenta de sus intenciones y estaba a un pelo de complacerla.

—Lo que no me gusta es ser juguete de nadie, Nicolás, menos de un tipo arrogante como tú —declaró a un paso de acariciar el crispado rostro y abandonar su peligroso plan, o seguir adelante y fastidiarlo todo.

—¡Ya basta, Alicia!, empiezo a aburrirme de tus niñerías —rugió en su rostro antes de darse la media vuelta con una fuerte inspiración. Pasó las manos por su cara y miró hacia el mar mesándose el cabello. Recapacitaba en el irracional proceder de ambos.

¿Cómo era posible que se dejara provocar por una chiquilla que en un momento quería engullírselo a besos y al siguiente sacarlo de sus casillas? Nicolás sospechaba que estaba siendo manipulado por una mujer a la que casi le doblaba la edad.

—Qué pena por ti, pues insistes en seguir con tu ridículo plan de conquista —insistió la chica con terquedad.

—Me has descubierto, bonita. Lástima que ya no sea una sorpresa para ti porque de igual manera seguiremos adelante con mi «ridículo plan». —Estaba luchando entre retorcer el frágil cuello de Alicia o llevársela a la cama y hacerle el amor hasta que volviera la joven apasionada y deseosa de satisfacerlo.

—Para eso se necesitan dos y yo no estoy ni «disponible ni dispuesta». Me temo que «tu temporada» conmigo se acabó. —Alicia sonreía celebrando el haber dicho la última palabra, cuando de pronto el salvaje hombre la arrebató de un manotazo y la recargó en el tablero de mando para someterla con su peso.

—Ya veremos, bonita —crujió en su cara—. Te advierto que siempre me salgo con la mía y una mocosa malcriada no me lo va a impedir —concluyó tallando de forma obscena la entrepierna en su cadera.

—Eres odioso ¡Suéltame, maldito salv...!

Las quejas de Alicia fueron acalladas por los labios de Nicolás, que arrasaron sin clemencia con el último vestigio de su orgullo. La mira era castigar la rebelión que había conseguido llevarlo al límite de su paciencia.

—En cinco minutos te quiero ver sentada en el comedor si no quieres que te amarré a una silla frente a todos —sentenció con el rostro enrojecido y desfigurado por la ira.

Con ojos como antorchas Nicolás vio enderezarse a la chica que lloraba de dolor y humillación. Con la cabeza baja emprendió la huida para toparse con el sólido cuerpo del capitán que la rodeó con los brazos para detener su caída.

—¿Estás bien? —Andrew levantó su rostro bañado en lágrimas y observó con evidente censura el labio inferior cortado y sangrante.

—Alicia ya se iba, Capi —anunció el músico con furia redoblada por verla con él.

Minutos después, el trío se encontraba reunido para comer dentro de un mutismo escalofriante. Solo persistía el sonido del tenedor de la chica contra la porcelana de su plato, al jugar con la comida, y el tintineo de su copa que ella misma rellenaba cada vez que se le vaciaba.

—¡Detente, Alicia! —Con evidentes señales de advertencia Nicolás la miró y taponeó con la mano la boca de la copa que pretendía rebozar por cuarta vez.

Recordando la amenaza reciente, la aludida prefirió hacer un alto; tenían público, además, ya se sentía lo suficientemente achispada para enfrentar la larga noche con él.

El capitán por su parte se mantuvo al margen de la situación, pues no quería hacer enojar al músico y que la joven terminara pagándola, pero ya encontraría la oportunidad para reclamarle a su amigo su extraño proceder. Jamás lo había visto furioso por causa de una «novia» y en esta ocasión ya iban dos peleas que presenciaba a distancia.

## Capítulo 28

La hora de bajar a tierra llegó, Alicia seguía en su plan de ignorar a Nicolás y prefirió la ayuda de Rash para subir y bajar de la lancha que los trasladó al aparcadero donde ya los esperaba un automóvil para llevarlos a la ciudad.

Isla Margarita o «La Perla del Caribe», como la nombraban los visitantes, resplandecía de noche como la joya que era. Su exuberante vegetación envolvía con su aroma dulce el aire y, aunque la oscuridad no permitió a los ojos de la chica admirar el mar y la playa, sus oídos captaron el reconfortante sonido del incansable vaivén de las olas. El cielo no se quiso quedar atrás tachonado de brillantes e inquietos luceros.

Alicia aún no sabía hacia dónde se dirigían, Nicolás había desistido en hacer conversación con ella y se entretuvo con llamadas telefónicas desde su móvil en un idioma que suponía era su lengua natal.

Decidió aprovechar la tregua para admirar la zona turística de la ciudad. Esta guardaba el mismo esquema de todas las playas que había conocido hasta ahora, pero de una forma intensa y salvaje, como si la mano del hombre no hubiera afectado su esencia natural, sino que, muy al contrario, la hubiera ayudado a preservarse y multiplicarse con el paso del tiempo.

Después de quince minutos de carretera desolada, llegaron a una pequeña ensenada donde se encontraba enclavado un hermoso conjunto habitacional. Las grandes residencias estaban muy aisladas una de la otra. Justo frente a una de ellas el auto detuvo su marcha.



—Hemos llegado. —Nícolás anunció con seriedad ofreciéndole su ayuda para que bajara del auto.

Esta vez Alicia aceptó agradecida, pues seguía mareada por tanto alcohol ingerido con el estómago vacío. Todo este ajetreado ritmo de las últimas horas, tan diferente a su estilo de vida tranquilo, ya estaba cobrándole factura.

«Si el interior de la mansión es la mitad de bello que sus jardines, me doy por afortunada», pensó con la boca abierta en un interminable ¡oh! cuando transitaba el camino de brillantes baldosas tomada de la fuerte mano. En la entrada los recibió el ama de llaves y luego de darles la bienvenida no la volvieron a ver, pero no hizo falta, Nícolás la llevó al interior de la mansión, con paso seguro; le resultó evidente que eran sus dominios ¿Cuántas amiguitas habría llevado antes que ella?

—¿Dónde estamos? —preguntó en medio de la sala de grandes proporciones y bellos muebles de madera oscura y tapicería blanca. Se negaba a dar otro paso hasta recibir una respuesta.

—En la casa de descanso de uno de mis productores y amigos, Júlían Fiive. —Su mirada no se perdía detalle en el rostro de la chica—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta el lugar?

—¿Bromeas? ¿A quién no le gustaría un sitio tan bello en medio del paraíso? —Entendía que su actitud recelosa no iba acorde con sus palabras—. Es solo que me gusta saber que terreno estoy pisando.

Sus palabras eran en parte ciertas, pero más cierto era que la abrumaba tanto lujo, la hacía consciente de la diferencia de su mundo con el del hombre que dejaría una honda huella en ella una vez que se hubiera marchado de su vida.

—Si te incomodan los empleados de la mansión, te informo que ellos se marcharán en cuanto nos sirvan la cena —explicó con ganas de que eso fuera lo que la mantenía taciturna.

Se acercó para levantar su cabeza y atrapar su mirada esquiva, pero Alicia se esforzaba por ocultar su confusión, aunque los ojos verdes parecían penetrar hasta el último rincón de su cerebro y su corazón.

—¿Qué pasa, bonita? —No pudo evitar que la ternura, un sentimiento que hacía años no experimentaba, lo invadiera al mirar la

expresión de algo parecido a la desolación en el hermoso rostro.

—No es nada... —La suavidad del trato fue la gota que derramó el vaso. De pronto sus ojos se derramaron como cascada de aguas cristalinas—. ¡Ya no quiero pelear! Solo quiero que me abracés hasta que amanezca —declaró desmoronada.

Nícolás no se hizo esperar, de inmediato envolvió en sus brazos el estremecido cuerpo, apoyó el mentón en la coronilla de su cabeza y le susurró palabras en otro idioma con suave voz. No entendía para nada ese sentimiento que lo invadía, pero con franqueza esperaba que desapareciera cuando hicieran el amor.

—Ven conmigo, quiero mostrarte un lugar que te encantará —invitó con una gran sonrisa que la desarmó.

El músico emprendió una carrera ligera por toda la casa, haciendo reír de los nervios a la chica, que sentía que sus pies no tocaban piso.

—¡Dios! Siento como si estuviera en el cielo —comentó Alicia en un susurro. Sus ojos ávidos recorrían todo a su alrededor al girar en su eje.

El jardín trasero era el cielo en la Tierra. Los espacios estaban ocupados por arbustos en flor de todos los tonos existentes que perfumaban con su dulce aroma la noche. Árboles frondosos y palmeras situadas de forma armoniosa daban un juego de sombras que danzaban con la suave brisa. La tierra estaba cubierta por una alfombra de verde césped y baldosas de cerámica de bellos diseños que describían veredas ondulantes.

Al adentrarse en la vegetación, Alicia se encontró en un espacio llano con una gran fuente de granito labrado de chorros desiguales y luminosas tonalidades al centro, pero lo que en realidad la impactó fue la cubierta sobre sus cabezas compuesta de centenares de luces que asemejaban estrellas titilantes. Con rostro de arrobó dirigió la mirada al frente para toparse con el espectáculo del mar como fin del camino.

También observó que la única forma de acceder a la playa era a través de la casa, tal como lo habían hecho ella y Nícolás, lo que indicaba que el afortunado propietario de la mansión también era dueño de esa porción de arena y mar, ya que delimitando la

propiedad, de cada lado, se encontraban formaciones rocosas naturales que resguardaban el lugar con celosa intención.

Embobada con lo que veían sus ojos, Alicia siguió hacia delante sin importarle que, con cada paso, sus pies fueran devorados por la fina arena.

—Apóyate en mí para quitarte las sandalias —la voz baja de Nicolás la sacó de su transe hipnótico para detener su avance en seco. Con el latido del corazón en la garganta lo miró a los ojos cuando se ponía sobre una rodilla frente a ella.

Obediente, Alicia se sujetó de sus hombros, enternecida hasta la médula ósea por sus maneras. Nicolás también se quitó los zapatos, enrolló sus pantalones hasta media pierna y caminó unos pasos para dejar el calzado de ambos sobre una roca.

Cuando volvió su rostro hacia la chica, esta corría como una chiquilla por todo el andador de cirios encendidos hacia su objetivo: la mesa de manteles largos dispuesta para dos a orillas del mar con la espuma blanca de las olas como piso.

—Tome asiento, mi bella dama. —Con esa encantadora sonrisa que enamoraba, el galante hombre invitó sacando la silla cuando se detuvo a su lado.

La chica había perdido el habla, solo atinaba a seguir instrucciones sin apartar sus ojos curiosos sobre las bellas fuentes de cristal cortado que aguardaban por el agraciado ser que degustaría lo que ocultaban sus tapas. Lo que estaba a la vista era la botella de *champagne* que se enfriaba en su base, recostada y envuelta con elegancia en lino blanco.

En una lucha interna por no aplaudir y brincar en su silla, observó cómo el músico se colgaba una servilleta en el brazo antes de empezar a retirar tapa por tapa para servir en dos platos una generosa porción de la apetitosa hogaza de pan, del queso y la fruta fresca, troceada en cuadros, a la vista. También llenó las copas de ambos antes de tomar asiento junto a ella.

—Prueba esto —levantó los ojos y se quedó mirando su rostro como enajenada. La luz danzarina de las velas, esparcidas en la mesa, se proyectaba sobre sus facciones dándole un aspecto celestial, de dios

griego—. ¿Alicia?

Nícholas sostenía una fresa madura que él mismo había bañado en crema de chocolate y que ahora sostenía frente a su boca con una sensual y sugestiva mirada.

—Ahora bebe un trago de tu copa —indicó luego de que le diera un tímido mordisco a la fruta sin perder de vista su reacción y los movimientos de la sonrosada lengua que envolvió sus labios para saborear la mezcla—. ¿Qué tal? —le preguntó con esa expresión picaresca de sus ojos que le recordaba tanto a la de sus primos cuando la invitaban a hacer travesuras.

—Nunca se me hubiera ocurrido hacer esta combinación —convino. A su memoria llegaron las imágenes de una situación similar, pero en versión modesta. Se lamió los labios una y otra vez, encantada con el delicioso gusto que seguía en su paladar.

—Y nunca lo hagas si no es este *champagne* en particular.

La verde mirada se oscureció atormentada por la involuntaria provocación de la lengua inquieta que seguía danzando sobre los rojos labios.

Respirando con fuerza, para calmar sus ansias, Nícholas comió y bebió de la misma combinación antes de ponerse en pie e invitar a la chica a hacer lo propio. Una suave ola llegó para bañar sus piernas al mismo tiempo que envolvía el frágil cuerpo en sus brazos e inclinaba la cabeza hasta que los labios se juntaron. De su propia boca le dio a Alicia a probar la exquisita composición.

En la cálida noche, con el murmullo del mar como fondo, se desató la furia de la pasión entre dos seres que coincidieron en el tiempo y en el espacio para atestiguar que la existencia de las almas gemelas no solo es un mito.

—¡Nícholas! —Colgada del fuerte cuello, Alicia se encontraba abandonada al embriagador momento—. ¡Nícholas! —suspiró con ansias de sentir el firme cuerpo. Las manos ligeras se colaron por debajo de la chaqueta para acariciar su pecho, su talle y su espalda con desesperación.

La boca del músico, en respuesta a la provocación, ahondó el beso con un gruñido enronquecido. Las lenguas acopladas se enredaron

para succionar el aliento del otro. Entre estimulantes mordiscos, los labios se comían hambrientos, las manos se recorrían gustosas de participar en el intercambio de caricias que avivaban segundo a segundo la llama del frenético deseo.

—¡Bonita! ¡No puedo esperar más! ¡Necesito poseerte ahora! —se disculpó por toda explicación al cargarla en peso para llevarla fuera del alcance de las olas a la cama de blanca arena.

Con movimientos precisos el impaciente hombre apartó a un lado la falda de Alicia, expuso su vibrante hombría y se adentró en la maravillosa humedad, que lo envolvió a la perfección como el estuche único y exclusivo hecho a la medida para él.

Nicholas hizo el amor con Alicia a orillas del mar bajo la luz de la luna, casi como lo había planeado; aunque no hubo tiempo para desnudarse y retozar antes de la consumación, se obtuvo un resultado supremo: gritos, jadeos y gemidos de gozo y una increíble entrega. Nada habría podido detener al impetuoso hombre por semejante vivencia.

Minutos después...

—¡Demonios! No usamos protección —dijo Nicholas ya con la mente fría.

—No te preocupes. Mi período llega en dos o tres días, así que no hay peligro de que me quede embarazada —explicó Alicia con tono tranquilo, empeñosa en reacomodar sus faldas a pesar de que su corazón le dolía como si la hubieran apuñalado—. Si no te importa, quisiera darme un baño antes de la cena —expuso ya de pie y emprendió la marcha no sin antes hacer una parada en la roca para recoger sus sandalias. Cuando se volvió casi choca con Nicholas que estaba parado justo detrás de ella.

—¿Estas bien?

—Por supuesto. ¿Me acompañas? —dijo con voz estrangulada. Con disimulo tragó para deshacer el nudo de su garganta.

—Con gusto —respondió sin insistir. Caballeroso, tomó los zapatos de sus manos antes de posar el brazo sobre sus hombros y emprender

el regreso a la mansión.

Alicia se quedó sin aliento al entrar en la habitación donde ya se encontraban sus cosas sobre un bello baúl antiguo, al pie de la cama *king*, que se encontraba en medio de dos ventanales que daban a la playa. El respaldo era una obra artesanal, con sus cuadros acojinados en color dorado mate en contraste con la madera café oscuro de su estructura y los muros en tonos crema.

El techo de la alcoba era otra obra de arte arquitectónica, plano en el centro y con una pronunciada inclinación en cada extremo, pintado igual que los muros, pero con gruesas vigas de madera oscura, del mismo tono del piso, que daban la idea de que soportaban su peso.

Bajo la cama, dando un toque de confiada distinción, se encontraba tendido un claro tapete cuadrado, bordado a mano, que casi le dio pena pisar. Realmente enamorada de los detalles, Alicia continuó su observación con ojos de ensueño.

En un muro lateral, estaba la salida a la terraza, donde lucía invitadora a través de las altas puertas de cristal una tina de hidromasaje circular. En el muro contiguo se encontraba el acceso a un enorme vestidor y, junto a él, la puerta abierta del cuarto de baño dejaba ver la ducha, el servicio, un lavabo doble con espejo biselado y grabados de hojas de plata en sus contornos, de donde provenía una luz blanca. Los muebles sanitarios y los muros eran de fino mármol negro con cenefa blanca como remate perimetral.

El muro restante estaba revestido por un mueble de madera con estantería sin puertas, tan grande que exhibía libros, preciosos objetos decorativos de temas y materiales diversos, una enorme pantalla plana, un equipo modular con bocinas de varios tamaños y una espectacular pecera con luz propia donde habitaban incansables pececillos de colores vibrantes. Todo en esa mansión hablaba de hombre, lujo y dinero.

—¡Cielos! —Fue lo único que atinó a decir como respuesta a la mirada de interrogación de Nicolás—. ¡En verdad me gusta! —dijo adelantándose a su comentario.

Luego se dirigió al baúl para sacar de la maleta lo necesario para su baño.

—¿Me invitas a ducharme contigo? —preguntó con cara de niño bueno.

—Si no te importa, me gustaría hacerlo sola. Prometo que no tardaré. —Alicia se dio la media vuelta antes de dejarse convencer.

Ya dentro de la elegante cabina de cristal giró el grifo de marfil de la regadera y cuando el potente chorro empezó a fluir, lloró hasta que el pecho dejó de doler y el nudo de su garganta se deshizo.

Quince minutos después salió del cuarto de baño con los ojos enrojecidos, agradecida del buen tacto de Nicolás de dejarla tranquila para que se arreglara, aunque lo único que le devolvería la paz sería salir huyendo de allí para alejarse de su tirano favorito para siempre.

Ahora que conocía sus sentimientos, ¿cómo se las arreglaría para comportarse indiferente ante el experimentado hombre? ¡Qué manera de caer! Irremisiblemente enamorada del que debía de haber sido su víctima.

Era un hecho que amaba a un hombre inalcanzable, sin corazón, que no tenía interés alguno en su afecto y mucho menos en una relación seria y permanente con ella y con nadie más. ¡Triste consuelo el suyo!

En apariencia tranquila y convencida de lo que haría a partir de ahora y hasta el día en que terminara su contrato, Alicia se puso uno de los bellos vestidos obsequiados por Nicolás.

El espejo le regresó el reflejo de una chica elegante vestida de largo y en negro. El modelo seleccionado, acorde con su estado de ánimo, era de una distinguida sobriedad. Colgaba de sus hombros con delgados tirantes de pedrería; bajaba por su pecho, talle y caderas como una segunda piel y seguía en suave caída a los pies calzados con sandalias de tiras negras que dejaban expuesta su blancura de una manera exquisita.

Sin ánimos para impresionar o conquistar, decidió que su apariencia sería sencilla. Empezó por su frondosa cabellera, que se alisó para dejarla suelta como cortina dorada alrededor de su rostro y sobre su espalda. Se maquilló en tonos suaves y como toque final se roseó el cuello, pecho y brazos con perfume. Por únicas joyas

seleccionó los sarcillos de la tía Adel.

Cuando Alicia se empezaba a preguntar qué hacer, ahora que se encontraba lista, se escucharon unos suaves golpes a la puerta.

—¿Ya estás... —Nícolás asomó apenas la cabeza para preguntar, pero se quedó mudo al observar a la joven—. ¡Estás bellísima, Alicia! —Con ojos brillantes recorrió de pies a cabeza a su diosa de nieve y oro envuelta en la seda de la noche, seguro para confundirse entre las sombras y poder robar la calma a los mortales.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —elogió con sinceridad al ver el fuerte cuerpo envuelto en un *smoking* negro, pintado al cuerpo, con camisa blanca y corbata negra de moño.

Nícolás ahora representaba justo lo que era: la visión sofisticada, fría y distante que mostraban las revistas de espectáculos cuando hablaban de él.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre. Eso de estar a dieta de puro postre me está matando.

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa endemoniadamente varonil y coqueta que cautivaba a cuanto ser humano se cruzaba en su camino. ¿Cómo pues ella, una simple chica de provincia iba a escapar de enamorarse de él? ¡Tonta, ilusa!



## Capítulo 29

El comedor de dieciocho plazas fue uno de los muebles de la residencia que gustó más a Alicia por el contraste de la robusta mesa, de gruesas patas cuadradas y cubierta café tabaco, contra las esbeltas sillas tapizadas en blanco impoluto. Todo estaba dispuesto para la cena sobre finos tapetes individuales de lino bordado, donde lucían la vajilla de porcelana, los cubiertos de plata con una variedad asombrosa de cucharas y tenedores y las copas de cristal cortado de distintos tamaños. A los lados del arco de la entrada se encontraban dos meseros muy elegantes en sus fracs negros, en espera de atender al acérrimo visitante y a su acompañante de turno. Cuando la pareja se adentró en el área, estos se movieron prestos para ayudarlos a sentarse a la mesa con Nicolás a la cabecera.

Los muros y techos pintados de blanco marfil, las pesadas cortinas beige en los ventanales, las lámparas de araña colgantes sobre la mesa y las de pedestal en los rincones y esquinas, encendidas con su ambarina luz, daban al ambiente un toque de immaculado romanticismo.

—Gracias —pronunció Alicia al más joven de los camareros que se quedó pegado al piso junto a ella.

El mesero de edad le dio a probar al famoso del vino y luego de degustarlo y aprobarlo sirvió las copas de ambos y con paso ligero regresó a su sitio no sin antes llevarse consigo a su compañero.

—Pueden empezar a servir —ordenó el anfitrión.

Sensible ante todos los detalles, para Alicia no pasó desapercibido la familiaridad de trato entre el mesero de nombre Marco y Nicolás.

Una prueba más de que el famoso iba ahí con frecuencia. Pero no todo estaba mal en el paraíso; ante sus asombrados ojos, en cosa de segundos, la mesa quedó cubierta por una variedad exquisita de ricos manjares y finas bebidas solo para empezar.

En cuanto los empleados se retiraron a sus puestos, Nícolás levantó la copa con absoluta solemnidad:

—Por una noche maravillosa junto a la chica más bella del planeta y porque los siguientes meses sean de infinita complacencia para ambos. ¡Salud, bonita!

—¡Salud! —respondió la aludida con el cuerpo tenso por el esfuerzo que hacía para no llorar de nuevo. Su dios griego, su Zeus, su tirano favorito, de forma espontánea y natural machacaba con su aspecto, sus modales y sus palabras su triste realidad.

La cena abrió con una riquísima sopa de coco y hongos, seguida del plato fuerte más exótico que Alicia hubiera comido nunca: el famoso curry de oro o mejor conocido en la región como «tesoro de mariscos», preparado a base de caracoles marinos, langosta, caviar, trufa blanca y oro comestible en polvo.

La chica pensó que, de proponérselo, algún día podría escribir los pormenores de esa cena, no porque conociera mucho del tema, sino porque el mismísimo chef lo explicó mientras lo servía personalmente; este no quiso perderse la oportunidad de conocer al famoso músico que lo contrató y a la chica que lo inspiró para hacerlo. Eso sin contar con que era atendida como una princesa real.

A pesar de ser la cita perfecta, el estado de ánimo de Alicia decayó en el curso de la noche, que terminó de forma dramática cuando volcó su copa de vino recién servido sobre el fino tapete.

—Yo me hago cargo.

Petrificada, observó cómo el joven mesero llegó hasta ella a la velocidad de la luz y apartó con destreza los platos y cubiertos para secar la mesa con rapidez, pero el líquido rosado, incontenible, empezó a gotear sobre su falda.

Lo que sucedió a continuación fue lo indecible: los ojos oscuros del camarero hicieron contacto con los azules, antes de que su mano viajara al regazo femenino para enjugar el licor.

—¡La señorita puede atenderse sola! —La voz de Nicolás rugió junto a ellos y el atontado chico salió del hechizo en que había caído para hacerle frente a la mirada asesina—. Marco, es todo por hoy, ya pueden retirarse —indicó con tono frío—. Te agradezco las atenciones y las hago extensivas para el chef Marcel. Buenas noches. —Su mirada dejó de ser amable cuando se posó sobre el pálido joven.

—¡Yo... lo siento! —El incómodo silencio obligó a Alicia a disculparse, a pesar de que todo había sido un incidente menor.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Haber coqueteado con el meserito toda la noche o desperdiciar tan excelente vino? —Nicolás preguntó con el rostro sin expresión, pero tenía las manos apoyadas sobre la mesa por miedo a estrangular a la descarada chica.

—¡Yo no hice tal cosa! —Alicia también se puso de pie alzando la voz con tono indignado—. El mesero solo trataba de ser amable conmigo. —Sabía que eso no era del todo cierto, pero no iba a admitirlo frente al hombre que la hacía responsable del comportamiento fuera de lugar del empleado.

—El tipo no te quitaba los ojos de encima. Si no pongo remedio, le hubiera seguido con las manos frente a mis narices, Alicia —declaró con los dientes apretados y los ojos como dos llamas.

Nicolás olvidó su propósito de moderar su genio cuando recordó la osadía del mesero. Ahora asía los hombros de la chica con energía.

—Yo no lo hubiera permitido, Nicolás. ¿Por qué crees que me mantuve casta y pura todo este tiempo? —lo enfrentó indignada. «Si yo no provengo de los arrabales... Buena muestra le di de ello», pensó humillada.

—No tengo la menor idea, pero estoy seguro de que finalmente lo averi...

—¡Eres un desgraciado! ¿Lo sabías? —Se soltó del amarre de un empujón y salió corriendo del comedor llorando amargamente.

—¡Alicia! ¡Alicia! —El famoso estaba que se lo llevaba el diablo de furia. Prefirió dejarla ir hasta sosegar un poco.

Su cabeza era toda confusión. Nicolás no entendía por qué se estaba comportando como un troglodita cuando nunca antes se había

sentido ofendido por los devaneos de sus amantes, que en la mayoría de los casos eran para darle celos a él.

Los pasos de Alicia la llevaron hasta el jardín posterior, necesitaba tomar un poco de aire fresco para calmarse. Ciertamente, estaba consciente de que su estado de ánimo era por su recién descubierto amor por el músico, pero lo que no entendía era la reacción de él siempre que había un hombre cerca de ella.

Se detuvo cuando sintió la suave marea acariciar los dedos de sus pies. Estaban a finales de mayo y la luna se mostraba esplendorosa y llena colgada del firmamento. Su blanca luz creaba sobre las aguas un camino que llevaba hasta el cielo si mirabas con los ojos del alma.

Poco a poco su llanto cesó y el reposo volvió a su pecho, aun así decidió permanecer ahí por otro rato, el sonido del vaivén de las olas le proporcionaba ese sosiego que tanto anhelaba su espíritu.

—Vas a pescar un resfrío.

Alicia pegó un brinco involuntario ante la inesperada visita al tiempo que sobre sus hombros sintió la tibieza humana y a su nariz llegó el aroma de Nicolás cuando este le colocó la chaqueta de su *smoking*. Con extrema amabilidad tomó su barbilla y levantó su rostro hacia él para descubrir con pesar el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Siento haberme portado como un estúpido, bonita. Vuelve adentro conmigo y te prometo que borraré el mal momento que te hice pasar con lo mejor de mí.

Impresionada por la declaración, Alicia se dejó guiar al interior de la casa de la mano del hombre que llevaba en la otra su enamorado corazón.

Sus pasos los condujeron a un amplio salón, tenuemente iluminado, amueblado con el mismo estilo que denotaba el buen gusto de su propietario.

Modernos sillones de piel blanca dominaban el centro de la habitación. En un extremo se encontraba un mueble bar bien equipado, al fondo tres ventanales con las cortinas recogidas mostrando el precioso y agitado mar; pero lo que más llamó la atención de Alicia, aunque no estuviera de ánimos, fue el piano de

cola que dominaba a todo observador con su elegante presencia.

Nicholas la llevó hacia él; después de invitarla a sentar, tomó asiento a su lado. Entonces el bello mortal se transformó en el genio musical cuando sus dedos empezaron a acariciar las teclas del instrumento.

Las notas de una suave melodía inundaron el lugar; de inmediato el triste corazón de Alicia se apaciguó y le hizo recordar por qué se había enamorado de ese hombre. Él tenía el poder absoluto de hacerla sentir en el mismísimo cielo, aunque también le había hecho conocer los confines del infierno.

Por diez minutos la chica disfrutó estar pegada al fuerte cuerpo que se movía al compás de la música. La expresión de éxtasis en el atractivo rostro era la misma que le había visto cuando alcanzaba el clímax dentro de ella.

—¡Es preciosa, Nicholas! ¿Cómo se llama? —quiso saber en cuanto terminó su interpretación, conmovida hasta las lágrimas. Nunca pensó que el estar enamorada la convertiría en una llorona.

—La he titulado *El sol en tu pelo* —tomó entre sus dedos un mechón de rubios cabellos y sus ojos acariciaron sus rasgos.

—¿La compusiste para... para...? —No terminó de formular la pregunta por temor a equivocarse.

—Sí, Alicia. La compuse inspirado en ti, en tu belleza. —Con infinita ternura acunó su rostro entre sus manos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó con mirada de arrobó.

—La noche antes de salir en el yate —confesó recorriendo con los labios su cuello haciéndole cosquillas al hablar.

—¿Nunca duermes? —interrogó con risa por las traviesas caricias.

—Desde que te conozco, no. Tú me has robado el sueño, bonita. — Sus labios tomaron la boca de la chica para atestiguar con un beso apasionado su reciente y muy sincera declaración.

Nicholas se puso en pie sin despegar los labios y con un mínimo esfuerzo cargó en brazos a la hechicera, la llevó al sillón y la recostó con cuidado sobre la blanca piel del tapiz.

—¿Segura que podemos hacer el amor sin protección? —Deseaba con locura volver a disfruta el contacto directo con la piel interna de

su vientre. Después de probarlo podía atestiguar que había un mundo de diferencia.

—Totalmente... —respondió sin ningún rencor, reconociendo el placer que le había provocado sentir la lava ardiendo derramarse dentro de ella.

Esta vez el apasionado hombre se tomó su tiempo para desnudar a Alicia y desnudarse él, quería honrar como era debido el precioso cuerpo de la chica.

Con lentitud entró en ella para gozar milímetro a milímetro el contacto del húmedo interior. Poco a poco la necesidad de ambos fue creciendo y con ello el ritmo se fue acelerando. El hombre embestía con potencia y la chica recibía apretada y profunda, caliente y gozosa.

—Preciosa. Así, amor, déjate llevar —invitó trastocado y jadeante.

El dios griego explotó con fuerza, llevándose con él el alma de la chica, que gustosa se trasladó al séptimo cielo con el hombre al que se entregaba por entero por el tiempo que durara la aventura.

La decisión estaba tomada y ya no pelearía por eso. Alicia se declaró vencida y rotundamente enamorada de Nicholas Kirgyakos.

—¿Quieres beber algo, bonita? Yo muero de sed —Nicholas preguntó tiempo después, incorporado en un codo para observar el rostro sonriente y relajado.

—¿Sabes preparar margaritas? —Alicia paseaba con suavidad los dedos por el grueso vello de su cara, en tanto se perdía en las verdes profundidades de sus ojos.

—No, pero seguro encontraré una botella con esa pócima que encanta a las mujeres. —Con un coqueto guiño de ojos se levantó en cueros, dirigiéndose con paso indolente al bar—. ¡Bingo! —Sonriente levantó la bebida y la exhibió como un trofeo—. Te voy a deber la sombrilla, bonita.

Alicia observaba con fascinación los preparativos del desinhibido hombre que iba y venía por toda la habitación, afanoso, para programar música lenta en el equipo de sonido, poner las lámparas a media luz y finalmente regresar al mueble-bar, donde recogió las copas antes de volver junto a ella.

—Servida, *madame*. —Al acercarse miró con disimulo cómo

acomodaba su cuerpo para cubrir su desnudez—. Si te sientes más cómoda, puedes ponerte la camisa y yo me pondré el bóxer —dijo tendiéndole la prenda.

La chica de inmediato aceptó el ofrecimiento, en parte por cubrir su cuerpo y por otro lado para envolverse en la fina tela que guardaba el aroma y la esencia de él.

—Definitivamente mi camisa luce mejor en ti —Se recostó pegado a ella para acariciar la piel exterior de sus muslos, que había adquirido un tono dorado bajo la cálida luz de la lámpara de pie.

Alicia también gozaba su parte. Escudada en su copa de margarita se comía con los ojos el espectacular cuerpo vestido con su entallado calzón negro. Adoraba su piel apiñonada toda cubierta de bello oscuro justo donde lucía fenomenal. Ese hombre lo tenía todo: juventud, belleza, encanto, talento, fama y dinero.

—Después de todos tus logros, ¿qué esperas de la vida, Nícolas? —se atrevió a preguntar a riesgo de que no le gustara lo que escuchara, pero era mayor su necesidad de saber de él.

—Tengo infinidad de cosas por hacer, bonita: nuevas composiciones musicales, sitios que quiero conocer, proyectos que debo concluir y muchas horas que compartir contigo para acariciarte, besarte, hacerte el amor... Pero eso tú ya lo sabes, en cambio yo sé muy poco de ti. Tu vida apenas empieza. ¿Qué planes tienes para el futuro?

—Mi vida futura... Te aburrirías como ostra si te contara. —¿Cómo decirle que vislumbraba su camino sin color ni matices después de él?—. Mejor baila conmigo para tener algo que escribir en mis memorias cuando sea una ancianita —pidió saliéndose por la tangente. Con enmascarada tristeza, sin dilación, se puso en pie y haló de una mano la pesada mole de músculos que no hizo nada por cooperar.

—Ni en mis vacaciones me dejan descansar... —se quejó con fingida pena, sin embargo, se enderezó y envolvió en la calidez de sus brazos el cuerpo de la chica.

—Anda, imagínate que soy una de tus creaciones musicales para que me guíes con dedicación y esmero. —En definitiva, hablaba con la verdad. Ella era la creación de Nícolas, una chica sencilla y

humilde que en sus brazos estaba aprendiendo a ser mujer, a sentir, a vibrar, a gemir, a pelear, a odiar y hasta a llorar por amor a él.

—No necesito eso para desear abrazarte, bonita, solo que, tenerte así, vestida tan sexi, será una tortura para mí. —Tomó con ambas manos la breve cintura y la apretó a su cuerpo que de inmediato reaccionó con su cercanía—. ¿Ves de lo que te hablo? —La mirada verde lucía torturada por las emociones imparables que le daban vida a su hombría.

—Me encantaría creer que solo yo te pongo así. —Cuando se dio cuenta ya había revelado sus pensamientos. De inmediato sintió una gran mano envolver su rostro para levantarlo hacia él—. Borra lo que dije. No se me han olvidado las reglas del juego —comentó apresurada.

—Te propongo algo, bonita. Vive conmigo como mi pareja estos diez meses que me restan en Cozumel. Me comprometo a serte fiel y espero lo mismo de ti. —Sus ojos revelaban absoluta sinceridad—. ¿Qué respondes?

—Si tú puedes, yo puedo —dijo con sencillez. Por supuesto que arrebataría la oportunidad que le daba el mismo Nicolás de tener una relación con él, aunque fuera breve. Muchas personas vivían y morían sin haber conocido al ser amado. Diez meses con él era un inesperado regalo. Era mejor que nada.

—Debemos hacer un brindis para sellar este nuevo acuerdo —propuso dándose cuenta de lo que había hecho.

«Compromiso» era una palabra muy seria que solo utilizaba para cuestiones de trabajo. Acababa de romper una regla de oro por esa bella chica; de ahora en adelante, tendría que poner cuidado con sus propuestas si no quería complicaciones innecesarias en su vida.

—Salud, mi bella sirena. —Solo serán diez meses. ¿Qué puede pasar en tan breve tiempo?

Nicholas sonrió tranquilo, sin la menor idea de todo lo que podía pasar en «solo diez meses».

Al día siguiente, los satisfechos amantes regresaron al yate a primera hora del domingo para recorrer la última etapa de su viaje rumbo a Cozumel.



Desayunaron en Palm Beach, en la hermosa Isla de Aruba. Comieron en la no menos bella Isla de Jamaica y llegaron a las Islas Caimán puntuales para cenar.

Concluido el perfecto programa de Nicolás, el yate zarpó de regreso a casa con muy buen tiempo.

Alicia descansaba en la enorme cama, en brazos de Nicolás, que dormía con placidez después de haber hecho el amor antes del amanecer. Ella no había podido conciliar el sueño con tanta información acumulada en su mente y tantos sentimientos desbordados en su corazón.

Nunca podría olvidar tan increíble experiencia que dio inicio la noche que se entregó a Nicolás y cobró fuerza durante ese maravilloso viaje donde se dio de todo en las tierras y mares del Caribe bendecidos por las manos de Dios.

Alicia se consideraba doblemente afortunada, pues aseguraba que algo de esa bendición se había derramado sobre ella.

Horas después, abrazada de Yakoso, se despidió con sincero afecto de la tripulación del yate que nunca volvería a ver. A Capi, que se portó en todo momento como un caballero, le dio un fuerte abrazo bajo la atenta mirada de su temperamental tirano. Por eso optó por esperarlo en el auto blanco que llegó para llevarlos a casa mientras él se despedía de su amigo. Cómodamente sentada, reflexionó en el viejo dicho de que «Roma no se hizo en un día». Tendría que recordarlo cada vez que las cosas se pusieran difíciles; después de todo, con sus acciones del pasado, ayudó en mucho a la mala opinión que Nicolás se había formado de ella.

—¿Me puedes decir qué diablos te pasa? —La oportunidad que Andrew había estado esperando llegó justo cuando vio a la prudente chica dirigirse al automóvil.

—¿A qué te refieres? —Nicolás preguntó con gesto de confusión.

—Somos amigos desde niños, Nick, nadie te conoce como yo.

—Al grano, Capi —exigió con la esperanza de que no se metiera en sus cosas.

—Nunca te había visto enfurecerte con una chica y a la vez

esforzarte tanto por deslumbrarla. ¿Qué pretendes? ¿Ya no es suficiente tener a cuanta mujer experimentada se cruza en tu camino, ahora las necesitas jóvenes e inocentes para satisfacer tu ego?

—¿Desde cuándo eres tan moralista? Creo que un hombre que anda con cuatro mujeres a la vez no es quien para criticarme —respondió con mirada de reto.

—Esas cuatro señoras son mujeres hechas y derechas, me conocen y saben a qué atenerse conmigo. ¿Podemos decir lo mismo de Alicia?

—Andrew pensaba que la joven era diferente al tipo de mujeres con las que Nicolás se enredaba y creía su deber librarla de su frívolo amigo.

—Jamás he engañado a nadie y tampoco lo estoy haciendo ahora. Alicia y yo estamos viviendo lo que se dice comúnmente «un tórrido romance», que llegará a su fin el día que yo me marche de aquí, así que deja de portarte como «el buen samaritano», porque no te queda.

—En todo momento mantuvo su clásica sonrisa de cinismo que tanto enervaba a Capi. Él era su amigo del alma, pero no le permitiría que interviniera en sus relaciones íntimas.

—Ojalá nunca tengas que arrepentirte de lo que estás haciendo ahora, Nick. —Andrew se dio la media vuelta sin despedirse con su acostumbrado abrazo demoledor. Esta vez no aprobaba su proceder.

## Capítulo 30

En cuanto Nicolás llegó a su lado, Alicia notó que había cambiado de humor; de camino a la mansión se mantuvo silencioso y taciturno. Cuando el automóvil cruzó el portón de acceso, su teléfono celular timbró y él lo respondió en su lengua natal, cosa que la hizo sentirse excluida. Tal vez al igual que el viaje llegaba a su fin, su cuento de hadas también.

En cuanto el auto aparcó frente a la puerta principal, Nicolás bajó y lo rodeó con apuro para ayudarla a bajar.

—Debo salir de inmediato para Grecia, se han presentado unos asuntos que debo atender con urgencia, espero que no requieran más de una semana. Quiero que te tomes el día de hoy para que descanses del viaje y traslades tus cosas a mi habitación. —Posó las manos sobre sus hombros, presionando de vez en vez para cerciorarse de que era escuchado. En todo momento su mirada se mantuvo seria y no era por los problemas en Grecia.

No hubo una respuesta afirmativa de la silenciosa chica y, dando por hecho que su instrucción se seguiría al pie de la letra, el músico se dirigió al chofer para ordenarle bajar solo el equipaje de ella.

—Te veo a mi regreso, bonita. —Besó con brevedad sus labios antes de regresar al auto para marcharse sin mayor muestra de apego.

Alicia siguió la estela de polvo con el rostro mostrando justo lo que sentía en esos momentos: asombro, confusión y algo de temor. Se preguntaba si Nicolás respetaría el último acuerdo entre ellos estando tan lejos, en ese mundo, donde abundaban las mujeres bellas y deseosas de agradarlo.

Festejó para sus adentros el llegar hasta su habitación sin que nadie la abordara. Seguro a estas alturas del partido en la mansión ya se sabía que Nicolás y ella estaban juntos y no tenía ganas de dar explicaciones al respecto, no aún, aunque no escaparía por mucho tiempo de Mati y los comentarios hirientes de Moly que ahora sí hablaría con razón.

En cuanto se dio un baño para quitarse lo cansado del viaje, decidió buscar a Tiranos y llevárselo con ella a la biblioteca a trabajar, sus nervios no estaban para andar de ociosa y su mejor medicina era mantener la mente ocupada. Alrededor de la dos de la tarde, los suaves golpes a la puerta la sacaron de su concentrada actividad.

—Pase —invitó levantando la mirada de los que hacía para ver entrar a Mati con rostro serio; su ánimo decayó de nuevo.

—Si la montaña no viene a mí... —dijo desde la entrada.

—Hola, Mati. —Suspiró con profundidad para agarrar valor.

—Hola, Alicia. ¿Estás tan enamorada que has perdido el apetito? —preguntó a quemarropa junto a la ruborizada chica.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —respondió Alicia esquivando su aguda mirada.

—¿Y bien? —Levantó su rostro y la obligó a encararla.

—Sí, Mati, amo a Nicolás con locura.

—¡Pero, niña! Él no es hombre para ti.

—¿Cree que no lo sé? Pero en el corazón no se manda. —Tomó las manos cálidas de la mujer y las apretó con vehemencia—. Le juro que lo intenté. Intenté mantenerme alejada de él, pero mi cuerpo, mi corazón y mi propia mente me acercaban una y otra vez. Lo amo como nunca he querido a nadie y nunca querré, pase lo que pase —declaró sin duda a equivocarse

—¿Estás consciente de que él se marchará en unos meses y todo terminará entre los dos? —insistió la mujer dispuesta hasta la crueldad si era necesario. Tal vez aún estaba a tiempo de salvar a la chica antes de estar hasta el cuello y sufrir lo indecible.

—Sí. Nicolás jamás me ha engañado ni prometido nada. Sé que el solo siente deseo por mí y que nunca me amará. —Lágrimas amargas corrían silenciosas por su rostro—. Mati, ya no hay vuelta atrás, tengo

a Nicolás metido hasta en la sangre y aceptaré de él lo poco o lo mucho que quiera darme de sí. Tal vez alcance a reunir los suficientes recuerdos para seguir con mi vida cuando ya no esté a mi lado. ¡Por favor, Mati! No me pida que lo deje porque no puedo. —Alicia cayó de rodillas al piso y con manos temblorosas cubrió su llanto doloroso.

—¡Mi pobre niña! —Con el pesar reflejado en su ajado rostro, se inclinó para tomarla de los brazos y ayudarla a incorporarse—. Ven acá, pequeña. —Quebrantada la envolvió en un abrazo consolador—. Te esperan momentos muy difíciles y cuando Nicolás se entere de lo que sientes por él las cosas empeorarán. Él no quiere el amor de nadie porque significan lazos y ataduras y.. —De pronto guardó silencio, a ella no le correspondía hablar de los sentimientos íntimos de Nick.

—Por mi él nunca lo sabrá. ¡Prométame que no le dirá nada, Mati! No quiero que me rechace o me deje antes de que se cumpla el plazo. ¡Lo necesito, Mati! Necesito verlo, oírlo, tocarlo, sentirlo hasta llenarme de él. Entonces estaré lista para dejarlo ir —concluyó a sabiendas de que no sería así.

—Tranquila, mi niña, yo no diré nada, pero tal vez él se dé cuenta y entonces...

Alicia entendía de sobra qué pasaría si Nicolás se enteraba, no necesitaba oírlo de voz de la nana.

Momentos después, Mati consiguió llevársela al comedor para que probara bocado, luego la instó a que le contara de todas las maravillas que había visto en los mares del Caribe, para borrarle la tristeza.

Escuchó con atención lo que la chica le quiso contar, el resto lo dedujo con solo mirar su rostro, que se llenaba de luz cada vez que mencionaba el nombre de su amado.

Después del momento compartido con la nana, Alicia se sintió con un peso menos encima, pero su bienestar duró hasta que se topó con la víbora venenosa de Moly, que parecía haberla estado esperando en la cocina esa misma noche.

—Que los humos no se te suban a la cabeza, huerfanita, porque más vas a tardar en exhalarlos que el patrón en darte una patada en el trasero. —Con sonrisa ufana la chica jugaba con la revista de chismes abierta en las elocuentes fotos de ella y el músico.

—¿Por qué eres tan desagradable conmigo, Moly? ¿Qué te hice para merecer eso? —Estaba hastiada de la molesta mujer y terminaría con su juego a como diera lugar.

—Haberte empleado aquí fue tu peor error. Todo estaba como siempre en esta casa hasta que llegaste con tu bonita cara de niña buena. —Alicia escuchó con rostro sorprendido por sus palabras y su mirada de abierto repudio hacia ella.

—¡Qué pena me das, Moly! Pudimos ser buenas amigas, pero has decidido ser una espina en mi trasero. Te advierto que no soy tan buenaniña y que ya me cansé de tu trato. Si no dejas de meterte conmigo, me cercioraré de que salgas por esa puerta antes que yo. No sé si sabrás que las cosas no andan muy bien en la isla... Te recomiendo que cuides tu trabajo. —Justo cuando se iba a dar la media vuelta para abandonar la cocina, apareció Tiranos y lo tomó en sus brazos antes de marcharse.

Alicia se fue a su cama sin saber nada de Nicolás esa noche. En sus sueños la acompañó el desasosiego y la ausencia, porque, aunque era poco el tiempo de intimidad que llevaban, su cuerpo lo extrañaba como si hubiera pasado toda una vida con él.

A la mañana siguiente se despertó sintiéndose húmeda y no precisamente por sus eróticos sueños, era su cuerpo que hacía su deber y le anunciaba el inicio de su ciclo menstrual. Por una parte se sintió aliviada, aunque un hijo sería el mejor de los recuerdos para cuando Nicolás se marchara de su lado.

—¡Déjate de locuras, Alicia!, ya tienes bastante complicada la vida.

Después de autorregañarse, bañarse y vestirse, se dirigió a la cocina para darle de comer a Tiranos, desayunar y empezar temprano con sus tareas en la biblioteca.

—¡Hola, Grace! —En cuanto entró a la aromática habitación se sintió muy afortunada de encontrarse a la cocinera en lugar de su ayudante esa mañana—. ¿Dónde andabas ayer que no te vi? —

preguntó abrazándola afectuosa.

—Fui a ver a mi madre que ha estado un poco enferma. —Graciela vio su gesto preocupado y se apresuró a agregar—: Pero hoy la dejé muy bien, creo que necesitaba un poco de mimos de su hija consentida —rio de buena gana, contagiándola—. No te preguntaré cómo estás, porque solo con ver tus brillantes ojitos de cielo lo deduzco.

—¿No me vas a regañar?

—Ya se por quién lo dices. Ella se preocupa mucho por ti, querida, te ha agarrado mucho cariño al igual que yo. —Acunó con la palma de la mano su mejilla—. No te regañaré, mi niña, al contrario, deseo de corazón que tú logres lo que no ha podido ninguna mujer antes: atrapar a ese escurridizo bombón. Si yo tuviera veinte años menos... ¡Ja! Qué no haría con él. —De nuevo la risa contagiosa de Graciela relajó el inhabitual intercambio de intimidades.

Alicia trabajó con ahínco todo el martes y en vano esperó la llamada de Nicolás, que nunca llegó, pero la que sí llegó fue la del furioso Pablo para reclamarle su desconsideración hacia ellos.

—¡Perdóname, Pablito! Tienes toda la razón para estar enojado conmigo. Últimamente no he sido yo.

—*¡Ni que lo digas, preciosa! ¡Eso lo sé de sobra! Las imágenes de la revista son muy elocuentes. ¿Cuándo pensabas decírnoslo, Alicia?* —Pablo era implacable cuando de justicia se trataba.

—Te juro que hoy. ¿Puedo ir a tu casa? —Su voz se escuchó lastimera, trataba de ablandar a su ofendido amigo.

—*¡Por supuesto que no!*

—¿Estás hablando en serio, Pablito? —Ahora era la incredulidad la que le daba vida a sus palabras.

—*¡Muy en serio, Alicia!* —guardó un calculado silencio—. *Yo iré a tu castillo, ya es muy tarde para que andes en las calles.* —Pablo decidió que ya había torturado suficiente a su ingrata amiga.

—¡Gracias, tesoro! ¡Eres un amor! Te prepararé algo rico de cenar en lo que llegas. —Alicia sintió que el alma le volvía al cuerpo. Si no fuera porque seguía sin saber de Nicolás, todo sería «perfecto».

Una hora después, Alicia salió al jardín trasero acompañada de Pablo y una gran canasta con ricos emparedados, fruta y una botella de vino tinto que tomó de la alacena.

—Explícame ahora mismo qué está pasando contigo. Me descuido un momento y de pronto mi inocente hermanita se convierte en la nueva amante de su «odioso y tirano jefe». —Con despiadada precisión usó los adjetivos que en cientos de ocasiones había utilizado para referirse a su patrón.

—Te juro que yo también estoy acoplándome a esta situación, Pablo. No te puedo negar que, desde que conocí a Nicolás, me subyugó su presencia y todo lo que representa y lo rodea. Créeme que día a día luché en contra de esa atracción, pero... —Su mirada clara lo decía todo.

—Te has enamorado de él, ¿verdad? —Sentado a horcajadas en su mismo camastro, miró de frente sus acuosos ojos con total convencimiento.

—Sí. Lo amo con todas las fuerzas de mi humanidad y de mi espíritu —declaró con el corazón en la mano—. Ese hombre me hace tocar el cielo con solo mirarme y por ese sencillo hecho daría la vida misma. «Aunque en ocasiones me haga pisar su propio infierno», pensó para sí. Tenía la certeza de que existía algo en el pasado de Nicolás que era la causa de que el valioso ser humano se convirtiera en un hombre cínico y en ocasiones cruel.

—¡Me dejas sin habla, cariño! Quién iba a decir que la pequeña Alicia se enamoraría con tal intensidad... Espero que Kirgyakos sepa apreciarte en lo que vales. —Lo dijo en tono de amenaza, como si fuera para él.

—Pablo...

—No me has dicho todo, ¿verdad? —Era más una certeza que un presentimiento.

Alicia hizo una pausa para rodear su rostro con ambas manos y mirarlo con ternura—. Nicolás no me ama y no debe saber mis sentimientos hacia él. Déjame terminar, Pablito, y después juzga —paró en seco el tropel de objeciones de su amigo.

Narró de principio a fin todos los momentos vividos con el músico



desde su primer encontronazo hasta el lunes que regresó a la mansión, sin omitir sus desatinos, sus apasionados acercamientos y los términos de la relación.

—¡*Wow!* —Pablo se abanicó el rostro acalorado con una servilleta—. Deberías considerar cambiar tu plan de escribir cuentos para niños por novelas eróticas para adultos, princesa, has conseguido que me suba la temperatura con tu historia.

—¿Por qué crees que te dije que aún no logro acoplarme, no solo a la situación, sino también a la nueva Alicia?

—Cariño, los dos sabemos que al final te quedarás sola y sufriendo y yo no podré evitarlo, pues así lo has decidido. Te reitero que estaré ahí para abrazarte, consolarte y enjugar tus lágrimas cuando todo esto termine. —Pablo acercó su rostro y le dio un tierno besó a la nariz respingona antes de envolver a la chica en sus cálidos brazos como un adelanto de su reciente promesa.

A pesar de tantas emociones ventiladas, de tantas sacudidas y de la ausencia de Nicolás, Alicia logró dormir profundamente esa noche, abrazada a Tiranos en su cama y en su habitación.

## Capítulo 31

A la mañana siguiente, Alicia se levantó renovada y dispuesta a sacarle provecho al día. Con sus energías bien encausadas logró avances satisfactorios en la organización de los libros, pero no así en la localización de los valiosos ejemplares que seguían brillando por su ausencia.

Por fortuna el jefe se estaba portando muy paciente en relación al tema de los libros extraviados, aunque todavía contaba con poco menos de diez meses para continuar con la búsqueda y concluir su encomienda para la que había sido contratada.

Desde que había amanecido, rondaba en su mente una idea que quería llevar a cabo antes de meterse de lleno en su ordenador para poner al día sus clases, pero eso implicaba un rápido viaje a la ciudad...

—Por fin apareces, niña. El patrón llamó por teléfono y dejó dicho que le marcaras a su celular a la hora que llegaras —notificó la cocinera con cara de circunstancia.

—Pero yo no sé su número...

—También dijo que dirías eso. Quedó registrado en tu celular unas diez veces —agregó con cara de «te van a regañar...».

—¡Oh, oh! —expresó Alicia con voz cantarina al caer en la cuenta de que había olvidado el aparato en su habitación.

Efectivamente, tenía registrada diez llamadas perdidas de un mismo número, que suponía era el de Nicolás, pues ella ya tenía bien identificados los frecuentes.

—*¡Cuando te busco, quiero encontrarte, Alicia! ¡Que sea la última vez que te me pierdes!* —la voz de Nicolás se escuchó furiosa y lo que le seguía...

—Pero si salí en mi tiempo libre... —se defendió—. Además... —Calló al escuchar la fuerte inspiración del otro lado de la línea—. ¡Lo siento!, no volverá a suceder.

—*Hola, bonita. ¿Me has extrañado?*—le preguntó jovial, con un cambio rotundo de ánimo, como si segundos antes no hubiera estado disgustado por su causa. Hasta se le oía feliz.

—Un poco —mintió. De inmediato escuchó su risa suave y ronca—. ¿Y tú me has extrañado?

Alicia se preguntó cómo podía estar tan enamorada de ese hombre autócrata, dominante, tirano, muy pagado de sí...

—*Como no tienes una idea, bonita.*

...Y maravilloso, encantador...

—*Todas las noches te recuerdo entre mis brazos, ardiente y tierna, pero despierto y no estás junto a mí. En el día no tengo otra cosa en mente que regresar para estar juntos y poseerte como un desquiciado. Muero por admirar tus bellos ojos oscurecidos por el deseo y escuchar tus gemidos y jadeos cuando suben de tono conforme tu clímax se acerca.*

El ritmo cardiaco de Alicia se aceleró y su respiración se agitó por la declaración dicha con voz enronquecida y sensual. Ahí estaba la respuesta a su pregunta, ese hombre era el único capaz de situarla a orillas de un acantilado con solo una mirada, con solo unas palabras. Dependiendo de su intención, podía caer irremediabilmente al oscuro vacío o elevarse al cielo para experimentar los sentimientos de amor y pasión más puros en su máxima expresión.

Por casi diez minutos Nicolás y ella hablaron y se torturaron con sus deseos y anhelos temporalmente frustrados. Antes de despedirse, el músico le aseguró que el sábado a primera hora estaría de regreso en Cozumel y en sus brazos.

Esa noche Alicia no durmió, flotó en su colchón envuelta en un manto de erotismo y sensualidad.

El jueves y viernes trabajó arduo en la biblioteca y en sus clases

para que el tiempo se le fuera volando. Ese mismo día por la tarde empezó la cuenta regresiva para la hora de arribo de su tirano amor, eso la llenó de inevitable inquietud y nervios.

Independientemente de sus indecisiones, trasladó sus pertenencias a la alcoba de Nicolás con una incómoda sensación de estar invadiendo su santuario, sin embargo, el ver sus cosas personales e inhalar su aroma en el ambiente la hicieron sentirse cerca de él.

El sábado se levantó temprano y, llena de energía por la inminente llegada de su amado, a pesar de apenas haber dormido la noche anterior, se bañó, peinó y maquilló con esmero para él.

Se dirigió a la cocina cuando aún no llegaba nadie y dio de comer al gato y después desayunó un plato con fruta, pues su estómago anudado no le permitió otra cosa. De regreso a la habitación, se preparó para la llegada de su amante. Se puso sobre su sexi ropa interior un camisón de *chiffon* transparente blanco, soltó su cabello y se perfumó para tenderse de nuevo sobre el colchón.

Media hora después, ahí estaba su premio de pie en el umbral de la puerta, hermoso, magnífico, mirándola con la misma hambre que ella.

Nicholas se acercó en absoluto silencio hacia la cama, desanudándose la corbata sin apartar sus ojos de la sirena de oro y nieve que lo esperaba con los brazos abiertos.

Detrás de la corbata, la chaqueta salió volando por los aires, le siguió la camisa, zapatos y pantalón y, cuando finalmente cayó el bóxer, quedó expuesta la clara evidencia de su deseo, blandiéndose como promesa viviente ante los ojos de la ávida chica, que se comía palmo a palmo cada porción de la bronceada piel.

—Ya no necesitaremos eso, Nicolás —declaró con firmeza para detener la mano que estaba por colocarse la protección antes de poseerla.

—¿De qué hablas, bonita? —El tema lo puso alerta de inmediato.

—Estoy tomando la píldora, así que ya no habrá nada que se interponga entre tu piel y mi piel —declaró antes de separar sus muslos y llamarlo con un movimiento sugestivo de su dedo índice.

—¡Excelente noticia, preciosa! —exclamó tendiéndose sobre la chica

para asaltar sus labios entreabiertos con un beso sediento de ella.

—¡Nicholas! No me hagas esperar —Levantó su cadera con sensualidad, tratando de embonar con su anhelada conexión. Un minuto más y se volvería loca por el ardor que la consumía por dentro.

—¡Cuánto te ha extrañado mi cuerpo! —exclamó con vehemencia.

Con firmeza, Nicolás entró en su vientre apretado, que de inmediato abrazó su hombría con su cálida humedad. Al instante se desató la tormenta que los envolvió con imparable intensidad.

Solo tenía cabeza para la pasión avasalladora que se apoderó de su ser y lo instó a moverse con ritmo acelerado, pero, antes de perder la conciencia, atinó a ver la bella mirada azul oscurecida por el deseo y a escuchar los deliciosos gemidos y jadeos que formaron parte de sus recuerdos todos los días que duró su separación.

—¡Nicholas! ¡Nicholas! —gimió con fiereza aferrada con garras a su espalda por miedo a desvanecerse ante las violentas sacudidas de su cuerpo; así de fuerte fue su orgasmo que encontró eco cuando el formidable amante alcanzó el suyo.

—¡Cielos, bonita! —Desfallecido, sin energías para nada que no fuera respirar, se quedó en su sitio dentro de la chica hasta que su ritmo cardíaco se normalizó.

Inundada de amor, Alicia se abrazó al húmedo cuerpo tratando de memorizar su aroma, sus formas, su peso, la textura de su piel. Pecho contra pecho, sus latidos se confundían hasta formar uno solo. Era tanta su emoción acumulada que dejó que las lágrimas se derramaran de sus ojos para darle alivio a su enamorado corazón, que ya sufría por el día de la separación definitiva. Se quedaría vacía por dentro.

Nicholas sintió que lo vencía el cansancio acumulado de días trabajando hasta la madrugada y largas noches de insomnio. Lento salió del cuerpo de Alicia para echarse a un lado sin olvidar atraerla a su pecho y envolverla en sus brazos para compartir los sueños.

Tres horas después, Nicolás despertó desorientado, sin saber en qué cama dormía, pero con el cuerpo increíblemente descansado y

satisfecho. Poco a poco ubicó el entorno y fue consciente del peso extra sobre su tórax. Como cascada le vinieron a la memoria los últimos momentos vividos antes de quedarse dormido.

Ahí estaba ella, hermosa con sus rasgos juveniles rebozando salud e inocencia. Una inocencia que le estaba entregando a él gota a gota. Sin poder evitarlo, Nicolás se estremeció ante sus propios pensamientos. No fue capaz de discernir si le gustaban o no.

—Hola, jefe. ¿Nos quedamos dormidos? —preguntó desperezándose con desfachatada desvergüenza, exhibiendo su desnudez.

—Sí, mi descarada sirena —respondió feliz desechando sus extrañas reflexiones. Tomó a la chica por la cintura y la rodó sobre su cuerpo sonriendo divertido—. ¿Qué quieres hacer el resto del día?

—Ahora, hacer el amor. Más tarde, hacer el amor. Después de más tarde, hacer el amor y toda la noche, hacer el amor —declaró entre caricias de sus manos y labios sobre el poderoso cuerpo.

—Definitivo, he creado un monstruo —dijo entre carcajadas que sacudían su cuerpo. Ante la invitación, él también se dio permiso de acariciar las curvas de su sirena de nieve y sol con un toque indiscutible de lujuria—. ¡Y me encanta, bonita! Pero primero nos daremos un baño y luego nos alimentaremos bien para enfrentar tremendo reto. —Se giró intempestivamente y jugueteó aplastó la frágil figura—. ¿Estás de acuerdo conmigo? Perdón, no te escucho — bromeó como todo un tirano hasta oírla pedir clemencia.

—¡Ni quien diga que no, grandulón abusivo! —En cuanto fue liberada, Alicia se levantó veloz; de camino a la ducha le arrojó con cuanto cojín se atravesó en su camino riendo de puro gozo y nervios.

Segundos después...

—¿Te enjabono, preciosa? —preguntó el aparecido con picardía.

—Tengo una idea mejor —respondió Alicia con sensualidad.

Esperaba su visita, ya le tenía preparada una sorpresa. Dejó la esponja y estiró la mano invitándolo a meterse a la ducha para alcanzar sus labios y besarlo apasionadamente. Cuando sintió que se

entregaba a la caricia:

—¡Haaa! —Nícholas rezongó con potencia y pegó tremendo brincó fuera del chorro de agua fría sobre su espalda. Con la sorpresa dibujada en el rostro la miró directo a los ojos—. Eres una belleza perversa y vengativa, pero yo te lo voy a quitar —declaró tomándola por la cintura para ponerla bajo la regadera, al tiempo que se burlaba de ella a pierna suelta.

Después de retozar como niños los amantes volvieron a hacer el amor en la ducha, sin que ninguno de los dos se quejara del agua poco menos que congelada.

—Hola a los dos. Creí que se alimentaban de amor.. —dijo la anciana desde su asiento a los recién llegados al comedor.

—Hola, nana. ¿Qué tenemos para comer? Tengo un hambre voraz.  
—Nícholas besó las mejillas de Mati y le regaló esa sonrisa tan suya, encantadora y coqueta.

—¿Y tú, niña, no te mueres de hambre también? —Mati observó con mirada crítica a uno y al otro pollo remojado.

—Ahora que lo dices creo que sí. —Alicia respondió con la risa pugnando por salir. Nícholas se encontraba a espaldas de la nana haciendo gestos cómicos.

—Deja de hacerte el gracioso a mis costillas, jovencito, que todavía puedo darte una buena zurra —sentenció mirándolo serio, pero le ganó la risa de felicidad de saberlo relajado y juguetón—. Ya siéntense, que me va a dar tortícolis —ordenó. De la mesa tomó la campanilla y la agitó repetidas veces para que acudieran a servir a los recién llegados—. ¿Resolviste todos tus problemas, hijo?

—Sí, nana. Mandé al desgraciado que me quiso robar a la cárcel y asunto arreglado. —Su rostro se endureció al recordar el amargo episodio.

—Nunca lo hubiera creído de Armand, Nick, después de tantos años a tu servicio...

—A veces recibes el golpe bajo de quien menos te imaginas —declaró convencido.

Alicia escuchó en silencio, pensando en el pobre desgraciado que

había osado burlarse del implacable hombre. ¡Dios la protegiera de caer en situación similar!

El resto de la comida ya no se volvió a tocar el tema del pasado viaje de Nicolás y él volvió a relajarse y tornarse divertido y bromista con las mujeres. Sería posible que el amor de Alicia obrara el milagro de regresar al chico de antes de la tragedia.

Por la tarde la pareja decidió nadar un rato en la piscina y para la hora de la cena Nicolás pidió que les llevaran queso, pan, vino y fruta fresca a las tumbonas donde descansaban plácidamente.

—Así que estos días fuera estuviste trabajando de sol a sol... — Alicia comentó tratando de meter hebra para sacar hilo.

—La verdad es que sí. Casi no tuve tiempo ni de dormir —confirmó con inocencia estirándose en el camastro junto a ella con deleite. Justo en ese momento el sol giró unas milésimas de grado y le dio de lleno en el rostro, obligándolo a ponerse los brazos cruzados sobre los ojos.

—¿Y no se te presentó ningún compromiso nocturno o...

—Pregunta directamente, bonita. ¿Quieres saber si salí con alguna mujer? — Descubrió su cara de enfado para mirar el rostro sonrojado de la chica.

—¡Pues sí! Quiero saber si te acostaste con alguien mientras estuviste lejos. — Alicia se incorporó en su sillón para observar con ojos celosos al ceñudo hombre.

—Te aseguré que no saldría con nadie más y lo pienso cumplir. ¿Espero que esto no sea una escena de celos, bonita? — Con tono tranquilo hizo la pregunta, pero sus ojos hablaban de advertencia.

—¡Claro que no! Solo es precaución. La píldora no me protege de enfermedades de transmisión sexual... — acomodó con ingenio.

—Tendrás que confiar en mí, así como yo confío en que en algún momento no dejarás de tomarla para tenderme una trampa. — Molesto por sus dudas le habló con dureza, pero cuando vio su gesto de desconcierto bajó de tono—. Alicia, he aceptado gustoso y confiado en tu propuesta de tomar la píldora para que ambos sintamos mayor satisfacción a la hora de hacer el amor. En mi vida



había hecho esto antes, siempre he sido excesivamente cuidadoso en relación a este tema. —Al tiempo que se explicaba cayó en la cuenta de que esta era su segunda concesión importante con la chica.

—De acuerdo, no volveremos a hablar del asunto —accedió como niña regañada de camino a su camastro cuando las manos de Nicolás la halaron con fuerza para sentarla a horcajadas sobre su cadera.

—Es hora de mi postre. —Sin darle tiempo a réplica, su boca se apoderó de los rojos labios para degustar el dulce néctar que guardaba en su interior con lengua exigente y dientes voraces. De inmediato consiguió la respuesta que buscaba.

—Aquí no, Nicolás, nos pueden ver. —Gimió en cuanto sintió las manos traviesas dentro del calzón de su bikini.

—No se atreverán —declaró sin darle importancia. No podía guardar compostura con el voluptuoso cuerpo mandando señales eróticas a las zonas erógenas del suyo.

—Yo no estaría tan segura —insistió, recordando a Moly y sus feas costumbres de espiar—. ¿Por qué no volvemos a la habitación? Prometo que no te arrepentirás —aseguró, hincada entre los dos sillones, lamiendo con deleite su dedo índice.

—¡Mmm! —La ardiente muestra lo convenció de inmediato.

Apenas cruzaron la puerta de la alcoba, Alicia empujó al hombre contra el muro para atacar con un camino de besos que terminó en su entrepierna.

—¡Cielo bendito! —gimió fascinado con su desempeño—. ¡Alicia! —debilitado al punto de no soportar su propio peso cerró los ojos y apoyó la cabeza en el muro.

—¿Qué pasa, jefe? ¿No le gustan mis caricias? —El ardor crecía a la par que el dominio y control sobre su hombre. El gozo que le proporcionaba la explosiva combinación de sexo y poder amenazaba con perderla en el acto.

—En este momento vas a saber si me gustan, bonita. —Tomó a la chica de los brazos para enderezarla y en un rápido movimiento se la montó en las caderas segundos después de deshacer el lazo del calzón del bikini, que cayó a sus pies.

El entendimiento de los amantes era absoluto: cóncavo y convexo, embonando a la perfección, como el sol y la luna en maravilloso complemento; como la noche y el día en impecable contraste; experiencia y candidez en la medida correcta.

Ahora era Nicolás el que tenía el control y le estaba sacando total provecho enloqueciendo a la chica con sus fuertes embestidas, al tiempo que susurraba en su garganta, con voz profunda y sofocada, todo lo que le haría. Sus labios y dientes se unieron en el proceso de hacerla arder de pasión por él.

El grito emocionado de Nicolás al alcanzar el monumental orgasmo fue música para los oídos de Alicia, que sin previo aviso sintió en la espalda el frío muro después de que el músico perdiera el equilibrio por causa de los salvajes estremecimientos que lo sacudían. Cuando recobró de nuevo el dominio sobre sí, aún dentro del tibio vientre, caminó a la cama para recostarse sobre ella con Alicia acomodada en el hueco de su cuerpo.

Sumidos en la deliciosa sensación de la saciedad, los amantes cayeron en la inconsciencia del sueño reparador; ella profundamente enamorada, él profundamente sorprendido. Cuando Nicolás creía que ya había experimentado el más alto grado de complacencia y gozo junto a la chica, venía una nueva experiencia que le demostraba que estaba equivocado.

## Capítulo 32

Los siguientes días, Alicia y Nicolás se tomaron un saludable *brake* durante el horario laboral para que este último atendiera a su *mánager*, que había venido de Italia a preparar la rueda de prensa que se transmitiría a nivel mundial desde México. El motivo era dar a conocer las primicias de su nueva producción discográfica con temas de la película que estaba musicalizando y otros tantos. El músico se sintió muy complacido de que el propio Vittorio le pidiera que incluyera en el CD el tema compuesto para Alicia.

Semanas después...

El tiempo para la enamorada Alicia pasaba inexorable en brazos de Nicolás Kirgyakos. Seis meses había completado como su bibliotecaria y cuatro como su amante, y aunque seguido tenían desavenencias, eran cosas pasajeras que siempre terminaban por resolverse en la cama mientras hacían el amor con deseo sin fin.

—Le he dicho a Mati que hable al periódico para publicar un anuncio solicitando un empleado nuevo para la biblioteca. — Nicolás habló cuando se arreglaba la barba frente al espejo.

—¿Piensas despedirme? Creí que estabas satisfecho con mi trabajo. ¿Es porque aún no encuentro los libros de colección? —Miró con enojo el reflejo de los verdes ojos en busca de una respuesta.

—¡Eso es absurdo, Alicia! Solo quiero que tengamos más tiempo para nosotros. —Con rostro serio apoyó las manos sobre el frío mármol del lavabo para mirar con fijeza la imagen de la chica—. Yo

puedo satisfacer todas tus necesidades.

—De ninguna manera estoy de acuerdo, Nicolás; soy una persona independiente y autónoma y pretendo seguir siéndolo, además, en cinco meses seré también una persona desempleada, ¿recuerdas? ¿Por qué adelantar el momento?

Alicia no podía darse el lujo de claudicar también en eso, puesto que tenía mucho que perder y entre esas cosas estaban el pago de la universidad y sus escapadas a ver a los chicos y al plantel. Justo ahora estaba iniciando su segundo semestre de la Licenciatura y en un año, si todo marchaba como hasta ahora, sería una profesional en Letras.

—Tú no aceptarías que yo te pidiera que dejaras temporalmente tus compromisos y tu música por mí, ¿cierto?

—De ninguna manera es lo mismo, Alicia —declaró imitándola—. Lo que tú desempeñas es una ocupación y lo mío es una profesión. Por si fuera poco, ya tengo compromisos adquiridos que debo cumplir. —Por su tono era claro que empezaba a impacientarse con su terquedad.

—Mi ocupación, como tú la llamas, me da una forma digna de vivir. Yo nunca pensaría en comparar lo mío con lo tuyo. Sé de sobra que estoy muy por debajo de tus estándares de estilo de vida, en todo sentido. —Odiaba portarse tan susceptible cuando hablaban de temas que le recordaban quién era y de dónde venía.

—¡Olvida lo que te he dicho, ¿quieres?! —Con rostro ofuscado volvió a lo que hacía—. ¡Maldita sea! —rugió al hacerse una herida con la navaja para delinear.

—¡Oh, no! Permíteme —solicitó con rostro alarmado.

Alicia se paró en la punta de los pies y con manos tiernas haló su cabeza hacia ella. Para sorpresa del irritado hombre, con su lengua limpió la herida una y otra vez.

—¡Lo siento mucho! —añadió sincera.

—Si me vas a curar así todo el tiempo, creo que querré cortarme siempre que me afeite —dijo al tiempo que la tomaba por el talle para sentarla en la cubierta. Con oscurecida mirada admiró los bien dibujados labios antes de reclamarlos con su boca.

En cosa de segundos, la pasión se desató entre las cuatro paredes de la habitación, porque para ellos no había términos medios; si se tocaban, era para amarse; si discutían, era para reconciliarse y luego amarse.

Aunque Mati no podía opinar nada en relación al tórrido romance de Nick y su empleada, no dejaba de preocuparse al ver cómo Alicia vivía en una nube de ensueño, aunque tenía que admitir que Nicolás también se veía muy feliz y no precisamente por sus recientes logros musicales. Oraba al cielo para que esa chica bella y sencilla fuera la cura permanente de sus heridas, pero no se hacía muchas ilusiones.

—¿Por qué me ves así? —Alicia se percató de la mirada insistente de Mati, mitad ternura, mitad ¿lástima?

—¿Quieres que te diga la verdad? —Se encontraba con ella en la biblioteca, ayudándole a limpiar las cubiertas de los libros con una solución especial para la piel.

—¡Sí! —Entendía a dónde iba la conversación y también conocía los propósitos de la nana.

—Tú sabes que te he agarrado sincero cariño, ¿verdad? —vio el asentimiento de la chica y continuó—: Por eso debo insistir en que no te entusiasmes con Nick. Creo que...

—Mati, él y yo solo estaremos juntos hasta su partida el próximo febrero, después de eso cada quien seguirá con su vida —argumentó con firmeza, pero sus ojos hablaron de su dolor—. Las condiciones de nuestra relación fueron establecidas desde el principio: caducidad a los diez meses, fidelidad y empatía mientras dure... —recitó hasta que un gran nudo en su garganta le impidió seguir.

—Pero tú lo amas, mi niña, solo un ciego y Nick no lo pueden ver. —Su rostro bonachón reflejó la pena que la embargaba.

—Mala suerte para mí. —Se giró en la silla con brusquedad para ocultar sus ojos llorosos.

—¡Mi niña querida! —Mati la obligó a mirarla y con gran ternura la envolvió en un cálido y reconfortante abrazo.

—¿Por qué no me puede amar, Mati? ¿Por qué soy pobre?

—No, mi niña, el solo hace distinciones de clase cuando alguien lo enfurece. Mi querida Bepevikn[9] lo educó para ser un hombre sencillo, bueno y compasivo —explicó en un susurro—. Y así fue hasta que... —De pronto calló, Nícholas no le perdonaría que hablara con nadie de su pasado.

—¡No calles! ¡Por favor, Mati! Te ruego me digas qué pasa con Nícholas. ¿Qué o quién lo lastimó para que cambiara tanto? Tal vez saberlo me ayude a entender y aceptar nuestra separación.

—Te lo diré, pero prométeme que jamás lo repetirás. —Sabía de sobra que podía confiar en la chica, pero tantos años de guardar secretos le tenían sellados los labios—. A la edad de veinticinco años, Nícholas se comprometió en matrimonio con Dámaris, una chica griega a la que adoraba —inició con evidente esfuerzo—. Sus padres y él decidieron celebrar aquí el compromiso con una lista selecta de amistades. Días antes de la fiesta, Nícholas llevó a su madre a Cancún para ultimar detalles. Dámaris no los acompañó porque se encontraba indispuesta y el patrón Nícholas había salido desde temprano a navegar en su yate con unos amigos recién llegados de Italia. —Mati mantenía la cabeza baja como si con eso fuera menos su falta—. A media tarde de ese día, cuando parecía imposible terminar con todos los pendientes, Nick avisó que Bepevikn y él se quedarían en la capital a esperar un pedido importante de Europa. El paquete llegó a última hora y ellos decidieron regresar sin avisar para sorprender a la novia, pero los sorprendidos fueron Nícholas y mi querida señora al encontrar en su cama a Dámaris y a Don Nícholas. —Mati hizo una pausa para pasar saliva y deshacer el nudo en su garganta—. Doña Berenice salió de la habitación, echa un mar de llanto desesperado, directo al auto para alejarse de casa. Nick reaccionó cuando ya era demasiado tarde, solo alcanzó a ver cómo el coche salía a toda velocidad para impactarse adelante con un chicozapote[10] que la patrona misma había defendido contra todos cuando remodelaron la casa. —Lágrimas de pena rodaban por el rostro afligido al revivir tan dolorosos recuerdos—. Cuando el muchacho llegó junto al auto, le salió por un lado tu gato, todo revolcado y espantado... —Mati vio el entendimiento en el rostro de

la chica—. Mi pobre Nick tuvo que arrancar la puerta para poder sacar a su madre. Pocos minutos después murió en sus brazos.

En su dolor, Mati consoló a la impresionada chica que no paraba de llorar. Alicia ahora entendía muchas cosas y, lejos de sentirse conforme, su desazón era mayor.

—Apenas tener en su poder las cenizas de su madre, Nicolás volvió a Grecia para sepultarlas; no sin antes maldecir a los responsables de su muerte, entre ellos el gato y el árbol que tumbó a hachazos con sus propias manos —concluyó el triste relato llorando a coro con Alicia.

—¡Mi pobre, amor! Cuánto dolor y resentimiento guardados por años. —Razones suficientes para que nunca tuviera una oportunidad con el hombre que amaba contra toda lógica, aunque su corazón siempre supo ver, en su interior, la verdadera esencia dentro de la hermosa, impenetrable y fría envoltura.

—Y eso que aún no sabes que el demo... Don Nicolás, Dios lo tenga en su gloria, se casó con Dámaris unas semanas después. Por fortuna se quedó a vivir en esta isla hasta el día en que él y su esposa murieron ahogados meses atrás. Nicolás nunca lo perdonó ni lo volvió a ver con vida, pero sus buenos sentimientos, guardados en alguna parte, lo trajeron aquí para enterrarlo. Todo con absoluta discreción —agregó como recordatorio—. Con su madrastra fue distinto, a ella la mandó cremar y sus cenizas fueron enviadas a los padres antes de su llegada a Cozumel.

Después de que Alicia supiera el gran secreto de Nicolás, no pudo volver a verlo como antes. Por más broncas y desacuerdos entre ellos, veía a través de la ira, la arrogancia, la desconsideración y en algunos casos hasta el menosprecio del hombre. Nicolás era un hombre justo, desprendido y valioso que a través y valiéndose de su música dejaba salir a la criatura llena de amor por la Tierra y la humanidad.

También había decidido mantenerse firme en su postura de continuar con las tareas de la biblioteca, cumpliendo estrictamente con su horario de trabajo; gracias a eso y a que seguía siendo la chica sencilla y genuina que había llegado meses atrás solicitando el

puesto de bibliotecaria, se había ganado el respeto y hasta la admiración de los empleados de la casa, incluyendo a Moly, que ya empezaba a verla como a una del clan.

—¿Sabes que tienes las piernas más lindas del planeta?

—¡Nicholas! Un día de estos harás que caiga de esta escalera — resopló asustada por la repentina aparición del dueño de sus pensamientos.

—Eso no debe preocuparte, bonita, porque estaré aquí abajo para recibirte en mis brazos. —Sentado en la silla giratoria, con los pies cruzados sobre el escritorio, devoraba con la mirada al objeto de su ardiente pasión, que venía bajando con extremo cuidado.

—¿Necesitas algo? —preguntó con rostro serio al satisfecho hombre.

—Sí, a ti. —Con pasmosa lentitud deslizó su mirada sobre toda ella.

Alicia esperó el encuentro de las miradas con el rubor cubriendo sus mejillas. Aún no se acostumbraba a la descarada sensualidad del músico. Cuando posaba sus preciosos ojos sobre su cuerpo, no la veía, la acariciaba sin decoro alguno.

—Vengo por ti para llevarte a pasear en moto. —Tiró de una de sus manos hasta sentarla en su regazo—. Pero primero te pondrás unos *jeans*, no quiero que nadie se deleite con estas bellezas. —La atrevida mano señaló de bulto el objeto de su celo, despertando la piel de la chica a su paso.

—¡Lástima! Tenía pensado demostrarte lo práctica que es la moda de la minifalda —comentó con picardía al tiempo que se levantaba de su cómoda posición, pero un nuevo tirón la regresó a su lugar, solo que esta vez ella le ganó la tirada sentándose a horcajadas con una sensual sonrisa.

Con la respiración contenida, la chica se dedicó a desabrochar el cinturón de fina piel, para luego seguir con la cremallera del pantalón.

Nicholas se mantuvo sonriente y a la expectativa en tanto Alicia demostraba su punto; para cuando dejó al descubierto su hombría, esta estaba bien dispuesta a cooperar con la digna causa.



—¡Oh, cielos! —Alicia descubrió que esa nueva postura se sentía demencialmente profunda en su interior. Con sensual lentitud empezó a moverse con los ojos fijos en la oscurecida mirada, al tiempo que un coro de gemidos y jadeos salían de sus gargantas.

—¡Alicia! —pronunció el enronquecido hombre, hechizado por los métodos de la chica, que, aunque nada nuevos para él, de alguna manera que no se lograba explicar se sentían diferentes en ella—. ¡Eres una bomba!

El orgasmo los alcanzó a ambos muy rápido esta vez, eran demasiadas las ganas y el estímulo para detenerlo, pero eso no lo hizo menos grandioso, digno de encabezar la lista de lo inolvidable para Alicia.

De común acuerdo los amantes decidieron retirarse a la habitación para recobrar de las energías perdidas, en total formalidad recostados sobre la cómoda cama, testigo mudo de sus noches de pasión. Algunos minutos después, Alicia se vestía para el paseo en moto ante la mirada distraída del hombre que respondía una llamada de su celular.

—¿Cómo que aún no se concreta la compra? —Nícolás se puso en pie de un salto con el rostro desfigurado—. Haz lo que tengas que hacer para que este asunto se resuelva cuanto antes, Myles —cortó la comunicación y aspiró con profundidad para tratar de calmarse.

De pie en medio de la habitación, con las manos en jarras sobre sus caderas, Nícolás parecía un luchador griego listo para la batalla. Una batalla que tenía ya varios años luchando y que no pensaba perder por culpa de los caprichos de un viejo libidinoso.

—¿Qué pasa, jefe? —Alicia preguntó en un susurro abrazándolo por la espalda.

—Nada que no tenga solución —respondió escueto. Se giró sobre su eje para mirar con una sonrisa forzada el rostro preocupado—. ¿Nos vamos?

Alicia aprovechó su salida a asesorías para pasar por el departamento de Pablo. Hacía semanas que no veía a sus amigos y solo por teléfono se mantenían en contacto. A pesar del maravilloso

idilio que estaba viviendo, echaba de menos su compañía, rebosante de cariño incondicional y sincero.

Gracias a su buena fortuna, en la escuela no se topó con Marcelo, que aún no la perdonaba por haber «elegido» al famoso.

—Bienvenida, cariño. ¿Cómo va ese romance? —Pablo la recibió con los brazos abiertos apenas la vio.

—A tres meses de que llegue a su fin. —Su rostro era una réplica de lo que sufría su corazón.

—Cambio de conversación. —Envuelta en el protector abrazo fue llevada al sillón preferido de ambos—. ¿Ya apareció Tiranos?

—Sí, pero todos los días se ausenta de casa por algunas horas. Dice Grace que anda de galán y que seguro tiene alguna chica por ahí.

—¿Que no es un poco viejo para eso? —preguntó con un gesto gracioso de incredulidad.

—Los gatos pueden procrear toda su vida. Mi tía Adel tuvo uno que vivió diecisiete años y tuvo descendencia cada uno de ellos.

—¡Wow! Con razón el mundo está plagado. ¿Te lo vas a llevar contigo cuando te vayas de la mansión Kirgyakos?

—¡Sí! ¡Ese gato es solo mío! —habló con pasión, como si el animal estuviera en pleito. Ella lo quería porque era un sobreviviente igual que su amado Nicolás—. ¿Cómo van tus preparativos para Fin de Año? —De nuevo hubo un cambio de conversación; Alicia no quería estar triste en el poco tiempo de convivencia con su amigo.

—Con la novedad de que mamá quiere que la pase con ellos. —De nuevo apareció ese gesto entre incredulidad y asombro en su pecoso rostro.

—¡Excelente noticia, Pablito! ¿Te das cuenta de que es una estrategia para que tu padre y tú se reconcilien? —Alicia dejó de lado su pena para festejar con su amigo tan grande acontecimiento.

—Sí, princesa, lo entiendo, pero tengo mis dudas en relación al viejo. No quiero que empiece con su retahíla de que debo hacerme cargo de la empresa, que soy el obligado por ser el primogénito y todas esas bobadas de la época del diluvio que tanto le gusta manejar.

—Te entiendo, cariño, pero piensa en tu madre que está en medio

de esto y te necesita y te quiere entrañablemente. —Se le vino a la mente el rostro amable de doña Virginia; ella era una mujer bondadosa que amaba y respetaba a su hijo y, de paso, la quería bien a ella.

## Capítulo 33

— ¿Por qué tienes que viajar justo ahora, Nicolás? Tenía mucha ilusión de que cenáramos juntos la Nochebuena, y el día de Navidad llevarte a conocer el hermoso nacimiento que todos los años pone el padre Andrés en su parroquia... —Alicia declaró dolida, no podía creer que en un día tan importante para la humanidad no estuviera con la persona que amaba.

—Lo sé, bonita. Yo tampoco estoy feliz, pero no hubo manera de cambiar la fecha y esto tiene que salir antes de las vacaciones de fin de año, es muy importante para mí. Lo entiendes, ¿verdad? —explicó en automático por enésima vez, pues su atención estaba en los documentos que metía en el portafolios para su abogado—. Te prometo que cuando regrese tendremos un festejo inolvidable, solo tú y yo. —En su rostro había una sonrisa amable, pero su cabeza ya estaba en Grecia y en el problema del cierre de la compraventa de su isla.

—Sera la Navidad más triste de mi vida —declaró con cara larga—. Sola... Todo el mundo la pasará con su familia. —Pensó en Pablo que finalmente había aceptado la invitación de sus padres como una ofrenda de paz, y en Mati, que viajaría a Cancún a pasarla con sus familiares.

—Bonita, si supiera que tendré tiempo para ti, estando allá, gustoso te llevaría conmigo, pero sé de sobra que no será así. Lo que sí puedo hacer es planear todo para que pasemos el Año Nuevo en París. ¿Qué opinas? —Con manos tiernas rodeó su afligido rostro.

—¿Lo dices en serio? —¡Wow! cumpliría su mayor fantasía de

caminar por las calles de la romántica Ciudad Luz de la mano de su amor.

—Muy en serio. —La mirada verde también habló de resolución.

Alicia tuvo que dejar ir a Nicolás con una gran opresión en el pecho; ni hablar de la perspectiva de pasar una larga semana en total soledad en la gran mansión. Bueno, estaba el gato...

De camino al continente europeo, Nicolás aprovechó las horas de vuelo para practicar con su violín; eso siempre bajaba su nivel de estrés. Cuando se acercaba la hora de abandonar el avión, decidió hacer algunas llamadas importantes:

—Andrew, ¿dónde te encuentras? —su amigo fue el primero de la lista.

—*Ahora mismo estoy en casa de mi madre, ya sabes que estas fechas son obligadas para toda la familia, además, nadie cocina galopoula[11] como ella. ¿Por qué la pregunta? ¿Dónde pasarás tú la Navidad?*

—En tu casa si me invitas, Capi, justo ahora estoy viajando para allá. El abogado me pidió que me presentara con urgencia porque tenemos algunos problemas con el cierre de la compraventa de la isla. ¿Tú crees que mamá Edna piense incluir los kurabiedes en el menú navideño? —preguntó poniendo el interés en su platillo favorito.

—*Seguro que sí, nunca faltan en nuestra mesa. Cuando mamá sepa que cenarás con nosotros, nadie podrá evitar que se pase todo el veintitrés horneando kurabiedes[12] solo para ti.* —La voz festiva del otro lado de la línea denotó su gozo por la noticia—. *Por cierto, hermano, no se te ocurra venir sin tu tricordo[13], sino mis sobrinos no te dejarán en paz toda la noche.*

Andrew recordó los momentos de lujo que pasaban al ver y escuchar a Nicolás hacer música con cuanto instrumento se cruzaba en su camino.

—Haré algo mejor que eso, Capi. Llevaré uno de regalo para cada chico. Mi antiguo maestro de música tiene unas muestras preciosas en su tienda, fabricados por él mismo. A propósito, Capi, ¿cuántos chicos son?, ya perdí la cuenta.

—Déjame ver... Tres de Apolo, tres de Arsenio, cuatro de Dion... ¡Diez Nick!

Andrew casi olvida a su hermana menor y su prole, que era muy escandalosa.

—A propósito, Nick, también vendrá Catrina... Espero que ahora que te vuelva a ver no dé problemas, amigo —Eso sí que no lo podía olvidar aunque quisiera. Su hermana les hizo ver su suerte a Nick y a él.

—Lo suyo era amor adolescente, hermano, seguro ya se le pasó.

—Conozco a alguien igual de joven y vehemente que ella, que ahora duerme en tu cama, Nick —aprovechó la oportunidad para declararlo, por si acaso su amigo no estaba enterado.

—No digas tonterías, Capi —comentó en tono molesto—. Debo dejarte ahora porque estamos por aterrizar. Mañana pasaré por tu casa para saludar. Andrew miró su teléfono móvil con una media sonrisa. El tema de la empleada preferida de su amigo seguía siendo muy delicado de tratar.

Nicholas tenía la encomienda de llamar a Alicia en cuanto el avión aterrizara, pero algo en la desagradable broma de su amigo le había quitado la intención. Decidió que le hablaría luego, cuando su estado de ánimo estuviera para eso.

—Hola, bonita ¿Te desperté?

—¿Mmm? No... creo que sigo dormida. ¿Qué hora es?

—Allá deben de ser las dos de la mañana.

—Esperaba tu llamada temprano. —No pudo ocultar el tono de reproche en su voz.

—Te llamé en cuanto pude —dijo con un suspiro—. Si quieres hablamos cuando...

—¡No! Ya estoy bien despierta —agregó con buen tono. Qué desconsiderada era con él, seguro ahora se encontraba agotado—. ¿Cómo encontraste todo por allá? —preguntó feliz de saberlo bien.

—Bastante enredado, pero confío en que pronto se resolverá a mi favor.

—Habló con la seguridad del hombre que siempre consigue lo que

quiere.

Por cinco minutos hablaron sobre esto y aquello sin tocar asuntos personales hasta que Alicia se aventuró en el tema.

—Nícolas...

—*Dime, bonita* —invitó en un ronroneo.

—Te estoy extrañando mucho —declaró con pasión.

—*Yo también, cariño.* —Alicia podía jurar que era totalmente sincero —. *Esperemos que la situación no me tome más de la semana que tengo programada. ¿Te has quedado solita, preciosa?*—El muy granuja se mofaba de ella hablándole en tono mimoso, como si tratara con una niña pequeña.

—No, todavía anda por aquí el jardinero. —Pero ella siempre encontraba algo con que desquitarse de él.

—*¡Muy graciosa! ¡Pórtate bien, mujeeer!*

—Prometo que lo intentaré, jefe.

Tal como Nícolas lo había anunciado, al día siguiente se presentó en casa de la familia Ares y, como siempre, fue recibido con el cariño incondicional de la mujer que había sido una buena amiga de su madre y como una segunda madre para él cuando ella faltó.

La visita fue breve porque lo esperaba en su despacho Dimas Myles, su abogado. Ya había salido a la luz que el anciano con el que estaba tratando la compra de la isla no era el único dueño, apareció otro propietario que aseguraba no estar enterado de los manejos del hermano y se negaba a vender.

Nícolas ya se encargaría de convencer al anciano, no pensaba irse de Grecia sin los documentos que lo acreditaran como el dueño absoluto de la preciosa islita donde ya tenía dos años viviendo.

—Catrina se comportó bastante bien. —Andrew comentó con alivio de camino al auto de su amigo.

—Te lo dije, te preocupas sin razón, Capi. —Nunca dudó que sería así, no en balde ya todos eran personas adultas.

—Eso parece... —respondió aún no muy convencido—. ¿Tendrás tiempo pasado mañana por la noche para acudir a la fiesta de compromiso de Demetrius? Él va a estar feliz de verte.

—¿Sabes con quién se casa? —preguntó sin dar crédito a su sorpresiva noticia.

—¡Mmm! Ya estuvo que te quedaste igual. Catrina comentó que con una chica americana. Yo la verdad no sé ni su nombre. Mencionó que era hermana de... alguien que conocemos —terminó con impaciencia por no haber puesto atención al tema en su momento.

—¿Sí? ¿Quién será? —Por breves segundos dio paso a la curiosidad, pero luego apartó de su mente el tema para ocuparlo con el problema que lo tenía en Grecia—. Vienen días muy complicados. Veré a qué hora me desocupo y te aviso.

—Será un buen pretexto para reencontrarnos con viejas amistades.

—Ya lo creo, Capi. Seguimos en contacto, viejo.

Los amigos se despidieron con un aparatoso abrazo, como si no fueran a verse horas después.

Tal como Nicholas lo había pronosticado, se pasó el día siguiente encerrado con los abogados, negociando la liquidación de la otra mitad del trato sin llegar a ningún acuerdo, pero no se daría por vencido tan fácilmente, no estaba acostumbrado a perder y esta ocasión no sería la primera vez.

Cuando llegó a casa ya era demasiado tarde para hablar con Alicia, así que le mandó un mensaje contándole los pormenores de su caso y sus expectativas al respecto.

Las cosas no mejoraron mucho al día siguiente y por la noche el músico se sentía frustrado y cansado, sin ganas de nada que no fuera irse a la cama y olvidar sus problemas por un momento, soñando con su bella Alicia.

—¡Ey, perdido! Quedamos que te reportarías en cuanto te desocuparas.

Era Andrew que le hablaba muy animado del otro lado de la línea.

—¿Me creerías si te dijera que voy saliendo de una reunión? —Su descolorido tono al responder dio fe de sus palabras, muy al contrario del ambiente que se le escuchaba a su enfiestado amigo.

—Sí. Me apena decirte que es el costo del estilo de vida que tienes, hermano. Mirame a mí, tranquilo y relajado. Listo para festejar el compromiso matrimonial de otro.



Las atronadoras carcajadas y luego el hipo dieron brusco final a su broma.

—Demasiado relajado, diría yo. ¿Desde cuándo estás bebiendo, Andrew?

—*Creo que desde ayer, ¡hip!* —arrastró las palabras, hasta las orejas de alcohol.

—¿Supongo que irás a la fiesta acompañado de Catrina? —preguntó cruzando el dedo índice y el mayor, como siempre que esperaba un milagro.

—*Supones mal, amigo. Ella ya debe estar allá.*

—¿Dónde te encuentras ahora, Andrew? —preguntó con impaciencia.

Tenía ganas de hacer la vista gorda, pero no se perdonaría si algo le pasaba a su viajado amigo, que no parecía darse cuenta de su estado inconveniente.

—*En un bar haciendo tiempo por ti. ¿Dónde más?, ¡hip!*

—Eres un... —contó hasta diez y ya tranquilo volvió a hablar—. Dame la dirección para ir por ti. —Resignado, Nicolás anotó los datos diciéndole adiós a su descanso.

—¡Tú sí eres mi amigo! ¡Qué digo mi amigo..., mi hermano...! Hip.

## Capítulo 34

— ¡No lo puedo creer! Nicholas Kirgyakos y el no menos ilustre capitán Andrew Ares. Adelante. ¡Bienvenidos sean!

El gozo de Demetrius Metaxas era genuino al ver a sus amigos de juventud, en especial al músico, pues lo último que había sabido de él era que se encontraba de viaje por América. Hacía tiempo que no coincidían con ellos por las múltiples ocupaciones de los tres, aunque se mantenían en contacto vía *e-mail*.

— Amor, acércate, quiero presentarte a dos celebridades, una del mar y la otra de la música. Señores, mi bella prometida: Catherine Fonda.

La chica se acercó a los dos y para sorpresa de ambos rechazó sus manos estiradas y los estrechó en un amistoso abrazo.

— Alguien que no es mi «Dem» me ha hablado mucho de ti, Nícholas — dijo Catherine en tono de complicidad.

— ¿Sí? ¿Quién será? — Nícholas preguntó, mordiendo el anzuelo de inmediato.

— Mi querida media hermana Angélica. — Después de conocerlo en persona entendía la obsesión de la mujer con él.

— ¿Angélica? — ¡Oh, no! De pronto ató cabos y supo de quién hablaban, o más bien de quién no quería hablar.

— ¡Eres un ingrato, Nick! ¿Cómo puedes olvidar a tu fan número uno? — Como si esperara el momento triunfal de aparecer, Angélica saltó a espaldas de los recién llegados.

— ¿Cómo podría, Angélica? ¡Si eres mi periodista preferida! — ¡No podía ser! A esa bruja se la encontraba hasta en la sopa.

—El mundo es un pañuelo. ¿No es así, querido? —Qué satisfacción era tener en sus garras al único hombre que le interesaba de verdad.

—¡Ni que lo digas! —¡Qué ganas de salir corriendo de ahí!

—Cuñada, deja de acaparar al hombre, que tenemos que ponernos al día esta noche. ¿Para dónde se fue Andrew?

—Ayúdame a conseguirle un café bien cargado, Dem, por esta noche ha bebido suficiente—. ¡Uf! ¡Salvado por la campana! Aliviado, Nicolás acompañó al exitoso hombre de la política lejos de la frívola arpía.

Luego de encontrar a Andrew, el anfitrión los condujo con un grupo de personas que platicaban animadamente en un rincón apartado del resto de los invitados, que, para sorpresa de los recién llegados, resultó ser de puros excompañeros del internado. A la cabeza de este estaba la mismísima Giuliana Caruso.

Andrew, recompuesto, miró a Nicolás con gesto elocuente en cuanto captó la tierna mirada de la mujer al verlo. Cualquiera podría pensar que seguía enamorada de él.

Una hora después apareció en escena Renato Ríos, el único que faltaba. Este agarró como pretexto la celebración para iniciar sus ansiadas vacaciones por el viejo continente. Con la llegada del mexicano, el grupo se volvió una verdadera parranda.

Para romper el hielo uno a uno los integrantes del selecto grupo fueron declarando su actual estatus y casi todos manifestaron su feliz soltería, a excepción de Nicolás, que los sorprendió con la noticia de que estaba en una relación, y Demetrius, que estaba a un mes de que le pusieran la soga al cuello.

Renato aprovechó un momento de privacidad para preguntarle a Nicolás acerca de la bella Alicia, así pudo enterarse de que los chismes eran ciertos y a corta distancia se encontraba la autora que lo hizo escándalo. Esta parecía adivinar de lo que hablaban, porque no les quitaba los ojos de águila de encima.

Ya avanzada la noche Nicolás tuvo que reconocer que la estaba pasando tan bien que hasta el cansancio y los problemas habían quedado en segundo plano. Lo único que empañaba su calificativo eran las continuas miradas sobre él de Giuliana, Angélica y Catrina,

que parecía haber sacado del baúl de los recuerdos su amor de adolescente.

De pronto todo mundo empezó a bailar y Nicolás prácticamente fue arrastrado a la pista por «la hermanita» de Capi, a quien no pudo decirle que no.

Al principio la conversación fue amena: recordaron sus divertidas anécdotas del pasado, bromearon a costa de los presentes, hablaron de sus trabajos, hasta que de pronto Catrina decidió darle un giro de ciento ochenta grados.

—Me sigues gustando mucho, Nick y ya no soy una niña para que me rechaces —declaró a quemarropa acercando su cuerpo de forma insinuante.

—Y yo te sigo viendo como mi hermanita menor —Nicolás explicó con templanza sin mover un solo músculo de su cara.

—Cosa que no te sucede con la tal Alicia, ¿no es así? —Molesta por su rechazo, le reclamó como si tuviera más derechos que ella.

—No hablaré de Alicia contigo, Catrina. —Su rostro se volvió de piedra, pero su mirada fulguraba por el enojo.

—Perfecto, porque yo tampoco quiero que hablemos de ella. —Levantó su cara hacia él ofreciéndole los labios con descaro.

Catrina esta vez iba con todo, no dejaría que se le escapara lo que veía como una oportunidad de cazar a su fantasía de la adolescencia.

—¿Por qué no vamos un rato al jardín? Hace un poco de calor aquí, ¿no crees? —propuso tallando su cadera a la entrepierna masculina.

—No, Catrina. Lo que creo es que es hora de que me retire. Mañana tengo un día muy complicado. —Se desprendió de su amarre con rostro crispado—. Iré por Andrew.

—¡Nicholas Kirgyakos! Si me dejas sola en medio de la pista, te odiaré por el resto de mi vida.

Sin podérselo creer, Catrina vio cómo el hombre le hacía una señal de despedida por arriba de su hombro sin siquiera mirarla. ¡Ah! Qué ganas de hacer una pataleta de rabia. De no haber estado rodeada de un centenar de personas la habría hecho con gusto.

Decidido a retirarse sin despedirse, Nicolás vio a Capi a unos cuantos pasos, conversando con una bella chica, y se dirigió a él a

grandes zancadas.

—Justo contigo necesito hablar. —A medio camino de conseguir su propósito, fue interceptado por Giuliana, que lo tomó del brazo con sonrisa coqueta.

—¿Tú dirás? —invitó con evidente resignación. «Por lo visto no me iré de la reunión cuando yo quiera», pensó fastidiado.

—Me debes algo y quiero que ahora mismo me lo pagues. —La italiana apoyó ambas manos sobre el pecho masculino y lo empujó sutilmente hacia la terraza que estaba a espaldas de ellos.

—¿Y qué será eso, Giuliana? —preguntó sarcástico.

—Un baile.

—La pista está dispuesta en el salón. —Se esforzó por sonar amable.

De inmediato cayó en la cuenta de que la mujer estaba algo pasada de copas. Por lo visto, hoy no era su día, aunque más bien ya era el día siguiente.

—Hace alrededor de dieciocho años me dejaste plantada en nuestra graduación, es mi derecho escoger el cómo y el dónde bailar contigo.

—Sin darle tiempo a replicar, enredó las manos en su nuca en espera de ser guiada por la improvisada pista.

—Tú sabes que eso no fue intencionado. Si Renato no hubiera bebido...

—Eso no quita que yo no haya tenido mi baile de graduación —interrumpió con voz seductora.

Giuliana recordaba perfecto lo que había sucedido entonces y su gran decepción por que no pudo llevar a cabo el plan en el que le entregaría su virginidad al dios griego del que estaba enamorada. Con ese fracaso se frustró su proyecto de un futuro junto a él. Pero todavía estaba a tiempo.

—De acuerdo. Tendrás tu baile —Nícolás cumpliría el capricho de su vieja amiga y después se retiraría de la reunión con Andrew o sin él.

—¿No te parece significativo que ambos sigamos solteros, Nick? —declaró ignorando su anterior declaración de que estaba con alguien, echando a andar su improvisado plan que fraguó en cuanto lo vio

aparecer en la fiesta.

—Al igual que el resto del grupo —respondió lacónico. Adivinó a dónde iba la conversación e iba a pararla antes de ser descortés con ella.

—¿No será que inconscientemente te has guardado porque esperabas el momento del reencuentro con tu viejo amor? — Haciendo caso omiso a su apatía, insistió con el tema sujetando su rostro con firmeza, para después, con mirada seductora, plantarle un beso en la boca con arrebatada pasión, propio de una adolescente.

—¡Basta, Giuliana! De sobra sabes que nunca hubo nada entre tú y yo. —Nícolás terminó el reencuentro tal como no quería, con brusquedad y rudeza—. El baile terminó. Ha llegado la hora de que me retire.

El músico dejó a la sorprendida mujer en medio de la terraza para escabullirse por una puerta lateral, que esperaba lo condujera a la salida, con toda la intención de pasar desapercibido. Festejando su buena suerte, fue a dar al área de estacionamiento; unos pasos y estaría junto a su auto.

—¿Huyes de la fiesta?

En medio de las sombras, Nícolás giró la cabeza hasta dar con la llama roja de un cigarrillo junto al tronco de un árbol.

—¡Angélica! —¡Demonios! Lo que le faltaba.

—No te apures, yo no te pediré un baile —comentó con mofa caminando hacia él con paso tranquilo.

—La profesional de la noticia siempre a la caza —comentó sin detener sus pasos activando la apertura de la puerta.

—Aunque lo dudes, solo estoy aquí para acompañar a mi hermana.

«¡Sí cómo no! Y yo me chupo el dedo», se dijo para sí realmente cansado.

—A diferencia de mí, que estoy por asuntos de negocios —informó con frialdad—. Si me disculpas, debo retirarme. Mañana tengo una cita a primera hora del día.

—¿Qué te parece si aprovechamos la feliz coincidencia y nos hacemos compañía esta noche? Podemos retomar nuestra relación donde la dejamos... —Angélica se movió de improviso para apoyar su

cuerpo en la puerta del auto y frustrar su huida.

Tomado por sorpresa, Nicolás permitió que las manos femeninas lo sujetaran de las solapas de la chaqueta y lo arrastraran hacia a ella, luego se enredó en su talle como la mala yerba.

—Me encanta la firmeza de tu cuerpo, Nick. Ha sido larga la espera, pero ha valido la pena cada segundo, querido. —Se apretó al musculoso cuerpo y besó su cuello, su rostro y sus labios, como ladrón en fuga.

—Lo que tú y yo tuvimos en el pasado se llamó error y no estoy dispuesto a repetirlo. —Tomando sus muñecas con excedida fuerza, paró en seco sus avances—. Ya habíamos hablado de esto, Angélica. Por dignidad te pido que los dejes atrás.

Nicholas no soportaba la cercanía de la mujer. Gracias al alcohol ingerido se había dejado convencer en el pasado.

—¡Te vas a arrepentir de esta nueva humillación, Kirgyakos! —chilló al tiempo que se sacudía de las garras de acero—. ¡Lo juro! —Su mirada brillante por las lágrimas destilaba odio.

—Ya lo vengo haciendo desde hace tres años. —Fastidiado hasta la saciedad, subió al auto y arrancó la marcha para salir a toda máquina del lugar.

## Capítulo 35

Al día siguiente, Nicolás se levantó malhumorado y dispuesto a cerrar el trato, así tuviera que pactar con el mismísimo diablo. Apagó su celular y entró en la sala de juntas, donde ya lo esperaba Dymas Myles, hijo del que había sido el abogado de Nicolás Kirgyakos padre.

Mientras tanto, en el continente americano...

—Tiranos. Psh, Psh, Psh. ¿Dónde andas, gato ingrato? ¡Cuando te necesito nunca estás!

El incesante timbre del teléfono obligó a Alicia a abandonar su búsqueda para ir por su móvil, que se encontraba sobre la mesa de la cocina.

—¿Nicolás? —preguntó con voz emocionada.

—No, preciosa, solo soy yo.

—Hola, Pablito. ¿Cómo sigues de tu resfriado? —preguntó ocultando su desilusión.

—*Mucho mejor, cariño. La que se oye muy bien a pesar de todo eres tú. Me da gusto saber que te lo estás tomando con clama.*

—¿De qué hablas? —su voz era de alarma.

—¡Ya metí la pata!

—¡Habla, Pablo! —insistió con un nudo en el estómago.

Rogaba a Dios que no tuviera nada que ver con Nicolás. Tenía dos días sin recibir llamada de él y ella no quería hablarle por temor a interrumpirlo en medio de las negociaciones que lo mantenían lejos



de ahí.

—Será mejor que te enteres por ti misma —dijo con seriedad. Sin tener para dónde hacerse, le sugirió ver las noticias de los espectáculos—. Solo recuerda que no todo lo que se publica es verdad. Tal vez debas hablar con Kirgyakos antes de...

—Pablo, sé lo que haré una vez que me entere. Te llamaré luego, ¿de acuerdo?

Alicia corrió a su habitación para buscar la noticia, los oídos le zumbaban y su corazón parecía querer salirse del pecho. Apenas entrar encendió su ordenador portátil.

«El soltero codiciado vuelve a las andadas».

Ese era el título con el que la comentarista de espectáculos del programa más visto del mundo encabezaba la noticia.

Para las que creían que «bombón» Kirgyakos ya había sido cazado por la joven desconocida con la que se anduvo paseando por el Caribe, en meses pasados, les informo que se equivocaron. Esto lo pude constatar de primera mano o más bien de la mano de mi querida amiga, Angélica Rivera, que en estos momentos se encuentra gozando de sus apasionadas demostraciones de cariño en la tierra que lo vio nacer. La única queja de Angi es que lo tiene que compartir con la heredera de la industria zapatera, Giuliana Caruso, y la guapísima Catrina Ares.

A lo mejor todo queda en familia. ¿Quién sabe? Y para una muestra de lo que les hablo, ahí les van tres botones.

Alicia casi se desmaya cuando vio tres fotografías de Nicolás abrazando y besando con pasión a cada una de las mujeres mencionadas en el reportaje.

En otros *links* encontró imágenes de la fiesta de despedida a la que asistió Nicolás, en las que se hablaba del mismo tema aunado a comentarios ofensivos hacia ella y su poca importante persona.

Alicia vio su mundo derrumbarse a su alrededor, como en una película en cámara lenta. Nicolás se había tardado en demostrarle que no le importaba lo suficiente para cumplir con su parte del pacto. «¡Solo faltaban dos meses!», gritó para sus adentros.

Pensar que días antes de irse se portó especialmente tierno y cariñoso, tanto que llegó a albergar la esperanza de que empezara a sentir un poco de amor por ella.

—¿Pablo? —Horas después, cuando se sintió lo suficientemente entera para hablar, le llamó como se lo había prometido.

—Hola, cariño. —No tuvo necesidad de preguntar, con solo oír su voz nasal supo que Alicia había llorado toda la mañana.

—Debe haber una explicación. Esperaré a que Nicolás me hable y me cuente su versión —su voz tembló por el esfuerzo de no volver a llorar.

—Estoy seguro de que así es, cariño. Seguiré en el teléfono por si quieres hablar o quieres que vaya contigo, ¿vale?

—No te preocupes por mí, Pablito, estaré bien. Nicolás no debe de tardar en llamar para aclararme de qué se trata este nuevo chisme de la tal Angélica. Además, pasado mañana es la cena de Nochebuena con tus padres. No debes fallar.

—Todo puede esperar si tú me necesitas —insistió con firmeza.

—Pablo, seguimos con los mismos planes. A ti y a Ray los veré en Navidad. Te quiero mucho, amigo. —Cortó la comunicación antes de arrepentirse y pedirle que fuera con ella.

La verdad de las cosas es que Alicia ya no estaba segura de nada. A partir de la noticia de las andanzas de Nicolás ya no tuvo paz y se dedicó a esperar su llamada llena de ansiedad.

Luego de otro día de infructuosas negociaciones con el viejo caprichoso que no tenía ningún interés real en conservar la isla, pero sí de hacerle explotar la bilis de rabia, Nicolás llegó amanecido y achispado a casa. Había pasado la noche bebiendo con Andrew o más bien él bebía y su amigo lo escuchaba con una seriedad mortal. Este le dio un consejo muy sabio que pondría en marcha en la siguiente reunión con los ancianos.

Echaría mano de todos sus contactos y recursos para que le investigaran las debilidades del diabólico octogenario; seguro por ahí

encontraría su precio.

A pesar de la avanzada hora en América, no quiso dejar pasar otra noche sin hablar con Alicia. Su chica... Alicia y su precioso cuerpo, Alicia y su bello rostro, Alicia y su ternura, inteligencia y picante personalidad.

—*¿Dónde estás?* —fue su extraño saludo en cuanto obtuvo respuesta.

—Buenas madrugadas para ti también —dijo Alicia con acritud. No se dejaría intimidar por los gruñidos del hombre que por fin se dignaba a hablar.

—*No estoy de humor para sarcasmos.* —La llamada no estaba saliendo como él la esperaba.

—Estoy en la cama. *¿Dónde podría estar a esta hora?* —le respondió con pésimo modo.

—*¿En la cama de quién? Acabo de marcar a casa y no respondiste* —vociferó. No más de imaginarla con otro se lo llevaba el diablo de furia.

—En mi cama. He regresado a mi habitación —enfaticó—. Aquí dormiré hasta que me vaya —agregó en tono digno.

—*¿Qué te vayas a dónde?* —dijo exasperado. No estaba entendiendo nada.

—Sabes muy bien de qué hablo. —Olvidó su propósito de darle la oportunidad de explicarse.

—*¡Aliciaaaa! Déjate de juegos conmigo y habla claro* —exigió a gritos. El mismo se sorprendió del rugido que salió de su garganta.

—No pienso seguir siendo la hazmerreír de un promiscuo como tú y tu público, así que doy por concluida nuestra relación o como quiera que se llame. Cuando regreses te entregaré mi trabajo ya terminado y me iré. —El dolor que sentía en el pecho la hacía pelear y querer devolverle un poco de su sufrimiento.

—*¿De qué diablos estás hablando, ¡maldita sea!?* —masculló. Trataba de conservar la poca calma que le quedaba, pero esa mujer lo sacaba de quicio.

—Esperaba que fueras tú quien me explicara y no al revés. ¿Es un nuevo método para burlarme y torturarme?

—¡ALICIA! —explotó.

—¡Oh, está bien! Haré de cuenta de que te creo que no sabes de qué te hablo y te lo diré o lo puedes ver en la página web de la revista del otro día, para que por ti mismo admires...

—¡Espera! —ordenó manipulando su *tablet*.

Como balde de agua fría le vino a la memoria la amenaza de Angélica y se preparó mentalmente para lo que venía.

Justo en la página principal, con letras remarcadas y en mayúsculas, el titular de la noticia sustentado con fotografías a todo color, *photoshopeadas*, de sus tres desafortunados encuentros femeninos en la fiesta de compromiso de Demetrius.

Nicholas ahora entendía la actitud retraída de Andrew y la furia de Alicia. La maldita zorra de Angélica todo el tiempo lo estuvo vigilando para tener su preciada noticia del momento y su venganza también.

—¿Y bien? —Alicia preguntó cuando juzgó que Nicholas ya se había documentado lo suficiente.

—*Las cosas no sucedieron como lo dice la nota.*

—¿Entonces, la periodista miente? —su tono fue de total incredulidad.

—*Digamos que lo tergiversó y manipuló.*

—Puede ser... Pero, ¿cómo evitar «malinterpretar» unas imágenes tuyas tan claras y elocuentes? Si hasta le deberían dar un premio a la tal Angélica por ser la primera en exponer verdaderas tomas del «virtuoso escurridizo» —interrumpió dolida. Tontamente había esperado una explicación creíble, no esa barrabasada—. ¿Qué pensarías tú si la situación fuera al revés y fuera yo la de las fotografías?

—*Esperaría una explicación, y con base en esta juz...*

—¡Mientes! tú te dejas llevar por lo que ves. ¿Qué esperas que crea si tú mismo me advertiste que ese era tu estilo de vida? —Quebrantada dejó que las incontenibles lágrimas brotaran de sus ojos para desahogarse.

—*No te queda de otra que aceptar lo que te digo* —sentenció. No se sentía obligado a convencerla.

—Tengo una idea mejor. Te propongo una nueva alianza con la misma fecha de terminación, pero sin exclusividad. Me tiraré a dos o tres amiguitos que no están nada mal y así nos ponemos al parejo. ¿Qué te parece? —¡Cretino! Que se vaya mucho a...

—*Estás tomando las cosas muy mal, bonita. Te sugiero que continuemos con esta conversación a mi regreso, antes de que nos digamos cosas hirientes.* —Nícolás respiró profundo y se armó de paciencia antes de responder. Su voz sonó apesadumbrada. Él, que había llamado para olvidar el pesado día, había encontrado derroche de hiel en lugar de la dulce miel que solía beber de los labios de la preciosa Alicia.

—¿Crees que podré dormir después de esto? —insistió. A como diera lugar esperaba escuchar otra cosa, algo que le regresara la paz a su alma atormentada.

—*Tómate un té para que te tranquilices. Mañana te prometo que verás las cosas con mayor claridad. Yo debo permanecer aquí el resto de la semana, pues las cosas siguen sin resolverse.*

—Ya te he dicho lo que haré. —Si ella no se había quedado conforme, quería que él tampoco lo estuviera—. Cuando llegues te entregaré la biblioteca y me marcharé. Ya no tengo nada que hacer aquí —repitió convencida.

Sin importarle otra cosa que no fuera su dolor, se echó a llorar desconsolada. La absurda explicación de Nícolás solo sirvió para darse cuenta de que a él no le interesaban sus lastimados sentimientos.

Con el corazón partido tuvo que reconocer que en sesenta días no lograría conseguir lo que no pudo en diez meses de convivencia. Aunque le doliera, había llegado el momento de decir adiós. Dos meses más solo serían alargar la agonía.

—*¡Haz lo que te venga en gana, Alicia! Ahora tengo cosas más importantes que resolver que el berrinche de una niñita malcriada como tú. Nos vemos a mi regreso y no se te ocurra dejar el trabajo tirado.* —La orden se la dio en tono furioso antes de dejarla colgada en el teléfono.

Llevado al límite de su tolerancia, Nícolás terminó la llamada de la

forma que no quería, pero el cansancio, la impaciencia y la decepción lo habían rebasado.

Con una batalla campal en su cerebro, que le impedía relajarse para ir a dormir, se puso a trabajar en su plan de ataque para cerrar el trato de la isla esa misma tarde. Primero que nada debía ordenar y catalogar toda la documentación reunida hasta ahora de los hermanos Onassis, la misma que guardaba en el portafolios, que vació uno a uno sobre su escritorio, con pésimo humor.

—¿Y esto? —se preguntó con el ceño fruncido al levantar del piso un documento escrito a mano que salió volando por los aires.

—Lista actualizada —leyó en voz alta el encabezado de lo que parecía una relación de los libros de colección, hecha con el puño y letra de su padre, posterior a la contenida en su testamento—. Fechada diez días antes del accidente... Quiere decir que papá adquirió más libros después del testamento —razonó en voz alta.

Sin pensarlo dos veces tomó fotos del documento y se las mandó a Alicia adjuntado en un correo donde le pedía que cotejara esa nueva lista con la anterior. Tal vez con esta nueva información la chica se entretuviera lo suficiente para que quitara tanta telaraña de su cabeza.

Dos horas después, Nicolás había concluido con su tarea. Distraído masajeaba sus músculos adoloridos por pasarse la noche en vela, pero los últimos acontecimientos lo mantenían alejado de la cama. Volviendo la vista al hallazgo, con algo de indiferencia lo tomó entre sus dedos y sus ojos se pasearon por la escritura de su padre, muy semejante a la suya. Casi sin querer se encontró repasando los títulos de los libros y, por curioso que pareciera, eso le sirvió para que el sueño acudiera a su cuerpo y mente agotados.

## Capítulo 36

A pesar de la noche en vela, Alicia madrugó decidida a cumplir con su palabra y sin si quiera desayunar se dirigió a la biblioteca para ordenar los libros que le quedaban pendientes. A estas alturas ya tenía de forma física y virtual los libros acomodados por materia, con su correspondiente número y letra dependiendo del grupo al que pertenecían, desde las obras generales hasta libros de geografía e historia. Prácticamente, tenía concluido el noventa y ocho por ciento del trabajo físico.

Aun habiendo tomado una decisión en lo concerniente a Nicolás, no dejaba de esperar su llamada, que nunca llegó. La última esperanza que albergaba de seguir a su lado murió al caer la noche.

Alicia ahora sabía con precisión el precio que debía pagar por haberse involucrado y enamorado de un hombre que se encontraba demasiado alto para ella. Todavía recordaba las palabras de la nana advirtiéndoselo una y otra vez, pidiéndole que se alejara de Nicolás Kirgyakos antes de salir lastimada.

El día de Nochebuena se levantó con el ánimo por los suelos, pero con el firme propósito de ultimar detalles de su trabajo. Todavía estaba pendiente pegar las etiquetas en los lomos del último grupo de libros ordenado en los estantes, en ellos anotó el número de subdivisión, las tres primeras letras del autor y las tres primeras letras del título, igual que lo había hecho con cientos de libros antes de ellos. Con la técnica utilizada sería fácil y rápido para Nicolás localizar cualquier ejemplar que buscara, siempre y cuando no fuera ninguno de la colección millonaria, que nunca apareció.

Por fin, ya entrada la tarde, agotada acarició el catálogo concluido, como si fuera un hijo amado. En la pantalla de su ordenador revisaba por última vez la copia virtual de la documentación generada, como el instructivo de uso, el mapa de localización... cuando el timbre de su celular la sacó de la concentrada tarea.

—¡Pablo! —dijo desfallecida al escuchar su voz. No pudo ocultar el pesar que le causó que no fuera «él»—. He estado tan atareada con el regreso de Nicolás que no he tenido ni un respiro para llamarte. ¿Me perdonas?

—Princesa, no tienes por qué mentirme. Estoy afuera y no veo ningún auto aquí.

—Voy a abrirte... —No debió permitir que su querido amigo la viera así; debió haberle marcado antes para tranquilizarlo, pero no supo qué decir.

—Hola, cariño. —Pablo la abrazó en silencio. Alicia se lanzó en sus brazos sin pronunciar palabra, su llanto desconsolado habló por ella.

—¡To... do ter... mi... nó, Pablito! ¡To... do termi... nó! —dijo entre sollozo y sollozo.

Tal como se lo había prometido días atrás, el resto de la tarde Pablo se dedicó a escucharla y consolarla y, aunque le dolía en lo profundo su sufrimiento, no podía hacer otra cosa para aminarla, ni si quiera podía dar un consejo al respecto.

—Debes irte ya, Pablito. Tus padres te esperan para cenar. —Ensimismada en su dolor, no se había percatado de que hacía tiempo la oscuridad los había envuelto entre las cuatro paredes de su habitación.

—No pienso dejarte sola, princesa. Ya le mandé un mensaje a mamá para decirle que no me espere, que mañana pasaremos Ray, tú y yo por su casa.

—¡Oh, no! ¡Claro que no, Pablito! —Se removió inquieta en su abrazo—. Tú debes estar con ellos en este momento, no permitiré que desaproveches la oportunidad de que todo se arregle entre ustedes.

—Ya he tomado la decisión, cariño, además, mi madre lo entendió perfecto. —Se enderezó en la cama para encender la lámpara sobre la



mesita de noche. Necesitaba ver los ojos de su remilgosa amiga—. Es un hecho, Ali, tendrás que soportarme toda la noche.

—No tengo nada que ofrecerte, Pablito —dijo con mirada triste—. Ahora soy la peor compañía. —Su cuerpo se cimbró por el llanto que se reavivó nuevamente.

—Eres la persona con quien quiero estar, princesa, si solo te apetece dormir yo cuidaré tu sueño. Permaneceré junto a ti hasta que te sientas mejor. —Se recostó en la cama y le tendió su brazo de almohada para acurrucarla en su pecho; la consoló con palabras suaves y tiernas, como tantas veces había hecho ella, hasta que el cansancio terminó por vencerla.

Alicia se quedó profundamente dormida, los surcos de sal en su rostro eran los únicos testigos del caos que habitaba en su corazón.

En la madrugada, cuando aún faltaba un rato para amanecer, adormilada se tumbó el apretado *jean* y la playera para volver a sumirse en sus pesadillas.

—¡Vaya si trabajas rápido, bibliotecaria! ¿Es tu número uno, dos o tres de la lista? —Alicia quería responder, pero la garganta la tenía cerrada a canto y piedra.

—¡Cálmate, Kirgyakos! Las cosas no son lo que parecen. —Al escuchar la voz alterada de Pablo, Alicia despertó para darse cuenta de que esta vez no estaba dentro de una pesadilla.

El día ya había amanecido y Nicolás los observaba con ojos asesinos mientras avanzaba hacia ellos.

Apresurado y algo confundido, Pablo se bajó de la cama para encarar la ira del hombre frente a ellos. Alicia hizo lo suyo vestida con solo su sostén y su tanga.

—Las cosas son lo que me anunciaron que serían. ¿No es así, bonita? —El músico habló con los dientes y los puños apretados. Dentro de él había una lucha por apaciguar la furia que amenazaba con desencadenar en violencia frente a la visión de la chica semidesnuda, despeinada y con ojos adormilados, que le recordó a su insaciable amante.

—¿Qué quiere decir con eso, princesa? —Pablo preguntó con mortal seriedad.

—Es mejor que te vayas. —Era la única respuesta que podía dar por ahora—. Yo te llamare después, Pablito —agregó sin despegar los ojos de la verde mirada.

—¡De ninguna manera! Yo me...

—Haz caso a tu princesa si no quieres que te rompa el alma —Nícolás amenazó avanzando un paso hacia él.

Sin pensarlo siquiera, Alicia se interpuso entre los dos hombres, suplicando a Pablo con la mirada que se marchara. Conocía de sobra los alcances de la furia de Nícolás y no quería que su querido amigo saliera perjudicado. Ella y solo ella era la única responsable de la situación actual y como tal debía de hacerle frente.

—Cariño, yo...

—¡Por favor, Pablo! Prometo que estaré bien —rogó sintiendo la poderosa cercanía del músico a sus espaldas.

—De acuerdo. Aguardaré en el departamento; si para el mediodía no tengo noticias tuyas, regresaré a buscarte. —Dirigió la mirada a su amante antes de partir—. Kirgyakos, no me va a importar mi alma si la lastimas —declaró con valentía.

—Supongo que ya conoces la salida. —Nícolás tuvo que admitir para sí que el chico tenía cojones. Pero eso a él le importaba un rábano.

—¡Eres una maldita zorra! —explotó, en cuanto se quedaron a solas, herido en su amor propio. Con rostro amenazante rodeó su garganta y la fiera mirada congeló su rostro pálido—. Nada me daría mayor satisfacción en este momento que retorcer tu lindo cuello. —Se sentía poseído por el demonio del pasado.

—Pablo solo se quedó para consolarme y hacerme compañía —valiente ignoró la amenaza y argumentó con inoportuna dignidad, pero hubiera sido preferible que guardara silencio, porque sus palabras sirvieron para acicatear la furia del hombre.

—Es lo mismo que pensé cuando vi tu apariencia de gata revolcada y satisfecha. —Sentía cómo poco a poco lo consumía el sentimiento de odio y desprecio por ella.

—El león cree que todos son de su condición, Nic...

—Deja tu filosofía barata para después, zorrita. Ahora solo me

interesa tu cuerpo para quitarme las ganas. —Fuera de toda lógica la deseaba con locura. Molesto consigo mismo paseó las manos con obscenidad por sus curvas y sus montes—. Te voy a usar a mi antojo hasta saciarme de...

—Siento contradecirte, pero te informo que nuestra relación íntima concluyó con tu última llamada telefónica, y la relación laboral terminó justo ayer, con la organización total de la biblioteca. —Estaba sufriendo lo indecible, pero no se dejaría pisotear por el encolerizado hombre—. Si sigo aquí, es por mi deber...

—Como te lo dije ya una vez, yo decido cuándo se acaba esto —sentenció antes de arráncale el sostén, luego la tiró sobre la cama para caer sin miramientos sobre ella.

—¡Déjame, Nicolás! —Forcejeó furiosa debajo de la pesada mole de músculos sin éxito alguno—. No quiero que me toques, maldito tirano.

—Los dos sabemos que mientes y te lo voy a demostrar —aseguró con ardor.

Nicholas le sujetó las muñecas por arriba de la cabeza y con crueldad se apoderó de sus labios reclamando sus besos, su aliento. Su mano libre jugaba brusca con sus montes y sus profundidades.

En una nebulosa de excitación, que amenazaba con dominarla, observó la despiadada sonrisa masculina cuando sus gemidos brotaron incontrollables para desmentir sus anteriores palabras.

—¿Quieres que me detenga, bonita? —preguntó sofocado.

Su boca ahora se deleitaba en saborear los hinchidos botones con suaves mordiscos y golosas succiones, víctima de los métodos utilizados para someter y humillar a la chica.

—¡Sííí! —gritó esforzada por no perderse en la vorágine del erotismo con las caricias expertas del hombre.

—¿Sí? —Con los dedos poseyó la cálida feminidad para derrumbar cualquier obstáculo entre su voluntad y la de ella, empeñado en ganar la partida, así terminara ardiendo en la hoguera del deseo que él mismo estaba atizando.

—¡Nooo! ¡Tómame! ¡Úsame! Te suplico que me hagas el amor.

—No soy un puerco para revolcarme en tu lodazal. ¡Jamás recojo

las sobras de otro! —triumfal, respondió con calculada crueldad.

Alicia sintió las palabras de Nicolás como dardos directo al corazón. Antes de terminar desangrada sacó fuerzas de su dolor y levantó la rodilla, que no logró impactar en su verdugo, pero sí lo distrajo lo necesario para escapar con un aparatoso movimiento que volcó la mesita de noche en el proceso.

—Aún no he terminado contigo, ramera. —Fuera de sí la alcanzó con la intención de seguir con el tormento común—. ¿Qué es eso?

Con las manos cubriendo su pecho, Alicia miró hacia donde Nicolás le señalaba. Era el libro que meses atrás había sacado de la biblioteca y que olvidó por completo en el pequeño cajón que ahora se encontraba tirado, con todos su contenido regado por el piso.

—Es *Moby Dick*, lo tomé prestado para leerlo, pero olvidé que lo había guardado ahí —explicó apenada al mirar el rostro furioso del hombre.

—¿Y este también lo tomaste «prestado», Alicia? —le hablaba de *Casino Royale*.

—Sí... —respondió extrañada por el repentino interés por un par de viejos libros.

Aprovechando que la atención sobre su cuerpo había pasado a segundo término, se armó de valor y alcanzó el jersey que permanecía colgado de la lámpara, donde seguro cayó cuando lo aventó en la madrugada.

—En verdad, siento haberlos olvidado aquí. Ahora mismo los llevaré a la biblioteca para colocarlos donde les corresponde e incluirlos en el catálogo antes de...

—¡Mientes! —gritó con furia. Su rostro era una máscara de incredulidad, pero la tensión de su cuerpo era la de un felino a punto de saltar sobre su presa para devorarla. —¡Soy un verdadero imbécil! —expresó con desprecio desmedido—. Eres toda una profesional del engaño, ¿sabías? Me has mentido todo este tiempo y hasta tuviste la sangre fría de entregarme tu inocencia para seducirme y robarme —acusó convencido.

Alicia lo miró confundida, sin ponerse a resguardo cuando arrojó los libros sobre el sillón para sujetarla de los brazos con gesto

amenazador.

—¿Qué hiciste con el resto de la colección? —rugió en su cara.

Al no recibir pronta respuesta la sacudió con crueldad, su voz de trueno taladró los oídos de la chica sin entender aún a qué se refería el endemoniado hombre.

—¡Respóndeme, maldita sea! ¿Dónde se encuentran los libros ahora, Alicia?

—Si estás hablando de los libros de colección, nunca los encontré, eso ya lo sabes —le recordó. Sentía cómo sus pies flotaban en el aire; sostenida de los brazos, soportaba estoica la brusca sacudida que amenazaba con desarmarla.

—¿Y cómo explicas la aparición de *Moby Dick* y *Casino Royale*, entonces, Alicia? —Estaba llegando al límite de su paciencia, no podía soportar cómo la chica seguía sosteniendo la burla de la que era objeto en su propia cara.

—¡Yo no sabía que eran parte de la colección! —respondió con grandes ojos. La presión psicológica y el maltrato no la ayudaban a pensar—. Estos libros no vienen en el listado —atinó a razonar.

—Vienen en la última lista que te envié a tu correo. Yo mismo los vi relacionados. Estos ejemplares cuestan miles de dólares —agregó sin despegar su furiosa mirada del rostro convenientemente pálido—. Pero eso lo sabes de sobra, ¿no es así? —La sujetó del cabello de la nuca para obligarla a levantar la vista—. Eres una vulgar ladrona, la peor de las criaturas sobre la Tierra; capaz de revolcarse en la cama, fingir y traicionar por dinero.

—¡Estás en un error, Nicolás! ¡Por favor, escúchame! —Jamás había experimentado un miedo como el que sentía ahora. Nicolás era un cruel desconocido, pero callar sería como otorgarle la razón—. ¡Te juro que no sé de qué lista hablas! —Lo miró con ojos suplicantes—. Yo no sabía que estos libros eran tan valiosos y parte de la colección. Si fuera una ladrona, no los tendría en mi habitación, donde tú los pudieras encontrar, ¿no crees? —trató de razonar.

—Un argumento inteligente si no fuera porque no sabías que iba a regresar de mi viaje antes de lo esperado. —Sentía un gusto malsano al desenmascarar a la desgraciada criatura.

—¡Tienes que creerme, por favor! ¡Nunca haría nada que te lastimara! ¡Te amo demasiado, Nicolás! —Desesperada, confesó su secreto que se había prometido guardar.

Con manos cálidas y tiernas rodeó el rostro desencajado por el odio, suplicándole credibilidad en medio de una tormenta de desconfianza por las infortunadas evidencias.

—¡Falsa! ¡Hipócrita! ¡Solo desprecio despiertas en mí! —Nicolás se arrancó las manos de su rostro con brusquedad y volvió a sujetarla con violencia renovada—. ¿Sabes qué pienso? Que esto no lo estás haciendo sola, creo que el tal Pablo es tu cómplice. —Su mirada parecía la de un perturbado mental.

—¡Nooo! ¡Estás equivocado, Nicolás! Te juro por mi vida que yo no te he robado. —Rompió en llanto, agobiada, sin encontrar la forma de llegar al corazón del hombre, con verdadero temor de que terminara en tragedia esa locura.

—En este momento llamaré a la policía para que detengan a tu cómplice, tal vez todavía encuentren en su poder los libros. —Los ojos de Nicolás de pronto brillaron con malicia, como si estuviera teniendo una revelación demoníaca—. ¡Eso es! Ahora entiendo tu urgencia de que el desgraciado ese se fuera de aquí. Seguro que en su auto lleva el último viaje de libros. —La soltó para sacar el teléfono celular del interior de su chaqueta.

—¡Espera! Está bien, tú ganas. Yo robé tus libros, pero lo hice sola. Pablo ni se imagina la clase de chica que soy. —Segura de haber tomado la salida correcta, caminó hacia atrás hasta toparse con una pared, temerosa de la mirada que le helaba hasta el alma.

—¿Dónde están? —más que pregunta su voz fue un rugido sobre el rostro sin color.

—No sé... ¡Nunca los encontrarás! —se corrigió para no perder credibilidad—. Ya están muy lejos de aquí, en camino a Europa con su nuevo dueño —añadió sintiendo cómo se doblaban las rodillas cuando las manos del músico la sujetaron de nuevo con fuerza.

—¡Eres una mujercuela sin escrúpulos! —siseó nariz con nariz.

—No. Solo acepté la oportunidad que tú me brindaste tan gustosamente. ¿Acaso no lo recuerdas? Fue idea tuya que te eligiera a

ti entre cualquiera. —Con esos argumentos consiguió que la amenaza sobre Pablo quedara en el olvido—. Dejaste al alcance de mi mano el precio que tenías que pagar por mí. Y solo lo tomé —agregó segura que con esta última confesión sellaba su sentencia de muerte, pues el hombre al que adoraba no la quería ni un poco, de haber sido así, no hubiera dudado de ella—. Los acostones pasados considéralos como un abono. Esta noche estoy dispuesta para liquidar la cuenta, tú sabes, si te interesa —remató con las ansias interminables de su tonto corazón y su cuerpo sediento de él.

—Entonces habrá que aprovechar el último pago. ¡No puedes quejarte, bonita! Eres la zorra mejor remunerada de la historia.

Nícolás arrebató la tela que cubría sus pechos y antes de tumbarla sobre la cama le arrancó las bragas con violencia, luego expuso su virilidad endurecida para penetrarla con profundidad, con el rostro desprovisto de emociones.

Alicia aceptó sumisa el castigo por sus pecados. Todo era poco ante la vergüenza de sentir cómo su cuerpo traicionero respondía con gozo el humillante encuentro.

—Anota en tu cuaderno de recuerdos que te burlaste de Nícolás Kirgyakos como nadie lo ha hecho —pidió de rodillas sobre ella con la mirada fiera y la respiración entrecortada. Su cuerpo aún vibrante por el tormentoso orgasmo, sus manos temblorosas cuando subía la cremallera del pantalón.

Cuando Alicia escuchó los pasos de Nícolás alejarse por el corredor, comprendió que era la última vez que lo vería. Siguiendo al llamado de su corazón, se levantó de la cama y emprendió una loca carrera detrás de él, cubierta tan solo con un delgado camisón que se echó encima.

—¡Nícolás! —Con un grito desgarrador, logró detenerlo cuando estaba a punto de subirse a su auto. Tenía que decirle que lo del robo había sido una mentira, que lo amaba con el alma; pero, cuando vio el odio, el desprecio y el asco en su mirada al recorrer su traslucida desnudez, se contuvo.

—¡Recoge tus cosas y lárgate! No quiero verte aquí a mi regreso, porque juro que te denunciaré a la policía.

El músico se trepó a su deportivo y salió disparado con un rechinado de llantas. Sobre el ruido del auto, creyó escuchar un alarido doloroso y detuvo la marcha; el espejo retrovisor le regresó la imagen de Alicia arrodillada en el piso con el viejo gato inmóvil entre sus brazos.

Después de unos segundos de duda, Nicolás continuó la retirada, dejando su partida envuelta en una nube de polvo, muerte y lágrimas.



## Capítulo 37

— ¿Cómo sigue? —Ray preguntó en cuanto llegó de la estética.

—¡Igual! Solo un milagro la hará reaccionar —Pablo respondió con los ojos humedecidos en lágrimas sin quitar la mirada del sueño inquieto de Alicia.

—Entonces empecemos a rezar para que suceda —declaró Ray fatalista.

Dos largos días habían transcurrido desde que la chica había aparecido en el umbral de la puerta de Pablo como una zombi: pálida y desencajada, con las órbitas de los ojos redondas como si hubiera visto un fantasma.

Con un silencio atemorizante, la observaron vaciar su poco equipaje como una autómatas; solo la aparición de una cajita que contenía las píldoras anticonceptivas, a medio terminar, la hicieron salir de su estado catatónico para estallar en un llanto doloroso, que terminó cuando el agotamiento la sumió en un sueño atormentado.

—¡Pablo! ¡Alicia está delirando! —Ray salió a la estancia y gritó a todo pulmón muy asustado.

—Tiranos... ¡Mmm! Todavía no ha terminado contigo... ni tú misma te reconocerás en el espejo... —Como poseída, Alicia cambiaba los tonos de frases sin sentido—. ¡Juro que no te robé! Te lo dije, solo sería dolor y llanto vestido de oportunidad... ¡Nicholas! ¡Tiranooooos...!

—Ray, háblale al médico. Alicia tiene mucha fiebre —Pablo instruyó en cuanto llegó a su lado. Era definitivo, Alicia por sí sola no saldría de su trance.

Los amigos se sentían impotentes ante la situación; desde su llegada, la chica no hizo otra cosa que llevársela dormida y al principio eso les pareció bueno, pero las cosas estaban empeorando. Ahora sufría de fiebre y delirios que la hacían sudar, gemir y gritar cosas que no sabían si era producto de su deficiente estado anímico o eran fracciones del enfrentamiento con Kirgyakos. El caso era que sus cuidados no estaban resultando suficientes, había llegado la hora de que un experto en la salud los ayudara.

—¿Qué tiene, doctor? —Pablo se adelantó en cuanto el galeno apareció en la estancia.

—Es difícil de saber sin hacer estudios. Por ahora lo importante es controlarle la fiebre. Ya le he aplicado un medicamento que ayudará, y esto que estoy anotando en la receta es para que se lo empiecen a dar en cuanto despierte. Vendré a verla pasado mañana si todo va bien. En cuanto esté lúcida, que tome muchos líquidos y coma, de preferencia, consumé de pollo o de carne. Si surge algo, no duden en llamarme.

Dos semanas después...

—Ali, cariño, tienes que comer algo, si sigues así enfermarás seriamente.

—No puedo, Pablito, te juro que mi estómago no soporta el olor. Más tarde comeré del caldo de verduras que trajo doña Virginia. Lo prometo —aseguró en cuanto vio la decepción en los ojos castaños—. Me iré a recostar ahora, no te importa, ¿verdad?

—Claro que no, princesa. Descansa todo lo que quieras, que el sueño es alimen... ¡Alicia! Ray, ayúdame que se ha desmayado. —Con la preciada carga en brazos, caminó directo a su habitación—. Levanta el cubrecama. Ahora háblale al doctor Atondo —instruyó al solícito hombre—. Nunca debimos permitir que esta testaruda nos convenciera de que estaba mejor —se lamentó con gran pesar—. Espero que no sea nada grave.

—¿Cómo la encontró?

—¿Qué tiene, doctor?

Sin uñas ya para comerse, el par de hombres se levantó de su asiento de un salto y preguntó a coro.

—Débil y muy desmejorada; se ha negado a que la lleve al hospital y, como no he querido alterarla, he llamado a mi enfermera con el equipo de laboratorio para tomar una muestra de sangre y ver si encontramos algo. Dependiendo de eso, veremos lo que procede.

—¿Ya tiene un diagnóstico, doctor? —Luego de una interminable hora, los angustiados amigos interpelaron al galeno apenas salir de la habitación de la enferma; la angustia los estaba matando.

—Sí. Ella y el bebé estarán bien, a partir de ahora, si siguen mis instrucciones al pie de la letra —explicó en tanto llenaba una receta con los medicamentos y vitaminas necesarios y una lista de recomendaciones alimenticias para su pronta recuperación.

—¿Un bebé ha dicho? —Pablo y Ray preguntaron a coro con grandes ojos.

—Sí. Calculo que está en su primer mes, pero necesito hacer otros estudios para estar seguro y para evaluar el estado de salud del feto.

Cuando Pablo regresó a la sala, después de despedir al médico, se encontró a Ray esperándolo con una copa de vino en cada mano.

—¿Qué estamos celebrando? —sujetó la copa con los ojos entrecerrados.

—Nuestro milagro, Pablito. Nuestro milagro... —declaró feliz.

A partir de ese día la salud y el estado de ánimo de la joven mejoraron de forma sorprendente. Alicia tenía razones suficientes para dar gracias, pues su amor había sido bendecido con un hijo que sería el aliciente y la razón para seguir adelante con su vida y sus proyectos, que ahora como que nunca debía continuar.

—¿Ahora si me van a decir que estamos celebrando, chicos? —Alicia preguntó, por milésima vez, ante la mesa arreglada para una cena especial. No se le daban nada bien las sorpresas anunciadas.

—Chiquita, ya te dijimos que debes esperar a que terminemos de cenar —dijo Ray con sonrisa fatigada.

—Me niego a esperar un segundo más, malditos tira... —Calló de pronto. Hacía tiempo que no evocaba ese apelativo.

Antes de que la fiesta se tornara en funeral, Pablo se levantó de la mesa, se acercó a Alicia con una gran sonrisa y un pequeño estuche abierto en su mano.

—Princesa. —Ceremonioso, sujetó su mano y la miró a los ojos—. Quiero pedirte el honor de que seas mi esposa. —Y sin esperar respuesta, el sonriente pelirrojo deslizó en su dedo una preciosa sortija de compromiso.

Alicia reaccionó con tremenda atragantada que roció su mano y la de Pablo de limonada con la que acompañaba su comida.

—Respira... —Ray, presto, se encontraba a su lado para palmear con vigor su espalda—. Eso es, linda. Inhala, exhala, inhala, exhala...

—¿Mejor? —Pablo esperó a que el color rojo se desvaneciera del níveo rostro antes de preguntar—. ¿Y bien? ¿Cuál es tu respuesta?

—Que no. Te adoro por sugerirlo, pero por nada del mundo te condenaré a un matrimonio sin amor —habló con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué dices que no nos amamos? —preguntó contrito y un poco ofendido.

—Sabes de sobra de qué hablo, Pa...

—Nunca permitiré que un hijo tuyo nazca sin padre y sin un apellido, Ali. Ya lo he hablado con la familia y están de acuerdo conmigo. ¡Déjame terminar de hablar! —Se adelantó con la mano en alto al ver su intención de interrumpirlo—. Si algún día te vuelves a enamorar y quieres compartir tu vida con ese afortunado hombre, nos divorciamos y asunto arreglado.

—Pero, Pablo. ¿Y si...

—Sabes de sobra que no estás truncando ningún plan futuro, así que basta de protestas y solo dime que sí. —Con su gesto de niño bueno miró primero a Ray y luego a ella, antes de invitarla a ponerse de pie.

—¡Sí! —respondió antes de arrepentirse arrojándose en sus brazos

llorando como una Magdalena. El abrazo se volvió múltiple cuando Ray se unió a ellos inusualmente mudo.

—¡Bien por nuestra chica! —Ovacionaron con palmas.

—En un mes nos casaremos, porque no queremos que nuestro hijo nos lleve de la mano ante el juez. ¿Estamos de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo. —Ray agregó con voz temblorosa. Sus manos acariciaban con ternura el redondo vientre de cuatro meses de embarazo.

Del otro lado de la isla...

—Hijo, tienes que venir cuanto antes a Cozumel y con aquella extraña llave. Hay algo que debes ver. —Mati se escuchó muy alterada a través de la línea.

—No insistas, nana, nunca volveré ahí.

—Bueno... No me dejas de otra que decírtelo ahora y sin filtro amortiguador —declaró con una nota de impaciencia—. En la remodelación, tumbaron un muro del vestidor del cuarto de tus padres y apareció una puerta secreta. Tengo un mal presentimiento.

El músico guardó silencio por una eternidad, meditando sobre el inesperado informe y el paradero de la llave que le habían entregado junto con el testamento de su padre.

—Está bien, salgo ahora mismo para allá —transigió de mala gana.

Nicholas llegó a Cozumel a la mañana siguiente. Tuvo que retrasar el inicio de su gira para salir de eso cuanto antes. Después de saludar a la nana y al contratista que estaba llevando a cabo la remodelación de la mansión, se dirigió al área en cuestión con llave en mano.

Ahí estaba, al final de lo que había sido el gran vestidor de la habitación de sus padres, una puerta de solido metal con una extraña cerradura que cazaba a la perfección con la no menos extraña llave que giró sin problemas en su interior.

Y los presentimientos y sospechas que se negaban a pronunciar en voz alta, como si con eso se pudieran evitar las catástrofes, se hicieron realidad. Detrás de la puerta encontraron un cuarto que parecía una caja fuerte gigante, con los muros cubiertos de un

material especial y un sistema de extracción sofisticado que protegía de la humedad, el moho y la termita, 24 horas al día, los 365 días del año, el tesoro de papel, tinta y piel resguardado en su interior. Alrededor de cien ejemplares de libros de primera edición con firmas originales de sus autores, en algunos casos; dibujos y mapas coloreados a mano, en otros; todos ellos de ediciones limitadas. También encontraron manuscritos originales de escritores famosos de épocas pasadas.

Mati fue testigo fiel de cómo Nicolás palideció de muerte hasta tambalearse sobre sus pies ante la cruel verdad. A su mente acudió el relato de sus propios labios acerca del triste desenlace de su amorío con Alicia, cinco meses atrás. Nicolás fue el más terrible de los jueces. Sordo y ciego de rabia acusó, condenó y humilló a una chica inocente, escudado en fantasiosas evidencias y su trágico pasado que marcó su presente y su futuro de por vida.

Por la noche, ya que los ánimos estaban calmados, Mati entró al antiguo despacho donde Nick se refugió después de la aparición de los libros.

—¿Nicolás?

—Pasa, nana —respondió con la lengua pesada desde las penumbras.

—Ha llegado la hora de entregarte esto. —Mati le mostró unos bultos que colgaban de sus manos. Sabía que le daría el toque de gracia, pero debía enfrentar las consecuencias de sus actos.

La anciana encendió la luz de la lámpara de pedestal sin siquiera mirar al hombre para no arrepentirse y luego procedió a vaciar sobre el escritorio el contenido de la primera bolsa. En cosa de segundos el mueble quedó cubierto con un portatrajes de plástico que contenía hermosos vestidos de noche, cuatro cajas de zapatos, un estuche de una prestigiada joyería con una gargantilla de brillantes dentro, un cofre con CD y el catálogo creado para la organización de la biblioteca.

Al final, Mati colocó frente a los abotagados ojos los dos libros de la colección, motivo del terrible enfrentamiento entre Nick y Alicia. De

la otra bolsa extrajo al único ocupante, el enorme oso vestido de pingüino.

La mirada de Nicholas se posó en el peluche y sus labios dibujaron una sonrisa cuando recordó a Yakoso. Estiro su mano temblorosa y levantó la tapa del cofre con los discos. Encabezando estaba el CD con la dedicatoria de su puño y letra:

Para la chica más dulce y especial que se ha cruzado brevemente en mi camino.

N.K.

—Las encontré en mi habitación, a mi regreso de Cancún, con una nota de Alicia despidiéndose. —Mati confesó con la pena dibujada en su marchito rostro.

—¿Te dejó dicho donde localizarla, nana? Necesito verla... —Las piedras preciosas de sus ojos brillaban por las lágrimas sin derramar —. Debo pedirle perdón —concluyó luego de vaciar la botella de *whisky* en su estómago.

—No, pero conozco a la madre de Pablo Joaquín, tal vez él sepa algo. —Mati acarició con infinita ternura el rostro afligido de su adorado Nick, luego de eso se retiró en silencio a descansar, segura de que darían con ella.

Nervioso como nunca, a la tarde siguiente Nícolás acudió a la dirección que le había dado su nana, dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguir los datos del paradero de Alicia.

Una hermosa casa blanca de dos niveles, losas inclinadas recubiertas de tejas rojas y preciosos jardines fue la que lo recibió al llegar al sitio marcado en su localizador. Era el domicilio de Pablo Joaquín, el hombre que se contuvo de moler a golpes cuando lo vio en la cama con Alicia.

Tocó a la puerta con un imperceptible temblor de mano, una mujer de avanzada edad, vestida de mucama, lo recibió e invitó a entrar con una gran sonrisa.

Al cruzar el umbral, de inmediato se percató de que dentro

festejaban algo, el sonido de alegres voces y una suave música de fondo se lo indicó. Siguiendo los pasos de la buena mujer fue a dar hasta el salón principal, donde se encontraba un grupo selecto de personas de pie, vestidas con elegancia.

Los que estaban de frente guardaron silencio y todos los demás voltearon para mirarlo, entre ellos pudo distinguir a Pablo y colgado de su brazo estaba Alicia.

—¡Nicholas! —Ella fue la primera en reconocerlo.

—¡Kirgyakos! ¿Qué haces aquí? —Pablo preguntó con voz un grado menos que molesta. Sintió a Alicia estremecerse y al mirar su rostro la vio palidecer harto preocupado.

—Necesito hablar con Alicia dos palabras. ¡Por favor! —agregó con humildad.

—No me parece que tengan nada...

—Prometo que seré breve —insistió con firmeza. Ahora que la tenía a unos pasos, no pensaba irse de ahí sin hacer lo que tenía que hacer.

Pablo consultó con la mirada a la petrificada chica y, luego de un «Ali» dicho con ternura, ella salió de su transe y asintió con discreción.

Los anfitriones se disculparon con los invitados y escoltaron al inesperado recién llegado al estudio.

Pablo miró con dureza el rostro serio del músico y luego se dirigió a Alicia—. Aguardaré afuera por si me necesitas. —No volvería a permitir que él ni nadie lastimaran a su chica.

—Escuché que estás convirtiendo tu mansión en escuela de música para niños de escasos recursos.

Alicia comentó para soltar los nervios en cuanto se adentró en la habitación. Con el largo espacio entre ellos y la vista puesta en el jardín trasero, era más fácil enfrentar lo que fuera. Solo esperaba que su corazón se mantuviera en el pecho y su hijo no pateara demasiado.

—Sí. Justo por eso he venido. —Qué extraño era dirigirse al hermoso perfil de Alicia a la distancia, cuando en el pasado lo normal era verse en los ojos de cielo y recorrer con las manos su cuerpo de diosa.



—Tú dirás —invitó con total propiedad.

Nicholas luchaba por ordenar sus ideas, la luz especial en el bello rostro lo tenía encandilado.

—Al tirar un muro de la habitación que era de mis padres, apareció un cuarto secreto, como una gran caja de seguridad; en ella se encontraron los libros perdidos de la colección. —Fue muy duro reconocer su terrible equivocación ante la impasible mirada azul. Alicia no se inmutó ni perdió su aplomo ante su confesión. Esa desconocida chica era más madura, más mujer—. He venido a rogar tu perdón y a compensarte de la manera que tú desees por todo el mal que te hice. —Con lentitud se fue acercando a ella, temía ahuyentarla con su cercanía—. Alicia, reconozco que me comporté como el peor de los canallas contigo. En verdad, ¡lo siento mucho! —Ya estaba dicho y eso no lo hizo sentir mejor.

—Todo quedó en el pasado, Nicholas. Por mi puedes quedarte tranquilo, ya está olvidado —declaró en un suave murmullo, sin apartar las manos cruzadas sobre su vientre como si fueran escudo.

Su mirada seguía perdida en las sombras del jardín, luchaba por controlar los latidos de su alocado corazón, pero, al percibir el calor que irradiaba el poderoso cuerpo y olfatear su delicioso aroma, sus sentidos se alebrestaron. Giró la cabeza para toparse con los bellos ojos verdes que la miraban con una intensidad tal que parecían penetrar su alma. En ese momento sintió un fuerte mareo que la obligó a bajar los párpados, se llevó una temblorosa mano a la frente y la otra salió en busca de apoyo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado al ver su rostro palidecer. Con los reflejos a flor de piel, Nicholas la sujetó colocando una mano en su espalda y la otra en su talle—. ¡Estás embarazada! —declaró sin importarle dejar en evidencia su sorpresa al sentir el vientre abultado bajo su palma.

—¡Sí! Pablo y yo vamos a tener un hijo —se apresuró a aclarar—. Justo ahora acabamos de casarnos —agregó retrocediendo un paso para poner distancia, sin apartar sus ojos de los suyos.

Por un tiempo que pareció una eternidad ninguno de los dos habló, pero sus miradas se quedaron engarzadas diciéndose todo lo que sus

labios no se atrevieron a revelar.

—¡Te felicito, bo... Alicia! ¡Felicidades por el bebé también! —No experimentaba ese horrible sentimiento de pérdida desde la muerte de su madre—. Ahora debo marcharme, mi vuelo sale en tres horas. —Con cada palabra se alejaba un paso de ella—. Gracias por recibirme. —Una última mirada y por fin se giró en redondo para alcanzar la puerta.

—¡Nicholas! —Para Alicia resultó una terrible agonía ver partir por segunda vez al amor de su vida.

—Sí... —volvió su cuerpo al tiempo que respondía casi en un susurro.

—Cuidate. —¿Qué otra cosa podía decir? ¿Tal vez un «no te vayas», o «el hijo que espero es tuyo», o qué tal un «te amaré por siempre»?

—Claro. Adiós, Alicia. —No pudo evitar la nota de desilusión en su despedida.

Alicia lloró en silencio al tiempo que veía la figura amada perderse tras el muro que lo alejó por segunda y última vez de ella.

—Amor, ese era tu padre. —Abrazó su vientre para calmar la inquietud del pequeño en su interior.

—¿Quién era ese bombón? Se me hace cara conocida... —Tere, la hermana sándwich de Pablo, preguntó con la mirada fija en la puerta, como si pudiera ver al hombre a través de ella.

—Mi pasado que ha venido a despedirse —respondió Alicia desde lejos con el corazón destrozado por el dolor.

—Ven, princesa, bebe esto, te hará bien. —Ray apareció con una taza de té de azahar para que clamara los nervios.

## Capítulo 38

— ¿La encontraste, Nick? —Mati preguntó ansiosa en cuanto lo vio llegar.

—Sí, nana. Llegue justo para felicitarla por su casamiento con Pablo. Están esperando un hijo —agregó sombrío.

Nícholas no dijo más, miró con ojos largos la pena en el rostro de la única mujer que lo amaba de verdad. ¿Quién necesita de otra cosa?

A solas, Mati se quedó buen rato dándole vueltas a las palabras de Nick. ¿Alicia y Pablo juntos? ¿Ella esperaba un hijo de él?

Ciertamente en breve Nícholas se marchaba de la isla, pero ella permanecería varias semanas hasta terminar de empacar y enviar a una bodega en la propiedad de Grecia las cosas personales y de valor de la familia Kirgyakos, que por treinta y cinco años se acumularon entre las paredes de esa gran mansión, que solo dolor y muerte significaron para las personas que habían habitado en ella.

Mati resolvió que también se quedaría el tiempo suficiente para indagar qué tanto de cierto había en toda esa historia que rondaba a Alicia.

El pretexto perfecto llegó para Mati dos semanas después, cuando Graciela fue a visitarla llevando consigo un par de gatos de casi tres meses de edad, idénticos a Tiranos. Los preciosos animales eran indiscutiblemente hijos de él.

A sabiendas de que Alicia aceptaría gustosa a los gatitos, Mati ordenó que los llevaran al veterinario para ponerles sus vacunas, los desparasitaran y los pusieran bellos.

El profesional, informado de que los animales eran un obsequio para una chica embarazada, entregó una lista de recomendaciones para cuidar de su salud y la del bebé y con eso descartar un posible contagio a través de los pequeños felinos.

—Señora Alicia, una dama mayor la está esperando en el salón.

—¿Dijo de quién se trataba? —Alicia preguntó bastante extrañada, porque las únicas vistas que recibía eran la de doña Virginia y sus cuñadas Teresa y Guadalupe, pero ellas no necesitaban anunciarse.

—Matilde, señora.

—Gracias, Meche; por favor, llévenos té al salón —pidió controlando la inquietud que le provocó la noticia.

—¡Mati! —pronunció emocionada. Su aprecio por la anciana no había cambiado.

—¡Niña querida, estás bellísima! debe ser por el embarazo — declaró regresándole el abrazo a la joven madre.

En medio del emotivo encuentro la mucama apareció cargada con el servicio de té y galletas recién horneadas.

—Gracias, Meche, yo serviré. Este es el té que tanto te gusta, lo adopté después de irme de... —calló de pronto—. Las galletas están riquísimas —dijo con el plato estirado hacia ella.

—Todavía te duele, ¿no es así, mi niña? —Para Mati no pasó desapercibido el dato. Ese era el segundo motivo por el que se encontraba en ese lugar y no descansaría hasta cerciorarse de la verdad.

—¿Sabes lo que sucedió? —preguntó sonrojada.

—Nick me contó todo el día siguiente de que aparecieron los libros. No sientas vergüenza, mi niña, soy una mujer vieja, pero en su tiempo supe lo que era amar con pasión a un hombre —confesó con una suave sonrisa. Envolvió con su tibieza los dedos retorcidos con la intención de brindarle la confianza de que se desahogara con ella como en el pasado.

—Eso ya no importa. Como te dije que sucedería llegado el momento, cada quien siguió por su camino. —Alicia se hacia la fuerte, pero el escozor en los ojos anunció las lágrimas.

—¿Estás segura de que no queda nada de ese amor? —Mati

necesitaba saber si el hijo que esperaba era de Nick a como diera lugar.

—¡No! —respondió con brusquedad, pero al segundo se arrepintió—. No, Mati. Ahora me debo a mi esposo y al hijo que esperamos.

—¿Ya no confías en mí, querida? —¿Era miedo lo que veía al fondo de la mirada azul? ¿A qué o a quién?

—No hay nada que decir, Mati, de verdad. He sepultado en el olvido los meses que viví en la mansión Kirgyakos.

Alicia mantenía la mirada baja para sostener su nueva realidad, aunque quisiera gritar a los cuatro vientos que esperaba un hijo del hombre que seguía amando con locura. No lo haría, el bebé era un regalo de Dios para su consuelo y no correría el riesgo de perderlo.

—Entiendo, mi niña, no insistiré —dijo la anciana con tristeza, pero su corazón le decía que la chica mentía—. Te he traído una sorpresa —dijo con tono travieso. Moría de ganas de ver su reacción—. La tengo en el auto. ¿Me acompañas afuera para entregártela? Así aprovecho para despedirme.

—Con gusto, Mati —respondió intrigada. Comedida ayudó a la anciana a ponerse en pie y juntas salieron al pórtico.

Con una reacción involuntaria, Alicia detuvo en seco su marcha, apretando sin darse cuenta el brazo que sostenía, al ver el elegante auto de Nicolás en la entrada. Mati la miró con oculta satisfacción.

—Está en el asiento trasero —la animó con un pequeño empujón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó emocionada. De manera automática se llevó las manos a los labios, como si quisiera contener una andanada de palabras—. Son idénticos a Tiranos.

Con la mirada rebotante de amor, se quedó observando al par de gatitos que jugaban dándose zarpazos y saltos el uno sobre el otro por todo el asiento. Eran dos preciosas réplicas en miniatura del precioso don Juan.

Sin poder controlarse, dejó correr las lágrimas retenidas por horas, días y meses, como manantial de azules aguas.

—Son hijos de él, ¿verdad? ¿Son para mí? —preguntó con retraimiento. Cuando vio el asentimiento de la nana se apresuró a abrir la puerta.

—¡Espera! —replicó Mati alarmada—. Deja que el chofer los ponga en su jaula y se los entregue a un empleado de la casa. Aunque recién han estado con el veterinario, no es conveniente que por tu estado convivas con ellos muy de cerca. Quiero que leas concienzudamente este papel y sigas las indicaciones del médico al pie de la letra, así no habrá nada que lamentar durante el embarazo —concluyó con firmeza.

Mati giró instrucciones al chofer y Alicia llamó a Meche para que trasladara a los gatitos a una habitación desocupada, más tarde decidiría cuál sería su espacio.

—¿Ya sabes su sexo? —Con timidez, Mati rozó apenas el vientre de la chica.

—Sí. Es un baroncito. —Los ojos de Alicia brillaron de emoción.

—¿Me permitirás volver a visitarte antes de marcharme de la isla? —preguntó con cautela. No quería que se sintiera amenazada.

—Por supuesto que sí, Mati. Será un gusto verte de nuevo —aceptó de buena gana porque ya le había dicho que se iría pronto.

La nana no alcanzaría a conocer a su bebé, además, nada le aseguraba que se parecería al papá, algo sacaría de ella también, ¿no?

Las semanas pasaron rápidamente y la fecha de regreso a Grecia para Mati estaba por cumplirse. Por fin habían terminado de empacar y enviar por barco todas las cosas de la mansión y ya nada la retenía ahí, solo la fuerte sospecha de que el hijo que esperaba Alicia era de su Nick.

La chica seguía firme en la historia de que el padre de su hijo era Pablo y el joven, por su parte, se mostraba feliz e impaciente por la llegada del heredero, como solía referirse a él.

Sacando cuentas, Mati concluyó que los seis meses de embarazo que había completado Alicia, eran justamente los mismos meses transcurridos desde aquella terrible mañana en que Nicolás la tomó...

—¿Ella cómo está? —Nícolás se escuchó gris del otro lado de la línea.

—Bien, hijo, completando su sexto mes de embarazo. —Cómo

rogaba al cielo por que una luz de curiosidad y sospecha llegaran al cerebro empañado de Nícolás.

—¡Excelente!... ¿Ya tienes listo tu equipaje, nana?

—Sí, querido —respondió con tono decepcionado—. El fin de semana estaré contigo. Nícolás, me gustaría que me permitieras comprar un regalo para el hijo de Alicia. —preguntó volviendo al tema. Estaba resuelta a hacer lo que fuera necesario para que la verdad saliera a la luz, con ella todo se colocaría en el lugar correcto.

—No necesitas pedir permiso, nana, eres libre de disponer del dinero depositado en tu cuenta como mejor te plazca. ¿O acaso necesitas más?

—No, querido, es suficiente con lo que tengo. —Por hoy se rendía, ya no tenía argumentos.

Emocionada como una jovencita, Mati no descansó hasta que consiguió que Alicia la acompañara a la entrada principal para que recibiera junto con ella el regalo perfecto que había tardado días en encontrar. Tuvo que hacer un viaje hasta la capital para eso.

—¡Mati! ¡Debe haberte costado una fortuna! ¡No la puedo aceptar! —Se negó de inmediato, aunque la cara de fascinación con la que recorría con sus dedos y sus ojos los relieves y grabados en la madera de la cuna la desmentían.

—Es un regalo de Nick y mío para su... para tu hijo, mi niña, no la vayas a rechazar porque me dolería en el alma —expresó con devoción en tanto cruzaba las regordetas manos sobre su pecho, aunque segura estaba de que su nobleza de corazón no le permitiría lastimar los sentimientos de una pobre anciana.

—Gracias, Mati. Por favor, dale a Nícolás las gracias en mi nombre y el de Pablo —enfaticó. Qué ironías de la vida, ante sus ojos se encontraba la «cuna de oro» donde dormiría el hijo no deseado, elegida por la nana y pagada por el padre.

Su imaginación voló sin querer y pudo ver a su precioso bebé reposando en el fino cobertor con estampados de coloridos gatos haciendo travesuras, rodeado del velo protector del mosquitero y arrullado por la música proveniente del carrusel de gatos de cómics

famosos.

—Mati... ¡Todo está precioso! —comentó, conmovida hasta las lágrimas, sin poder apartar la mirada de los gatos que hacían piruetas al son de la suave música infantil y giraban describiendo un círculo iluminados por luces multicolores.

Cuando reconoció las melodías, su corazón dio un vuelco doloroso, como si viera al mismísimo Nicolás detrás su violín. Por el breve tiempo que conservó los discos de sus composiciones, alcanzó a escuchar los temas que él creó para una película animada para niños. Entonces, esas lágrimas agolpadas en sus ojos rodaron libremente por su rostro.

Con la significativa reacción de la chica, Mati se dio por bien servida, todo el cansancio y esfuerzo invertido en armar el regalo digno y perfecto de Nicolás para su hijo había valido la pena.

—Es hora de despedirme, niña. Mañana temprano sale el vuelo que me regresará a mi hogar adoptivo.

—Adiós, mi querida Mati. —Alicia abrazó conmovida a la buena mujer; en otras circunstancias hubiera sido de gran estima en la vida de su hijo—. Cuida de Nicolás.

—Y tú cuida mucho a mi nieto. ¿Le puedo llamar así? —preguntó haciendo la vista gorda cuando la vio palidecer un poco—. ¿Ya decidiste que nombre llevará? —Con ternura infinita acarició brevemente su vientre haciéndose la ilusión de que lo acariciaba a él.

—Stefanos.

Montada en el *jet* que la llevaba de vuelta a Grecia, Mati pensaba en Alicia y el pequeño Stefanos con gran sonrisa. Stefanos Kirgyakos... ¡Qué bien se oía eso! Tal vez más pronto de lo que pensaba pudiera comprobar su teoría, solo tenía que esperar a que naciera el heredero.



## Capítulo 39

Alicia pasó los siguientes meses entregada en su totalidad a estudiar para acreditar materias al vapor y ganarle tiempo al tiempo. Entre tanto aumentó de peso y talla de una manera sorprendente, rodeada de atenciones, mimos y en especial de paz.

Diario por las tardes acudía a la alcoba de su hijo para seguir con la decoración que se empeñó en que fuera hecha con sus propias manos. Sus fieles amigos, después de muchas negociaciones en relación al tema, la dejaron hacer, aunque siempre atentos de que no se extralimitara en sus actividades, lo que no podían impedir era que invariablemente terminara embadurnada de pegamento, pintura y sal por las lágrimas derramadas al escuchar la preciosa música del carrusel.

—Hola, Ray, ¿y Alicia? —Era la pregunta obligada de Pablo, todos los días, en cuanto cruzaba la puerta de entrada.

—Ya sabes, querido, en su lugar preferido, pintando el mural y escuchando la canción preferida de Stefanos. ¿Qué escondes, Pablito?

—A pesar de que su mirada estaba puesta sobre el guiso, de inmediato captó que su amigo ocultaba un paquete en su espalda.

—¡Eres como las moscas, Raymundo! Todo hueles y miras. —Pablo lo acusó dejando a la vista el paquete con la envoltura clásica de la tienda de ropa para niños.

—No soy yo quien se enojará contigo, Pablito. Te aconsejo que guardes con mucha discreción, en la cómoda de Stefanos, lo que quiera que traigas ahí y aprovecha para decirle a Ali que venga a cenar.

A pesar de las amenazas, Pablo seguía sin controlar su recién descubierta adicción por la ropa para bebé, que, según Alicia, difícilmente alcanzaría a estrenar Stefanos por la rapidez con la que crecen todos los niños en esa etapa del desarrollo.

—No me regañes tú también, Ray.. —pidió dolido.

—Solo trato de que sobrevivas para que alcances a conocer al pequeño Stefanos.

Cuando Alicia aceptó casarse con Pablo, él y Ray decidieron usar sus ahorros para comprar una casa donde pudieran vivir los tres para apoyar a la chica al cien. La llegada de ese niño significaba una bendición en sus vidas.

Semanas después, en una mañana de sábado...

—¿Cómo andan esos antojos, mamá?

—De lo más extraños, Ray. Ahora es tortilla de huevo bañada con salsa de tomate. —Alicia esperaba la adornada reacción de asco de su amigo, pero esta nunca llegó, en su lugar apareció la tortilla servida en un precioso plato de cerámica artesanal maya, coloreada de rojo en medio de un hermoso anillo de frescas rodajas de tomate.

—¡A la princesa lo que pida! Y, para que veas que soy solidario con la causa, yo también desayunaré lo mismo.

—Gracias, cariño, eres un amor.

—Lo sé, pero no te enamores de mí porque soy causa perdida. — Ray rio a pierna suelta de su chiste, tratando de contagiar su buen humor a la chica, que, conforme se acercaba la fecha del alumbramiento, aumentaba de peso y de tensión nerviosa.

Alicia sonrió al recordar las ocurrencias de Raymundo. Era obvio que sus esfuerzos por mejorar su estado anímico no estaban resultando, en verdad no quería preocupar a sus queridos amigos, pero, entre los nervios por el parto y la interminable melancolía por la ausencia de Nicolás, era casi imposible que de diario se quedara dormida entre lágrimas y sollozos.

—¡Aliii! ¡Raaay! —Desde el vestíbulo se escucharon los gritos de Pablo, que recién había llegado de una sesión de fotografía—.

Pónganse guapos porque en hora y media saldremos al teatro y a cenar. Tienen sesenta minutos para traer sus elegantes traseros al recibidor.

Desde temprano, Ray le había advertido que Alicia se veía muy triste y decaída y, como ambos se habían comprometido a impedir que la chica volviera a caer en depresión, ideó ese plan intensivo de calle.

La primera semana de octubre, cuando Alicia presentaba su penúltimo examen en línea para acreditar su pasantía, se le presentaron los dolores de parto. Por fortuna, Pablo se encontraba en casa, recién llegado de su *tour* por América del Sur, a donde lo había enviado su revista como fotógrafo titular de las chicas que participarían en el certamen de belleza mundial del año siguiente.

—¡Princesa, por favor, deja eso para otro día! —rogaba con voz lastimosa. Ver cómo se retorció de dolor en su silla frente a la pantalla, empeñada en concluir la tarea, era insoportable para sus nervios al punto del colapso.

—No, Pablito, solo dos preguntas y termino. ¡Auuu! Fhu, fhu, fhu —se le escapó un doloroso gemido y de inmediato usó la técnica de respiración para controlarlo—. Ya pasó —aseguró al par de horrorizados hombres—. ¿Cada cuánto me están dando? —preguntó sin despegar los ojos del monitor.

—Cada veinte minutos. —Pablo llevaba el conteo con los ojos en la carátula de su reloj.

—Todavía hay tiempo... —Sabía que una vez nacido el pequeño Stefanos, le sería muy complicado finalizar sus estudios, por eso había aprovechado bien el tiempo durante el embarazo y prácticamente estaba a unas semanas y un servicio social de conseguir su título de licenciada en Letras.

Pablo y Ray se sentían cada día más orgullosos de Alicia. Su admiración y cariño se había incrementado y solidificado con esa inesperada etapa de su relación, que los hacía sentirse vivos y completos, aunque sabían de antemano que no era igual para las dos partes. Alicia sufría lo indecible en el intento de olvidar a su tirano,

al punto de impedir que se dijera una sola palabra acerca de él, incluso en casa estaban prohibidos periódicos o revistas que hablaran de sus andanzas y trayectoria, y ni hablar de la televisión, habían tenido que cancelar la suscripción por cable.

Gracias a los reglamentos establecidos por la señora de la casa, Pablo no comentó que había coincidido con el músico en su viaje pasado. El famoso, ahora que se dejaba ver, había asistido como invitado a uno de los eventos, con su apariencia y personalidad impactantes, pero con algo inaccesible que lo hacía estar presente sin estarlo. Su cuerpo estuvo ahí tocando al piano su maravillosa música, pero su espíritu y alma estuvieron ausentes.

—¡Listo! Ahora sí, chicos, llévenme al hospital para parir a este bebé que tiene mucho apuro por nacer. ¡Aaah, mi Dooos! ¡Cómo duele! —Se dobló en dos por el intenso espasmo, apenas pudo escuchar las recomendaciones de Ray, su doctor de cabecera, que también adolorido le gritaba las instrucciones de respiración.

—Dios la acompañe, señora Alicia. —Meche no dejaba de bendecir a la joven madre en tanto la seguía hasta el auto.

—Por favor, Mechita, te encargo mucho a Uno y a Dos; que no les falte comida y agua y, sobre todo, por ningún motivo permitas que el jardinero los deje salir de casa.

—¡Ya, mujer! Sube a ese auto si no quieres que Stefanos nazca en nuestra entrada —pidió Pablo en tono desesperado.

A las seis de la tarde de un dos de octubre, vio su primer atardecer el pequeño Stefanos Joaquín Suárez. Vino a este mundo pesando tres kilos trescientos gramos y midiendo cincuenta y dos centímetros, con una espesa cabellera negra como la noche y una tersa piel definitivamente morena.

—¡Wow, Ali! Este bebé no se parece en nada a ti y mucho menos a mí... —Pablo miró asombrado el capricho de la naturaleza. ¿O era Dios? El niño, aun siendo un recién nacido y con los ojos apretados por el esfuerzo de mamar, era la viva imagen de su padre, solo le faltaba el vello de la barba para ser su clon en miniatura.

—De suerte que Nicolás vive del otro lado del mundo y ya no tiene

nexos ni intereses de este lado. —Más que comentario fue una declaración, como si tratara de convencerse a ella misma de que nunca llegaría la hora de que padre e hijo se toparan en el camino—. ¡Qué hermoso eres, Stefanos! —ciñó amorosa a su hijo en brazos; esta vez sus lágrimas eran de felicidad por saberlo sano y solo suyo.

—Recuerda que esas fotos son para el álbum familiar, Pablito. —El flash de la cámara distrajo a Alicia de su honrosa tarea.

—Sí, princesa, no lo olvido. —Pero esa promesa no le impedía pensar en pedirle que reconsiderara la idea de incluir algunas de sus fotografías en su primera exposición, que se llevaría a cabo en la ciudad de Cancún, a finales de diciembre.

—Pase. —invitó. Los discretos golpes a la puerta le impidieron abordar el tema.

—Buenas tardes, jóvenes padres, traigo conmigo el alta de mamá e hijo para que se vayan a casa ahora mismo. —El doctor Atondo anunció con un legajo de papales en mano y una gran sonrisa—. Aquí están las instrucciones para la alimentación y aseo del bebé, así como las vitaminas que debe tomar en sus primeros meses de vida. Cualquier duda al respecto o situación fuera de lo normal me la hacen saber de inmediato.

—¡Hogar, dulce hogar! —Alicia expresó feliz en cuanto cruzaron la puerta, después de dos días de ausencia.

—¡Sorpesaaa!

—¡Oh, Dios! Gracias, familia. Qué bello recibimiento —expresó con la voz entrecortada por la emoción de ver tantas muestras de amor de los chicos, doña Virginia, don Facundo y sus cuñadas, que se habían tomado la molestia de decorar el salón con un gran letrero de bienvenida colgante del muro frente a la entrada, globos con largas colas flotando por todo el lugar, ramos de flores en todas las superficies planas y hasta un pequeño banquete.

—Déjame ayudarte con mi nieto, querida. —Doña Virginia tomó al niño en brazos y de inmediato le habló con mimos—. ¡Qué apuesto es! —comentó fascinada por la belleza morena.

—Ahora sigo yo, mamá

—Yo primero porque soy la mayor, mamá. —Lupita se adelantó a

Teresa exigiendo sus derechos de antigüedad.

—¡Nada de eso! Yo primero porque seré el padrino de Stefanos. — Ray entró al quite poniendo orden en la sala.

Tres horas duró el festejo, hasta que madre e hijo mostraron signos de cansancio, entonces el orgulloso padre decidió dirigirse a la concurrencia:

—Querida familia, me temo que es hora de dejar descansar a Alicia y a mi hijo. —De inmediato se dejaron oír las quejas de las tías, que no se saciaron de tener en brazos al pequeño bribón, que no hizo otra cosa que dormir hasta que le apretó el hambre.

—Suegros, cuñadas les agradezco de nuevo este bello recibimiento y les reitero, en nombre de todos los integrantes de esta familia, que pueden venir cuando gusten.

Ya en la privacidad de su habitación, Alicia sintió el peso del cansancio encima. También estaba un poco adolorida y muy desvelada, porque Stefanos comía cada tres horas. Solo pensaba en echarse a dormir, pero temía no escuchar si Stefanos se ahogaba o dejaba de respirar, así que, después de acostarlo en su cuna, se sentó en la orilla de la cama a admirarlo dormido, en tanto su carrusel llenaba de magia y quietud el lugar.

—¿Qué haces, princesa? ¿Por qué no te has acostado? —Pablo entró justo en el momento en que cabeceaba sentada.

—Tengo miedo de que le pase algo mientras duermo —respondió con rostro afligido.

—Te propongo algo, cariño: Ray y yo nos turnaremos para cuidar de Stefanos, así todos estaremos más tranquilos. ¿Qué dices? —preguntó empujándola con suavidad sobre el colchón.

—¡No puedo hacer eso, querido! Ustedes tienen que trabajar temprano... —Se incorporó en sus codos para mirar el rostro amable de su esposo.

—Lo que tú no sabes es que hemos pedido nuestras vacaciones para estar en casa todo el tiempo.

—¡Eso es maravilloso! Entonces acepto gustosa, Pabli... —Alicia ya iba dormida cuando se dejó caer en la almohada; la sonrisa impresa

en su bello rostro habló de la inmensa felicidad que la embargaba.

—¿Para dónde se le va a este bebé todo lo que come? —Ray observó el biberón, que hacía un minuto había preparado, por completo vacío. A sus dos meses de edad, Stefanos tomaba también leche de fórmula para completar la dosis, porque su pobre madre no lo dejaba satisfecho.

—¿Y todavía lo preguntas? ¡Ve este pañal! —respondió Pablo que le había tocado cambiarlo.

—¡Ay, qué asco! —Ray tenía una expresión de horror en su verde rostro—. ¿Cómo puede una cosita tan chiquita hacer esas cosotas?

—Ya deja de hablar mal de mi precioso. ¿Que no ves lo apenado que está? —Alicia salió de la regadera en el momento que alcanzó a oír la conversación del padre y del padrino de su hijo.

—Qué pena va a tener este sinvergüenza, si parece que le hacemos cosquillas cada vez que lo talqueamos.

—No, Pablito. Creo que se burla de nosotros —agregó Ray con el rostro cenizo.

—Ay, Raymundo. Eres el tipo más ingenioso y encantador del planeta. Stefanos es muy afortunado de tenerlos a los dos.

—No vas a pensar lo mismo luego de que Pablo te cuente sus planes.

—Acabo de decidir que te cortaré esa lengua tan comunicativa que tienes, Ray.

—Tú no harás nada de eso; mejor me contarás que andas tramando, Pablito, si no la que te cortará algo seré yo, y no será precisamente tu rosada lengua, querido.

—Vámonos, Stefanos. Esto se está poniendo muy peligroso... —Ray tomó al bebé en brazos y salió de prisa de la habitación de Alicia.

—¡No huyas, cobarde! —A Pablo no le quedó de otra que enfrentar la mirada seria de Alicia—. Ya verás que no es nada grave, preciosa — inició su relato con frases conciliadoras—. Se trata de mi próxima exposición de la que ya estás ente...

—Al grano, zanahoria —chilló Alicia impaciente.

—El caso es que mi agente ha mirado las fotografías que te tomé y

dice que son bellísimas; quiere que las incluya para la exhibición — terminó con lengua atropellada con la esperanza de que no le entendiera.

—¡De ninguna manera, Pablo! Me prometiste que nunca se harían públicas.

—Y así se hará si no aceptas. —Levantó su mano pidiendo tiempo para explicar—. Déjame mostrártelas y, si todavía piensas que son un riesgo para Stefanos y para ti, prometo no insistir. —Ahora sus manos se encontraban unidas en señal de súplica.

—De acuerdo —accedió a sabiendas de que jamás los expondría al peligro; confiaba ciegamente en él.

Pablo fue y vino en segundos con el sobre de fotos que desplegó sobre la crecenta. Al ver su mirada de fascinación, se sintió recompensado, en ese momento decidió que no las incluiría en el paquete.

—¿Cuándo me tomaste estas? Nunca las había visto. ¡Son bellísimas! La verdad es que no me reconozco... Puedes usarlas, Pablito. Para mi será un honor.

—Gracias a ti por ser mi musa inspiradora —dijo tomando su mano para besarla.

—Esta no —tomó con celo una fotografía donde estaban ella y su hijo. Alicia acariciaba con su cabello el cuerpecito desnudo después del baño, y el bebé mostraba su hermoso rostro risueño a la cámara —. Que sea mi regalo en tamaño gigante para colgarla en mi oficina, en cuanto la tenga —aclaró feliz.

—Cuenta con ella —dijo abrazándola.



## Capítulo 40

Los días pasaban para Alicia viendo crecer a su hijo con rapidez, a la par de sus queridas mascotas, a las que les asignó un espacio del jardín donde mandó construir su casa y algunos juegos para que no sufrieran las inclemencias del tiempo. Aunque eran libres de entrar y salir de la residencia, pero no así del predio, el que tenían amurallado por todos los costados. Le horrorizaba la idea de que un auto los pudiera arrollar.

Para Alicia, todo era perfecto en ese mágico mundo creado por sus amigos para Stefanos, Uno y Dos.

Del otro lado del mundo...

¡Un año! ¡Un año y seguía sin poder fornicar con ninguna mujer! Nicolás estaba fastidiado de exámenes, pruebas y análisis que lo único que le indicaban era que su estado fisiológico en general y su aparato sexual en particular estaban en perfectas condiciones y, aunque era un alivio no ser impotente, no podía seguir como si tuviera quince años, necesitaba recobrar su sana vida sexual como correspondía a un hombre de treinta y siete.

Decidido a seguir la recomendación de su terapeuta, hizo una cita con su colega inglés, que era una eminencia en trastornos sexuales de origen desconocido, como el que él padecía, antes de que sus examantes y fans terminaran por concluir que se había vuelto gay.

Lo que seguía era informar a su nana de su próximo viaje a Inglaterra «por motivos de trabajo». Ella desconocía las dificultades

por las que estaba pasando y así debía continuar. A fin de cuentas, era un tema bastante complicado de tratar con cualquier persona, incluso ella y su mejor amigo.

—¡Nana!, ¡nana! ¿Dónde te metes? —Al no recibir respuesta del otro lado de la puerta de su salita de estar, asomó la cabeza, impaciente—. ¿Nana? —Estaba a punto de retirarse cuando lo atrajo como un imán su mesa de trabajo, donde solía pasar horas enteras. Ahora tenía dispersas algunas fotografías y recortes, seguro de su último viaje a América del Sur.

—¿Y esto? —se preguntó asombrado por su equivocada suposición al descubrir a la belleza que le regresaba su mirada azul.

Todas las imágenes eran de Alicia, acomodadas de manera cronológica con el desarrollo de su embarazo. Nicolás desconocía que Mati seguía en contacto con ella de una manera tan cercana.

Se quedó por varios minutos anclado al piso, hipnotizado con la mujer que lucía más bella que nunca. Sin darse ni cuenta su libido se activó, endureciendo de forma espontánea cierta parte de su cuerpo que tenía casi un año dándole problemas con las chicas. Para ser preciso, Alicia había sido la última mujer con la que había estado en la intimidad.

—Hola, querido. ¿Me buscabas? —Mati entró en la habitación fingiendo no darse cuenta del rostro sonrojado de Nicolás; cualquier reacción era preferible a ese estado de hermetismo y mal humor que ya eran parte de él.

El toque final de la puesta en escena de la anciana eran las nuevas fotografías que acababan de llegar y paseaba de un lado a otro de sus manos para tratar de llamar la atención de Nick.

—¿Sigues en contacto con Alicia? —En cuanto apareció la nana se dejó caer sobre el asiento para cubrir su entrepierna. Escuchaba la tranquila afirmación sin ocultar que el tema le resultaba de vital interés—. ¿Por qué?

—Le tomé mucho cariño. Espero que no te moleste, hijo. —Con regocijo se dio cuenta de que había mordido el anzuelo y no desprendía la mirada de sus manos.

—¿Por qué habría de ser así? Tú puedes tener las amistades que

quieras. ¿Alicia sigue viviendo en Cozumel?

—Sí, querido. Mira, estas fotos de ella son recientes. —Puso el fajo en su poder antes de que cambiara de ánimo—. Este es Stefanos, su hijo. ¿No te parece una belleza de niño? —Aprovechó su estado catatónico para explayarse en los detalles—. Esta foto es de ayer. El bebé ya tiene tres meses de edad; no se parece nada a Alicia, seguro salió a su papá... —remarcó como al descuido—. Tú lo conoces, ¿se parece? —insistió metiéndole la foto por los ojos—. Qué pregunta tan impropia, discúlpame, por favor —pidió para nada arrepentida.

—¿Ya notificaste a la escuela de música que no asistirás a la fiesta en tu honor? —No perdía las esperanzas de provocar una reacción en el inexpresivo rostro.

—He cambiado de opinión, nana. ¿Quieres acompañarme al viaje? —preguntó con mirada indescifrable.

—Sabes que nada me gustaría tanto como estar presente en la entrega de ese merecido reconocimiento para ti, hijo. —«Entre otras cosas», se dijo para sí, moderando su gozo—. Si hay oportunidad, me gustaría aprovechar la visita para ir a ver a mi familia y saludar a algunas amistades en Cancún. —Pensaba darle todo el espacio del mundo, ya después ella procuraría a Alicia, porque no pensaba regresarse sin saber el resultado de sus esfuerzos y sin conocer en persona a su nieto.

—Habrá tiempo para todo, nana —declaró seguro de eso antes de despedirse con prontitud, le urgía estar a solas para ordenar sus ideas.

Después de su reacción inmediata e involuntaria y por demás intensa al mirar las fotografías de Alicia, Nícolás estaba convencido de que ya había encontrado la causa por la que su sexualidad no respondía con normalidad y cuál era la cura inmediata para su mal.

Por otro lado, ignorante de las verdaderas intenciones que motivaban al músico, Mati daba gracias a Dios llena de esperanza por un mañana para su Nick, Alicia y el hijo de ambos.

Antes de salir a divagar un rato, Nicolás llamó a la clínica en Inglaterra para cancelar su cita y también llamó a su mánager para que notificara a la escuela de música su cambio de programa, con la condicionante de que se debía guardar absoluta discreción de su asistencia, no quería que los medios de comunicación se enteraran hasta el último momento para que sus planes no corrieran ningún riesgo.

Por último llamó a Andrew:

—Hola, Capi. ¿Cómo te vendría una salida de fin de semana en el yate solos tú y yo? —Se encontraba tan excitado que hoy menos que nunca contaba con la paz que requería su alma para concentrarse en su música, por lo que decidió tomarse un respiro en compañía de su viejo amigo.

—*Algo que no hacemos desde hace tiempo. Me caería de perlas porque no soporto ya tanto barullo en casa. ¿Y a ti qué te molesta, Nick?* —Andrew no perdía oportunidad de sonsacar a su amigo, que no era el mismo desde su huida de Cozumel, meses atrás.

—Nada en particular. Tal vez solo necesito un fin de semana tranquilo con mi mejor amigo.

Mientras tanto Mati no desaprovechaba el tiempo, de inmediato se ocupó en preparar el viaje a México, que sería en dos semanas. Tenía que dejar instrucciones precisas a la servidumbre y a la vigilancia de la isla porque con suerte Nicolás y ella estarían fuera el resto de diciembre, lo que significaba que pasaría las fiestas navideñas con su familia en Cancún, si todo salía como lo esperaba con Alicia y Nick. Ya era hora de que el muchacho pusiera fin a su miseria, que se había incrementado con el violento desenlace del romance.

—¿Y bien? ¿No me piensas decir qué está pasando contigo? —De pie frente al timón, Andrew esperó el tiempo oportuno y cuando vio que Nick no tenía intenciones de hablar, pero sí de embriagarse, cosa que hacía muy seguido en los últimos meses, lo cuestionó a quemarropa.

—Lo de siempre. Estoy muy presionado por la carga de trabajo. —  
Desparramado en la butaca se bebió hasta el fondo su vaso y lo  
rellenó por sexta vez en menos de una hora.

—Ya tienes un año con ese cuento viejo y no te lo creo.

—Lo siento, pero no hay otra cosa —dijo con la mano del vaso  
alzada al aire y el dedo índice apuntándolo acusador—. Bueno, si hay  
algo, en dos semanas viajo a Cozumel a recibir el reconocimiento de  
la escuela de música —comentó como al descuido para restarle  
importancia.

—¿Solo a eso? —Andrew conocía a Nick como a él mismo y conocía  
de sobra que jamás acudía a esos eventos.

—¡Sí! He decidido hacer algunos cambios para subir el *rating*.

—Espero que no vayas con la intención de buscar a Alicia. Ella ya  
tiene su vida hecha, amigo. —No tenía duda de que, con su  
comentario, acababa de detonar la granada; oprimió el mando  
automático de la nave preparado para recibir la explosión.

—Eso lo sé de sobra, Capi. —Salió de la cabina, molesto por lo  
transparente que era para él. El aire fresco le ayudaría a aplacar su  
genio.

—Prométeme que no harás locuras, Nick —se obligó a decirle al  
malhumorado desconocido.

—¡No fastidies, Andrew!

—Voy a seguir fastidiando hasta saber qué demonios te pasa,  
hermano. Tal vez yo pueda ayudarte a resolver esa situación que te  
tiene tan raro, date cuenta de que no te aguantas ni tú mismo, Nick.

—¡No te pases, Capi! Ni a ti ni a nadie le permito que me hable así.  
—Airado, reaccionó con la esperada violencia contra su impasible  
amigo.

—Lo siento si no te gusta lo que oyes —Andrew continuó en su  
sitio, a pesar de que ya sabía a lo que se enfrentaba cuando al músico  
lo sacaban de sus casillas—. Espero que a la vuelta de tu viaje esté de  
regreso el hombre, no este remedo en el que te has converti...

—¡Este remedo de hombre, como tú lo llamas, maltrató y casi violó  
a Alicia hace un año! —vociferó en el rostro de su amigo—. Desde  
entonces estoy maldito. No puedo estar con ninguna mujer.

¿Satisfecho? —Furioso por verse obligado a revelar su penoso secreto, lo sujetó por el cuello del rompevientos y lo lanzó al piso de cubierta de proa sin consideración.

—¡Lo siento, Nick! —expresó impactado por la confesión—. ¿Prefieres que regresemos al muelle? —Se aventuró a sugerir incorporado en un codo.

Andrew dio un brinco involuntario cuando lo vio acercarse a él con su semblante desfigurado, de pronto le recordó a los toros de lidia cuando responden a la agresión.

—¡No! ¡No!... —Inspiró profundo y luego de unos segundos tendió una mano al amigo caído, arrepentido por su exabrupto—. ¡Lo siento, Capi! ¡Perdóname, por favor! Yo... Solo perdóname.

—Yo también lo siento, Nick. Nunca me imaginé que la cosa fuera tan seria —agregó con su característica humildad—. ¿Por qué no me cuentas desde el principio lo que pasó ese día? Hablar de ello te puede ayudar.

Andrew y Nicolás permanecieron en el yate todo el fin de semana. Hablaron y bebieron hasta conseguir una borrachera descomunal, que terminó en un SOS a la guardia costera para que los ayudaran a atracar el yate. Gracias a las influencias del ebrio capitán Ares fue que esa noche el «parcito» no pasó la noche tras las rejas.

## Capítulo 41

El día tan esperado para Pablo, Alicia y Ray por fin llegó. Los hombres acordaron que la chica y el niño irían al estreno antes de la apertura al público para evitar cualquier enfrentamiento con la prensa, por más local que fuera. El niño no podía ser exhibido.

Sorprendida era poco decir sobre Alicia ante el magnífico trabajo desplegado en los muros de la galería. Decenas de fotografías ampliadas y debidamente iluminadas colgaban acomodadas de forma tal que al recorrerlas parecía que caminabas por el tiempo, disfrutando de la maravillosa belleza y nitidez del momento capturado.

—Pablito, estoy muy orgullosa de ti. —Conmovida, se abalanzó a los brazos del artista apretujando al bebé, que no tardó en soltar el llanto—. ¡Lo siento, amor!

Entre afinar los últimos detalles y recibir a la familia y amigos, el tiempo se fue volando para los Joaquín Suárez y Ray.

—Queridos, debo irme —anunció Alicia poco tiempo después—. Saben que me encantaría acompañarlos el resto de la velada, pero no quiero exponer a Stefanos con los curiosos.

—No te preocu...

—Tengo la solución a tu problema, cuñada. —Cuando Pablo se disponía a disculpar a su esposa fue interrumpido por Teresa, su hermana—. El deber de toda esposa es estar con su marido en la malas y en las buenas, sobre todo si se trata de un evento tan especial que, si no me equivoco, empieza en quince minutos —destacó con voz de político en campaña al tiempo que miraba el reloj en su

muñeca—. Así que yo me llevo a mi sobrino a casa. Tú puedes llegar a la hora que gustes, querida. —La chica no esperó a recibir la aprobación de la madre para tomar en brazos al sonriente bebé, que la reconoció de inmediato.

—Princesa, sabes que tú, Stefanos y Ray son las personas más importantes para mí. Quédate a mi lado, plissss. —Unido a la campaña de convencimiento, Pablo junto sus manos y puso cara de niño abandonado.

—De acuerdo. Tere, cúbrelo bien en cuanto salgas porque ha empezado a llover.

—Cuenta con ello, cuñada. Ray, ¿te adelantas para que el chofer me tenga abierta la puerta del auto?—pidió al inusual callado profesional de la estética.

—Por supuesto, querida. Sirve para que le haga una serie de recomendaciones a ese «pie de plomo», porque quiero que mi ahijado llegue sano y salvo a casa de los abuelos.

Divertidos, Alicia y Pablo vieron alejarse a la pareja, que no dejaba de discutir en el trayecto a la salida, donde ya empezaba a congregarse la concurrencia.

Con una sonrisa perenne, en su bonito rostro, Pablo se pasó la noche de un lado para otro ateniendo a su público, a los amantes del arte y coleccionistas y por supuesto a los periodistas, que serían los que finalmente calificarían el resultado de la noche. La respuesta más solicitada por todos los presentes fue el nombre de la musa de su inspiración, que aparecía en muchas de las imágenes expuestas, y otras preguntas técnicas de los conocedores.

Al otro día, la noche fue calificada de rotundo éxito por los medios de comunicación local, aunque la noticia traspasó las fronteras, gracias en primer lugar al indiscutible talento del debutante y al magnífico trabajo de promoción y difusión realizado por su mánager.

—Cariño, es hora de que me retire. —Alicia aprovechó un breve lapso de intimidad para hablar con su esposo.

—De acuerdo. Deja que de aviso al chofer de la limusina para que aguarde por ti frente a la entrada.



—Espero no acostumbrarme a tanto glamur, querido. —Con una gran sonrisa entregó un beso fugaz en los rosados labios y se dirigió a la salida.

En cuanto Alicia salió, se arrepintió de no haber llevado un chal al ver la llovizna persistente, la misma que se convirtió en un chubasco huracanado que la obligó a correr al elegante auto que la esperaba con la puerta abierta de par en par. Sin dudar, se resguardó en el interior de fina piel con los ojos empañados de agua.

—¡Buenas noches, bonita!

Asombrada al escuchar esa voz de barítono, Alicia manoteó de su rostro los mechones chorreantes para constatar que era el indolente Nicolás Kirgyakos con su acostumbrada sonrisa derrochante de sensualidad.

—Sécate o pescarás un resfrío —sugirió con desenfado, estirando un pañuelo hacia ella, como si se acabaran de ver por la mañana.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás en mi auto? —exigió aceptando de mala gana la fina tela impregnada de su aroma. Entonces estuvo segura de que el aparecido no era una broma de su imaginación.

—En realidad, tú estás en mi auto —aclaró con evidente gozo—. Y, respondiendo a tu primera pregunta, estoy aquí porque quería verte.

—Con sus reflejos al cien, accionó los cierres automáticos en cuanto vio la intención de su pasajera de abandonar el vehículo en marcha —. No irás a ningún lado hasta que tú y yo hablemos.

Con voz fuerte y clara Nicolás ordenó al chofer que condujera a un sitio que no le sonó de nada a la cautiva.

—No me puedes obligar a acompañarte —declaró indignada—. Esto se llama secuestro y se paga con la cárcel —habló el miedo por las intenciones del arrebatador hombre.

—Por mí no te detengas, denúnciame —la invitó complacido.

Su visión rebasaba por mucho sus fantasías al ver con descarada fascinación cómo el vestido empapado se pegaba a su bella figura e insinuaba la curvatura de sus pechos y la forma de sus pezones hinchados. De forma increíble, todo su ser y especialmente su miembro cobraron vida solo con mirarla.

El rubor de Alicia subió a su rostro cuando sintió la verde mirada

como una caricia sobre su cuerpo, antes frío, para convertirse en hoguera, justo en su entrepierna, que de inmediato se humedeció como si quisiera apagar el incendio.

—¡Detén el auto en este momento, Nicolás! No tengo interés en acompañarte a ningún lado y tampoco de hablar contigo. —«La mejor defensa es el ataque», pensó; eso tenía que ayudar a contrarrestar la poderosa atracción.

—De serte sincero, yo tampoco, bonita. —De un salto se pasó al asiento de enfrente para envolver en sus fuertes brazos a la hipnotizada chica, antes de que esta opusiera resistencia—. Estás tan hermosa que apenas puedo contener mis ansias de hacerte el amor —declaró con voz enronquecida perdido en su cuello.

Con su boca se apoderó de los labios entreabiertos, como si esa hubiera sido una invitación y, entonces, sin importarle otra cosa que no fuera poseerla, invadió con su lengua la cálida y dulce humedad, solo para empezar.

La tormenta al instante se desató en el interior del auto con la misma fuerza del exterior en cuanto las bocas se reconocieron. Con movimientos torpes y desesperados cada uno buscó recorrer el cuerpo del otro entre gemidos y jadeos sofocados. Nada era suficiente para esos seres sedientos el uno del otro. Nicolás tenía aprisionado el cuerpo de la chica contra el respaldo del sillón sin darle tregua ni espacio para detenerlo, pero Alicia no se quedó atrás, con ambas manos sujetó con firmeza el trasero del hombre para tallar su cadera en la rígida y vibrante hombría.

Nicholas respondió con ardor a la sensual invitación, bajó con pericia la cremallera del vestido para dejar al descubierto los tersos hombros y besarlos con devoción.

—¡Oh, cielos! —Alicia sintió cómo las hábiles manos jugaban con sus sonrosadas aureolas por encima de la tela volviéndola loca. En un acto salvaje de frustración, ella misma jaló hacia abajo el escote para dejar el camino libre al hombre.

—¡Madre, mía! ¡Qué hermosa eres! —Con mirada ávida devoró los voluptuosos pechos que visiblemente habían aumentado de talla, luego fueron sus labios los que gozaron del contacto; con fruición

succionó el endurecido botón para luego seguir con el otro, hasta saborear la deliciosa miel que brotaba de ellos—. ¡Cielos! Qué delicioso sabes, bonita. Espero que a Stefanos no le importe compartir.. —Succionaba y bebía de los pechos como el sediento perdido en el desierto.

—¿Cómo? —Alicia preguntó con la cabeza fría como un iceberg. Accionada por un botón de alarma cambió de asiento y se acomodó la ropa—. ¡Atrevido!, ¡sinvergüenza! —Con terror sintió su ropa humedecerse sobre sus pechos, gracias a la estimulada reciente.

—No he hecho nada que tú no estuvieras deseando con locura también —estableció con cinismo en tanto se pasaba la lengua por los labios para recoger la miel escurrida.

Por demás complacido, Nicolás acababa de comprobar que su problema con las mujeres estaba por resolverse, aunque el hecho de estar tan estimulado era casi doloroso, después de todo tenía un año viviendo en celibato y no precisamente voluntario.

—¡Eres un desgraciado! ¿Se te olvida que soy una mujer casada? — La preocupación por su desliz la estaba matando, pero eso empalidecía con la alusión a su hijo por parte de él ¿Acaso...? ¡NO! Se negaba a pensar que tuviera tan mala suerte.

—Lo mismo que a ti, preciosa —le restregó sin delicadeza—. ¿Por qué no nos dejamos de juegos y vamos a mi casa a quitarnos las ganas? Está claro que tu flamante esposo y tú no tienen una buena vida sexual, de ser así, no hubieras reaccionado como lo hiciste. —Su mirada no se apartaba del sonrojado rostro estudiando sus reacciones.

—Si has venido hasta acá solo para decirme eso y acostarte conmigo, estás perdiendo tu tiempo, Nicolás. Para tu conocimiento soy una esposa feliz y satisfecha.

—No lo creo. —Su atención emigró a los voluptuosos pechos por los intentos infructuosos de ella por cubrirlos.

—Puedes creer lo que quieras, pero te advierto que amo a mi familia y por nada cambiaré lo que ahora tengo. —Se sentía desarmada y a punto de las lágrimas de frustración por los anhelos sofocados por meses, que a la primera oportunidad brotaron para

aniquilar sus defensas—. ¡Te exijo que me dejes salir del auto ahora mismo!

—¿Y si no lo hago qué harás? —Se pasó de nuevo a su asiento sin dejar de sonreír con mofa al verla replegarse contra la puerta.

—En algún momento el vehículo tendrá que detener la marcha y entonces gritaré hasta que alguien acuda a ayudarme. Si no llego pronto, mi familia reportará mi desaparición y las autoridades darán contigo.

—A nadie se le ocurrirá buscarte en el sitio a donde vamos ahora. — Era un hecho que no dejaría escapar a la chica sin sacarle una promesa de verse antes de su partida. Jamás repetiría su error del pasado, pero sí presionaría lo necesario para sacarle un sí, porque sabía a la perfección que ella lo deseaba con la misma fuerza que él.

Conseguiría que fuera a su encuentro por voluntad propia y entonces podría dejar zanjada la historia entre los dos. Estaba seguro de que esa era la clave para curarse de su mal. Se esmeraría por borrar el último encuentro donde se portó como todo un desgraciado.

—¿Qué es lo que buscas de mí, Nicolás? Tú y yo no dejamos nada pendiente. —Decidió hacerle frente con una valentía que estaba muy lejos de sentir. Era necesario salir de dudas en lo referente a su bebé.

—Yo no opino lo mismo, bonita. Tú tienes algo que me pertenece.

Alicia se quedó de piedra, hasta se olvidó de respirar. Nicolás aprovechó lo que pensó que era sumisión de su parte para acercarse a ella y tomar un mechón de sus cabellos. De pronto se le vino a la memoria la fotografía de Alicia con su hijo en brazos—. Stefanos no sacó el tono de tu pelo...

—¿Cómo lo sabes? ¿De dónde lo conoces? —cuestionó en un tono a punto de la histeria. Sus dedos como tenazas se sujetaron de las solapas de la fina chaqueta en espera de la respuesta—. ¡Respóndeme, maldita sea!

—Estoy alojado en este lugar —informó con mirada intrigada. El auto detuvo su marcha en una propiedad protegida con altas bardas en sus cuatro costados—. Te espero mañana a las cinco y entonces tendrás tus respuestas. —Se zafó de sus manos con delicadeza antes

de bajarse y desde afuera dio instrucciones al chofer para que la llevara de regreso a donde ella quisiera.

Alicia vio al imponente hombre accionar el cierre electrónico de la puerta y cruzarla sin mirar atrás, ella se quedó con la sensación de haber sido atropellada por una locomotora.

## Capítulo 42

A las afueras de un centro comercial, a unas cuadras de la casa de sus suegros, Alicia hacía tiempo en un ir y venir incansable para aplacar los nervios y los malos pensamientos luego de una larga noche de insomnio. Por supuesto que Pablo y Ray no se enteraron de nada de lo sucedido con el hombre que tenía en un puño su destino y el de su hijo.

Sin embargo, ellos sabían de la visita del divo musical, gracias a que Pablo tuvo que soportar a la chillona de Mar, porque el famoso ni se acordaba de ella; pero ninguno se atrevió a comentarlo en voz alta por respeto al acuerdo con Alicia, acuerdo que ella no tuvo ningún empacho en violar cuando se metió a la web, donde se enteró de que Nicolás se encontraba en la zona para recibir el reconocimiento que a la siguiente mañana le entregaría la escuela de música Berenice Kirgyakos.

Justo a las cinco menos cuarto llegó el auto de Nicolás a recogerla. El discreto chofer se apresuró a bajar para abrirle la puerta y en absoluto silencio la llevó justo a tiempo a la impuesta cita.

Aunque se defendió para no arreglarse especialmente, Alicia no pudo evitar seleccionar un hermoso vestido negro, de suave caída hasta la rodilla, con manga entallada abajo del codo y cuello en V.

La indumentaria seleccionada tenía como intención hacerla ver más madura que los veintidós años que tenía, eso le pareció buena idea horas atrás. Por alhajas solo lucía el anillo de compromiso, el de bodas y los sarcillos de la tía Adel, y como toque final se dejó la melena suelta sobre la espalda, pero con los mechones que

perfilaban su rostro recogidos en la coronilla de la cabeza, con un gran broche de carey negro para que la ayudara en su caracterización de mujer madura y sofisticada.

A la hora indicada el auto se detuvo en la entrada vehicular, en espera de que el mecanismo electrónico los dejara pasar.

Cuando subía los peldaños que llevaban a la pesada puerta de hierro forjado y cristal, esta se abrió y apareció el mismísimo Nicolás Kirgyakos vestido con camisa suelta y pantalón de lino, todo en color crema, y sus pies descalzos. ¡Bárbaro! Fue la palabra que eclipsó los sentidos de Alicia.

—Adelante, bonita, estás en tu casa. —Con mirada contemplativa la recorrió de pe a pa, al tiempo que su mano jugaba con los hielos en su vaso de *whisky*—. ¿Qué te ofrezco para beber?

—Nada, gracias. Esta no es una visita social, así que te voy a agradecer que vayas directo al grano. —Sin poder evitarlo, sus ojos lo escanearon con rapidez antes de adentrarse en el lugar y poner distancia de por medio.

Alicia no confiaba en ser lo suficientemente fuerte para contrarrestar el efecto Tiranolas. Como era su costumbre, el descarado hombre llevaba la camisa abierta hasta medio pecho y exhibía sus bien formados pectorales cubiertos de vello oscuro. La delgada tela del pantalón se pegaba a sus muslos y trasero de forma alucinante. Los mechones largos de su cabello relucían de negro por la humedad del reciente baño. Los expresivos ojos de gato le sonreían a la par que sus generosos labios y los estilizados pies desnudos parecían acariciar la alfombra, acortando la distancia con su indolente caminar. Para Alicia, lo imposible de ignorar era el delicioso aroma de su cuerpo, mezcla de su loción de siempre con su limpia piel.

—De acuerdo —accedió mostrando la palma de su mano—. Quiero que pases la tarde conmigo en la cama.

Apoyado en la repisa de la chimenea, de pies cruzados en total pose de relajación, movía en círculos los hielos de su vaso sin quitarle los ojos de encima.

Alicia se dejó caer en un sillón, con la gracia de un globo

aerostático desinflado.

—Ayer comentaste que tengo algo que te pertenece y, hasta donde recuerdo, dejé en tu casa todo lo que me regalaste, solo faltaron las once rosas marchitas —le recordó con el corazón saltándole dentro del pecho—. Si no es mucha molestia, me gustaría que me aclares tu reclamo y de dónde conoces a mi hijo. —Ignoró su desvergonzada confesión con una frialdad que bien le valdría un Oscar.

—Lo sabrás una vez que hayamos hecho el amor. —En total dominio de sus emociones se bebió el último trago y se acercó a ella sin apartar su penetrante mirada, seguro de que jugaba a ganar.

—¡Eres detestable! —Estaba a centímetros del poderoso hombre, recargándose de valor para no salir corriendo; recordar que estaba ahí para investigar si sabía algo sobre su hijo era lo que la mantenía anclada en su sitio.

—Cómo extrañaba tus insultos, bonita. —Con esa sonrisa que la nulificaba tomó su barbilla para obligarla a encarar las miradas—. ¿Por qué te quitas y me quitas el placer de desfogar el innegable deseo que sentimos el uno por el otro?

—Alguna vez dijiste que ese tipo de placer lo podías conseguir en cualquier sitio. ¿Por qué la insistencia conmigo? —preguntó con el corazón sangrante porque ella moriría por tan solo un beso de él. Pero no. Ahora se debía a un pequeño ser que la llevaba por otro rumbo y no se arriesgaría a perderlo ni por el único hombre que amaría en la vida.

—Porque lo que hay entre tú y yo es especial, bonita. —La mirada verde se fue tornando turbia de ir de los iracundos ojos a los labios de fresa.

—¡Lo que había, Nicolás!

—La pasión que compartimos no es algo que se pueda extinguir así como así. —Sin querer contenerse guió los labios por un camino de sensualidad desde el bello rostro hasta el níveo cuello, sin dejar de susurrar a su oído palabras en su lengua madre—. Ahí está. Solo necesitamos reavivar el fuego para que arda con todo su poder y nos envuelva hasta consumirnos. —Necesitaba de su consentimiento, nunca la volvería tomar con lujo de violencia.



—Eso para mí es agua pasada. Tú y lo que sentía por ti ya quedó en el olvido. No te quiero en mi vida de nuevo, Nicolás. —Bajó la mirada porque era imposible engañarlo si se perdía en el profundo mar de sus ojos.

—Sería tan fácil para mí desmentir tus palabras... —Lejos de sentirse desanimado u ofendido en su amor propio se sintió acicateado por el reto e intensificó la dotación de caricias sobre la deliciosa criatura.

—¿Y si me niego me vas a obligar? —Sus manos vagaban libres por su espalda, pero ella se valdría de lo que fuera para resistir el embate.

—No. A no ser que ahora gustes de emociones fuertes. —En busca de la respuesta deseada, guio la mano bajo la falda para acariciar la tersa piel de sus muslos, y con la otra tomó una de las suyas para llevársela a la entrepierna y darle a probar la fuerza de su excitación.

—¡Suéltame, Nicolás! Ya te dije que no quiero nada contigo — declaró poniéndose de pie con brusquedad. Él la imitó de inmediato con una sonrisa de desenfado—. ¿Qué es eso tuyo que tengo? — insistió con apariencia tranquila, pero sus nervios eran dinamita con la mecha encendida.

—Solo hablaré cuando estemos en la cama —repitió incansable.

—¿Qué tiene que ver tu lujuria con todo esto? —inquirieron sus labios, pero sus manos y sus ojos hablaron con impotencia.

—Digamos que depende mucho de tu desempeño —continuó con el viejo juego del gato y el ratón, en vista de que sus caricias aún no surtían el efecto deseado.

—¿Eso significa que, si soy cooperativa y complaciente, me dejarás en paz? —preguntó para ver a dónde la llevaba.

—Si lo que quieres, es una promesa; no acostumbro a hacerlas, pero te doy mi palabra de que así será. —Si pudiera, Nicolás se lamería los bigotes en ese momento. Casi era un hecho que por fin degustaría su postre preferido.

Alicia empezó a sopesar la propuesta de Nicolás. ¿Acaso le estaba cediendo los derechos de padre por un acostón? No es que creyera que por obra de magia estaba a favor de la familia, pero la existencia de un heredero que le diera continuidad a su apellido sí podía

despertar el interés del aristocrático hombre.

—De acuerdo, acepto pasar la tarde contigo, pero en cuanto lleguen las nueve de la noche quiero que tu chofer me lleve a casa y que nunca me vuelvas a buscar.

Tendría que estar feliz porque la amenaza desaparecería, porque era un hecho que Nicolás cumpliría con su palabra, pero la decepción que le causaba que fuera un hombre tan insensible mató la oculta ilusión que había sobrevivido en algún rincón apartado de su corazón.

—Trato hecho. ¿Ahora si me aceptarás algo de beber? —¿Realmente lo había olvidado y consentía con tal de quitárselo de encima? En breve saldría de dudas, pero por su reacción de la noche anterior, casi podía asegurar que estaba fingiendo. Alicia ocultaba algo y tal vez resultara conveniente averiguar de qué se trataba.

—Jugo de frutas si tienes. No bebo alcohol porque... Solo eso, por favor —concluyó ruborizada. ¿Qué estaba haciendo al contarle de su vida privada?

—Ven, acompáñame. —Nicolás tuvo la sensibilidad de no opinar, la tomó de la mano para guiarla a la alcoba ya dispuesta para los dos.

—¡Qué seguro estabas de que aceptaría! —la recriminación brotó en automático al ver la habitación decorada con velas, flores y una mesita repleta de aperitivos, vino y una jarra llena de lo que parecía jugo de frutas. Todo al estilo del gran Nicolás Kirgyakos.

—Salud, bonita —festejó ufano.

Recibió de manos del complacido hombre un vaso de fresco jugo de durazno, absteniéndose de devolver el brindis con hosca mirada.

—Por una tarde maravillosa juntos —prosiguió decidió a que la actitud de la chica no echaría a perder su triunfo.

Apresurada por pasar el otro trago que pondría su alma al desnudo ante la persona menos indicada, Alicia se tomó su bebida de un solo tirón, recogió el vaso medio lleno de manos de su atento observador y dejó los dos sobre la mesa para regresar sobre sus pasos y plantarse muy cerca de la debilidad más grande de su vida, a la que hubiera escapado, de ser posible, sin pensárselo dos veces.

Con dedos temblorosos, deshizo el nudo de su vestido cruzado al

frente para abrirlo de par en par al expectante hombre, que no pudo contener un ronco gemido al mirar el diminuto conjunto de satén y encaje negro.

—Yo te ayudo con el resto —ofreció resuelto tomándola de las muñecas para retirar sus manos de la escena.

De espaldas a ella desprendió el cierre del sostén entre sus senos, dejó caer la prenda al piso y sus manos acunaron los pechos maduros con increíble delicadeza, como si entendiera su actual estado de sensibilidad, luego, con un gemido de pesar, abandonó tan maravillosa tarea para tomarla por los hombros y girarla hacia él.

—¡Hermosos! —Con mirada hambrienta devoró el sublime manjar al descubierto, antes de enfocar los azules ojos—. Te deseo tanto que apenas puedo respirar —declaró con un gesto casi doloroso.

Sus manos temblorosas soltaron el broche de la rubia cabeza para liberar los mechones que como cascada cayeron a los lados del rostro arrebolado.

Mortificada, Alicia observó a Nicolás arrodillarse a sus pies; la oscura cabeza a escasos centímetros de su vientre y las manos abiertas en abanico abarcando su trasero. Casi muere de la impresión cuando lo vio pegar el rostro sobre su monte de Venus y aspirar con profundidad.

—¡Cielos, cómo extrañaba tu perfume a primavera! —confesó, antes de que su lengua dejara un camino de humedad sobre sus ingles.

Con precaria contención, la chica avistó cómo era despojada de zapatillas, ligeros y medias. Seguido fue la caricia ascendente de las manos diestras sobre sus muslos, hasta el elástico de la tanga, lo que casi la hace suplicar. La prueba real fue cuando las miradas casaron, al levantar él la vista para confirmar su permiso, con esa expresión en su rostro que amaba y era un poema a la excitación y el erotismo puro.

Nicholas sufría lo indecible en el proceso de derrumbar las defensas femeninas, obsesionado con probar que ella lo deseaba igual que él, pero ya era hora de poner fin a su tortura. De un solo tirón la despojo de la prenda y la tomó en brazos con renovada energía para depositarla con urgencia sobre el colchón.

De pie junto a la cama, se desnudó frente a la atenta mirada de Alicia y al fin su caliente cuerpo pudo cubrir centímetro a centímetro la anhelada y nívea piel.

—¡Bésame! —su orden estaba enmascarada de sensualidad.

Alicia salió de su estado catatónico de contemplación y recordó de inmediato que debía ser complaciente.

Obediente levantó las manos, se colgó de la fuerte nuca y juntó los labios. No se necesitó de otra acción, de inmediato la tormenta se desató con toda la potencia de un huracán, dentro de las cuatro paredes de la habitación, para dar vida al entendimiento más poderoso y perfecto que puede existir entre dos personas que se desean apasionadamente.

A pesar de la evidente disposición, Nicolás no quería eso, no se conformaría con menos de lo que Alicia podía darle. Si se requería excelencia de su parte para que se entregara por completo, entonces pondría toda la carne en el asador, porque la quería ver temblar, la quería escuchar jadear, la quería oír gritar de pasión y deletrear su nombre entre sollozos, como antaño.

El ataque empezó con su boca, que abandonó el rostro femenino para regar de besos suaves su cuello, su pecho, siguiendo la ruta de su vientre hasta terminar entre sus muslos; ahí se detuvo a lamer y mordisquear la tersa piel interior, antes de perderse en los pliegues cálidos y húmedos de su íntimo tesoro, que, en respuesta a las caricias de su lengua, se abrió palpitante para dejar salir el néctar de su interior.

—¡Oh, sí! ¡Mmm! —El tiempo no había transcurrido para Alicia, se encontraba irremisiblemente perdida, quemándose entre las llamas del deseo por Nicolás Kirgyakos, el primero y último, el único amor de su vida—. ¡Nícolás! ¡N í c h o l a s! —Con manos exigentes lo tomó por los hombros, suplicando la posesión de su viril hombría para apagar el fuego abrasador.

—Pídemelo, preciosa. Dime lo que quieres de mí. —Había atravesado el mundo para escuchar eso.

En espera de las mágicas palabras, se acomodó entre sus piernas al tiempo que degustaba la miel que brotaba de sus pechos rebosantes.

—¡Por favor, Nicholas! ¡Tómame ahora! ¡Hazme el amor! —Con sensualidad elevó sus caderas en busca de tan ansiada invasión.

Excitado hasta la demencia, decidió que había escuchado suficiente. Ya era hora de seguir adelante con la unión de los ardientes cuerpos y la consumación de los atormentados deseos. Alicia se entregó de forma llana y absoluta, demostrando con eso que sus sentimientos hacia él seguían intactos.

—¡Alicia! Qué maravillosa locura es estar dentro de ti. —confesó como el hombre potente, vigoroso y esplendido de siempre con sus amantes; lo que demostraba que su problema actual estaba en su cabeza, tal como se lo había asegurado el terapeuta, y la causa tenía todo que ver con esta amante en particular.

El hombre volvió a ser como un dios invencible, como un Zeus todo poderoso emergido de los mares, mojado en su sirena, en total control de sus dominios y a la vez perdido en la tempestad de sentimientos y emociones por tantos meses de carencias. Empeñado en satisfacerla, entro y salió con sensual lentitud saboreando cada segundo de ella. Concedor de su cuerpo, percibió cuando se acercaba su momento y le murmuró frases de erotismo puro para empujarla a perderse en el orgasmo perfecto.

Una vez recuperada del maravilloso debilitamiento a donde la arrastró su clímax, Alicia fue consciente de que su tirano no la había acompañado en su viaje, como solía suceder en el pasado. Esto era una mala señal, se había dedicado a recibir y disfrutar, cuando el trato era ser complaciente y efectiva. Decidida a actuar reunió coraje y las pocas fuerzas que le quedaban para derribar el pesado cuerpo y montarse sobre él a horcajadas.

Ayudada del elemento sorpresa, inició su asalto con todo lo aprendido del inigualable maestro en las artes de la seducción. Ignoró los inútiles pudores, echó el cuerpo hacia el frente para acariciar su pecho con los sonrosados botones y alcanzar con la lengua su cuello.

La aventurada acción resultó su bendición y su condena, porque, aunque daba rienda suelta con lujuria a sus deseos, su espíritu seguía reprimido por mantenerlo en silencio.

Alicia tenía mucho que decir del adictivo aroma de su cuerpo, de sus besos embriagadores, de la maravillosa sensación de su piel desnuda sobre la suya, de las caricias enloquecedoras de sus manos, de la alucinante experiencia de escucharlo gemir por ella, de su impactante mirada y su inusitada ternura al poseerla. Pero, sobre todas las cosas, su espíritu agonizaba por no poder gritarle lo mucho que lo seguía amando.

—¡Háblame, bonita! —invitó al ver pasar por su rostro la gama de emociones provocadas por él y nadie más. Alicia le pertenecía, ya le había entregado su cuerpo, pero ahora iba por su alma. Con firmeza la sujetó de la cintura para detener su empeñosa tarea—. Confiesa lo que sientes, dime lo que deseas.

—¡Quiero devolverte todo el placer que tú me has dado! —declaró una verdad, pero no su realidad absoluta. Tomando el control de nuevo, alzó las caderas y acomodó su hombría dentro de ella, pero con la conexión de las miradas rota, no quería caer en el embrujo de los verdes ojos que eran capaces de desnudar su alma.

—Soy todo tuyo, preciosa —se ofreció con el firme propósito de que este momento fuera un encuentro único para ella, pero también la cura para su mal. Tenía claro que era Alicia, por eso agotaría el tiempo y la energía para su plena recuperación. Se aseguraría de quedar liberado de esa obsesión que lo había detenido en el tiempo.

Cuando la chica empezó a deslizarse con sensualidad, olvidó sus propósitos perdido en sus emociones. Con la potencia surgida para alcanzar el último tramo hacia la meta, cambió las posiciones y se preparó para la carrera hacia el abismo del éxtasis que se anunciaba monumental.

Tomada por sorpresa, Alicia de pronto se encontró de rodillas sobre el colchón, con las manos prendidas a los barrotes del respaldo y Nicolás detrás ella.

Fuerte, poderoso y dominante la poseyó con estocadas soberbias en control absoluto del compás del vaivén. Una mano recia sobre su cadera, la otra con caricias perturbadoras sobre los pechos erguidos.

Esa misma mano bajó a la entrepierna para estimular el centro de su deseo con toque devastador. Superándose a sí mismo en su

desempeño como amante, sin duda alguna, Nicolás estaba de vuelta sobre su objetivo. Nada lo apartaría de su idea de cerrar con broche de oro esa etapa en que sus mundos se cruzaron.

—¡Oh, Nicolás!

Y los gemidos de la chica daban buena cuenta del éxito de su plan.

Pero para Alicia era mucho más que solo un monumental acostón, ella temía que con este encuentro se quedara anclada a ese tirano que parecía empeñado en llevarla por un camino de fuego y erotismo sin retorno.

—¡Sí, bonita! ¡Ven a mí! —La instigó a seguirlo. Ahora era el momento. Sus arremetidas aumentaron de potencia, dirigidas a provocar la simultánea liberación a niveles insospechados—. ¡Alicia! —Con un ronco gemido, casi animal, permitió que su conciencia abandonara su cuerpo para experimentar el clímax perfecto. El orgasmo más profundo y prolongado del que guardaba memoria.

Nicholas experimentó que volaba. Podía asegurar que su materia explotó en miles de partículas y su alma libre levitó hacia el infinito. Alicia, mientras tanto, se desbordaba de sentimientos. Cuando la conciencia volvió a su cabeza, el llanto se agolpó en su garganta, empeñado en brotar. Cómo no habría de sentirse así si el hombre que ahora la envolvía en sus brazos le había hecho el amor como nunca, con entrega absoluta, casi con adoración y con esa combinación de ternura y fiereza que la desarmaba y enamoraba. ¿Acaso eso era posible?

Cansados después de tanto desfogue de energía, los amantes entraron en un delicioso letargo que pronto los condujo al sueño, abrazados uno del otro, sin reparar en el tiempo y los desafortunados incidentes del pasado que precipitaron su separación.

## Capítulo 43

«¿Dónde estoy?», se preguntó Alicia envuelta en la confusión y penumbras de la noche al ser despertada por la incómoda humedad debajo de su brazo. En cuanto se incorporó en un codo y sintió las punzadas de sus pechos llenos y desbordantes, se le vinieron a la mente las ardientes horas vividas entre esas cuatro paredes.

—¡Diablos! Ya son las diez. —Se levantó como un rayo y se fue directo al tocador, no sin antes recoger de camino el vestido hecho un ovillo sobre el piso.

—¿A dónde vas, bonita, si la noche apenas empieza? —Nícolas se desperezó como gato satisfecho y seguido encendió la lámpara de noche para observar cómo Alicia se vestía apresurada.

—Para mí ya terminó, Nícolas y te voy a agradecer que cumplas lo pactado. Quiero que tu chofer me lleve ahora mismo de vuelta a casa. —La seriedad de su voz denotó los sentimientos de pena, remordimiento y temor que la embargaban, a pesar de estar saltando en un pie cuando se calzaba.

—Por supuesto, preciosa.

Alicia pegó un brinco al sentir el aliento del hombre como una caricia en la nuca y las manos en su cuerpo, que al instante consiguió el equilibrio.

—Adiós, Nícolas. Te deseo salud y una vida plena —se apresuró a decir, tratando de ignorar la abrumadora presencia al desnudo, cuando le ofrecía su mano en señal de solemne despedida—. No necesitas acompañarme a la puerta, recuerdo el camino.

El músico ignoró su sugerencia, pero no así la mano, que mantuvo



cautiva en el trayecto a la salida—. Lo mismo para ti, hermosa Alicia. —Antes de liberarla, besó su palma con sensualidad, sin apartar la verde mirada de la azul, luego accionó el interfono para ordenar al chofer que llevara a su visita a casa.

Como todo un caballero, vestido de cueros, Nicolás abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar salir a la chica.

—Gracias... —musitó con timidez. Sin saber cómo decir adiós, atravesó el arco con la frente baja.

En un espontáneo arranque, el hombre la retuvo del brazo, le costaba mucho dejarla ir. Cuando ella levantó el rostro para pedirle en silencio que la liberara, tomó sus labios en un beso que imprimió el sello que la redefinía como su mujer.

Alicia se entregó al que para ella era su último adiós. El adiós definitivo con el que cerraba el capítulo que devastó su vida; ese que había dado un giro de ciento ochenta grados a su destino, a su futuro, a su camino.

—¿Dónde estabas, Ali? ¡Estaba a punto de llamar a la policía! —Ray tenía la preocupación pintada en la cara; iba y venía con el hambriento Stefanos en brazos, que lloraba a pulmón batiente.

—Déjame atender al bebé y te prometo contarte todo lo que ha sucedido de la noche de ayer a hoy. —Confesaría su pecado cuanto antes, no podía conducirse como si nada hubiera pasado cuando su rostro y su extraño comportamiento de las últimas horas la delataban.

—Más te vale, chiquitita, porque Pablito ya viene en camino y no está nada contento contigo, aunque se hayan vendido todas tus fotografías de la exposición —anunció con seriedad, pero de antemano sabía que el buenazo pelirrojo doblaría las manos a cualquier circunstancia que la bella Alicia declarara y que seguramente tenía mucho que ver con la presencia del famoso en la ciudad.

Dos horas después, Alicia se encontraba junto a la cuna, tallándose

el cabello con la toalla en tanto miraba a su hijo dormido. La ducha tibia le había suavizado la tensión de los músculos, pero no lo suficiente para olvidar que tenía una seria conversación pendiente.

Repasó los últimos acontecimientos para seleccionar con cuidado las palabras y los hechos por relatar, de manera que nadie se sintiera obligado a lavar la afrenta por su honor.

—Así fue como se dieron las cosas —concluyó tranquila.

Alicia no tuvo que esforzarse mucho para contar «la verdad de los hechos», pues de sobra sabía que no había actuado del todo coaccionada por Nicolás; de alguna manera, entendió a tiempo que él desconocía su verdad, aunque no quedó aclarado de dónde conocía a Stefanos.

La vida le debía la despedida del ayer y ella simplemente la había tomado. Ahora ya podía dejar descansar su pasado. Tenía fuertes sospechas de que el incitador del ardiente encuentro también había buscado lo mismo.

—Entiendo que te sientas muy satisfecha, princesa. ¿Con el bombón quién no? ¡Auch! ¡Eso duele, Pablito! —Ray recibió un buen pellizco por su comentario tendencioso—. A lo que quiero llegar... ¿no te sientes un poco usada, Ali? Es como aceptar migajas. ¡Pero qué migajas...! —Esta vez se alejó a tiempo de recibir otra dolorosa reprimenda.

—¡Por favor, Raymundo! ¡Ya deja el tema! —A Pablo le empezaba a irritar la insistencia del boquifloja.

—No, déjalo, Pablo. Entiendo bien el punto de Ray. Sé que la lujuria fue lo único que motivó a Nicolás, no su recién descubierto amor por mí. —No mencionó su idea de que ambos habían buscado pasar página—. Agradezco a Dios que fuera eso y no que ahora estuviéramos sufriendo las consecuencias de que hubiera descubierto nuestro secreto. —Aunque de eso nunca estaría totalmente segura.

Los hombres estuvieron de acuerdo con la chica de poner punto final a la conversación y de no volver a tocar el tema.

Los días subsecuentes al encuentro con Nicolás, Alicia se mantuvo informada por la prensa y la televisión de sus pasos, a pesar de que ella misma había decretado su prohibición dentro de casa.

Supo de su viaje de último momento a la capital del país para ofrecer un concierto a beneficio de los niños con cáncer y de su asistencia a una lista interminable de reuniones en diferentes programas televisivos de importancia. Qué ironías de la vida, las entrevistas que antes detestaba lo iban alejando de ella. No habiendo más interés sobre su persona, el hombre cumpliría con su palabra.

—Señora Alicia, en el salón la espera la dama que le regaló la preciosa cuna al pequeño Stefanos.

De inmediato Alicia sintió cómo la sangre abandonaba su cuerpo —. Ofrécele jugo de frutas a la señora Mati, por favor, Mechita, y dile que en un momento estoy con ella.

Sentada ante el tocador de su habitación, esperó a que los latidos de su corazón regresaran al ritmo normal. Era obvio que la nana acompañaría a su amado niño en su regreso triunfal a la isla. «¿Será una visita social o acaso viene de parte de Nicolás con un ultimátum sobre mi hijo?», se preguntó aterrorizada. Su mente empezó a trabajar a mil por hora.

—Ray, por ningún motivo regreses a casa hasta que yo te avise. Doña Mati se encuentra ahora aquí y no debe ver a Stefanos. — Padrino y bebé se encontraban fuera en su paseo matinal por el parque.

—¡Dios bendito! No te preocupes, cariño, aquí aguardamos para tus siguientes instrucciones. De suerte que vengo preparado con un biberón de leche por si le aprieta el hambre a este tragonzuelo.

—Gracias, cielo. —Antes de bajar con la anciana, Alicia fue al baño a refrescar su cara y agarrar valor para enfrentarla.

—¡Mati, querida! Qué sorpresa tan agradable. —A pesar de sus temores, recibió a la entrañable nana con afecto sincero—. ¡Te ves fabulosa! —dijo al tiempo que la tomaba del brazo para invitarla a tomar asiento de nuevo.

—Y tú estás más linda que nunca. Esta maternidad te sienta de

maravilla, niña —declaró atenta a cualquier reacción de interés.

—Gracias, Mati. ¿Te apetece tomar café o una taza de tu té preferido? —Con evidente inquietud se puso de pie dispuesta a llamar a la servidumbre.

—No, querida, con este sabroso jugo tengo suficiente. Siéntate y cuéntame de tu hijo —invitó palmeando el asiento a su lado—. ¿Se encuentra en casa ahora? ¿Será que lo puedo conocer? —Mati luchaba por apaciguar sus ansias de ver al niño y enterarse de si Nícolás ya había hecho contacto con ella.

—¡Qué pena contigo, Mati! Ahora Stefanos se encuentra fuera con su padrino, que lo llevó a su paseo diario. Tardará en llegar. De haber sabido que venías hubiera cancelado la salida de hoy para que se conocieran.

—No te apures, querida, yo también llegué sin avisar —comentó ocultando su desilusión—. Cuéntame de él.

—¡Es un niño maravilloso! —Sus ojos brillaron como cuentas preciosas—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Cozumel? —Apurada guio la conversación por caminos seguros, como si la anciana fuera una amenaza para su hijo.

—Mañana voy de salida a Cancún para pasar las fiestas decembrinas con la familia, y el dos de enero alcanzaré a Nícolás en la capital de la república para partir de regreso a Grecia. ¿Lo has visto, querida? —Intuyendo que la chica no soltaría prenda, preguntó directo.

—Sí, hace una semana —acotó impávida.

«Esta chica puede ser una tumba cuando quiere», pensó la anciana frustrada—. No se habrá atrevido a molestarte, ¿verdad, querida? —A pesar de su avanzada edad, no era una mujer paciente, menos si se trataba de Nícolás.

—Oh, no, Mati, despreocúpate. Fue una visita... amistosa. —Alicia sintió cómo se le subían los colores al rostro.

—¿Quedaron en verse de nuevo antes de nuestra partida? Discúlpame si te parezco una anciana entrometida, niña; mi intención es volver con Nícolás para conocer al pequeño Stefanos, si no te importa, claro. —Mati no necesitó de la confesión de Alicia para

saber que Nicolás seguía viviendo en la ignorancia y que el asunto que trató con ella tenía que ver con camas, no con cunas.

—Él y yo nos hemos despedido de forma definitiva, Mati. En buenos términos —agregó cuando vio su rostro languidecer. Pero ahora que podía estar segura de que los Kirgyakos no sabían nada de su hijo, no podía tener contemplaciones por nadie—. Supongo que ambos necesitábamos vernos de nuevo para poder cerrar el capítulo de nuestra corta relación. Nos hemos perdonado y estamos listos para dejar el pasado atrás y todo lo relacionado con él. —Alicia presentía que le estaba clavando un puñal en el corazón, pero por el bien de su hijo era capaz de todo.

—Entiendo, hija, y respeto la decisión que han tomado. —Con notoria pesadumbre Mati se puso en pie y miró directo a los ojos de la chica; sus viejas manos oprimieron las suyas con calidez—. Entonces solo me resta despedirme y desearte una vida feliz y plena al lado de tu hijo... *Y de su padre.*

Esta vez, sin que lo pudiera evitar, la coraza de Alicia sufrió una fisura que transformó su sonrisa amable en mueca y su rubor en palidez.

Lejos de partir derrotada, Mati iba feliz, con la convicción de que Alicia seguía amando a Nicolás y de que Stefanos era el hijo de ambos.

Ahora más que nunca redoblaría esfuerzos por poner orden en la vida de esos tres seres que eran todo para ella, si no ¿qué cuentas daría a su señora Berenice cuando Dios la llamara?

## Capítulo 44

Níckolas estaba curado de su mal físico, pero su mente lo seguía llevando hacia la mujer con la que existía química perfecta. Alicia era la única persona con la que había logrado comunicación aún sin pronunciar palabra. A la que le había permitido amanecer en su cama y en sus brazos noche tras noche por meses. Ella era el único ser sobre la Tierra que se había atrevido a desafiarlo; la mujer capaz de defender su identidad y autonomía con uñas y dientes y volverse toda entrega a la hora de hacer el amor.

Alicia era la inefable mujer capaz de llenarlo de paz aún después de atravesar por una tormenta, hecha a la medida de su inteligencia, de su cuerpo y de sus deseos; la única que sabía bien cómo saciar sus ganas y su alma sin agobiar.

Esos eran los patéticos pensamientos del poderoso, ingobernable e inalcanzable Níckolas Kirgyakos cuando estaba de vuelta en su cama, luego de retozar con la sensual María Cavalli, la chica de moda de una de las más prestigiosas casas italianas que vestía a muchos ricos y famosos de todo el mundo.

—Dichosos los ojos que te ven, Nick. Pensé que me estabas evadiendo por algo, hijo. ¿Todo bien? —Habían transcurrido diez días en que Mati apenas lo veía desde su regreso de América.

—Esa cabecita tuya cómo elucubra dramas, nana. —Sonriente estampó un beso en cada marchita mejilla antes de sentarse a desayunar junto a ella en la terraza con vista al precioso mar Egeo.

—Nada que la prensa y los programas de chismes no alimenten,

querido. —Podía reconocer a la perfección el hastío en la verde mirada, a pesar de la encantadora sonrisa que lo caracterizaba, pero que a ella no lograba engañar.

—Sabes de sobra que debes creer solo la mitad de lo que lees.

—Y tú sabes de sobra que no necesito leer o escuchar de ti; solo me hace falta ver tus ojos para saber que no eres feliz.

—¡Nana, desayunemos en sana paz, por favor! Ahora no estoy para reclamos ni consejos. —Molesto, dejó caer los cubiertos sobre la porcelana, provocando que la anciana brincara en su asiento—. ¡Lo siento, nana! —Apenado tomó su mano y la besó con devoción—. Me tiene algo inquieto el nuevo proyecto —comentó para excusarse sin mirar a los ojos de la escéptica mujer.

—¿Por qué? Para ti no es nada nuevo musicalizar una serie de televisión. —Nick había bajado la guardia, era el momento de insistir.

—Digamos que no me llega mucha inspiración con el tema de la familia feliz.

—Si miraras con los ojos del alma verías más allá del muro que tienes alrededor. Te reencontrarías con aquel mundo que es fuente inagotable de todas las inspiraciones. Teniendo eso no necesitas de nada —se pronunció casi en tono de súplica; sus cansados ojos miraban en las verdes profundidades del rostro serio. Cada ocasión era oportuna para tratar de llegar a su corazón, antes de que terminara convertido en piedra.

—Nana, no me hables con acertijos —respondió con impaciencia.

—Ya no eres un niño para que te lleve de la mano, Nick. —Se sentía entre la espada y la pared, pero si Nicolás no podía ver la verdad, aunque le brincara en la cara, menos sería capaz de retenerla.

Mati se levantó de la mesa y después de apretar los fuertes hombros con cariño, dejó a su querido Nick sumido en sus cavilaciones; ella se dirigió a su habitación a plantar otra pista, la última, si eso tampoco funcionaba entonces lo tomaría como una señal del cielo y dejaría las cosas como estaban, aunque su corazón se marchitara de tristeza día a día por lo que pudo ser.

Las siguientes semanas Nicolás se dedicó a atiborrarse de

actividades, trabajo y sexo, para combatir bloqueos mentales y recuerdos inútiles. Mati, por su lado, se esmeró en acomodar las fotografías de Stefanos recopiladas hasta el día de hoy, a su casi sexto mes de vida, en orden cronológico junto a las fotos que conservaba de su padre alrededor de la misma edad.

Por descontado estaba decir que el parecido entre padre e hijo era increíble, pero eso para ella no era ninguna sorpresa, puesto que guardaba en la memoria, como si fuera ayer, las imágenes y anécdotas de aquel niño feliz que había sido Nick alguna vez.

Lo subsecuente y delicado sería ver cómo expondría tan valiosa información recabada para que cumpliera con el propósito de desvelar los ojos y los buenos sentimientos de Nicolás y no lo contrario.

Del otro lado del océano...

—Lo que tarde el trámite y serás toda una licenciada en Letras, princesa. ¿Qué piensas hacer después de obtener tu certificado? —preguntó Pablo con admiración.

Después de muchos esfuerzos, Alicia estaba por conseguir una de sus metas.

—Por supuesto que continuar escribiendo, Pablito, pero ahora de forma profesional. Aunque estoy consciente de que primero deberé picar piedra antes de conseguir quien me crea y, si me ayudan tú y Ray con el cuidado de Stefanos, buscaré empleo en alguna casa editora, de lo que sea, para foguearme en el medio. ¿Qué opinas?

—Opino que tienes mucho talento y que te puedes brincar el trámite de ser empleada. Sé que no cuentas con la experiencia para «escribir bien», pero para eso están los editores. El talento ahí está, solo necesitas apoyo financiero y eso lo tienes de forma incondicional de nuestra parte. Pero, si es tu gusto hacerlo a tu modo, también tienes mi apoyo y el de Ray.

—Gracias, amor. —Alicia se levantó de su escritorio para lanzarse a sus brazos con lágrimas de felicidad corriendo por su rostro—. Algo debo estar haciendo bien para que Dios me llene de tantas



bendiciones.

—Creo que te está regresando todo lo que perdiste sin merecerlo, princesa. Pero también es cierto, todo lo estás haciendo de maravilla, solo hay que mirar qué nene tan hermoso tenemos. —En sus brazos cargaba al motivo de tanto orgullo, entretenido en la tarea de desaparecer las pequeñas motas de su rostro con sus regordetes deditos—. En cuanto llegue Ray partiremos a nuestras cortas vacaciones, pero primero le daré un buen jalón de orejas a ese «nano» descuidado. Mira qué uñas trae Stefanos. Seguro ya me arrancó todas las pecas a rasguños. —El gesto de dolor en el rostro enrojecido decía más que mil gemidos.

—¡Mi pobre Pablito! —expresó Alicia con pena al levantar la cara de su escrito para mirar de lo que le hablaba—. Yo me ocupo —dijo tendiéndole las manos al niño para que emigrara a sus brazos—. No le digas nada al pobre de Ray. Ha tenido mucho trabajo estos últimos días y llega molido a casa. Gracia hace con entretener al niño por las tardes para que yo pueda clavarme en mis estudios. —Pasó los dedos suaves por su piel para aliviar el ardor—. Le cortaré las uñas a este travieso antes de que consiga su propósito y pierdas tu *sex appeal*.

Después de un sentido agradecimiento, Pablo los siguió a la habitación para continuar con el tema de las vacaciones al vapor, pues para él todos se merecían un buen descanso lejos de la rutina. También había llegado la hora de que el bebé empezará a conocer mundo.

Las cortas vacaciones consistían en un viaje de tres días a la paradisíaca playa de Pauoa Bay, en la Isla de Hawái. Pablo rentó una villa en un conjunto habitacional turístico que era una verdadera delicia, con todas las comodidades de la tecnología moderna y la natural belleza del lugar.

Cuando de relajarse se trataba, Pablo y Ray se pintaban solos, se lo estaban pasando fenomenal; en cambio, para Alicia esos intensos días en medio del océano Pacífico fueron un doloroso recordatorio de otros tiempos.

Además del plan vacacional, tuvieron casi para ellos solos todos los alrededores e instalaciones por ser un mes de temporada turística

baja para la Isla.

Uno de los atractivos que sedujo a Pablo fue el increíble campo de golf. Cuando él y Ray hacían el ridículo jugando, pues no daban una en esa área, Alicia y Stefanos chapoteaban en la piscina o se iban a la playa a perseguir olas y jugar con la arena.

—No, Pablito. Stefanos es demasiado pequeño y se puede asustar —comentó Alicia horrorizada ante la escena.

—Cariño, confías en mí, ¿verdad? —Pablo preguntó desde la moto acuática donde estaba montado acompañado del alborotado bebé, que gritaba emocionado; le encantaba todo lo que tuviera que ver con el agua.

—¿Sí...? —fue su respuesta.

—Te prometo pasearlo muy despacio y no alejarme demasiado, además, estamos bien protegidos con nuestros chalecos salvavidas—. ¿Por qué no nos acompañas? —Se le ocurrió de pronto.

—Sí, mamacita. ¡Ya modernízate, por favor! ¿Cómo es eso de que una chica de este siglo aún no sepa conducir autos, motos...?, mínimo bicicleta, mami. —Ray contaba con los dedos en tanto se mofaba de ella con inclemencia.

—Hace tiempo alguien me dio una clase intensiva, pero nunca tuve oportunidad de practicar —dijo refiriéndose a la moto, con la cabeza en el recuerdo de aquella experiencia maravillosa con Nicolás.

—No se diga más, princesa. ¡Joven! —En caliente, Pablo llamó al encargado del equipo antes de que Alicia se arrepintiera—. Asígnale una moto a la señora. —En cuanto estuvo lista preguntó a la nerviosa chica—: ¿Recuerdas para qué sirve esta palanca? —Cuando ella asintió prosiguió con la asesoría—. Ahora enciéndela y trata de avanzar despacio en línea recta.

—¡Tengo miedo, Pablito! —En verdad estaba sufriendo, el agua no era lo suyo.

—Ray carga a Stefanos un momento. Acompañaré a Ali a dar una pequeña vuelta para que se aclimate —resolvió con practicidad—. No te muevas de aquí —le advirtió, conociéndolo.

Resultó que Alicia se desempeñó bastante bien en la pequeña gira y

eso la hizo persona confiable para conducir sola el aparato. Emocionada salió rumbo a su primera excursión en moto acuática, en medio de los hombres que gozaban como niños. Alborozados coreaban porras a la primeriza y daban gritos jubilosos en honor al bebé de la casa, que en ningún momento se mostró temeroso o llorón, al contrario, Stefanos dio claras muestras de que sería un hombre intrépido en un futuro no muy lejano.

De regreso a Cozumel, Alicia se sentía exhausta, como si las vacaciones hubieran sido de un mes y no de tres días.

—Princesa, no te veo nada bien. Tu lindo rubor desapareció y ahora tienes un color blanco fantasma. Quiero que te metas a la cama ahora mismo. Ray y yo nos ocuparemos de Stefanos. —Acomedido, Pablo la ayudó a recostarse con la certeza de que todo se debía a los dos meses de extenuantes trabajos y exámenes, que ahora le estaban cobrando factura.

Alicia más tardó en reacomodarse entre las sábanas que en ponerse de pie para correr al baño a volver los alimentos de los que parecían ser los últimos tres días de vacaciones juntos. Por fortuna, los chicos no tuvieron que ver el espectáculo.

Después del desfogue de energía, como pudo se arrastró a la cama donde se dejó caer sin fuerzas y con la palidez de un muerto.

—Iré a ver cómo sigue Ali, me parece mucho tiempo para que no aparezca por aquí. —comentó Ray a dos horas de que la dejaron en su habitación. Como mal augurio le pasó por la cabeza que hubiera pescado una insolación o algún virus tropical.

—¿Hay alguien en casa? —tocó a la puerta y al no recibir respuesta entró en la oscura habitación—. ¿Ali?

—¡Estoy aquí! ¡Ahora voy contigo! —respondió desde el cuarto de baño. Dos minutos después apareció envuelta en su albornoz con una toalla alrededor de la cabeza.

—No te voy a preguntar cómo sigues, porque se nota a leguas, mamita —dijo con ojos de aflicción.

—Tienes toda la razón, Ray. No he hecho otra cosa que volver el estómago desde que llegamos. —Se sentó en la orilla de la cama, sin energía ni para secarse el cabello—. Algo de lo que comimos en el desayuno debe haberme caído muy mal. Quiero consultar al médico porque sospecho que no debo amamantar a Stefanos.

—No te preocupes por eso, yo le hablo ahora mismo. Le diré a Meche que venga a ayudarte con tu pelo para que te puedas recostar antes que te desmayes —dijo ocultando la alarma.

—Gracias, querido. ¿Qué haría yo sin ustedes? —Sin entender muy bien por qué empezó a llorar inconsolable.

Ray no tuvo corazón para dejarla así, se regresó de la puerta para envolverla en un fuerte abrazo.

—¿Cómo encontró a Alicia? —Pablo saltó en el sillón en cuanto vio al doctor Atondo acercarse a ellos después de una larga hora de espera.

—Muy embarazada... —bromeó—. ¡Felicidades, hijo! —El galeno sorprendió a Pablo con un fuerte abrazo para celebrar el acontecimiento—. Aunque no recomiendo embarazos antes del año, podemos estar tranquilos, ya que el primero finalizó en parto y la piel de Alicia es joven y resistente. Vamos a aprovechar el lapso para cambiar la alimentación de Stefanos con leche de fórmula, y lo menos posible, ya que las papillas y jugos de frutas y verduras naturales son básicas en la nutrición en esta etapa de su crecimiento. Ya le entregué a Alicia una lista, incluidas las recomendaciones para este nuevo embarazo. El galeno se despidió satisfecho por ser de nueva cuenta el vocero de tan buenas noticias para la joven pareja.

—Ya puedes cerrar la boca, Pablito. —A Ray no le tomó tan de sorpresa la noticia, aunque Alicia no entró en detalles de su encuentro con Kirgyakos, dos meses atrás. Estaba claro que se había dado de todo cuando estuvieron juntos—. ¡Qué bárbaro el bombón musical! «Donde pone el ojo pone la bala».

## Capítulo 45

— ¿Lista? —Pablo sostenía las frías manos, mientras atisbaba por una hendidura a la multitud compuesta por padres e hijos que esperaban la salida de Alicia. El alboroto se mezclaba con los tronidos del cielo por la tercera tormenta de la temporada, que no impidió que se llevara a cabo tan esperado evento por la comunidad.

Hoy era la presentación de sus primeros dos cuentos. Parecía apenas ayer cuando escuchaba el brindis de don Fausto en su honor por su recién adquirido documento que la certificaba como toda una licenciada en Letras y por el nuevo heredero que venía en camino.

—Lista. Prométeme que te mantendrás cerca de mí. —Se aferró a sus manos como el náufrago al salvavidas en medio del océano.

—Por supuesto, recuerda que compartirás el crédito conmigo — bromeó para distraerla; momento que aprovechó para darle un pequeño empujón hacia adelante.

La acción empezó en cuanto la pareja se dejó ver en el escenario montado en medio del salón de conferencias número uno de la isla.

El evento se desarrolló entre relámpagos, flashes, preguntas y libros autografiados de los dos cuentos infantiles en promoción, donde Alicia participó como la escritora de la graciosa historia de una familia de gatos y Pablo como el genio que le dio vida y color a las obras con las fabulosas imágenes de los actores principales.

La magnífica idea de sustituir dibujos por fotografías surgió de Alicia, en vista de que los personajes de sus historias eran seres vivos, cosa que la editorial respaldó dada su relación con el fotógrafo del momento.

—¡Alicia! ¿Algo que quiera agregar a sus seguidores? —un joven periodista se acercó para sugerir.

—Sí. Quiero decir que nada de esto sería posible sin el apoyo de mis dos grandes amigos: mi esposo Pablo y Raymundo, y mi Casa Editora. También quiero agradecer a mi hijo Stefanos, a la hija que viene en camino —comentó con una mirada a su vientre, de casi nueve meses, como si la viera a ella—. A mis adorables mascotas, Uno y Dos y en especial a «mi tirano favorito», que sin saber fue mi acicate —concluyó blandiendo los libros al cielo como un trofeo.

Justo cuando Alicia terminó su exposición, su hijo se escapó de la sujeción de Ray, que se encontraba en un rincón apartado, y se precipitó hacia ella gritando frente a todos los espectadores. Los flashes de varias cámaras fotográficas capturaron el momento exacto de los primeros pasos en libertad de Stefanos Joaquín. Al mismo tiempo se escuchó otra voz desde el fondo y el silencio se hizo de forma dramática.

—¿Perdón? —La escritora no estaba segura de haber entendido bien, con su mano tapó la intensa luz sobre sus ojos para ubicar al hombre que la formuló.

El murmullo de voces empezó, los invitados al evento abrieron camino al culpable del alboroto y las cámaras relampaguearon en su dirección.

—¿Le preguntaba que si yo como responsable de su inspiración no merezco una nota de agradecimiento por escrito? —insistió sorprendido ante su avanzado embarazo.

Esta vez a Alicia no le quedó ninguna duda, Nicolás en persona se detuvo a unos pasos mirando con humor negro el rostro petrificado de la escritora, cuando de pronto fue él el petrificado al seguir con la mirada al pequeño autor de una gritería de continuos *mamá*, con tono agudo e infantil.

La expresión del músico mostró exacto su sentir al observar el rostro del pequeño niño prendido de las faldas de su madre. El entendimiento le cayó como un pesado mazo sobre la cabeza al comprender lo que por meses su querida nana había tratado de decirle, sin faltar a la fidelidad y cariño que Alicia se había ganado a

fuerza de sufrimiento y lágrimas.

Nícolás Kirgyakos se topó frente a frente con su propia imagen, de treinta y siete años atrás, personificada en el hijo de Alicia. Eso explicaba todo. Las rebuscadas palabras de Mati que pretendían ser pistas para él, la «casualidad» de que se topara aquella vez con las fotografías que la anciana recibía —seguro de algún profesional del espionaje contratado por ella en su última visita a la isla— con regularidad de la chica y de su hijo; la aparición repentina de un álbum, del cual desconocía su existencia, con multitud de imágenes que en su momento pensó que eran todas suyas... Ahora lo entendía, eran fotografías de Stefanos y de él cuando tenía su edad.

¡Señales! ¡Señales! ¡Señales! Pobre vieja suya que murió sin ver sus esfuerzos cristalizados al descubrir él por fin que el hijo de Alicia era también su hijo. «No hay peor ciego que el que no quiere ver», se dijo afligido. Gracias a la lujuria que lo llevó de nuevo a la chica, se enteró de toda la verdad. Se le helaba la sangre de pensar que pudo no haber ocurrido nunca.

El impacto de la revelación fue general tanto para los involucrados como para los espectadores, que luego sumaron dos más dos. Alicia en ese instante tuvo la certeza de que hasta ese día Nícolás desconocía su secreto.

Los representantes de los medios de comunicación, que acudieron perezosos a cubrir la noticia de poca monta, estaban inmortalizando el momento de una verdad que les redituaria mucho dinero. La tormenta climática sin querer estaba añadiendo a la escena ese toque de dramatismo que ayudaría a que la anécdota se contara por décadas.

Alicia estaba en *shock*, ni los gritos de Stefanos exigiendo su atención la volvían en sí. Fue hasta que sintió los chorros de agua tibia escurrir entre sus piernas que reaccionó. La fuente de su matriz se había desbordado y era inminente la llegada de su hija. En cosa de segundos, el primer espasmo de dolor la concentró en el evento inmediato y en Nícolás, que caminaba hacia ella para ponerse al mando de la situación, dando órdenes a diestra y siniestra al tiempo que la sostenía en brazos para trasladarla al hospital.

Gracias a que el trayecto fue demasiado corto y que el músico iba concentrado en conducir, nadie habló del delicado tema, solo se ocupaban de atender a la adolorida chica, pues hasta el pequeño Stefanos puso su granito de arena al dormirse en el recorrido.

Con la llamada previa de don Fausto, el personal médico ya esperaba a la parturienta en la entrada de urgencias, que luego de llegar la colocaron en una camilla y la llevaron directo a la sala de expulsión.

Una hora después salió el médico sudoroso y de rostro serio en busca de los familiares de la joven madre.

—Se han presentado problemas con el parto: el feto viene volteado y enredado en el cordón umbilical, es necesario trasladar a la señora a la capital porque la tormenta dañó nuestras instalaciones eléctricas y nos encontramos sin energía en el área para darle la atención necesaria.

—Mi *jet* se encuentra en el aeropuerto, solo necesito que una ambulancia con personal médico traslade a la señora y nos acompañe en el viaje —solicitó el músico con el poder y los medios para hacerlo—. También necesito que den aviso al hospital de Cancún para que nos reciba otra ambulancia en el aeropuerto.

—Cuenta con ello, señor Kirgyakos, ahora mismo hago los arreglos para que salgan en cinco minutos.

Nicholas no necesitó hacer una invitación formal para que abordaran el *jet* el esposo de Alicia y el hombre que se había presentado como el padrino de su hijo y que ahora mismo se hacía cargo de él, con el total consentimiento de todos los presentes, en especial del niño.

El viaje, aunque rápido, fue una tortura para Alicia, que estaba sufriendo intensos dolores al no poder contar con la ayuda de la epidural<sup>[14]</sup>, por la situación clínica del bebé.

—A estas alturas me imagino que ya debes haber descubierto que Stefanos es tu hijo. —En cuanto el alboroto del recibimiento en el hospital pasó, Pablo se dirigió a Nicholas, más con una afirmación que con una pregunta dibujada en su rostro afligido por la salud de



Alicia y de la pequeña—. Es necesario que sepas, por si las cosas no salen bien, que...

—Familiares de la señora Alicia Suárez —la voz del galeno que atendió a la chica en el parto se escuchó fuerte y clara media hora después de su llegada al hospital.

—¡Soy su esposo! —esperándose lo peor, Pablo respondió al llamado. Nicolás y él llegaron juntos al médico, que de inmediato esbozó una amplia sonrisa sin saber a quién felicitar.

—Todo salió excelente, en el último momento Berenice se acomodó y logramos traerla al mundo sin necesidad de practicar la cesárea. La mamá está agotada pero feliz. Muchas felicidades al papá. El médico estiró la mano en espera de que el padre se diera por aludido.

—Te hablan, Kirgyakos. —Pablo le propinó un discreto codazo para que acabara de entender que era contra él la cosa.

—En media hora podrá pasar a ver a su esposa y a su hija —agregó el médico, antes de despedirse complacido.

—¿Tengo dos hijos! —Nicolás se dirigió a Pablo con una palidez que amenazaba con noquearlo.

—Definitivamente sí. Creo que aún no nos han presentado. Mi nombre es Pablo Joaquín Rodarte, y Raymundo Díaz es mi pareja sentimental; ambos somos los mejores amigos de Alicia e ideamos el matrimonio para darle un hogar, un apellido y una familia a Stefanos y ahora lo haremos con Berenice si Alicia y tú no llegan a un acuerdo al respecto. —Pablo recitó de corrido su gran revelación para aclarar la mente del pobre hombre que se tambaleó hacia la silla cercana.

Otro descubrimiento de esos y Nicolás terminaría en el psiquiátrico. Necesitaba con urgencia un poco de aire fresco para aclarar sus ideas, ya no se podía permitir desatinos en su vida, ahora había dos criaturas inocentes, que, aunque nunca planeó y mucho menos soñó tener, eran el motivo de una explosión de inquietantes sentimientos, donde la emoción y la ternura encabezaban el primer lugar.

—¡Somos tíos de nuevo! Ali y Berenice están en perfecto estado de salud. En un rato podremos entrar a verlas. —Pablo se puso de pie,

exultante de felicidad, en cuanto vio llegar a Ray con Stefanos de la mano.

—¡Gracias a Dios por eso! —Ray soltó la tensión con un gran suspiro. Por horas tuvo que controlar los nervios para poder atender al niño que ahora mismo traía del restaurante del hospital—. ¿Ya hablaste a casa de tus padres para dar la noticia?

—Sí. Están felices —dijo poniendo una rodilla en el piso para estar a la altura del niño—. Pronto tendrás con quien jugar, mi amado hombrecito. —Sin poder contener por más tiempo las lágrimas, dejó que corrieran libres, con la conciencia de que lo iba a perder.

—Tranquilo, Pablito, pase lo que pase ellos seguirán en nuestras vidas y lo importante es que estén bien y felices, ¿no? —Ray sentía por partida doble el dolor de su hombre.

—Lo sé, solo que tengo mis dudas; recuerda lo que ha sufrido Alicia en el pasado gracias a ese desmedido amor que siente por Kirgyakos. —Con devoción arrulló al cansado niño en sus brazos, que en segundos se quedó dormido.

—A propósito, ¿y el bombón musical a donde se fue?

—Sospecho que a tomar un respiro... Ya lo sabe todo, Ray. ¡Todo! ¡Todo! —aclaró con una mirada significativa en sus ojos castaños—. Lo primordial ahora es rentar una habitación para que descansa este pequeño. ¿Qué te parece si vamos de una vez al hotel que vimos cuando veníamos para acá? Esta bastante cerca del hospital, así podremos regresar luego.

—Bien pensado, Pablito, por eso te quiero, por listo y apuesto y por esas pecas que me subyugan. —Raymundo bromearía, saltaría, bailarían... haría todo lo que fuera necesario por borrar la preocupación en la mirada de la persona que amaba como a su vida.

## Capítulo 46

Nícholas miró por largo tiempo el bello rostro de Alicia mientras dormía, disfrutaba ver esa suave sonrisa impresa en sus labios, a pesar de que aún se le distinguían los estragos por el sufrimiento físico recién vivido. Él todavía se estremecía al recordar cómo los dolores de cada contracción, cada vez más frecuentes e intensos, la doblaban en dos hasta hacerla gemir de forma lastimosa.

Sin poder vencer la tentación, pasó un dedo por la marca del ceño entre sus cejas y siguió por la mejilla para describir con suavidad un círculo en la barbilla y terminar del otro lado del rostro.

—¿Nícholas? —Alicia abrió los ojos y se encontró con la verde mirada del protagonista de su reciente sueño—. Creí que estaba soñando.

—¡Hola, bonita! —Hizo a un lado la silla y se paró junto a la cama sin soltar su mano—. ¿Cómo te sientes? —Aunque preocupado, esbozó una sonrisa por el comentario muy al estilo de Alicia.

—Depende... —Se esforzaba por mantenerse despierta, pero los medicamentos y el desgaste de horas antes no ayudaban.

—¿De qué? —Era imposible no reír ante tan singular respuesta.

—De cómo te sientes tú. —Cerró los ojos para ocultar su inquietud, seguro a estas horas ya sabía toda la verdad sobre sus hijos.

—Yo estoy bien —respondió amable pero serio. Sabía muy bien a qué se refería y no tenía caso confesarle su desazón.

—¿Stefanos? ¿Los chicos?... —Se sentía angustiada por su situación actual y tenía claro que la respuesta de Nícholas solo se podía creer a medias.

—Ahora están descansando muy cerca de aquí —respondió conciliador.

Cuando salió a tomar un respiro, después de la confesión de Pablo, aprovechó para pasar por el hotel y rentar dos habitaciones. Sin proponérselo les había ganado la tirada a los amigos de Alicia, que llegaron con su hijo dormido justo cuando él iba de salida, así que los dejó bien instalados para que cenaran y descansaran cómodos en lo que él volvía a la clínica.

—Todo va a estar bien. Ahora relájate y descansa, ¿quieres? —Este no era el momento oportuno para hablar y el aún estaba en el difícil proceso de asimilación de su nueva realidad.

Nicholas permaneció unos minutos en la habitación y salió en silencio cuando se percató de que Alicia dormía de nuevo.

Había llegado la hora de conocer a su hija. Con paso firme se dirigió a la central de enfermeras para preguntar por los recién nacidos.

Ser famoso tenía sus ventajas, de inmediato una chica le pidió que lo siguiera a donde se encontraba el área de cuneros. Ansioso caminó al encuentro de la nueva Bepevikn. Su estómago era un nudo de emociones desconocidas para él que se sentían como moscas revoloteándole a la miel.

Frente al ventanal se encontró a un hombre que sonreía emocionado a un pequeño que no dejaba de llorar y del otro lado a la enfermera que le indicaba la cuna donde plácidamente dormía su hija, envuelta en vestiduras blancas que la hacían verse como un pequeño ángel.

De pronto los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas que no había vuelto a derramar desde la trágica muerte de su madre. Se había endurecido tanto que ni en el funeral de su nana había llorado.

Su ángel de amor había regresado a él. Todo estaba sucediendo como su nana se lo había vaticinado meses atrás. Frente a sus ojos estaba una gran puerta abierta hacia un mundo feliz, fuente inagotable de todas las inspiraciones.

—¡Ese es mi hijo! —dijo el extraño de al lado, con voz entrecortada, señalando al bebé llorón del otro cunero. Sin importarle mostrar sus

emociones, miró a Nicolás con el rostro húmedo por las lágrimas.

—Esa belleza es mi hija Berenice y tengo un hijo de un año llamado Stefanos —dijo fe con voz enronquecida y su mirada sincera y acuosa.

«Soy padre de dos hermosos niños». Nicolás descubrió que este nuevo mundo le causaba una extraña e innegable emoción que le provocaba salir y gritarlo a los cuatro vientos.

—Felicidades, amigo. —El extraño ofreció su mano amable—. Gustavo Solís, para servirle.

—Lo mismo digo, Gustavo. Soy Nicolás Kirgyakos, a la orden.

El famoso estrechó con fuerza la mano del hombre de rostro sincero. Por un buen rato los orgullosos padres se quedaron de pie, frente al ventanal, en ameno intercambio de planes para el futuro de sus hijos.

Algunos pasos atrás, un par de ojos castaños presenciaron el momento con un nudo en la garganta. Pablo ahora podía estar tranquilo, porque ese hombre de una sola pieza haría su deber con gran desempeño, sin duda alguna. Conocía su historia cimentada con calidad y excelencia en educación, valores y amor por la familia, gracias a la madre y a la nana. Ya no le quedaba duda que amaría profundamente a sus hijos y los guiaría por la senda de la vida con esas bases. Ahora solo dependía de Alicia y su amor e inteligencia para conseguir el resto.

Cuando Nicolás volvió a la habitación de la chica se encontró a Pablo, Ray y el pequeño Stefanos haciendo antesala.

—¿No han entrado a ver a Alicia?

—Parece profundamente dormida —respondió Pablo considerado.

—Estoy seguro de que prefiere estar despierta en compañía de ustedes —declaró con sincera empatía—. ¿Creen que Stefanos quiera acompañarme a dar una pequeña vuelta por los jardines del hospital?

—Atento captó el intercambio de miradas entre ellos—. Miren, estoy consciente de que me he ganado su desconfianza y resentimiento a pulso, pero también saben que tendremos que poner todo de nuestra parte para que esto funcione, porque ahora que estoy enterado de la existencia de mis hijos, no pienso alejarme de ellos.

—Alicia querrá ver a su hijo...

—Tienes razón, Kirgyakos —interrumpió—. Stefanos es un niño muy afable, seguro que si lo invitas afuera encantado te seguirá. — Pablo acalló la protesta de Ray con una mirada—. Nosotros le diremos a Alicia que tú le llevarás al niño en un momento.

—Gracias —dijo con mirada profunda—. Stefanos, hijo ¿Vamos al jardín? —le tendió la mano y para sorpresa de los presentes el pequeño estiró sus bracitos para que el extraño lo cargara. Sin pensarlo dos veces, Nícolás sostuvo en brazos por primera vez a un niño, que por cierto no era cualquier niño; ese era su hijo, su primogénito.

Desde primera fila Pablo y Raymundo fueron testigos del llamado de la sangre. Ese milagro que pocos creen posible porque no han tenido el privilegio de presenciarlo.

Nícolás se dirigió a un jardín central donde había visto una hermosa fuente con bancas, plantas en flor y arbustos recortados en el perímetro; ahí decidió sentarse un momento para observar a su hijo a la luz del día con todo detalle, era tanto lo que quería saber acerca de ese pequeño ser que era carne de su carne y sangre de su sangre. Se había perdido el primer año de su vida y debía ponerse al corriente de inmediato, no quería ser un extraño para él; cuanto antes quería escuchar llamarlo papá, aunque parecía que aún no hablaba demasiado.

Stefanos también tenía curiosidad por el hombre que le sonreía y hablaba con paciencia y ternura. Sus pequeñas y regordetas manos tocaban su rostro y jugaban con brusquedad con el vello crecido de la barba, riendo a carcajadas con cada queja que le sacaba al grandulón.

Padre e hijo disfrutaron del lugar para ellos solos y de su mutua simpatía por espacio de veinte minutos, hasta que el hombre de fama mundial fue reconocido por el personal y visitantes del hospital que empezaron a agruparse a poca distancia para observarlos.

De inmediato se corrió la voz y de la nada apareció en escena un periodista que sin empacho alguno se acercó al artista, acompañado por supuesto de su fotógrafo, que no dejaba de captar las escenas únicas que con seguridad serían primicia mundial.

En pocos minutos no fueron dos sino cuatro y rápidamente se

convirtieron en ocho los intrusos que robaron el momento de íntima convivencia del artista y del chiquillo, que sin duda alguna era su hijo.

—Señor Kirgyakos. —Se escuchó a alguien gritar desde la puerta.

—¡Nícolas! ¿Qué lo trae por tierras mexicanas? —preguntó otro que se acercaba.

—¿Ese bebé es hijo suyo, señor Kirgyakos? —inquirió una chica al fondo.

—¿Quién es la madre? —De nuevo se escuchó la primera voz.

—En vista de que de igual forma se van a enterar, prefiero que lo hagan por mí y que la noticia se publique conforme a la realidad. —Nícolas se puso de pie, con el niño en brazos, para hacer frente a los intrusos, como ahora era su costumbre, directo y sin rodeos—. Señoras y señores, le presento a Stefanos, mi hijo —expresó con el orgullo a flor de piel. De inmediato se hizo el alboroto y se escucharon las voces preguntando por la madre—. Adentro se encuentran mi preciosa hija, Berenice y la madre de ambos, Alicia Suárez.

—Señor Kirgyakos. ¿Alicia es la joven mexicana con la que mantuvo un romance hace poco más de un año? —preguntó un acertado periodista.

—Así es —respondió sin dudar.

—¿Hay matrimonio en puerta?

—¿Habla de la misma Alicia, esposa de Pablo Joaquín, el fotógrafo? —preguntó otro al segundo inmediato.

—La misma... —Stefanos empezó a irritarse con los *flashes* incesantes y el griterío de la pequeña multitud—. Damas y caballeros, es todo lo que diré por el momento. Si me disculpan, a mi hijo no le agrada la fama, aún. —Nícolas se despidió con un saludo de la mano y su deslumbrante sonrisa, dejando a todos divertidos por la broma. Pero el pequeño lo opacó al agitar su manita imitando sus actos.

Para fortuna del compositor, su personal de seguridad, que ya había llegado al hospital, los puso a salvo de los insistentes periodistas que pretendían seguirlos al interior del edificio.

—Parece que te han descubierto —dijo Pablo, que, acompañado de Ray, salió al encuentro de los perseguidos.

—Sí. Ya te tocará vivirlo. —El músico vaticinó al fotógrafo sin el afán de desquitarse—. ¿Cómo está Alicia? —preguntó al tiempo que avanzaba rumbo a la habitación.

—Muy bien. De hecho está alimentando a... —Ray dejó a medias la oración; el bombón cruzaba ya la puerta con Stefanos en brazos.

Alicia estaba tan concentrada en dar el pecho a su hija que no escuchó el sonido de la puerta al abrirse, ni a sus visitantes. Por unos segundos Nicolás pudo disfrutar la visión más increíble y hermosa del planeta. Al fondo de la habitación se encontraban dos criaturas celestiales, en perfecta comunión, irradiando un aura llena de armoniosa luz y color.

—¡Mamá! —Stefanos gritó a todo pulmón, estirado cuan largo era hacia enfrente para que el grandulón lo llevara junto a ella.

—Amor mío —respondió ruborizada mirando de forma esquiva al padre de su hijo.

Los recuerdos del encuentro de meses atrás acudieron en tropel a su cabeza para revivir los íntimos momentos con Nicolás cuando de forma descarada saboreó la miel de sus senos, con la misma hambre que lo hacía ahora su hija.

La escena de segundos antes, adorable y tierna, ahora tomaba matices eróticos para el encendido hombre que pugnaba por controlar sus reacciones sin conseguirlo.

Cuando Alicia levantó la mirada pudo captar que bajo la tela del entallado *jean* de Nicolás se evidenciaba el mismo estado febril que la martirizaba a ella, entonces fue inevitable buscar la mirada oscurecida de pasión y toparse con el rostro que poco a poco se fue convirtiendo en una máscara de angustiante deseo, puramente carnal.

—¿Tú crees que la pequeña Bepevikn quiera compartir? —Ante las evidencias, pensó que era preferible hacer una broma.

—¿Tu qué crees? —Alicia captó el mensaje y por fin pudo relajarse. Segundos después ya estaban compartiendo la vieja camaradería que tantas veces disfrutaron en el pasado.



Por otro lado Stefanos y sus travesuras ayudaron mucho a que se mantuviera el clima cordial en la habitación, hasta que decidió que estaba hambriento y empezó a llamar a tío Ray con claridad asombrosa. Para esa hora la pequeña Berenice se encontraba profundamente dormida en la cuna junto a su madre, que aún mostraba signos de cansancio.

—Llevaré a mi hijo con Pablo y Ray y vuelvo enseguida, princesa — dijo Nícholas con naturalidad como si todo no fuera una novedad para él.

—Tú también deberías irte a descansar —sugirió apaciguando su corazón al escuchar de sus labios la palabra hijo. Debía recordarse ser realista. Ni ella era una princesa ni su vida un cuento de hadas con el clásico «y fueron felices para siempre»—. El personal del hospital me ayudará si necesito algo. Ya me informó el médico que para mañana alrededor del medio me dará el alta, así que...

—Me temo que no es opcional —agregó serio cuando alzaba en el aire al quejumbroso niño.

—¿Si te prometo que no escaparé con mis hijos por la noche, te irás a descansar? —Buscaba una pista de los sentimientos que albergaba el hombre, en vista de que guardaba un hermetismo un tanto escalofriante.

—No. —Sin agregar más salió con el niño en brazos.

Afuera se encontró a Pablo charlando de forma cariñosa con Ray, entonces se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes. Muchas penas se hubieran podido evitar.

—¿Podrían llevarse a este pequeño al hotel a cenar y descansar? —preguntó con humildad—, yo me quedaré con Alicia al pendiente. — En cuanto Stefanos vio a Ray le tendió los bracitos demandante, con un bostezo que reafirmó las palabras de su padre.

—¿Ella está de acuerdo? —Aunque fuera todo un bombón musical, Raymundo aún no aceptaba que empezara a dirigir la orquesta, que hasta ayer había sido de ellos, sin tomarlos en cuenta.

—Ray, ya hablamos del tema, ¿recuerdas? —Pablo lo reprendió con amabilidad.

Nícholas suspiró para armarse de paciencia—. Adiós, hijo. —El

pequeño repitió la hazaña de la tarde de agitar su manita de despedida, para regocijo del nuevo papá.

Alrededor de las tres de la mañana, Alicia fue requerida de nuevo por la pequeña Berenice, que lloraba a todo pulmón pidiendo de comer. En esta ocasión, Nicolás prefirió darle privacidad a la madre e irse al hotel para darse un duchazo, no sin antes conseguir que una enfermera se quedara junto a ellas en su ausencia.

—¡Te has tumbado la barba! —dijo Alicia al despertar, en cuanto sintió su presencia en la habitación poco antes del amanecer.

—Recuérdame comprarle un peluche a Stefanos para que se entretenga torturándolo ahora que su padre ya no será más su juguete —agregó con una sonrisa, en tanto se tallaba la barbilla desnuda después de toda una vida de llevarla cubierta.

Alicia no atinó a decir nada, pero se moría de ganas de pasar sus dedos por la piel lisa y un tanto verdosa por la reciente afeitada.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta mi nuevo *look*? —Se acercó a ella retándolo a que lo negara. Como si adivinara sus pensamientos bajó la cabeza hasta quedar a un palmo de su nariz, tomó su mano y se la llevó al rostro.

—¿A quién te pareces? —hizo la pregunta nerviosa. En cuanto sintió la aspereza de la piel de su mandíbula retiró la mano con brusquedad, pero nada la libró de que a su nariz llegara el delicioso olor dulce y picante de su *after shave*—. Físicamente, quiero decir —agregó con la garganta seca al mirar su confusión.

—A mi madre, aunque el color de mis ojos es herencia de mi padre. Mi abuela era alemana —aclaró cansado. La ducha de agua tibia lo había desinflado.

—Entiendo. —Fue claro para ella su cambio de humor—. Ya que insistes en quedarte aquí, ¿por qué no buscas ponerte cómodo para que reposes un poco?

El hombre decidió hacerle caso y tomó asiento en el sillón pegado a la pared. Estiró las largas piernas cual largo era y apoyó los pies en la

mesa de centro frente a él.

## Capítulo 47

Alicia se felicitó por conseguir que Nicolás bajara la guardia lo necesario para que se quedara dormido. Por algunos minutos se dio el lujo de observarlo. Admiró con embeleso sus rasgos perfectos, idénticos a los de su hijo, antes de dirigirse a la ducha.

—¿Qué haces levantada? —preguntó sobresaltado. Era Alicia a la que atrapó por la mano curiosa luego de que rozara su barbilla. Con un rápido tirón terminó acomodada sobre su regazo.

—Yo... —¿Por qué demonios no venció la tentación de tocarlo? Ahora se encontraba en zona de peligro, por completo vulnerable.

—Mmm... ¡Hueles delicioso! —Su voz se escuchó sofocada por el níveo cuello donde tenía sumergido el rostro para inhalar su fresco aroma a limpio.

Las manos inquietas en segundos recorrieron sus brazos, de ahí emigraron a su espalda, bajaron a sus caderas y se metieron por la abertura de la bata de baño para acariciar la piel de sus muslos hasta que se escuchó un lánguido gemido que él consideró el permiso para poseer sus suaves labios.

Arrebatado, Nicolás invadió con la lengua la boca de Alicia para buscar en su interior la fuente única capaz de apagar la inagotable sed de ella. Con los dientes y los labios expertos jugaba con la roja piel regodeándose en su sabor y su textura. ¿Qué tenían esos labios que detonaban como ningunos las ansias de poseer a su dueña? ¿Qué embrujo era ese que lo tenía enganchado y lo hacía volver una y otra vez a los brazos de esa mujer?

—¡Nicolás!

—Buenos días. Esta bebé muere de ha... ¡Oh, perdón! ¡Lo siento! Yo pensé...

—Descuide. —respondió Nicolás a la enfermera que venía con su hija en brazos antes de ponerse de pie con las manos cruzadas sobre su entrepierna.

—Páseme, por favor, a la niña para alimentarla —se apresuró a pedir Alicia para guiar la atención de la enfermera, embelesada con el hombre, hacia ella que ahora se encontraba sentada en la orilla del colchón.

—Veo que ya se ha duchado, señora Kirgyakos —comentó ruborizada—. Los dejo, pero volveré en un momento con el alta —informó a modo de despedida.

—Yo no soy la se...

—Gracias, enfermera. Ahora mismo paso a caja para liquidar la cuenta —anunció el músico a la mujer que hablaba desde la puerta —. Regreso en un momento, bonita —avisó a Alicia ya a solas.

—Preferiría que la cuenta la liquidara mi espo...

—De ahora en adelante los gastos de mis hijos los cubro yo y, en cuanto a tu falso matrimonio, te informo que, cuando estés en condiciones, pediremos la anulación para que nos casemos de inmediato —declaró con firmeza para no dejar ninguna duda al respecto.

Nicholas salió de la habitación antes de que se iniciara la contienda, pues sabía de sobra que Alicia no se lo pondría fácil, pero ni ella ni nadie impediría que él hiciera lo conducente.

Para medio día, tal como lo había prometido el ginecobstetra, Alicia y la pequeña Berenice fueron dadas de alta. Salieron por la puerta elegantemente ataviadas con la ropa que Pablo y Ray tuvieron el buen tino de comprar, en vista de que la maleta dispuesta para la ocasión, con anterioridad, nunca salió de casa dadas las circunstancias.

De la misma forma que la comitiva llegó a Cancún, regresó a la isla y del aeropuerto se trasladó en el auto del músico a la casa del matrimonio Joaquín. Pablo no quiso dar aviso a la familia hasta no hablar del futuro de la chica y los niños con Kirgyakos, así que en

casa solo los esperaban doña Meche y la nueva chica del servicio, que hicieron alboroto en nombre de toda la prole.

En cuanto cruzaron la puerta, Alicia se disculpó para irse a su habitación a alimentar a Berenice, seguida por las mujeres y Stefanos.

—Tenemos que hablar —dijeron los tres hombres a coro en cuanto se quedaron a solas.

—Creo que podemos empezar con un vaso de buen *whisky*, ¿no creen? —ofreció Pablo afable. Lo necesitaban.

Nicholas agradeció el gesto y siguió a los «anfitriones» a la habitación que hacía las veces de biblioteca y despacho, que recordaba de aquella visita hacía casi tres años.

—Alicia y yo vamos a casarnos —Nicholas soltó nomás sentarse y dar el primer trago a su bebida.

—¿La amas? —Ray se adelantó a Pablo y preguntó a rajatabla—. Por tu silencio supongo que no es así, entonces, no veo porque deban hacerlo. Para que tus hijos lleven tu apellido no es necesario el matrimonio —argumentó con fría practicidad.

—Mis hijos no vivirán fuera del matrimonio de sus padres —aclaró en tono rotundo—. Quiero verlos crecer y participar en conjunto con su madre en su educación. Es mi deber y mi derecho y para eso hace falta vivir juntos.

—Alicia ya tiene un esposo, y sus hijos, un padre y una familia. —Ray reconocía que «el tirano» estaba demostrando poseer valores y decencia, pero él no pararía hasta que recibieran motivos suficientes que satisficieran sus almas inquietas y desanimadas.

—¡Ray, por favor!... —Pablo intervino, pero de inmediato fue sofocado por el peleonero hombre que levantó una mano para detenerlo.

—¡Nada de por favor! Amamos a esa mujer y a sus hijos entrañablemente y deseamos lo mejor para ellos, así que me vas a disculpar, pero quiero respuestas y aún faltan muchas —expresó casi a gritos.

—Quiero hacerla mi esposa y darle a ella y a mis hijos todo lo que por derecho les corresponde —aclaró el músico contralando su genio.

—¿Alicia qué dice de todo esto? —Pablo no era tan arrebatado, pero su pregunta iba directo a la yugular.

—No puedo darle a escoger, porque de ser así corro el riesgo de que me rechace —respondió sincero. Al ver que se avecinaba la protesta de parte de los hombres levantó la mano pidiendo más tiempo—. Solo pido una oportunidad para reparar todo el daño que he causado, no quiero que seres inocentes sufran por el hecho de no haber sido ni deseados ni planeados. Ahora que sé que tengo dos hijos y que los he conocido, tengo la certeza de que puedo llegar a ser un buen pa...

—¿Por qué te crees con derecho sobre ellos? —Ray interrumpió indignado.

—Ese derecho no me lo estoy tomando yo, me lo ha otorgado El Creador y las leyes del hombre, así que, partiendo de ese hecho y por todos los motivos que ya mencioné, haré uso de él. A cambio, y en agradecimiento a Dios y a ustedes, me esforzaré para componer mi mejor obra basada en dedicación y amor a mi familia. Tienen mi palabra de hombre.

—Te los llevarás a Grecia —No fue una pregunta, Pablo afirmó con un nudo en la garganta. Raymundo estaba hecho un mar de lágrimas ante lo inevitable.

—Sí. Ahí está mi hogar y el de ustedes cuantas veces quieran ir a visitarnos. Procuraré que no pase mucho tiempo para que volvamos a esta isla que será nuestro segundo hogar —se comprometió emotivo.

—Cuenta con nosotros para ayudarte con Alicia, Kirgyakos. — Aunque se le rompiera el corazón, Pablo pensaba que era su deber apoyarlo para que las cosas se hicieran bien. Con nadie mejor que con sus padres estarían ese par de angelitos que tanto amaban.

—Gracias. Ahora debo hablar con Alicia. —Nícolas se levantó ligero luego de soltar la carga.

—Subiendo las escaleras, la tercera puerta a la derecha.

Con sus indicaciones, Pablo dio libertad plena a Nícolas para iniciar las negociaciones que terminarían por alejar a su familia adoptiva de Ray y de él.

—Pase. —Un suave llamado a la puerta fue la señal que Alicia

esperó por buen rato. Se debatía dolorosamente en hacerle caso a su cabeza o a su corazón.

—¿Podemos hablar? —Nícolás se adentró en la habitación en semipenumbras, esperaba ver a sus hijos junto a su madre, pero la puerta abierta de par en par, al fondo de esta, le indicó que del otro lado se encontraban ellos.

—Los niños ahora duermen —aclaró adivinando sus pensamientos, al tiempo que se dirigía a la puerta que daba a la terraza—. Hablemos aquí —propuso. Si las cosas se ponían difíciles, no los despertarían.

Sin esperar respuesta, Alicia salió al fresco exterior. La temperatura había bajado un poco y la tarde estaba preciosa, aunque su alma atormentada no le permitía disfrutar de nada. A su vez, no era para menos, estaban a punto de tratar el tema más importante y delicado de su vida: su futuro y el de sus hijos.

—Pablo y Raymundo ya están informados de nuestros planes de matrimonio. —Nícolás como siempre fue directo al grano.

—Querrás decir tus planes, porque yo no estoy convencida de que sea la decisión correcta. —En el pasado, cuando creía que Nícolás la empezaba a amar, hubiera dado la vida por esa propuesta.

—No veo por qué no. De igual forma que te casaste con Pablo para darle una familia y un apellido a Stefanos, ahora lo harás con el verdadero padre de los niños —aseguró con la mirada clavada en su perfil.

Nícolás de antemano sabía lo que pasaría, pero eso no indicaba que le llovería sabiduría y paciencia del cielo para hacer entender a la chica que su decisión era la mejor opción.

«Cómo decirle que eso es diferente por la sencilla razón de que Pablo y Ray lo hicieron por amor a mí», se preguntó Alicia.

—No estoy de acuerdo —dijo agitando la cabeza con la mirada clara vuelta a él.

—No entiendo por qué —pronunció un poco acalorado—. Si lo que te preocupa es compartir mi cama, puedes estar tranquila, nunca volveré a forzar las cosas. ¡Esto es una promesa! —De inmediato sacó sus propias conclusiones, a fin de cuentas, había pruebas vivientes de que sus acciones equivocadas traían serias consecuencias.



—Alguna vez me dijiste que tú no prometías —le recordó con valentía. Pensaba que con este movimiento derribaría los puntos a favor del poderoso hombre.

—De ese día a la fecha las cosas han cambiado y yo también. —Con amabilidad, pero también con firmeza la sujetó por los hombros y la giró hacia él para obligarla a retener su mirada y que pudiera ver su sincero arrepentimiento.

—¿Y Mati? ¿Ella sabe lo que estás planeando? —Esperaba tener una aliada en la buena mujer que la quería bien, las muestras se las había dado cuando quiso apartarla de él.

—Hay algo que aún no te he dicho, Alicia. —El semblante de fortaleza viviente se derrumbó y un rictus de tristeza distorsionó sus rasgos.

—¿Qué? —preguntó con ojos redondos, asida de las solapas de la fina chaqueta.

—Mati falleció hace tres meses —terminó con la voz quebrada.

—¿Cómo? —Alicia sintió cómo su alma caía de golpe al piso.

—Lo que más me duele es que murió sin conseguir despertarme a tiempo para que lo viera ella.

—No te entiendo, Nicolás. —Sus lágrimas corrían libres por la onda pena, pero también por el dolor que veía reflejado en el rostro amado.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué sabía detalles de Stefanos? —vio su asentimiento antes de continuar con el relato—. Por fotografías que nana me mostró de él. Todo indica que ella siempre supo que Stefanos era mi hijo e hizo lo indecible por que lo supiera sin faltar a la lealtad que te profesaba; pero, dormido ante la verdad que me saltaba a la cara, no le di la satisfacción antes de su repentina muerte. —Se volvió hacia la puesta de sol para ocultar sus lágrimas—. Soñaba con verme hecho un hombre de familia y ver crecer a mis hijos.

—Estoy segura que desde el cielo así será —aseguró compasiva. En ese momento decidió que se casaría con Nicolás y se esforzaría al máximo por ser una buena compañera por la familia y por la querida Mati, independientemente del derecho que asistía a sus hijos de vivir

con su verdadero padre.

Nícholas volvió su cuerpo cuando sintió cerca la presencia de la chica y la envolvió en sus brazos para por fin poder llorar la muerte de la mujer que había sido su segunda madre.

Por largo tiempo la pareja permaneció unida por la fuerte comunión de sus almas. Dos pares de ojos a lo lejos presenciaron el momento, ahora convencidos de que esos dos seres habían nacido para permanecer juntos, aunque ellos mismos aún lo ignoraban.

Pasado el momento espiritual, Alicia sintió cómo su cuerpo empezaba a reaccionar ante la atrayente presencia y a Nícholas pareció sucederle lo mismo, porque la presión de sus brazos se incrementó, al tiempo que el latido de su corazón, que retumbaba en su oído, y el ritmo respiratorio se aceleraban.

—Cuéntame esas cosas que hizo la ingeniosa Mati. —Alicia no encontró mejor pretexto para alejar las tentaciones que hablar de las técnicas que utilizaba la nana cuando quería lograr la atención de alguien, siempre por un motivo noble y loable.

Nícholas aceptó gustoso compartir sus recuerdos. Enumeró uno a uno y al detalle todas las formas y medios practicados por la anciana para abrir su entendimiento. Alicia supo en cosa de diez minutos todo lo que a Mati le tomó meses de arduo trabajo, empezando por el hecho de que contrató a un espía para que la tuviera al tanto de sus pasos y le enviara las fotografías de ella desde el día que se enteró que se había casado con el «padre» del niño que esperaba.

## Capítulo 48

Gran revuelo y escándalo levantó el polémico Nícholas Kirgyakos en todos los medios de comunicación ante la noticia de la aparición inesperada de dos hijos.

Los siguientes días al descubrimiento no hubo revista, periódico y programa televisivo que no comentara la historia con fotografías de él y su hijo, aquel día del hospital, y las nuevas imágenes que marcaban el inicio de la relación en familia de los cuatro Kirgyakos subiendo a su *jet* particular rumbo a Grecia.

A un mes del nacimiento de Berenice, Alicia aún no terminaba de asimilar el brusco giro que había tomado su vida y la de sus hijos; todavía se cimbraba su corazón al observar a su atractivo esposo mirando con adoración el rostro de Stefanos, dormido en brazos, de camino a su nuevo hogar.

Stefanos no tuvo ningún problema en introducir al recién aparecido padre en su lista de afectos y, en más de una ocasión, como por ejemplo esta, el niño había preferido a él en vez de la madre.

—En diez minutos aterrizamos.

La voz profunda y baja de su marido obligó a Alicia a salir del interior de su cabeza para mirar por la ventanilla con ojos de asombro el centenar de islas esparcidas por los mares, preguntándose cuál de todas ellas sería su casa.

La pequeña Isla Elpis, que ni era tan pequeña, pues albergaba la casa grande y un centenar de edificios que la circundaban, además de la pista de aterrizaje a cinco kilómetros de distancia, era una belleza, una mezcla salvaje de formaciones rocosas e intensa vegetación que

robaban el aliento. Ahora entendía el amor y arraigo de Nicolás por esta tierra que se había convertido en su hogar de los últimos años.

Las viviendas que rodeaban la casa señorial pertenecían a las personas o familias que trabajaban para su esposo, hasta había una tienda que vendía todo tipo de mercancía, la escuelita y la pequeña clínica —parte de las prestaciones de trabajo— para que los pobladores contaran con lo indispensable sin necesidad de viajar fuera en busca de ello. Eso se lo dijo Nicolás en el corto viaje de la pista a casa, pero ya tendría tiempo más adelante de explorar personalmente su nuevo mundo al detalle.

La actual isla era el resultado de la ardua labor del propietario de los dos últimos años. En cuanto consiguió cerrar el trato de la compra con sus antiguos dueños —que, a decir verdad, eran un par de ancianos decrepitos, que tenían sumida en la pobreza e ignorancia a sus pobladores—, Nicolás puso manos a la obra para su modernización. Alicia había escuchado la historia de viva voz de la servidumbre de la casa grande, que no tenían más que palabras de agradecimiento, respeto y cariño hacia el patrón, las mismas que ahora hacían extensivas de forma incondicional a ella y sus angelitos.

Unas semanas después de su llegada a la mansión, cuando cruzaba su alcoba para ir a la de sus hijos, le vino a la mente el recuerdo de su promesa, que por cierto la cumplió y seguía cumpliendo con excelencia, pues su solitaria habitación y la de los niños eran una belleza.

Mientras confirmaba que los pequeños estuvieran dormidos, se perdió en las cenefas de los muros con estampados infantiles, en los muebles de madera blanca y en los pequeños sillones de tapicería en combinados tono pastel, en las ventanas gemelas de piso a techo cubiertas de vaporosas cortinas recogidas con grandes moños plateados, en el piso de duela de madera clara con un mullido tapete blanco centrado en el área y en el exquisito trabajo de estampados celestes en el techo, que cobraban vida cuando las luces dirigibles le daban luminosidad y movimiento. Por supuesto que la cuna de Bepevikn era una réplica exacta a la de su hermano y juntas hacían un par hermoso que resaltaba en el centro de la habitación.

*«Estos serán tus dominios y yo entraré en ellos solo con tu autorización o por una urgencia», fueron las palabras de su esposo cuando la llevó en el recorrido de la mansión redecorada antes de su llegada.*

*¿Si tú y yo no tenemos vida conyugal como harás para... para...? —Por terrible que fuera la respuesta, por salud mental tuvo que preguntar cómo sería la vida íntima de su esposo si ella no terminaba rogándole que compartiera su cama.*

*¿Para desfogarme sexualmente? —Le preguntó entonces con rostro mortalmente serio—. Sabes que un hombre de mi temperamento no te puede prometer celibato, ni creo que tú quieras aguantarme en esas condiciones, pero me puedo comprometer, sin temor a usar esa palabra, que, bajo ninguna circunstancia, ni tú ni mi familia tendrá que vivir en deshonra por mi conducta dentro y fuera de casa. Jamás daré pie para que las Angélicas del mundo o cualquier otro medio te humillen públicamente.*

Alicia volvió al presente cuando la bella música del carrusel dejó de escucharse. Los tristes ojos azules recorrieron su entorno antes de abandonarlo. Nicolás definitivamente no escatimaba en gastos cuando de la familia y los desafortunados se trataba, saberlo era maravilloso porque constataba lo que siempre pudo ver en el interior del alma del hombre, pero eso, a pesar de su valor, era un pobre consuelo para su corazón enamorado.

—Pase. —Con devoción rogó por que fuera el dueño de sus pensamientos.

—Señora Alicia, acaba de hablar el patrón para avisar que no lo espere a cenar porque trabajará hasta tarde. —En un inglés marcado y mocho[15] le informó Acaria, la empleada griega asignada a su servicio personal.

—¿Dijo solo eso? —quiso saber decepcionada. Le hubiera gustado que la llamara personalmente a ella.

—No. También le manda decir que le desea buen provecho y que les dé un beso de buenas noches a los niños de su parte. —Acaria sonrió complacida, segura de que su patrón estaba rompiéndose el

alma para que nada le faltara a su familia.

—Gracias, querida, avisa por favor a Damiana que yo tampoco cenaré.

—Como usted diga, señora Alicia. —La chica se dio la media vuelta con la intención de marcharse cuando la voz de la joven ama la detuvo.

—¿Cuándo aceptarás llamarme solo por mi nombre? Ya te he contado que antes de ser la esposa del señor era su empleada al igual que tú, eso te lo conté para que veas que no somos diferentes la una de la otra.

—¡Ay, señora! Nada más lejos de la verdad... Usted podrá haber sido una simple empleada, pero su belleza y porte los trae de cuna. Yo soy una insignificante e ignorante mujer de pueblo —concluyó con la mirada abajo.

—No digas eso. Eres una joven muy linda y lo ignorante se quita instruyéndose. ¿Hasta qué año estudiaste, Acaria?

—Apenas aprendí a leer y escribir, señora. El inglés que hablo me lo enseñó mi abuela, que era originaria de un pequeño poblado cerca de Londres, de donde se escapó siendo aún una niña para evitar los maltratos de su padre, que le daba muy mala vida. Dando tumbos fue que la pobre llegó hasta aquí.

—¿Que te detiene para terminar la primaria? Hasta donde ustedes me han dicho tienen una escuela en la localidad para los que quieran estudiar; de hecho, entiendo que es decreto de mi esposo que todos los niños deben acudir a la escuela.

—¡Usted lo ha dicho! Los alumnos son niños... Yo me moriría de la vergüenza en medio de ellos. —El sonrojo de su rostro era muestra de lo que decía.

—¿Hay otros adultos como tú que les gustaría seguir estudiando?  
—De pronto tuvo una idea en la que podía ayudar a la pequeña población de la isla y que le serviría también para aumentar su autoestima que últimamente andaba por los suelos, ya que de escribir ni hablar; por lo pronto, su inspiración estaba peor que su amor propio.

—Adultos somos alrededor de treinta y estoy segura de que

mínimo quince están como yo. ¿Por qué lo pregunta?

—Se me ocurre que yo podría impartir clases de primaria para adultos. No soy maestra, pero se me da bien la enseñanza. Tal vez con ayuda del profesor de los niños me pueda hacer de un programa para adultos que me sirva de guía. —Alicia vio brillar el entusiasmo en el rostro moreno de la guapa chica, si acaso diez años mayor que ella.

—Eso sería maravilloso, señora. ¿Usted cree que el patrón este de acuerdo?

—No veo por qué no. Eso me ausentaría de casa dos o tres horas diarias como máximo —respondió segura de que a Nicolás no le importaba en qué ocupaba su tiempo libre.

—Tengo un hermano, una hermana menor y dos amigas que trabajan en las islas vecinas y les haría muy feliz poder estudiar.

—Déjame comentarlo con el señor y, si no pone ninguna objeción, arrancaremos de inmediato —resolvió emocionada.

Le hacía mucha ilusión poder ayudar y ayudarse. En la mansión no le dejaban nada por hacer y los tiempos de descanso de los niños le daban demasiados ratos de ocio para pensar. Los momentos de escribir eran en sus noches de insomnio, cuando la inspiración se activaba.

A la mañana siguiente citó a Nicolás en su despacho, en vista de que no bajó a desayunar junto con la familia, como era su costumbre. Por lo visto, la juerga se había prolongado por la noche, porque la última vez que ella vio su reloj de mesa pasaban de las tres de la mañana y el aún no llegaba a casa.

—¡Buenos días, Alicia! —Nicolás apareció con facha de vago más que de genio musical, un tanto huraño, barbón y aún escurriendo agua del largo cabello después de su ducha reciente. Su aspecto le hizo recordar al Nicolás de años atrás.

—¿Descansaste? —preguntó con mofa desde el cómodo sillón donde se encontraba leyendo un libro que dejó sobre su regazo para observarlo.

—Me hizo falta... —respondió con desvergüenza.

Nicolás inspiró con fuerza, metió las manos en las bolsas de su

*jean* y miró fijo los azules ojos, armándose de paciencia; presentía que la iba a necesitar.

—Ya lo creo... —comentó entre dientes, pero de igual forma fue captada.

—¿Y eso qué significa? —preguntó con el ceño fruncido. De pie en el mismo lugar. No estaba de humor para críticas, menos viniendo de esa mujer en particular.

—Significa que tu cuerpo pide una tregua y, si no se la das, enfermarás —declaró con tiento, porque sintió el ánimo bélico de su esposo.

—¡Cuánta sabiduría! ¿Por qué mejor no me dices para qué me citaste aquí y dejas de repetirme lo que ya sé? —Avanzó despacio, como fiera al asecho, hasta quedar a un paso del asiento de ella.

—¿Te sucede algo? ¿Tienes problemas? ¿Puedo ayudarte? —preguntó con sincero interés, aunque tal vez con poco tacto. Se puso de pie para enfrentarlo empecinada con el tema.

Alicia vio venir el par de manos y trató de esquivarlas, pero se apoderaron de sus hombros con firmeza para arrastrarla a solo centímetros del él y dejarla en libertad de aspirar su aroma y sentir el calor de su piel.

—¡Todo me pasa, Alicia! —La verde mirada despedía desdén y algo parecido a la desesperación—. ¿Qué estás dispuesta a hacer para ayudarme? —La pregunta brotó con brusquedad, con dureza, con la intención de sacudirla desde su interior con cada palabra.

—No lo sé —admitió descompuesta.

—Entonces no preguntes, bonita, corres el riesgo de que no te guste lo que escuches. —Soltó sus hombros y caminó dos pasos hacia atrás, como si la cercanía de ella lo quemara—. Discúlpame, ¿quieres? —Luego desplegó esa sonrisa que desarmaba y su mirada se suavizó, a fin de cuentas, Alicia no era la culpable de los demonios que lo perseguían, aunque sí era el tónico que necesitaba para alejarlos—. Querías decirme algo... —Interpuso más distancia entre ellos, no confiaba en sí mismo.

Con las piernas temblorosas, iba a tomar asiento de nuevo cuando descubrió sobre el piso el libro que antes leía; se agachó para



recogerlo, pero su mano tomó la de Nicolás que tuvo la misma idea.

El roce inesperado de las pieles, las miradas enganchadas sumergidas en un mar de hambre inagotable del uno por el otro fueron el detonante de los deseos del cuerpo por igual.

—Nicolás...

—Alicia...

Decidido a probar suerte, el músico colocó las manos sobre el talle de la chica para levantarla con él y llevarla al sillón cercano donde la invitó a recostarse para luego tenderse encima de ella. Ansioso reclamó los labios femeninos, que a gritos le pedían por un beso.

Alicia dio rienda suelta a la necesidad de sentir el poder y la fuerza sexual del hombre amado como siempre y como nunca antes. Jamás se imaginó que con ese matrimonio y ese arreglo viviría el peor de sus tormentos, tan cerca de Nicolás y al mismo tiempo tan lejos. Diario lo soñaba en su cama entregado a ella con el cuerpo, el corazón y el alma, pero eso no sucedería y ella no quería conformarse con menos.

—¡No! No podemos. —Lo empujó del musculoso pecho con fuerza para despegar los labios, antes de que terminara perdiéndola en un estilo de vida al que no quería regresar.

Nicolás no se tocaría el corazón para confinarla al baúl de los recuerdos como La muñeca fea[16] una vez que se aburriera de ella.

—¿A qué estás jugando, bonita? —La ardiente mirada tenía matices peligrosos.

—A nada. Solo recordé lo que pasó la última vez que estuvimos juntos. —Utilizó un recurso infalible para apaciguar los ánimos caldeados.

Alicia vio con mortificación cómo su esposo se ponía en pie enfadado y muy excitado; sus pasos lo llevaron directo a la ventana y ahí permaneció un rato con los brazos en jarras y la mirada perdida en espera de que sus ansias se apaciguaran.

—No me has dicho por qué quieres hablar conmigo —le recordó con la voz enronquecida, sin siquiera mirarla.

—Quiero dar clases de primaria para adultos. —Con los ojos se comía la hermosa silueta de espaldas a ella, cuando de repente

Nícolas se volvió para sorprenderla casi babeando por él—. Clases para los trabajadores de la isla que aún no han terminado la educación básica. —Se apresuró a aclarar apenas porque la agarraron con las manos en la masa, o más bien en su lindo trasero; el muy granuja sonreía con suficiencia.

—Me parece una acción loable y en lo que a mí concierne debo agradecértelo en nombre de mi gente y en el mío propio. Por supuesto que corro con los gastos que ocasione adecuar un espacio apropiado para tus clases y todo lo relacionado con materiales y equipamiento. —Sonrió complacido, pero no por los buenos propósitos de su mujer, sino porque en las profundidades azules de sus ojos veía la misma miseria que estaba sintiendo él por su causa.

—La idea es utilizar las mismas instalaciones donde toman clases los niños, claro está, por las tardes, ya que estén desocupadas y los empleados hayan terminado sus labores diarias. ¿Qué te parece? — Poco a poco su cuerpo se enfrió y pudo razonar con coherencia.

—¿Así que formarás parte de la nómina de la isla? —Se acercó lo necesario para obligarla a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Claro que no. Saldré ganando, porque al tiempo que ellos aprenden yo aprenderé a hablar griego. —Se sentía ridículamente abochornada, como si nunca antes la hubiera delatado la lujuria que experimentaba ante su atractivo.

—¿Este compromiso que estás adquiriendo no te distraerá de tus otros intereses? —Casi disfrutaba verla sufriendo el mismo deseo que lo torturaba a él.

—Si te refieres a nuestros hijos y a mi nuevo libro, no. Acomodaré el horario de las clases cuando los niños toman su siesta por la tarde; en cuanto a escribir, eso lo hago por las noches cuando el inso... Me encanta la idea de sentirme útil para tu gente, que ahora es mi gente —confesó corrigiendo a tiempo su indiscreción. Él nunca debía saber que no podía conciliar el sueño hasta que lo escuchaba llegar a casa casi de diario en la madrugada.

—Por mí no hay ningún problema, al contrario, tengo que darte las gracias de nuevo por tu espíritu altruista —repitió como disco rayado. Le costaba seguirle el hilo cuando su razonamiento gravitaba

de la cintura para abajo—. ¿Cuándo tienes planeado comenzar? —se obligó a preguntar. De suerte que no era el único en esto, sino ¿por qué la inquieta Alicia se empeñaba en poner distancia entre ellos?, la misma que él se regocijaba en acortar.

—De inmediato, pero primero veré si el profesor Lincer me puede ayudar a conseguir un programa de enseñanza; si no, buscaré cómo resolverlo —respondió, literalmente contra la pared, pues su espalda había dado con el muro del fondo ante la oscura seriedad de su esposo.

—Estoy seguro de que sabrás solucionarlo. —La cercó con los brazos apoyados a los lados de su cabeza y el rostro lo suficientemente cerca para aspirar ese olor a fresca primavera que emanaba de su piel.

Con movimientos perezosos dejó que su nariz vagara por la larga cabellera, para después hundirse en su cuello con mucha sensualidad.

—¡Nícolas! —Tal vez, si cerraba los ojos de la mente, lograba controlar su cuerpo, que reaccionaba sin autorización, pero ahí estaba el olfato insurrecto.

—¿Mmm? —Bajó su mano hasta llevarla a la espalda baja y ahí ejerció presión para amoldar las suaves curvas a él.

Débil y sin voluntad, Alicia giró la cabeza para encontrarse con los deliciosos labios, haciendo equilibrio en la punta de sus pies para hacer casar las caderas, prendida a sus costados en busca de equilibrio.

Viéndolo como una invitación, Nícolas no se hizo esperar, rápidamente retomó la situación horadando los tersos labios con su boca hambrienta. Las manos hacían lo suyo, recorrían con lujuria las suaves curvas, casi con desesperación.

Alicia también buscaba aliviar su agonía, acariciaba con deleite la piel desnuda del cincelado pecho bajos sus palmas.

—Te deseo como un loco, Alicia. Necesito poseerte ahora —declaró sobrecogido de pasión.

Nícolas se encontraba concentrado en bajar la cremallera de su vestido, pero Alicia no se quedaba atrás, ahora mismo sus dedos se

peleaban con los botones delanteros del entallado *jean*, después de haberse deshecho de su camisa.

—Señora Alicia, ¿se encuentra aquí?

Los suaves golpes a la puerta y la voz de Acaria, del otro lado, fueron su salvación; nuevamente se había descarriado por el incontrolable deseo de la carne.

—Un momento... —Nícolas fue el primero en reaccionar y poner orden en las ropas de ambos.

—Pasa, por favor. —Esta vez fue Alicia quien habló, pero su voz le resultó extraña.

—Acaba de llegar esto que supongo querrán ver ahora mismo. —Si Acaria sintió demasiado caldeado el ambiente, no lo dejó traslucir. Se despidió en cuanto puso el paquete en manos del patrón.

El sobre que acababa de traer mensajería estaba a nombre de Mati, con una colección increíble de estampillas en el exterior; parecía haber viajado por todo el mundo. Nícolas no dudó en abrirlo de inmediato. En su interior encontraron fotografías de Alicia y su nuevo embarazo y del pequeño Stefanos al año de vida. Era hora de decirle al remitente que ya no iban a ser necesarios sus servicios.

## Capítulo 49

Después del candente encuentro en el despacho, hacía ya dos meses de eso, Alicia no había vuelto a coincidir con Nicolás a solas y las últimas semanas solo mantenían contacto por teléfono, pues él se encontraba de gira promocional por Europa.

Los medios solo tenían elogios para Nicolás por la excelencia en su nueva producción discográfica y en su vida privada como esposo y padre de familia. De nuevo Alicia constataba que su promesa se cumplía cabal, entonces, ¿por qué se sentía tan infeliz?, ¿acaso no era eso lo que quería? No dudaba de que la decisión de casarse fuera lo correcto, primero que nada por sus hijos y su hombre amado que así lo dispuso, aunque ella se sintiera marchitar por dentro.

Amar sin ser amado era como tener una enfermedad incurable. Disfrutar de la presencia de Nicolás, en especial cuando estaba con sus hijos, era como esa medicina que no cura, pero te alarga la agonía.

Lo que la mantenía al pie del cañón era ver el entrañable amor que su esposo le profesaba a los niños y la esperanza de que algún día doliera menos su amor no correspondido.

Las semanas pasaban en la isla, como los minutos imparables y precisos del famoso reloj de la torre de Berna. Eso podía servir para recordar que no hay plazo que no se cumpla ni fecha...

—¿Lista para irnos a la clase? —Alicia preguntó con portafolio en mano, a la espera de que Acaria terminara de ponerse hermosa, y no precisamente para agradecerle a ella.

—Dame un minuto —pidió la chica frente al espejo.

Para Alicia la vida giraba en torno de sus hijos, de Nicolás, la escuelita para adultos y sus cuatro nuevos amigos: Acaria, Evan, Clío y Theodore Pride, el médico de la clínica; aunque la noticia de que en los próximos días llegarían Pablo y Raymundo de visita, en su viaje de luna de miel, rompía el funcionamiento del perfecto orden para inyectarle bullicio, de ese que adoraba y que añoraba más.

Con el anuncio de la próxima visita de los entrañables amigos de México, se detonó para el matrimonio Kirgyakos la vida en sociedad, ya que tenían anunciada también la llegada de la familia Ares completa en cuanto el nuevo matrimonio se marchara. Incluso vendría también la «hermana incómoda», que estaba de vuelta en la región después de una larga ausencia del país por motivos de trabajo. Ahora entendía Alicia los constantes altibajos de humor de su esposo. Seguro le afectaba no tener a su trío perfecto.

Todos los días, después de la clase para adultos, la maestra fungía como la Celestina de Acaria y Evan, y Clío y Theodore. El romance entre ellos se dio gracias a que el celoso hermano de las chicas no obtuvo permiso de su patrón para acudir a las clases, pero por otro lado estaba su retrógrada actitud, que obligaba a que las mujeres hechas y derechos se anduvieran escondiendo de él.

—¿Cuándo te vas a sincerar con tu hermano? —un día Alicia enfrentó a Acaria de camino a la casa grande.

—Necesito tiempo, Ali. Si se lo digo en este momento, nos espantará a los galanes, así como lo ha hecho por diez años, y ahora sí estoy muy enamorada —dijo con rostro de ensoñación—. Es capaz de impedirnos a Clío y a mí que sigamos estudiando, con eso de que es amigo del patrón... El menos que nadie debe saber nuestro secreto, Alicia, ¡prométemelo! —Acaria miró con ojos de súplica a la ceñuda chica.

—De acuerdo. Pueden seguir contando conmigo para todo lo que necesiten, pero de antemano te digo que ocultar la situación no les asegura el éxito de sus planes. —Ella lo sabía por experiencia propia.

—Buenos días y bienvenido a casa, señor Kirgyakos.

—Gracias, Leah. Buenos días, bonita. —Nícolás apareció en escena para la hora del desayuno familiar. Repartió besos primero a Stefanos, que al verlo de inmediato reclamó sus brazos. Luego le tocó a la pequeña Berenice, que estaba demasiado entretenida esparciendo su papilla por todo el lugar, para considerarlo.

—Buenos días, Nícolás. —Después de veinte días de gira, por fin veía a su esposo. Según tenía entendido, había retornado a Grecia desde la tarde anterior, pero seguro había pasado a visitar a la recién aparecida novia antes de llegar a casa en la madrugada.

—¿Por qué me miras así? —Nícolás sonrió ante el gesto enfurruñado de su esposa.

—¿Así, cómo? —No se había dado cuenta de que no le quitaba los ojos de encima hasta que él lo mencionó. Verlo tan bello y campante, aunque con signos de cansancio acumulado en el rostro, le movía todo por dentro.

—¿Enojada? ¿Molesta? ¿Pasa algo?

—¡Pasa todo, Nícolás! —recordó una conversación similar con él y siguió su guion de manera premeditada.

—Cuéntame. ¿Puedo hacer algo para ayudarte? —Él también captó la idea y se apegó al texto. Cualquier cosa que intentara valía la pena, por un pretexto de acercarse a ella.

Justo cuando Alicia iba a responder, entraron Acaria y Leah por el par de revoltosos que no dejaban de gritar. El patriarca de la isla aprovechó para solicitar que en unos minutos les llevaran el café al jardín.

Nícolás observaba con rostro divertido la retirada de sus hijos cuando sus ojos regresaron a la mirada seria de su esposa.

—¿Qué estás dispuesto a hacer para ayudarme? —prosiguió con los nervios revoloteando su recién tomado desayuno.

—Lo que sea necesario. —Decidido a actuar dejó los cubiertos sobre el plato y se puso en pie para retirar la silla de su esposa—. Dime, ¿qué esperas de mí? —preguntó en un ronco susurro junto a su oreja.

«Bésame, Nícolás y después hazme el amor», gritó para sus adentros—. Me gustaría que pospusieras tus proyectos de trabajo

todo el mes que entra para que estemos juntos cuando recibamos a mis amigos y a los tuyos. —Sostuvo su mirada serena, pero por dentro su corazón trepidaba contra su pecho.

—Me parece justo —tomó galante la mano de su esposa y se la llevó a los labios con mirada sugestiva—. ¿Qué harás tú con tus clases? —quiso saber en tanto la guiaba a la terraza, donde los esperaba un fresco y humeante café, aunque también había una tetera y una jarra de jugo de fruta natural, y la privacidad que deseaba.

—En una semana inicia el período vacacional oficial para las escuelas, por eso tus amigos podrán viajar con sus familias completas. Yo haré coincidir las vacaciones de mis alumnos para llevar el mismo orden cronológico. ¿Deseas tomar algo? —Al segundo se arrepintió de las palabras seleccionadas, pues Nicolás la recorrió de los pies a la cabeza con una sonrisa definitivamente provocadora.

—¡Sí, gracias. Me apetece tomar... té —pidió arrastrando las palabras. Cuando la chica le entregó su bebida, esperó de pie para sentarse junto a ella.

Alicia se veía muy sexi con ese vestido amarillo entallado al cuerpo, de delgados tirantes sobre los hombros. Observaba analítico, por arriba de la taza, cómo había recuperado su preciosa figura. Incluso su busto había reducido de talla porque ya no amamantaba a Berenice. No es que lo tuvieran informado de todos los temas al detalle, era más bien que él seguía cada paso de ella. Unas preguntas aquí, otras preguntas allá...

Alicia bebía callada su jugo de frutas. De suerte que había rechazado el café, que le ponía los nervios de punta. Pero la mirada descarada de Nicolás sobre su cuerpo no ayudaba.

—¿Y cómo van esas clases? —La misma Alicia había puesto la mesa para que el indagara sobre algunos rumores que rondaban sobre el tema.

—De maravilla —respondió estimulada.

—¿Qué tal Lincer y Pride? —preguntó con ojos profundos.

—Bien... —Así que ya había llegado a oídos de su esposo su amistad con el par de caballeros—. ¿Y tú que tal en la gira? —Ella



también tenía mucha tela de donde cortar.

—Bien...

—¿Solo bien? —preguntó mirándolo por arriba del borde de su vaso.

—Sí. ¿Quieres saber algo en concreto? —la acicateó.

—Sí. ¿Cómo va tu vida sentimental? —Su rostro enrojeció de vergüenza. ¿Cómo era posible que se atreviera a formular la pregunta que la torturaba de día y de noche?

—¿Quieres saber de mis amantes? —Nicholas dejó la taza medio llena sobre la mesa de centro. La conversación era más apetitosa que cualquier otra cosa.

—¿Por qué no? —Ya se había puesto en evidencia. ¿Qué importaba lo que pensara su esposo?

—Yo diría que bien. —Sintió un gozo enfermizo al ver el gesto enfadado de Alicia. Esto tenía que admirarlo de cerca. Nicholas se acomodó en el asiento y con sutileza se aproximó a ella, hasta posar su brazo sobre el respaldo, a la altura de su nuca.

—¿Qué opinas si te digo que yo también necesito desfogarme sexualmente? —«¡Tómame esta, cretino!», le hubiera encantado gritarle.

—Muy saludable de tu parte. Estoy para servirte, preciosa —se ofreció complacido.

Alicia vio el rostro llenarse de gozo triunfal y tuvo ganas de asestarle un golpe que le bajara su nivel de vanidad al piso.

—Preferiría tener amantes, como tú.

—¿Y a quién tienes en mente, al profesor o al médico? —preguntó con tono controlado, pero la sonrisa se heló en sus labios y su mirada verde brilló como piedra preciosa en un escaparate.

«¿Por qué me dejo manipular por los celos? ¿Cómo hago para retroceder?», se preguntó con miedo al ver la fría máscara en la que se había convertido su rostro, que segundos antes destilaba sensualidad.

—¡Respóndeme, Alicia! —La tomó de la nuca y siseó en su rostro en espera de la respuesta.

—Ninguno de los dos —gritó.

Alicia tenía claro que estaba viviendo una situación que ella misma había permitido, sin promesas de amor de por medio y sin sexo. En cuanto llegaran Ray y Pablo se darían cuenta de que sus mensajes llevaban puras mentiras.

—No juegues conmigo, Alicia. Esos tiempos ya quedaron atrás, ahora eres mi esposa y no te perdonaré ninguna indiscreción que ponga en evidencia nuestra relación y a la familia en peligro, porque me olvidaré que mis hijos son también tuyos.

—¡No te atrevas a amenazarme con ellos! —El daño ya estaba hecho, solo le quedaba defender sus derechos.

—Y tú no te atrevas a engañarme, porque no tendré compasión de ti. —Se sentía cansado, furioso y herido y quería regresar el golpe, olvidado por completo de su promesa de ser un hombre ejemplar. Esa chica tenía el don de sacar lo peor de él.

—¡Eres un cavernícola! ¿No estás enterado de que en este siglo las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres? —declaró con pasión. No podía rendirse y aceptar su destino una vez que Nicolás se aburriera de su juguete, como alguna vez se lo había vaticinado. Estaba convencida de que su agonía sería de por vida, pues como su esposa no había caducidad.

—¿Por qué buscar afuera lo que tienes aquí? —Su aliento dulce abanicaba el rostro sonrojado—. No te esfuerces en negar que me deseas igual que yo a ti, Alicia. Lo veo en tus ojos, lo siento en tu cuerpo —atestiguó con ardor al tiempo que dejaba un reguero de besos sobre sus parpados y sus mejillas.

—Te equivocas. No te quiero en mi cama —declaró con frialdad.

Alicia estaba convencida de que, si se mantenía impasible, podría ganar ese duelo de voluntades. Sostuvo sus ojos cerrados y se obligó a controlar su respiración.

Pero Nicolás esta vez no estaba dispuesto a claudicar. Con toda la experiencia y sensualidad de la que era capaz, besó el níveo cuello y siguió el camino al nacimiento de los firmes pechos al tiempo que le prometía en su lengua madre lo que la haría gozar. Esta vez, por conocimiento propio, la chica supo entender.

Ardorosa ante las atrevidas palabras, Alicia sintió una mano hurgar

el interior de sus muslos

—Sé que rehúyes mi mirada para que no se escape tu verdad — apuntó en tono de reclamo sobre la boca entreabierta sin besarla—. Pero tus labios hablan por ti, te delatan, me ruegan en silencio que tome lo que te esfuerzas en negarme.

Alicia abrió los ojos para ser consciente de cómo se ofrecía a Nicolás como una cualquiera. Sin darse ni cuenta, sus manos habían desabotonado por completo su camisa para sentir sin estorbos la anhelada piel bajo las palmas.

—¡Es esto o nada! —Nicolás se señaló así mismo y se puso de pie. Con dedos temblorosos se abotonó la camisa, sin apartar la mirada cargada de resentimiento del pálido rostro—. Piénsalo, bonita, todavía estamos a tiempo.

Fue lo último que pronunció antes de regresar al interior de la casa, sin dejar de prometerse que la próxima vez que la tocara sería porque ella se lo rogara a gritos.

La semana siguiente el músico se la pasó del tingo al tango con el pretexto de adelantar pendientes para poder tomarse ese mes que la esposa le había solicitado. Los momentos que pasaba en casa eran para los niños y por las noches regresaba siempre tarde directo a su habitación.

A pesar de la pena que la embargaba por haber perdido la relación amistosa con su esposo, Alicia seguía en proceso de conocer al enigmático hombre.

Semanas después, podía concluir que Nicolás era un ser humano de buenos sentimientos y muy compasivo y con valores sólidos y bien cimentados. Desde que se había convertido en su esposa y hasta la fecha, no había pasado un solo día sin que llegara a dormir a casa, siempre y cuando se encontrara en la isla, aunque todas las noches viniera seguro de revolcarse con su amante.

También se preocupaba y ocupaba en gran medida por el bienestar de todos los habitantes de la isla, por eso mismo Alicia necesitaba aclarar las cosas con él, no era justo para Evan y Theodore lo que su esposo creía. Debía aclararle que eran solo buenos amigos y que no

había ningún interés de otra índole entre ellos; incluso estaba dispuesta a confesar el secreto de las chicas con tal de hacerse creer, pero el hombre estaba empeñado en sacarle la vuelta.

—¡Basta de lamentaciones, Alicia! Mejor planea cómo vas a resolver tu dilema, porque el tiempo se agota —habló tan resuelta que olvidó que tenía en brazos a su princesa dormida; por fortuna, no se despertó ni tampoco su bello hermano acostado en su cuna.

Por buen rato miró con adoración a sus hijos tranquilos y confiados de que sus padres velarían sus sueños de noche y cuidarían con inagotable amor y esmero sus días.

## Capítulo 50

Unas horas antes de la llegada de Pablo y Raymundo...

— Buenas noches o más bien buenos días.

— ¿Qué haces aquí, Alicia? —Nícolás se sorprendió al encender la luz de su habitación y encontrar a su esposa sentada muy rígida a los pies de la cama.

— Necesito hablar contigo. — Aunque se percató del lamentable estado de embriaguez y mal humor en el que se encontraba su marido, se mantuvo firme en su lugar, pero temblando por dentro.

— ¿Y eso que quieres hablar es tan importante que no puede esperar a mañana? — ignoró a la visita e inició su ritual nocturno de desnudarse en la habitación para luego someterse a una ducha bien fría.

— No. Mañana, como bien tú sabes, llegan Pablo y Ray y no quiero que nos vean distanciados. Se aventó su corto discurso con la mirada sobre las manos en su regazo para no torturarse con la exultante belleza vestida en cueros.

En cosa de cinco minutos Nícolás reapareció en la habitación con una toalla colgando deliciosamente de sus caderas y otra alrededor del cuello.

— Y no quieres que vean lo mal que hacemos nuestro trabajo de esposos. Menos ellos que están gozando de su feliz luna de miel, ¿cierto? — argumentó en tono sardónico.

— No les quiero estropear su viaje — admitió. Alicia vio su mueca de desprecio antes de acercarse a ella a grandes zancadas para levantarla de los brazos con brusquedad—. También quiero

proponerte que seamos amigos —añadió con una súplica implícita en sus azules ojos.

—Tú y yo no podemos ser amigos, Alicia. Hay demasiada historia entre nosotros y un presente y un futuro inevitablemente unidos por otras circunstancias que no tienen nada que ver con ese noble sentimiento. —La soltó con brusquedad y dio unos pasos hacia atrás como si le lastimara su cercanía.

—Lo dices como si lo lamentaras.

—Digamos que «hasta que la muerte nos separe» es un largo tiempo para compartir. —No sabía si hablaba su yo herido o en realidad empezaba a dudar de la decisión tomada.

—Entiendo —dijo agitando la cabeza. Y ella que pensaba que ya no se podía sufrir más—. ¿Estás pensando en divorciarnos? —Se esforzó en sonar tranquila, pero su voz se quebró al final.

Nicholas se escuchó tan infeliz que a Alicia le rondó la idea de que pudiera estar enamorado de esa mujer con quien compartía su intimidad; eso la estaba matando. Nunca pensó en preferir continuar junto al hombre amado, sin esperanza de ser correspondida, a vivir sin él.

El músico se encontraba de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en la oscuridad del jardín, para sosegar, pero al oír de labios de Alicia esa posibilidad, tuvo la certeza de que eso no era lo que quería, solo necesitaba saber qué era lo que deseaba ella.

—¿Quieres tú divorciarte de mí? —preguntó al tiempo que sus pasos lo regresaron junto a la mujer, que lo miraba con tristeza infinita.

—Yo... —Quería gritarle con todo el corazón que deseaba su amor no su olvido.

—¡Respóndeme, Alicia! —La sujetó de los brazos y la sacudió con suavidad—. ¿Quieres abandonarme? —¿Por qué le resultaba tan doloroso que pudiera pasar eso? ¿Acaso por sus hijos?

—¡Nooo! —Tal vez, si era sincera tendría una esperanza de conservar su matrimonio. Tal vez era hora de acceder a todo lo que Nicholas quisiera, a fin de cuentas, de nada servía negarse la dicha de estar en sus brazos; sus destinos ya tenían marcado para ellos vidas

juntas o separadas sin importar lo que hicieran.

—¿Qué quieres? —Necesitaba escuchar de sus labios que lo quería a él en su vida y en su cama.

—Quiero que me hagas el amor ahora, mañana y todas las noches por venir. —«Hasta que te dure el gusto por mí, amor mío», podría haber agregado. La suerte estaba echada y no había vuelta atrás, de nuevo estaba en sus manos para que la hiciera la mujer más feliz del planeta o la más desdichada.

Sin ufanarse, Nicolás la cargó en brazos para depositarla con delicadeza sobre su cama, como si de un objeto de gran fragilidad se tratara; después se arrancó las toallas y cubrió con su desnudez el cuerpo aún vestido de ella. Necesitaba iniciar el erótico ritual que la pondría a mil, antes de que pudiera arrepentirse del paso dado.

Alicia lo recibió con el corazón inundado de amor, y el cuerpo, de deseo; lo abrazó con piernas y brazos y lo besó con entrega total.

—¡No, Nicolás! —suplicó jadeante.

Al escuchar sus palabras el hombre se quedó inmóvil, sintió casi con dolor cómo su rigidez menguó y su cuerpo se enfrió de inmediato.

—Te necesito dentro de mí, ahora ¡Te deseo tanto que no puedo esperar!

Como si las palabras de Alicia fueran un mandato del cielo, Nicolás la despojó de su camión y se adentró en sus profundidades con un gemido gutural y salvaje, con la misma fuerza que nace de la urgente necesidad de poseer lo más anhelado.

Cuarenta minutos después, la cargó en sus brazos para llevarla a la habitación principal. Pasarían el resto de la noche haciendo el amor en su cama, que a partir de ahora sería también la suya.

Después de muchos besos y muchas caricias, los agotados amantes se abandonaron al merecido descanso con los primeros rayos del amanecer, pero el llanto de la menor del clan se dejó escuchar fuerte y claro del otro lado de la habitación.

—Permíteme que sea yo quien vea qué se le ofrece a la princesa de la casa —ofreció el esposo con un beso sobre el hombro desnudo de su mujer, antes de levantarse como Dios lo trajo al mundo.

Los rayos del sol, que se colaban por el ventanal, cegaron momentáneamente al bienintencionado hombre, que terminó con un pie despostillado en la pata del sillón que no alcanzó a ver en el camino.

—¡Maldita sea!

Alicia levantó el rostro para ver a su precioso hombre trastabillar en un pie hacia la alcoba de los niños, con una sonrisa de felicidad. En ese momento le pidió a Dios que todos sus despertares fueran iguales, no literalmente hablando, sino con su dios griego desnudo por la alcoba, después de hacerle el amor hasta el agotamiento.

Horas después, la familia Kirgyakos completa se encontraba a orillas del hangar, en espera del *jet* familiar que Nícholas había enviado a Atenas a recoger a los recién casados.

—¡Eso, hijo! ¡Tú puedes, pequeño!... ¡Gooooool! —Nícholas levantó al niño en brazos y lo giró por los aires festejando su victoria en el juego que ambos compartían con frecuencia. Siempre que estaba en la isla, pasaba largas horas con su hijo en el jardín, pateando una pelota de *foot*.

Alicia gozaba de esos momentos, veía con adoración cómo su hombre, en excelente condición física, corría, brincaba y se flexionaba para acoplar su elevada estatura al pequeño competidor, que como cosa curiosa le llevaba la delantera en puntuación.

Tenía que reconocer que Nícholas era un padre modelo, amoroso y atento a todas las necesidades de sus hijos. Gracias a eso, Stefanos no sufrió la pérdida por su anterior familia.

Mas sin embargo, en cuanto los viajeros pusieron pie en tierra, el pequeño Kirgyakos se deshizo en brincos y gritos de júbilo como la muestra fehaciente de que los conservaba frescos en su memoria y en su corazón, para regocijo de los recién llegados. Estos no se quedaron atrás cuando lo vieron.

Antes de la cena, entretanto Nícholas y Ray acostaban a los niños, Alicia y Pablo se pusieron al día en los cambios recientes en sus



vidas.

—¿Cómo tomó tu papá la noticia de tu matrimonio?

—Mejor de lo que se tomó la noticia de que nunca lo sustituiré en la empresa familiar. Pero gracias a Dios ya entendió que cada quien tiene que seguir su destino, así que ha enviado a Guadalupe a la Ciudad de México a especializarse en administración de negocios. No me cabe duda de que mi hermanita mayor lo hará muy bien —agregó ligero como una pluma de ganso.

—¡Estoy tan feliz por ustedes, Pablito! Se lo merecen después de tantos tropiezos en su relación. —Alicia enmarcó el pecoso rostro con ternura; sus ojos llorosos lo miraban con inagotable amor y agradecimiento—. Saber que están bien y felices es lo único que me consuela mientras me acostumbro a la idea de no tenerlos cerca.

—Lo sé, princesa, lo mismo nos ocurre a nosotros. Aunque en los meses pasados no ayudó el hecho de que por teléfono te sentíamos triste, a pesar de que tus correos decían que todo iba de maravilla. Ahora que te veo sé que es verdad. El brillo en tu mirada no miente. —A Pablo no se le escapó la sombra fugaz que cruzó por sus bonitos ojos—. ¿O me equivoco?

—A ti no te puedo engañar, Pablito. Apenas anoche Nicolás y yo compartimos la cama por primera vez como marido y mujer. —Alicia casi se suelta riendo ante su intenso gesto de incredulidad—. Sé que suena a broma teniendo a ese pedazo de hombre por esposo, pero el miedo a pasar de moda me detenía y no es que la posibilidad haya desaparecido, digamos que entendí que el éxito o fracaso de mi relación no depende de negar la realidad o disfrazarla, así que estoy siendo valiente y disfrutando lo poco o lo mucho que dure esto —concluyó su confesión sin guardarse nada. Pablo era el único ser humano en el mundo con quien podía abrir su corazón de par en par.

—Te entiendo muy bien, cariño y sábetete que, cualquier cosa que decidas hacer, cuentas con nosotros para todo. Tal vez ya no puedas ser mi esposa —Pablo sonrió juguetón para despejar las sombras y sufrimientos pasados—, pero mi chica siempre serás...

La semana pasó tan rápido que, cuando llegó la hora de las despedidas, los tres amigos seguían hablando como tarabillas hasta

que Pablo y Raymundo subieron al *jet* para ser llevados de vuelta a Atenas, donde iniciarían su romántico *tour* de luna de miel por Europa.

—Una vez que estén de regreso en casa, planearemos el traslado de Uno y Dos a su nuevo hogar —fueron las últimas palabras que Alicia susurró al oído de Pablo cuando le daba un largo abrazo de despedida.

—Piensa qué te gustaría que hiciéramos para borrar esa carita triste.

Alicia volvió al ahora para ver la imagen de Nicolás, a través del espejo, sentado a los pies de la cama con esa mirada que parecía adivinar todo. Sin apartar los ojos del reflejo, dejó el cepillo sobre el peinador cuando el timbre de su teléfono móvil empezó a sonar.

—Disculpa —tomó el aparato con la certeza de que a su esposo no le gustó para nada la interrupción, su gesto de molestia era muy evidente.

¡Qué cosas de la vida! Tantas horas disponibles en soledad y justo cuando se encontraba en la intimidad con Nicolás llamaba uno de los responsables, aunque fuera indirectamente, de que le estuviera ocultando un secreto, bueno, más bien dos: los gatos, pero esa era otra historia. Evan quería saber qué pasaba con Acaria y en breve de la propia boca de la chica lo sabría.

—¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! Un gran beso ayudaría bastante. — Sonrió coqueta al girarse en el banco para cruzar las piernas, a sabiendas de que el salto de cama se abriría para exponer a la vista del hombre un buen motivo para desviar su atención.

—Se me ocurren mil cosas, después de ese beso, que te ayudarán a sobrellevar la nostalgia.

Nicholas se obligó a olvidar el asunto de la sospechosa llamada y se puso en acción de inmediato. Cargó en brazos a su esposa y la llevó a la gran cama donde la tendió con cuidado, antes de desnudarse con movimientos lentos y sensuales para beneficio del público interesado.

—¿Tienes algún plan? —Abrió los brazos para recibir a su bello

hombre.

—Creo que voy a improvisar... —Su traviesa mirada delató sus propósitos.

Con sobrada decisión se acomodó de rodillas entre sus piernas, la levantó en vilo para montarla en su regazo y así poder poner el succulento manjar de sus pechos a la altura de su boca.

—¡Mmm! —gimió Alicia en otro mundo.

Como siempre, de inmediato perdió su individualidad para conectarse con mente, cuerpo y alma al amado y formar un solo ser. Bastaba con una caricia de su mirada, un roce de sus labios, un toque de sus manos...

Los dedos crispados entre la melena azabache eran una clara muestra de su estado febril en el máximo nivel. El experimentado hombre tenía el toque para subirla a la cima del erotismo en cuanto lo disponía, sabía el cómo y el dónde, y gozaba teniendo el control. Tanto así, que, después de pasada la turbulencia del momento y la calma volvía a sus cuerpos, Alicia volvía a ser la víctima de sus miedos, pero tenía buen cuidado de sufrirlos en silencio, porque un hombre que no amaba no podía entenderlos ni tampoco tolerarlos.

Los días que precedieron a la llegada de Pablo y Ray marcaron la diferencia en la relación del matrimonio Kirgyakos, que, como nunca, estaba disfrutando privada y públicamente su vida en armonía total. Como sincronizados, los esposos mantenían una coordinación y entendimiento muy especial en todo lo concerniente a las actividades de los niños y a la aldea donde poco a poco se iba involucrando la extranjera. La gente se manifestaba contenta con los cambios y algunos medios de comunicación, como siempre atentos al famoso, hacían sus comentarios positivos, aunque no faltaban los envidiosos y los que pretendían ser analíticos y pronosticaban ruptura dada la personalidad «inquieta» del músico.

De noche, Alicia y Nicolás eran los amantes perfectos, ya sea que hicieran gala de sobrada energía y se amaran hasta que el sol salía, o solo una vez, pero con un grado de calidad y entrega que no necesitaba repetición. Aunque para Alicia seguía habiendo un pero,

o más bien dos, amar y no ser amada.

Al no ser correspondida no estaba en libertad de expresar sus sentimientos y peor aún, existía el riesgo de que Nicolás terminara aburriéndose de ella. Porque cuando hombre y mujer se aman por igual, no existe piedra de tropiezo, problema o vicisitud de la vida que no puedan enfrentar victoriosos.

## Capítulo 51

— ¿Estás segura de lo que planeas? — Alicia preguntó por tercera vez con la duda pintada en el rostro.

— Aún no, lo estoy pensando muy bien — respondió Acaria seria.

— ¿Ya lo sabe Evan? — insistió temerosa de que su amiga tomara una mala decisión.

— No se lo he comentado todavía. ¿Te puedes imaginar cómo me siento sin poder verlo con regularidad ahora que esta la escuelita de vacaciones? Y Clío se siente igual o peor porque ni si quiera vive en esta isla.

— Créeme que te entiendo muy bien. Aunque sigo sin comprender el control que ejerce tu hermano sobre ustedes, que son dos mujeres adultas.

— Venimos de una familia muy tradicionalista. Mi hermano se hizo cargo de nosotras, económicamente hablando, cuando nuestros padres se ahogaron en aquella gran tormenta que azotó las islas hace casi veinte años. La abuela, que nos acogió entonces, le dio a él toda la autoridad para decidir sobre nuestras vidas. No niego que cuando éramos jóvenes, Clío y yo nos relacionamos con chicos que no valían la pena, pero ahora estoy segura de que estamos con los hombres correctos.

— Contra las razones del amor no hay excusa que valga, aunque te recomiendo que te tomes tiempo para pensarlo y sobre todo que lo hables con Evan.

— Te prometo que así será — respondió con una sonrisa de preocupación.

Acaria seguiría las recomendaciones de su patrona y amiga, aunque sabía de sobra que no había otra salida que huir con Evan. Tenía que alejarse de su hermano para poder ser feliz al lado del hombre que amaba. No sabía cómo lo resolverían su hermana y Theodore, pero ella estaba segura de que su hombre la seguiría a donde fuera.

Nícolás regresó a casa de sus vueltas del día y entró sigiloso en el despacho donde sabía que encontraría a su mujer clavada a su nuevo cuento. La abrazó por la espalda, pero no logró sorprenderla como quería. Ella tenía radar cuando se trataba de él.

—¡Hola, bonita! ¿Dónde se meten los príncipes del reino Kirgyakos?

—¡Hola, esposo! —Feliz dejó su ordenador para colgarse de los fuertes antebrazos que cruzaban sobre su pecho—. Ahora se encuentran dando un paseo con Acaria y Clío, que ha venido de visita. —Y los novios también, por supuesto, pero eso no estaba autorizada a decirlo.

—¿Son ideas mías o Clío viene muy seguido a ver a su hermana? No recuerdo que antes la visitara tanto... —dijo pensativo, pero al segundo desechó la idea para ayudarla a ponerse de pie con la única intención de admirar su figura enfundada en un precioso *hot pants*[17] que la hacía verse de locura.

—Eso lo sabes tú mejor que yo. Desde que vivo aquí ella viene casi de diario. —¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente bello, inteligente y observador?

—¿Esa moda que luces no se usó en los setenta? —Tomó su mano y la hizo girar en su propio eje para mirarla en todos sus flancos.

—Su primera aparición fue en los años cincuenta. Seguro lo has visto en alguna pasarela —informó levantándole la barbilla para que la viera a los ojos.

—En efecto, no soy tan viejo. Pero basta de distraerme. —Se sacudió sus dedos y la volvió a girar en redondo—. ¿De dónde has sacado este modelito? —Con manos posesivas la sujetó de la cintura y la pegó a él.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —Siempre que tenía oportunidad,

aprovechaba para poner a prueba el temperamento de su esposo.

—¡Nunca se responde una pregunta con otra! ¿No te enseñó eso tu estricta tía Adel? —preguntó entre besos, sumergido en su garganta.

—Yo nunca te dije que tía Adel fuera estricta... —comentó retorciéndose por la risa que le provocaban sus suaves mordiscos.

—Pero lo era.

A pesar de que su mente siempre estuvo nublada por el deseo hacia la chica, Nícolás pudo apreciar debajo de la vestimenta humilde a una joven de buena educación y costumbres, una piedra preciosa ya pulida, solo le faltaba el estuche apropiado.

—Sí... —admitió recordando a la mujer a la que le debía gran parte de lo que ahora era, que, aunque la dejó pronto, echó su cimiento—. Volviendo al tema, ¿te gusta o no?

Detuvo los avances de sus labios tomándolo del rostro con ambas manos.

—Volviendo al tema, ¿de dónde lo sacaste? —Nícolás reprimió a duras penas la risa al ver el gracioso mohín que tantos adorables recuerdos le traía.

—Bien, te lo diré, pero deberás guardarme el secreto —bromeó—. Yo lo diseñé y una costurera de la localidad, amiga de Acaria, me lo confeccionó —concluyó ruborizada.

—¿Así que mi bella esposa está incursionando en el mundo del diseño de modas también? —La verde mirada mostró admiración sincera por las múltiples habilidades de Alicia—. Eres un estuche de monerías. Mi estuche... —Con cada palabra la fue guiando de regreso al escritorio de madera maciza que lucía invitador.

La mirada de Nícolás se oscureció, su respiración se escuchaba agitada y el latido de su corazón retumbaba bajo las manos de su esposa, que entendió la promesa de una aventura perturbadora en el mueble que ahora era la fuente de toda su inspiración.

En cuanto el excitado hombre despejó el área y la acomodó sobre la superficie, corrió a la puerta a poner el cerrojo, no quería que nada ni nadie interrumpiera un momento tan espectacular.

Mientras Alicia era desnudada con movimientos apremiantes, ella hacia otro tanto fascinada con cada parte del bien formado cuerpo

que iba dejando al descubierto.

—¡Eres tan bella...! —El hombre observó la obra de sus manos, la desnudez pura y procaz tendida sobre la superficie de roble—. ¡Quién fuera pintor para capturar tu preciosa figura! —exclamó con adoración.

—Solo tienes que tocarme con tus ojos, y tus dedos convertirán en notas musicales lo que ven —declaró—. Tu creación sería más valiosa que una pintura de mi cuerpo desnudo —dijo convencida de su maravilloso don.

Nicholas se sentía capaz de hacer cualquier cosa que dijera su mujer. Esa joven de poco mundo lo conocía de sobra. Era como si los pozos de aguas azules, que eran sus ojos, penetraran en su cabeza a capricho para apoderarse de su cuerpo y desnudar su alma al mismo tiempo.

—¡Ámame, Nicholas! —En cuanto pronunció las palabras mágicas fue arrastrada a la orilla del escritorio, sus piernas de pronto colgaban de los fuertes brazos y su caliente deseo era invadido con firmeza y profundidad por la viril hombría.

Ahí estaban, las dos criaturas, prendida una de la otra en franco ascenso al firmamento que los esperaba cubierto de espectros de colores, sensaciones y emociones, que los trasladaría al tercer cielo de ida y vuelta triunfal.

Los Ares arribaron a Isla Elpis en su totalidad, la última semana del mes, tal como se había planeado. Mamá Edna, Andrew, Apolo, su esposa y sus tres hijos, Arsenio y sus tres hijos, Dion, su esposo y sus cuatro hijos y la despampanante Catrina.

Por fortuna, la enorme mansión parecía un hotel, tenía habitaciones de sobra para albergar a otras dos familias. Stefanos estaba feliz de verse rodeado de tantos niños con quien jugar, aunque a su hermana no parecía importarle gran cosa, pero sí que disfrutaba andar de brazo en brazo, pues los adultos se peleaban el turno por cargar a la belleza de blanca piel, ojos verdes y cabello negro como la noche.

Como era de esperarse, la hermosa Catrina acaparó a Nicholas en cuanto llegaron. Alicia atendía al resto de la familia con ayuda de



Acaria, que le hacía señas discretas para que rescatara a su esposo, el cual parecía no querer ser rescatado.

El llanto de Berenice, que se hizo escuchar en todo el salón, apartó a Alicia de mamá Edna y Andrew para ir en busca de ella. La pequeña solo lloraba cuando tenía hambre, sueño o estaba sucia, cualquiera de los casos requería su presencia y atención. En cuanto la localizó en brazos del hermano menor de Andrew se dirigió a ellos.

—¡Esta niña es una muñeca! Es idéntica a ti... —Arsenio se sentía deslumbrado con la hermosura de la joven madre que se veía exquisita con su rostro arrebolado.

—Gracias. Necesitarías verla enojada o riendo para que te dieras cuenta de que Berenice tiene mucho de Nicolás: su sonrisa, su genio... —Stefanos era físicamente igual a su padre, pero con el temperamento de ella.

—Ya veo —respondió con evidente fascinación.

Sin molestarle el llanto agudo de la niña, Arsenio se atrevió a rebasar la línea invisible que separa a las personas de buena educación para admirar con atrevimiento los azules ojos—. Es una lástima que no haya heredado tus preciosos ojos, Alicia.

—Efectivamente, mi querido Arsenio, mi mujer es una belleza única. —Nicolás se manifestó sin aviso y rodeó con un abrazo los hombros de su esposa con la obvia intención de delimitar su territorio.

—Si me disculpan, debo ver qué necesita esta niña que ya está subiendo mucho el tono de sus exigencias. —Alicia se sacudió con discreción de la pesada carga para arrebatarse a su hija de los brazos del bribón.

Con paso ligero se retiró a la tranquilidad de la habitación de sus hijos sin mirar atrás, en ningún momento se atrevió a ver el rostro de su esposo, pero su actitud posesiva dijo más que mil palabras.

—¿Disfrutas mucho los devaneos de Arsenio, bonita? —Nicolás apareció en la alcoba a la media hora con Stefanos dormido en sus brazos.

Alicia no quiso responder por no iniciar una discusión, pero sentía

cómo le hervía la sangre por el injusto comentario.

—¿No dices nada? El que calla otorga —puntualizó afilando la espada.

En cuanto la niña se quedó profundamente dormida, Alicia salió de la habitación y Nicolás fue detrás de ella.

—Los disfruto tanto como tú disfrutas los coqueteos descarados de Catrina —lo encaró airada cuando fue obligada a detener la marcha por su garra justiciera. Con enojo creciente miró los pozos verdes que echaban chispas.

No estaba sorprendida por la situación, porque en todo momento presintió que nada bueno traía la visita de la «novia rechazada» —según los medios—, lo que nunca esperó fue ser ella motivo de reclamo de su esposo.

—¿Entonces se trata de tomar revancha? ¿Tu lema es ojo por ojo y diente por diente? —El aliento a alcohol dio de lleno en el rostro de la acusada, que veía con sobrada experiencia cómo su esposo iba perdiendo el control.

—¿Qué pasa, Nicolás? ¿No soportas que yo también pueda interesarle a otros hombres? —Se desprendió del amarre con fastidio para ir a su tocador a dejar las pocas joyas que traía encima antes de darse una ducha tranquilizadora.

—¡Nooo! —rugió a su espalda—. No quiero que nadie te diga cosas bonitas. No quiero que nadie te hable por teléfono de noche. —Con cada revelación su ira crecía y su mirada de fuego, a través del espejo, era prueba de ello—. No quiero que nadie más que yo te toque y te abrace por la espalda como te gusta a ti —dijo con voz atormentada—. No quiero que hombre alguno te mire o te hable con las mismas intenciones que me mueven a mí. ¡No quiero que haya otro hombre en tu vida! —concluyó. Incapaz de controlarse, la abrazó con fuerza, luego la giró hasta dejarla de frente para tomar sus labios y devorarlos con pasión desesperada, sin saber a ciencia cierta qué lo tenía así, pero con un hambre y una sed de ella que solo se apagaba con poseer su cuerpo.

Alicia recibió confundida y fielmente enamorada al extraño Nicolás de ese momento. Se dejó arrastrar por el torbellino de

emociones desconocidas, pero no por eso menos poderoso y esclavizante.

Quince minutos después, Nicolás se acomodaba la camisa dentro del pantalón; de pronto había recordado a sus invitados y la cena de bienvenida.

—Espero que, después de este... encuentro, no te queden energías para ser tan «complaciente» con el afligido divorciado.

Con lacerante sorna entrecomilló el calificativo, mientras miraba con ojos fríos el asombrado rostro de su esposa que ahora se levantaba del piso sin su ayuda. Si antes no había entendido su visceral comportamiento, ahora menos comprendió su repugnante comentario.

—¡Eres detestable! —Furiosa abofeteó su rostro con una fuerza nacida de la indignación por tan humillante trato del hombre que acababa de hacerle el amor con pasión avasalladora, o eso fue lo que ella pensó que había sido—. No tienes de qué preocuparte, Nicolás, tú orgullo está a salvo. Tengo muy claro que sucedan como sucedan las cosas me condenarás. Así operas tú. Pero por nada del mundo te daré el gusto de que me arrebates a mis hijos.

Esta vez logró llegar al baño sin que la siguieran, abrió de prisa el grifo de la regadera para sofocar el sonido del llanto, que salió disparado de su garganta con una violencia que desgarraba.

Cuarenta minutos después, Alicia se presentó en el comedor al lleno total. Andrew, que estaba en un lugar cercano a la puerta, se levantó presto para ayudarla a tomar asiento en la cabecera vacía; del otro lado ya estaba su esposo, que se levantó junto con los otros caballeros en cuanto la vieron llegar. Capi sintió que podía cortar el ambiente con un cuchillo sin filo. La mirada triste de Alicia le confirmó que algo andaba mal.

Esa noche, el matrimonio Kirgyakos no durmió en la misma habitación después de un mes de compartir la cama haciéndose el amor hasta el amanecer.

## Capítulo 52

Tengas dolor de corazón o no la vida continúa y tienes que hacerle frente y ayudar a la causa de otros si puedes.

—¿Estás resuelta, Acaria? —Alicia preguntó en la intimidad de la alcoba que volvía a ser su refugio.

Casi superaba la prueba de un día más de la presencia de Catrina en su casa, restregándole de manera velada su ilícita relación con su esposo sin derrumbarse. No le quedaba de otra; por un lado, estaban sus hijos y, por otro lado, las personas que esperaban que ella pudiera con el paquete familiar.

—Sí, Ali. Evan está de acuerdo conmigo —respondió resuelta—. Nunca olvidaré que me hiciste creer en mí y que gracias a ti podré estar con el hombre que amo. Clío aún no se decide, pero yo no puedo esperar, en verdad —agregó con angustia—. Debo aprovechar el viaje de mi hermano a la capital para salir de la isla. Así que debo pedirte un último favor y juro que por siempre tendrás mi eterno cariño y agradecimiento. —Su mirada de ojos negros eran como fuentes desbordadas de sentimientos encontrados.

—Lo que necesites —De tanto insistirle con lo mismo entendía su desesperación—. Entonces solo me queda desearte toda la felicidad que te mereces. —Alicia abrazó a su amiga, conmovida hasta las lágrimas—. Te voy a extrañar tanto... Me vas a hacer mucha falta —agregó manoteando la humedad de su rostro. Su amiga no necesitaba más penas.

—Y tú a mí, Ali. Te has vuelto como una hermana para mí, por eso me atrevo a decirte que no permitas que esa arpía te robe a tu

hombre. —Por su propia boca conocía la historia de ellos de cabo a rabo—. Estoy segura de que el patrón te ama, amiga —le declaró con fervor.

—Claro. No te preocupes por eso, ya lo resolveremos. —¿Quién era ella para amargarle su felicidad? Ya estaba hecha a la idea de que le había tocado vivir esa suerte—. ¿Cuándo se van?

—En cuanto oscurezca.

—¡Wow! Dentro de tres horas... —Sonrió, pero un pequeño temblor en su labio inferior la delató. Antes de echarse a llorar cambió de tema—. ¿Qué es eso que traes en las manos?

—Casi me olvido de él —dijo con ojos redondos—. Es el favor del que te hablé —agregó poniendo una pequeña caja en sus manos—. Es para mi hermano —aclaró—, se lo harás llegar a su regreso a la isla. Para entonces, Evan y yo ya estaremos en América iniciando una nueva vida, juntos. —Apretó con fuerza las blancas manos que sostenían el paquete.

—Cuenta con ello, amiga. —De nuevo se fundieron en un abrazo que decía todo lo que con los labios ya no se podían decir, nacido de una amistad que, aunque corta en tiempo, se consolidó como roca de penas y pesares compartidos.

Sin tener otra opción, Alicia dejó a Acaria para compartir la mesa en la segunda cena con los Ares y, por supuesto, la dichosa Catrina. Sentada junto a su esposo, no desaprovechaba oportunidad de tocarlo y sonreírle con embeleso, acaparando su atención en todo momento.

Después de acostar a los niños, los adultos se reunieron en la terraza bellamente iluminada para la ocasión, ahí terminarían la tertulia de esa noche entre velas, vino y aromático café. Andrew aprovechó la movilización para con discreción llevarse a Catrina de vuelta al comedor; en todo momento su rostro se percibió tranquilo.

—¿Hasta dónde piensas llegar con tus coqueteos, Catrina? Madre está furiosa contigo y me indicó que te pida que te marches de esta casa y yo estoy totalmente de acuerdo con ella. Quedamos en que te ibas a comportar como una dama, pero veo con pena que esa palabra no la conoces. —Miraba con censura el rostro irascible de su

hermana.

—¡Déjame en paz, Andrew! Tú no eres mi padre —respondió zafando su brazo del amarre con violencia.

—Doy gracias a Dios por eso. —Era tanta su molestia que levantó la voz de forma inapropiada—. Si fuera así, hace años que te hubiera dado una buena zurra para enderezarte. Entre más conozco a Alicia, más la admiro porque, a pesar de su juventud, es toda una señora, que por sobre todas las cosas respeta a su esposo. A diferencia de ti, que no respetas ni a tu madre.

—No me interesa tu opinión, Andy. Y no se te ocurra seguirme comparando con esa mustia. —De pronto se le iluminó la mirada y su rostro adquirió un tono de perversidad—. ¡Estás enamorado de ella...!

—¡Qué mujer tan tortuosa y desagradable eres, Catrina! ¿Qué te sucedió en el camino a la madurez que te has convertido en esto? —preguntó señalándola de arriba abajo con infinita tristeza.

—Ya no te quiero oír —gritó sin importarle ser escuchada. Lo empujó del pecho, con modos poco femeninos, para salir del rincón donde la tenía agazapada—. Dile a mamá que mañana a primera hora me iré de esta casa, para que se quede tranquila, pero por esta noche no se te ocurra meterte de nuevo conmigo si no quieres que tu amigo se entere de tus sentimientos por esa... —Desde su sitio, Catrina podía ver a la rubia descolorida convivir amistosa con su cuñada.

Andrew observó decepcionado cómo su hermana iba directo a Nicolás, que ahora conversaba con su madre. Inquieto, se quedó un rato a solas, dándole vueltas a las palabras de su hermana. Él no estaba enamorado de Alicia... ¿O sí?... ¡Nooo!

La noche siguió su curso en el mismo tenor: Catrina pegada a Nicolás, Alicia junto a doña Edna para no dar entrada a Arsenio, que parecía haber entendido el mensaje; los otros Ares reunidos en grupos pequeños charlando animadamente y Andrew dando vueltas de un grupo a otro sin encontrar su lugar.

—¡Anda, Nick! Deja de hacerte del rogar y tócanos algo de tu nuevo material. —Catrina se colgó del hombro del artista, adhiriendo como

al descuido su sensual figura enfundada en un vestido rojo, entallado al cuerpo y de provocador escote.

—Sí, todos queremos oír al genio musical. —El resto de la familia secundó a la chica.

—De acuerdo. Acompañenme al salón si son tan amables — concedió con una sonrisa encantadora.

Con una comitiva detrás, Nicolás se apresuró junto a mamá Edna para escoltarla a la habitación donde aguardaba su immaculado piano de cola, de finales del siglo diecinueve, en paciente espera por esos momentos tan especiales. Sin embargo, no le pasó desapercibido que Andrew ofreció el brazo galante a su esposa, que venía al final.

En el camino, Alicia interceptó al camarero contratado de apoyo para que les sirviera ouzo[18], para los más valientes, y café griego, pues aún era temprano.

Una vez que todo el mundo se puso cómodo para disfrutar de la privilegiada ocasión, Nicolás empezó a acariciar las teclas del piano con esa expresión de éxtasis que enamoraba a la concurrencia y que Alicia conocía tan bien, pues era el mismo gesto que mostraba su rostro cuando hacían el amor.

Era muy doloroso ver cómo el hombre que, apenas dos noches atrás, había adorado su cuerpo con caricias y palabras apasionadas, ahora le demostrara total indiferencia, pues la verdadera musa de su inspiración se encontraba de pie junto al piano acaparando toda su atención. Solo el agudo tono que anunció la llegada de mensaje a su teléfono móvil logró distraer la dedicación del artista, que le dirigió una fría mirada que por fortuna nadie notó.

—No debes preocuparte por mi hermana —Andrew se acercó y le habló al oído al malinterpretar su rostro preocupado—. Mañana a primera hora zarparemos a Atenas.

—Por mí no te inquietes, Capi. Tú mejor que nadie sabe la historia de Nicolás y yo —dijo con una elevación de hombros y sonrisa forzada.

—Debes saber que Nick...

—Créeme que sé lo que tengo que saber. —De nuevo sintió la mirada verde sobre ella—. Si me disculpas, iré a ver cómo están los

niños.

Abatida, Alicia salió a refugiarse al único lugar que le podía dar paz: la habitación de sus angelitos, con el deseo de que la noche terminara ya, pero el recuerdo de las palabras de Andrew no dejaban de torturarla. Nicolás se iría con su amante y a ella la dejaría sola con sus invitados. Todo parecía indicar que su interés había llegado a su fin, tal como sabía que sucedería, aunque tenía la esperanza de que durara un poco más. «No, un momento», le dijo a su cerebro para corregir sus ideas. Lo que realmente motivó a Nicolás a compartir su cama fue la ausencia de Catrina, y ahora que estaba de vuelta ya no la necesitaba a ella. La aventura con él duró justo las tres semanas que mamá Edna comentó que su hija estuvo fuera.

Alicia regresó a la reunión con renovadas fuerzas, nacidas del orgullo que aún le quedaba, dispuesta a presentar su mejor cara a la adversidad. Resolvió que esperaría a que Nicolás quisiera dar por terminado el matrimonio; al venir de él no habría pretexto para que le peleara a sus hijos. Junto a ellos tendría la fortaleza para continuar adelante con su vida.

La noche llegó a su fin cuando la matriarca Ares se disculpó para irse a descansar.

—Señora Edna, ¿está cómoda en su habitación? ¿Le hace falta algo?

—Del brazo Alicia escoltaba a la anciana hasta la puerta.

—¿Por qué no me dices mamá Edna, como Nicolás, querida? Ya somos familia —agregó con dulzura.

—Si a usted le place, yo estaré encantada —respondió aprisionando con afecto la mano que colgaba de la flexura de su codo.

—Nick es un hombre muy afortunado por tenerte, mi niña. Eres una chica bella por fuera y por dentro y los niños son maravillosos.

—Doña Edna se detuvo en el umbral para mirar de frente el rostro que le sonreía con humildad.

—Gracias, mamá Edna. —Sin poder evitarlo sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Él te ama de verdad, hija. Lo conozco como a mis hijos y sé que por fin ha encontrado su lugar. Te confieso que uno de los motivos de



venir acá era conocerte. Ahora me sentiré más tranquila porque sé que él estará bien —mencionó antes de darle las buenas noches.

—Si supiera, mi querida señora... —Alicia murmuró a la puerta con tristeza. Se sentía tan cansada del espíritu que solo quería sumirse en el sueño profundo para enfrentar el mañana con nuevos bríos.

Cuando Alicia salió de la ducha se encontró con Nicolás rondando por la habitación como lobo enjaulado.

—Catrina me ha dicho que se marcha —dijo en todo acusador—. Y no te atrevas a negarme que tú tienes la culpa. Te acabo de ver intrigando con mamá Edna.

No planeaba iniciar una contienda con su esposa, pero al mirar su aspecto de ninfa recién salida de las aguas, quiso contrarrestar el devastador efecto.

—Bueno. Me has descubierto. ¿Cuál será mi castigo esta vez? —lo enfrentó tranquila.

—Tengo que confesarte que me tienes muy confundido, Alicia —acortó la distancia que los separaba en tres zancadas—. Primero me confiesas que me deseas y te entregas a mí sin limitaciones, luego, en la primera oportunidad que tienes, coqueteas en mis narices con mis hermanos de crianza y conspiras contra Catrina, que es como mi hermana menor. ¿Qué nuevo juego es este?

—¡Qué hermana tan cariñosa! —Casi le hicieron gracia sus palabras.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con claras señales de peligro.

—Olvídalo. Estoy cansada y no quiero discutir más. Siento mucho que Catrina te abandone... ¡Perdón! Se marche tan... —El agudo tono del buzón de mensajes la interrumpió recordándole que tenía uno sin leer.

Como era un asunto importante, Alicia dio por terminada la conversación y se volvió para acercarse a la mesita de noche donde estaba su móvil:

Acaria 19:10

Ya todo está dispuesto para la partida con Evan. Recuerda lo que te dije. Besos.

Para esta hora, pensó para sí, el par de tortolos ya está volando a América. ¡Bien por ellos! Su misión había concluido. Con una suave sonrisa y su móvil apretado al pecho se giró para encontrarse todavía en su habitación al hombre con gesto de enojo.

—Me gustaría mucho saber qué es eso que te ha tenido tan atenta a tu celular toda la noche. —Nícolas hizo un rápido movimiento para quitárselo, sin éxito.

—Nada que sea de tu incumbencia. —No era tiempo de dar a conocer la huida de su amiga, no hasta que estuviera lo suficientemente lejos de ahí—. Mejor deberías ir a consolar a tu quejumbrosa «hermanita» —dijo para desviar su atención—. A no ser que tengas pensado acompañarla en su viaje... —Eso si lo dijo con toda la intención de enterarse.

—Tal vez lo haga —regresó el golpe.

—Deberías timonear tú mismo el yate, así tendrán absoluta privacidad. ¿No te parece? —Entre más hablaba más se humillaba, pero el dolor la estaba ahogando y necesitaba dejarlo salir para seguir respirando.

—Eso te gustaría. ¿Me puedes decir qué está pasando entre Andrew y tú? —Con la velocidad de un felino, avanzó el paso que los separaba y sujetó su brazo de un zarpazo.

—Primero Arsenio y ahora Capi... ¡Suéltame, que me haces daño! —Con angustia, Alicia sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, las sacudió con rabia en cuanto resbalaron por su rostro.

—Yo... ¡Lo siento! No ha sido mi intención. —Descompuesto la liberó y caminó hacia atrás sin apartar la mirada de la azul. Segundos después giró en redondo y salió de la habitación con paso apresurado.

En cuanto Alicia vio cerrarse la puerta, se derrumbó en la cama a llorar desconsolada, con la certeza de que al otro día perdería al hombre de su vida. Después de un tiempo, que le pareció eterno, se levantó para echar un último vistazo a sus hijos antes de obligarse a dormir.

## Capítulo 53

Alicia no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer. Cuando bajó a desayunar era tardísimo, encontró la mansión desolada, ni un invitado apareció en su camino, solo la servidumbre en sus quehaceres diarios y Lhea y la nueva empleada en el jardín jugando con sus hijos.

Los empleados comentaron que todos habían salido con mucho alboroto —tal vez andaban de paseo por la isla—. Tampoco esperaba tener noticias de Nicolás, se había marchado sin despedirse. Los niños, por su parte, parecían estar disfrutando la paz a la que había vuelto el hogar, hasta se dieron el lujo de caer temprano a dormir cuando la noche llegó.

Sin nada de sueño y un gran pesar en su corazón, Alicia decidió hacer algo de provecho. Hacía tiempo que venía postergando la tarea de poner orden en el guardarropa de sus hijos, que se había incrementado de forma considerable con la venida de tío Pablo y tío Ray, compradores compulsivos de regalos para sus hijos. Estos habían llegado con cuatro maletas llenas de ellos; la mayoría, prendas de vestir demasiado pequeñas, pues tenían meses acumulándolas para el viaje.

Con paciencia infinita se puso a separar y guardar la ropa nueva sin estrenar en maletas para repartir entre los niños de la aldea.

De pronto, sintió que ya no estaba sola, antes de levantar la mirada escuchó la voz de la presencia.

—¿Así que es cierto que huyes con tu amante y te llevas a mis hijos?  
—Nicolás estaba de pie en el umbral, su rostro lucía descompuesto.

En una mano balanceaba el móvil de Alicia y en la otra un sobre de papel.

—¿Perdón? —«¿De qué habla el inesperado aparecido?», se preguntó sorprendida de verlo.

—No te atrevas a negarlo cuando prácticamente te encontré con las manos en la masa, Alicia —advirtió con voz baja, pero su tono era de peligro al igual que su centellante mirada.

—¿Por qué tienes mi teléfono? —Se obligó a salir del estado de estupor para poner orden en su cabeza.

—Ayer me di cuenta de que algo tramabas. ¡*Voilà!* Busqué y encontré —dijo agitando sus manos ocupadas—. No ocultaste la evidencia porque creíste que tenías todo el tiempo del mundo para llevar a cabo tu plan a mis espaldas, pero resulta que mi viaje fue más rápido de lo que esperabas. —Nícolás no tenía pensado dejar que la confusión en su rostro lo impresionara.

—No sé dé que me hablas —aseguró agitando la cabeza—. ¿Estaría ebrio?

—¡De esto te hablo, Alicia! —vociferó fuera de control, casi restregándole en la cara su celular y una hoja que extrajo del sobre.

Alicia leyó en la pantalla el mismo mensaje de Acaria, de la noche anterior, luego procedió a leer el documento escrito a mano.

Querido Nic:

Esta carta es de despedida. No me he atrevido a hablarte de frente porque contigo es imposible hacerlo. Me he enamorado del profesor de la isla y con él formaré una familia lejos de ti.

Lo siento en verdad, pero esta vez no pienso dejar que la oportunidad de amar y ser amada se me escape de las manos.

Te suplico que te des la oportunidad de vivir tu propia vida y que seas feliz y, por favor, déjame vivir la mía.

A partir de que leas la presente, ya no soy tu responsabilidad.

A.S.

—Escúchame bien, Alicia. No existe lugar en el mundo a donde te puedas ir que yo no te encuentre. ¿Te queda claro? —Nícolás dejó salir toda la rabia que lo ahogaba, en tanto sacudía con brusquedad

los hombros de la traicionera.

—¡No debiste abrir la caja! —gritó cuando entendió de dónde había salido la carta.

—¿Porque te echaría a perder el plan? —Furioso la arrastró hacia sí por la cintura y con la mano libre sujetó su nuca.

—¡Sí! Pero...

—¿Es tu manera de vengarte de mí? —interrumpió con furia la descarada aceptación de la chica—. ¿Fingiste estar de acuerdo con la boda para luego darme una puñalada por la espalda, Alicia? —Nícolás sintió cómo la ira iba dando paso a un intenso dolor que amenazaba con partirle el corazón reconstruido—. Ahora entiendo que todos los enredos de anoche fueron para despistarme, el hombre que amas en verdad es Evan.

—Déjame por una vez en la vida hablar y explicar las cosas, Nícolás. ¡Me lo debes! —Aunque afligida, exigió con tono rotundo y mirada valiente.

—Está bien. Habla. —Sin dejar de mirarla se alejó unos pasos para no ceder a la tentación de castigar los labios mentirosos que estaban a punto de pecar.

—Esa carta es de Acaria Sifakis para Nicecio Sifakis, su hermano. Acaria anoche huyó con Evan rumbo a América. —Ya estaba hecho. Había traicionado la confianza de su amiga por una causa perdida—. Yo los ayudé para que estuvieran juntos, al igual que he ayudado a Clío y Theodore Pride, el médico de la aldea —agregó.

Justo en ese momento a su celular llegó un nuevo mensaje que leyó con ojos opacos:

Acaria 3:00

Amiga. Te aviso que mi amado Evan y yo nos encontramos sanos y salvos en Estados Unidos. En cuanto tenga la dirección de nuestro nuevo hogar te informaré para que se lo pases a Clío. Tal vez entonces se anime a alcanzarnos.

Desde el fondo de nuestro corazón, Evan y yo te damos de nuevo las gracias.

No olvides hacer llegar la caja a mi hermano.

Aunque sea una mula, lo amo.

Como una autómatas, Alicia tendió el aparato a Nicolás para que confirmara su historia, luego se derrumbó en la silla donde solía arrullar a sus hijos para dormirlos. Solo quería que todo terminara para poder lamer sus heridas y volver a empezar.

—Creo que casarnos fue un gran error, Nicolás. Por querer hacerles un bien a nuestros hijos los haremos los niños más infelices del planeta. —Su voz se escuchaba sin color, su cuerpo se mecía como un autista en su mundo, con la mirada perdida en un punto lejano en la ventana—. En estos últimos días has tenido la oportunidad de ver que no hay nada que supla la felicidad de estar con la mujer amada y yo no tengo paz a sabiendas de que eres desgraciado. Aunque mi corazón sangre de saberte con otra, debes estar con Catrina. —Su voz tembló anunciando la caída de la fortaleza erigida día a día—. Sé que amas entrañablemente a nuestros hijos. ¡Eres un padre maravilloso! ¡El mejor! —Tragó con fuerza para que pasara el nudo en su garganta—. Prometo que encontraremos la manera de que podamos compartir el tiempo de los niños por igual. —Volvió hacia él su rostro suplicante y húmedo, sus lágrimas silenciosas eran como gritos de dolor nacidos de su corazón—. Podemos quedarnos a vivir en Grecia, si tú quieres, tal vez en una isla vecina para que puedas ver a los niños de diario y ellos a... —El llanto ganó la lucha, ya no pudo continuar, se dobló en dos sobre sus muslos para ocultar su fracaso.

Nicholas miró con agonía la cortina dorada que ocultaba el rostro sollozante. El tener la certeza de que el pecado por el que la joven pagaba una condena sin fin era haberlo conocido a él lo hacía sentir un miserable.

—¡No llores, bonita! —El todopoderoso Nicholas Kirgyakos se arrodilló a los pies de la chica para enjugar sus lágrimas al mismo tiempo que sus ojos verdes se cuajaban en agua. —No soporto verte llorar y menos si es por mi causa, ¡preciosa mía!

Con el cuerpo vibrante por la emoción que lo embargaba, se puso de pie llevándose a la chica con él. La rodeó en un consolador abrazo, sus labios se perdieron entre los rubios cabellos para inspirar su aroma a primavera. Su voz grave pronunciaba palabras en griego

como suave caricia. Alicia dio rienda suelta a su dolor y lloró hasta que no le quedaron fuerzas.

—¿Y todos los invitados a dónde se han ido? —preguntó cuándo la tempestad menguó y pudo pronunciar palabra.

—Han vuelto a casa. —Nícholas se tomó su tiempo para hablar, para él era más importante y urgente disfrutar en brazos a su mujer que los enredos pasados—. Anoche, cuando mamá Edna iba a la habitación de Catrina a despedirse, la descubrió llamando a mi puerta. Se armó una revolución tal que terminó en su rotunda decisión de marcharse con toda la familia, y así lo hicieron. Mientras Andrew llevaba a Catrina a Atenas, en el yate, yo acompañé en el *jet* al resto de la familia; necesitaba hablar con mamá Edna.

—¡En verdad, lo siento! —Lamentaba que todos se hubieran tenido que marchar... «¿Por causa de Catrina?», se preguntó interrumpiendo sus pensamientos—. Supongo que doña Edna no aprueba la relación hasta que estés divorciado —dijo con triste lógica.

—¡Perdóname! Yo tengo la culpa de que creas semejante absurdo —declaró con gesto de incomodidad sin soltarla del abrazo—. Catrina es naturalmente coqueta, pero debo confesarte que me aproveché de eso porque los celos me carcomían por dentro al verte tan sonriente primero con Arsenio y luego con Andrew. —Por primera vez en su vida sintió vergüenza por sus bajas acciones—. Catrina es para mí como una hermana. Jamás ha existido ni existirá nada entre ella y yo. —Cuando la mirada azul quiso esquivar la suya, enmarcó el bello rostro para obligarla a encararlo.

—¿Entonces con quién estás cuando te encuentras fuera de casa? Si no es Catrina, ¿quién es la mujer que comparte tu cama, tus noches? —Había sido prudente mucho tiempo, ahora era el momento de conocer la verdad aunque doliera.

—Ven —invitó tomándola de la mano. Te mostraré quién es ella. — Cuando sintió la reticencia de la chica, la miró a los ojos en un silencioso ruego al que accedió valiente.

Nícholas la condujo por un largo corredor, en la sección de la casa que aún no había sido terminada de remodelar, a una puerta que siempre permanecía cerrada, la misma que en su momento le

provocó curiosidad, pero que con el paso del tiempo la dejó en el olvido.



## Capítulo 54

—Pasa —dijo Nícholas haciéndose a un lado después de abrir con llave.

La deslumbrante luz natural de la espaciosa habitación le indicó a Alicia que se encontraban en el estudio de su esposo. Al centro se hallaba un bello piano de cola blanco.

A pesar de que su alocado corazón latía desacompasado en la espera de ver a la mujer que poseía el amor de su esposo, la apacible belleza del lugar la invitó a recorrerlo con la vista. Tres de los cuatro muros en tono melocotón lavado tenían incrustadas esbeltas ventanas de piso a techo, cubiertas por vaporosas cortinas de gaza blanca que se mecían al son del viento que se colaba al interior, al igual que la luz, que le daba al lugar un ambiente casi celestial.

El muro del fondo del piano, también de color blanco, tenía una gran puerta estilo francés y una de sólida madera más pequeña, junto. Sus pasos la llevaron a las puertas dobles, que fácil se abrieron al jalar de sus elaboradas aldabas; estas daban al exterior, a un jardín idéntico al jardín prohibido de la mansión de Cozumel.

Nícholas detuvo sus pasos a espaldas de la chica para tomarla de los hombros y pegarla a su cuerpo deseoso de sentir su contacto.

—Siempre que no estuve de viaje, me he pasado buena parte de las noches arreglándolo con mis propias manos —confesó—, claro que luego de ir a pasar revista con Capi en el yate que tiene atracado al norte de la isla, en la pequeña ensenada tras los riscos. He tenido que soportar los regaños y consejos de Andrew por meses; beber hasta embriagarme es lo único que me ha hecho soportar esta prueba —

concluyó con una suave risa que Alicia sintió vibrar sobre su coronilla.

—No entiendo —dijo girándose en el círculo de sus brazos para mirarlo directo a los ojos, que se veían verde claro con la luz de día.

—Acompáñame, te enseñaré algo. —Tiró de su mano con energía para llevarla a la otra puerta, que debió ser la primera seleccionada.

Esta no tenía llave, solo la empujó y a la vista de Alicia quedó la habitación alargada, en semipenumbras, que parecía una galería de premios, pinturas y esculturas valiosas. Nicolás iba encendiendo luces dirigibles conforme avanzaban al interior de ella.

Lo primero que distinguió fue una especie de librero, de piso a techo, cubierto de cristal, con los famosos libros del testamento.

—Estamos en la habitación de los tesoros —dijo Alicia con amargura.

—Sí. Pero lo más valioso que poseo son los cuadros del muro del fondo —comentó con voz grave empujándola con suavidad para que avanzara.

A Alicia le sudaban las manos y los latidos de su corazón la tenían ensordecida. Un malestar se situó en la boca de su estómago y amenazaba con vaciarlo en el piso de blanco mármol.

A unos cuantos pasos de llegar al temible objetivo, Nicholas accionó las luces y grandes obras de fotografía quedaron expuestas frente a los ojos de Alicia. Eran todas las fotos que Pablo le había tomado y habían sido vendidas en su primera puesta.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz sin quitar los ojos de su imagen embarazada de Stefanos.

—¿Por qué, que? —preguntó a su vez un poco acobardado.

—¿Por qué hiciste todo esto? —con su mano abarcó los cuadros y el jardín que se veía a través de la ventana.

—Porque te amo —declaró. De pronto la luz del entendimiento hizo brillar sus ojos verdes—. Ahora comprendo por qué Capi planeó la absurda visita con toda la familia a la mansión.

—¿A qué te refieres? —preguntó confundida por el giro de la conversación, o lo más seguro es que ella hubiera imaginado su confesión de amor.

Por respuesta Nícolás la tomó en brazos y la miró con adoración —. Andy buscaba que mamá Edna me hiciera ver, una vez que te conociera, que eres una chica maravillosa y perfecta para mí. Eso me dijo, pero sobre todo me recordó que eres la madre de mis hijos —le informó antes de darle un beso fugaz en los labios, que no atinaban a cerrarse.

Alicia escuchaba en silencio, temerosa de malentender las palabras de Nícolás; colgada de los fuertes brazos memorizaba el maravilloso momento.

—Ahora, cuando pensé que me dejabas, por fin entendí qué era eso tan poderoso que me llevaba a ti una y otra vez. Creo que te empecé a amar desde el día que acudiste a la entrevista de trabajo —concluyó.

—Entonces te gustó lo que viste, tal como te sigue sucediendo ahora —dijo con rostro de decepción—. Me temo que estás confundiendo la pasión y el capricho con el amor, Nícolás.

—Aquel día ni siquiera te vi, solo escuché tu voz, que me habló de tu fuerza de carácter, tu valentía, tu sencillez y tu inteligencia. La mañana que coincidimos en mi despacho fue cuando te conocí y pude constatar mi primera impresión. Tu belleza, que es un verdadero plus, me dejó enganchado para siempre. —La alegre mirada recorría con adoración sus facciones dando fe de ello.

Alicia ya había malinterpretado una vez los sentimientos de Nicholas y no se quería volver a equivocarse. Su rostro hablaba de desconfianza.

—Tu falta de interés me hacía creer que estabas enamorada de alguien más y, como se atravesaron Evan y Theodore en mi camino, pensé que era alguno de ellos. Con la llegada de los Ares mis celos enfermizos me llevaron a Arsenio primero y Andrew después —inspiró tembloroso al revivir sus tormentosas elucubraciones—. Cuando finalmente tuve la certeza de que era Evan el hombre que me había robado tu cariño, me sentí morir. —Con una lluvia de besos cubrió el rostro amado para constatar que era real—. No te imaginas el calvario que ha sido mi vida desde que nos dejamos en Cozumel.

Nícolás apoyó la frente en la de ella y respiró profundo para deshacer el nudo de su garganta.

—Creo que tengo una idea bastante clara, porque yo he sufrido igual —declaró sintiéndose en libertad de hablar de su amor, pues podía ver una luz al final del túnel—. Después de ese maravilloso mes que compartimos, que terminó con la llegada de Catrina, estaba segura de que ya te habías aburrido de mí y que estabas feliz por ella —rodeó con adoración el rostro amado, antes de hundir la cara en el hueco de su cuello para aspirar una y otra vez su delicioso aroma, que la subyugó desde la primera vez—. Cuando te vi tan radiante junto a ella tuve la certeza de que la amabas —argumentó dolida—. ¡Oh, Nicolás! ¿Será posible que en verdad me ames? —Una y otra vez acarició el rostro amado, con temor de que se desvaneciera como en sus sueños.

—Con todas mis fuerzas, bonita —confesó inyectado de poder girando en sus brazos a la protagonista de semejante milagro—. ¿Recuerdas nuestro primer encuentro candente en la cocina? —Le daría a Alicia más motivos para que creyera en su amor sincero.

—Ni cómo olvidarlo... No morí de terror cuando descubriste a Tiranos porque estaba fascinada contigo y todo lo que me despertabas.

—Nunca nadie me había golpeado ni desafiado como tú lo hiciste, bonita. —En su voz se apreció la carga que traía a cuestas—. Según mi estilo de vida y entendimiento debía castigarte por eso —agregó con mirada arrepentida por haberse portado como un redomado imbécil.

—Yo no sabía quién eras. —Alicia también tenía mucho de que arrepentirse. El rubor cubrió sus mejillas al recordar el ardiente encuentro y prácticamente con un desconocido—. Te juro que nunca en la vida me había comportado así con...

—Lo sé, bonita —se apresuró a tapar con los dedos su boca—, no tienes que jurarlo. —Al tocar la boca de coral la tentación se desató y besó los labios trémulos que temblaban de aflicción por lo pasado.

Alicia empezaba a creer y cada caricia recibida era como ariete que tumbaba una a una las defensas erigidas, para dejarla al desnudo y a merced de su tirano, al que tocaba con manos confiadas, con esa maravillosa sensación que nace de saber que acaricias al ser que te

pertenece en cuerpo y alma. Se entregó al beso como nunca antes, con la libertad de deleitarse y expresarse porque tenía la certeza de amar y ser amada.

Después de varios minutos de prodigarse besos y caricias, Nicolás guio a la joven a un cómodo diván antiguo, dispuesto a sacar todo lo que traía dentro.

—Y la vez que no dormiste en casa... —se interrumpió a sí mismo. Solo de recordarlo moría de pena. Era increíble lo patán que había sido con Alicia.

—¿Cómo descubriste que no me encontraba en mi habitación? —preguntó con nota divertida para borrar la angustia de su rostro.

—No me preguntes, bonita —respondió como todo un pillo—. El caso es que me pasé la noche llamándote a tú celular y mi...

Ahora fue el turno de Alicia para apagar el clamor con un suave beso antes de perderse en los ojos más bellos y expresivos del planeta. Verlos era como observar a través de un caleidoscopio. La mirada de Nicolás era capaz de expresar con fidelidad el dolor, la burla, la felicidad, el enojo y la ira que sentía y justo ahora estaba identificando la pena y su amor por ella.

—No sé qué me tenía tan furioso —continuó necesitado de explicarse—. Si la preocupación que hora tras hora se incrementaba o los celos que me carcomían por dentro. Cuando te vi llegar tan campante, al otro día, solo me dieron ganas de descuartizarte y después hacerte el amor con pasión desesperada.

—Yo también enfrentaba muchas luchas internas, amor. Por un lado, quería dejarme llevar por lo que sentía por ti y, por otro lado, me sentía en la obligación y con el derecho de darte una lección de moral —confesó apenada por sus desatinos.

—Por eso Dios te puso en mi camino, porque nadie más que tú podía hacerme ver la vida tan vana y vacía que llevaba, sin amor real, sin familia. —Su mirada clara se ensombreció—. Mi pobre nana lo intentó, pero ya vez cómo terminaron las cosas. Se fue antes de ver obrado el milagro —concluyó apesadumbrado. A cuanta gente lastimé sin siquiera notarlo.

Alicia se apretujó con ternura al fuerte cuerpo, era tal la conexión entre ellos que podía sentir su dolor. Ansiaba brindarle la paz y el consuelo que requería su alma para sanar.

—¿Recuerdas la ocasión que me enviaste once rosas rojas? —De nuevo sacó del baúl de los recuerdos algo para aligerar los ánimos.

—Sí... —«¡Oh! ¡Oh!», pensó.

—¿Por qué once?

—Sabía que no te iba a pasar desapercibido el número. —Sonrió. ¿Qué le quedaba...?

—¿Así que había toda una intención? —La mirada azul estaba muy intrigada.

—Sí —admitió con valentía.

—¿Qué eraaa? —lo animó a continuar.

—No te va a gustar la respuesta —confesó con descaro.

—Pruébame —invitó sin parpadear.

—Era una rosa por cada mes del que disponía para divertirme contigo y llevarte a la cama.

—¡Sí que eres un caradura! —No podía creerlo, él tenía su perverso plan cuando ella luchaba por enderezar su tortuoso camino.

—Lo sé, amor mío —admitió acongojado besando su rostro con besos húmedos para sanar las heridas—. Espero que algún día me puedas perdonar todas mis estupideces. —Le sonrió con picardía para nada arrepentido de esa estupidez en particular.

—Encontraré la manera de que me las pagues —declaró con una encantadora sonrisa. Ya tenía en mente su penitencia.

—¿Recuerdas el día que te dije que *Ángel de amor* es la pieza compuesta por ti que más me gusta? —continuó Alicia luego de entregarse un largo beso enamorado.

—¿Quieres saber por qué ese tema me pone mal?

—Solo si tú quieres compartirlo conmigo.

—Lo compuse en honor a mi madre poco tiempo después de su muerte —le confió con la mirada en la punta de los pies, avergonzado por las lágrimas que cuajaron sus ojos.

—¡Vida de mi vida! —declaró apenada por revivir su dolor, arrodillada frente a él con las manos sobre su rostro—. Cuánto siento

que hayas pasado por tanto dolor. Daría mi vida por que las cosas hubieran sido distintas para ti —expresó con el corazón en la mano y los ojos anegados en llanto.

—Lo sé, bonita. Eres la persona más noble que conozco, y pensar que me comporté como el peor de los canallas cuando te creí una ladrona... —confió torturado por las imágenes frescas en su cabeza. Nunca podría perdonarse tanta ceguera.

—Ya no te martirices con eso, amor mío. —Alicia llenó de besos el rostro afligido como si con eso pudiera curar sus tormentos.

—¡No! Déjame explicarte, por favor. Necesitas saber qué era eso que me impedía ver la verdad —insistió decidido a no dejar nada sin aclarar—. Tú siempre me diste muestras de ser una chica integra, honesta, desinteresada y trabajadora, sin embargo, recibiste de mí el mejor de mis esfuerzos por ser el sujeto cínico y frío en que me convertí cuando le juré a mi madre muerta que jamás volvería a darle una oportunidad a la traición y al engaño —confesó con voz desgarrada.

—No sigas con eso, por favor. No es necesario, amor —suplicó llorando de pena por su dolor y por tener que confesar su pecado—. Forcé a Mati a que me revelara el secreto cuando descubrió que estaba irremediablemente enamorada de ti. —De inmediato Alicia captó su gesto de desconcierto—. No la juzgues, cariño, ella te amaba y te era leal. Lo hizo para que entendiera por qué no podías quererme. —La mirada azul desbordaba sinceridad y arrepentimiento—. Necesitaba entenderte para empezar la tarea de olvidarte.

—No tengo nada que perdonarte, cariño. Solo tengo agradecimiento para ti. —declaró convencido de sus sentimientos—. Desde que entraste en mi vida, aquel bendito día, nada volvió a ser lo mismo para mí. A pesar de que me empeñaba con todas mis fuerzas de sacarte de mi cabeza, te tenía gravada en la piel y te metiste hasta en mi sangre, y eso te llevó directo a mi corazón —confesó con pasión en tanto la levantaba de los codos para sentarla a su lado.

—¡Nicholas! Yo también te amo con todo mi corazón. Mi vida carece de color, de olor, de sabor y de sonido si tú no estás a mi lado.

—Alicia sentía cómo se fundían sus cuerpos con el entendimiento de sus mentes y la comunión de sus almas y espíritus—. Tú eres la luz de mi camino, amor mío.

—Ahora entiendo por qué parece conocerte tan bien. —Su mirada brilló por la repentina comprensión—. No es que seas una hermosa bruja, de rubios cabellos, que con un hechizo me atrapó en sus redes de amor, es que yo sin darme cuenta te dejé entrar en mi alma, te permití ver mis miedos, mis sueños y mi verdadero espíritu, porque ya te amaba con locura.

Esa noche, después de cenar, los amados, los amantes, abrazados disfrutaban la visión de sus angelitos dormidos antes de retirarse a la alcoba nupcial para compartir la cama como nunca antes, pues ahora estaba presente el ingrediente más importante, el amor, en todas sus expresiones.

Horas después, luego de amarse hasta el cansancio, Alicia preguntó a su adorado esposo por sus reales intenciones el día aquel en que la secuestró, hacía de eso un año.

La respuesta del ruborizado hombre la dejó convencida de la fuerza de su amor por ella. Dando las gracias a la poderosa libido masculina por llevarlo no una, sino decenas de veces de vuelta a su lado, la chica se quedó dormida.

Semanas después...

—¡Por Dios, Alicia! ¿Dos gatos? —Nícolás preguntó enloquecido ante la irremediable presencia de Uno y Dos en el hogar.

—Tú me dijiste que querías resarcirme por todos tus malos tratos —le recordó con regocijo la promesa hecha días antes—. Aceptando a mis tiranitos como parte de nuestra familia quedará saldada toda cuenta conmigo —agregó con esa sonrisa y esa mirada que lo desarmaban.

Meses después...



Alicia caminaba feliz por su «jardín prohibido»; seguía de cerca a sus hijos que perseguían a Uno y Dos. Estaba impaciente por el regreso del hombre amado, que seguía por Europa en la gira de presentación de su nuevo trabajo discográfico. En esta ocasión, ella y los niños no lo habían podido acompañar, debido a su avanzado estado de gestación. Venía en camino Matilda, la quinta integrante de la dichosa familia Kirgyakos.

Con una gran sonrisa, repasaba en su mente las últimas declaraciones de su tirano favorito en la intimidad, que guardaba aún frescas en la memoria y atesoraría en su corazón por siempre.

*No quiero que otro que no sea yo te arregle tus días. No quiero que otro hombre entre en tu cama y te haga el amor. Quiero ser siempre yo el responsable de tu felicidad, porque te amo con todas las fuerzas de mi cuerpo, mi espíritu y mi alma.*

*Coincidir con una persona mental y emocionalmente es una suerte, una sintonía asombrosa y casi siempre inexplicable, pero yo sí tengo una explicación para este milagro. Tú y yo somos almas gemelas y Dios no quiere más que vivamos una vida a medias por estar separados.*

Después de todo, su dios griego, poseedor de la caja de Pandora, siempre conservó la esperanza.

Fin

## NOTAS

- [1] Plato que se prepara a base de vieira cruda cortada muy fina y macerada generalmente con zumo de limón o aceite de oliva y queso. La vieira es un molusco bivalvo muy apreciado por la delicadeza y suavidad de su carne.
- [2] Mascada.
- [3] Intrigante, según el léxico de Graciela.
- [4] Vocablo de origen mexicano, específicamente tarahumara (etnia que habita en el estado norteño de Chihuahua), que significa jefe, gobernador, miembro del consejo de ancianos: *wa'rura* o *wa'rubera*: *wa'rura kapitano*. La connotación actual del término está referida a los agentes de seguridad que acompañan a los funcionarios o artistas.
- [5] Exceso de trabajo, en el argot de Mati.
- [6] Sofá clásico inglés de brazos curvos, respaldo bajo y tapizado capitoné. Nacido en el siglo XIX para decorar los exclusivos clubes sociales londinenses.
- [7] Platillo oriental preparado con pene de asno envuelto en rodajas de piña fresca.
- [8] Conversación o entrevista privada.
- [9] Berenice, en griego.
- [10] Árbol de la familia de los sapotáceos originario de México, América central y América del Sur tropical.
- [11] Platillo tradicional griego de Navidad a base de pavo relleno con castañas y fruta seca.
- [12] Especie de polvorones.
- [13] Instrumento musical de tres cuerdas, parecido a la mandolina, originario de Grecia.
- [14] Anestesia regional para adormecer de la cintura para abajo.
- [15] Acortado, mutilado.
- [16] Canción infantil compuesta por Gabilondo Soler, «Cri cri», lanzada en 1963.

- [17] Elegante conjunto compuesto de blusa y pantalón corto, adaptado a la silueta, ]de *look* fresco y sencillo para vestir en las épocas de primavera y verano.
- [18] Aperitivo con alcohol elaborado a partir de la grapa y con cierto gusto a anís.

**Olga Hermon.** Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como en 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Olga Hermon

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-28-2

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |